

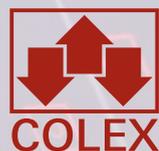
COLECCIÓN
GEOPOLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN
DE CONFLICTOS

EL NUEVO ORDEN REGIONAL EN ORIENTE MEDIO

David Hernández Martínez



eBook en www.colex.es





¡Gracias por confiar en Colex!

La obra que acaba de adquirir incluye de forma gratuita la versión electrónica. Acceda a nuestra página web para aprovechar todas las funcionalidades de las que dispone en nuestro lector.

Funcionalidades eBook



Acceso desde cualquier dispositivo



Idéntica visualización a la edición de papel



Navegación intuitiva



Tamaño del texto adaptable

Puede descargar la APP “Editorial Colex” para acceder a sus libros y a todos los códigos básicos actualizados.



Síguenos en:



COLECCIÓN
GEOPOLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN DE CONFLICTOS

EL NUEVO ORDEN REGIONAL EN ORIENTE MEDIO

COLECCIÓN

GEOPOLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN DE CONFLICTOS

Director:

PEDRO T. NEVADO-BATALLA MORENO

Director del Centro de Investigación para la Gobernanza Global

Subdirector:

OSCAR MORENO CORCHETE

*Investigador titular del Centro de Investigación para la
Gobernanza Global. Profesor de Derecho Constitucional*

Consejo editorial:

ANDRÉS DE CASTRO GARCÍA

*Subdirector del Instituto Universitario
General Gutiérrez Mellado. Universidad
Nacional de Educación a Distancia*

DANIEL TERRÓN SANTOS

*Director de la Cátedra Almirante Martín
Granizo. Universidad de Salamanca*

EVARISTO GUTIÉRREZ DEL CASTILLO

*Director del Departamento de Política de
Seguridad y Defensa. Escuela Superior
de las Fuerzas Armadas, CESEDEN*

IVÁN LLAMAZARES VALDIVIESO

*Catedrático de Ciencias Políticas.
Universidad de Salamanca*

JAVIER GUSTAVO RINCÓN SALCEDO

*Director del Observatorio de Derecho
Militar. Universidad Javeriana. Bogotá*

JOSÉ GARCÍA MOLINA

*Director del Centro Universitario
de la Policía*

JAVIER MELGOSA ARCOS

*Profesor Titular.
Universidad de Salamanca*

JOSÉ PALOMINO MANCHEGO

*Universidad Nacional Mayor
de San Marcos. Perú*

NICOLÁS RODRÍGUEZ GARCÍA

*Catedrático de Universidad.
Vicerrector de Posgrado y Enseñanzas
Propia. Universidad de Salamanca*

BELÉN LOZANO GARCÍA

*Catedrática de Economía Financiera.
Universidad de Salamanca*

MARÍA CRUZ DÍAZ DÍAZ

*Centro de Investigación para la
Gobernanza Global*

MARÍA JOSÉ CORCHETE

*Profesora Titular de Derecho
Constitucional. Universidad de
Salamanca*

ANA CARRILLO DEL TESO

*Coordinadora adjunta del Programa de Doctorado
Estado de Derecho y Gobernanza Global*

JUAN JOSÉ RASTROLLO SUÁREZ

*Secretario del Centro de Investigación
para la Gobernanza Global*

COLECCIÓN
GEOPOLÍTICA Y GLOBALIZACIÓN DE CONFLICTOS

3

**EL NUEVO ORDEN REGIONAL
EN ORIENTE MEDIO**

David Hernández Martínez

COLEX 2023

Copyright © 2023

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) garantiza el respeto de los citados derechos.

Editorial Colex S.L. vela por la exactitud de los textos legales publicados. No obstante, advierte que la única normativa oficial se encuentra publicada en el BOE o Boletín Oficial correspondiente, siendo esta la única legalmente válida, y declinando cualquier responsabilidad por daños que puedan causarse debido a inexactitudes e incorrecciones en los mismos.

Editorial Colex S.L. habilitará a través de la web www.colex.es un servicio online para acceder a las eventuales correcciones de erratas de cualquier libro perteneciente a nuestra editorial, así como a las actualizaciones de los textos legislativos mientras que la edición adquirida esté a la venta y no exista una posterior.

© David Hernández Martínez

© Editorial Colex, S.L.

Calle Costa Rica, número 5, 3º B (local comercial)

A Coruña, C.P. 15004

info@colex.es

www.colex.es

Para siempre, contigo siempre, Mercedes.

SUMARIO

MAPA DE ORIENTE MEDIO

Mapa de Oriente Medio	13
---------------------------------	----

INTRODUCCIÓN LA FRACTURA DEL *STATU QUO*

Introducción. La fractura <i>statu quo</i>	15
--	----

PRIMERA PARTE ORIENTE MEDIO EN EL SIGLO XXI

CAPÍTULO 1 ORIENTE MEDIO EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

1.1. Importancia estratégica de Oriente Medio.	23
1.2. Oriente Medio y la crisis del orden mundial	28

CAPÍTULO 2 UNA NUEVA ETAPA EN ORIENTE MEDIO

2.1. La evolución regional durante el siglo XXI.	35
2.2. Las características del viejo orden regional	41

SEGUNDA PARTE
LA RUPTURA DEL ORDEN REGIONAL

CAPÍTULO 3
LA DOBLE FRACTURA DEL ORDEN REGIONAL

- 3.1. La ruptura del contrato social en Oriente Medio 51
3.2. La ruptura de los marcos políticos y de seguridad 56

CAPÍTULO 4
FOCOS DE CONFLICTO EN ORIENTE MEDIO

- 4.1. La guerra en Siria: espacio de disputa regional 63
4.2. El conflicto olvidado de Yemen 68
4.3. La cuestión palestina y el Estado de Israel 74

CAPÍTULO 5
FOCOS DE TENSIÓN EN ORIENTE MEDIO

- 5.1. La lucha por el control del golfo Pérsico/Arábigo 81
5.2. La debilidad institucional de Irak y el Líbano 86
5.3. El Kurdistán y la lucha de los pueblos kurdos 92

TERCERA PARTE
LA LUCHA POR EL PODER EN ORIENTE MEDIO

CAPÍTULO 6
REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ORIENTE MEDIO

- 6.1. Patrimonialización del Estado y el dilema del rey 101
6.2. Movimientos de aperturismo y democratización 106
6.3. El factor religioso y el nuevo orden regional 112

CAPÍTULO 7
ALIANZAS Y RIVALIDADES EN EL NUEVO ESCENARIO REGIONAL

- 7.1. La emergencia de las monarquías: Qatar, EAU y Omán 119
7.2. La reaproximación de Turquía hacia Oriente Medio 126
7.3. La rivalidad entre Irán y Arabia Saudí 131
7.4. Los desafíos para Egipto y Jordania 138

SUMARIO

**CAPÍTULO 8
POTENCIAS EXTRANJERAS EN ORIENTE MEDIO**

8.1 El repliegue de EEUU de Oriente Medio	145
8.2. El resurgir de Rusia en Oriente Medio	150
8.3. China, Oriente Medio y el liderazgo internacional.	156
8.4. La UE y España en Oriente Medio	162

**EPÍLOGO
UN NUEVO MAPA REGIONAL**

Epílogo. Un nuevo mapa regional.	169
--	-----

REFERENCIAS

Referencias	177
-----------------------	-----

MAPA DE ORIENTE MEDIO

MIDDLE EAST



Fuente: University of Texas Library

INTRODUCCIÓN

LA FRACTURA DEL *STATU QUO*

Oriente Medio tiene un peso determinante en las relaciones internacionales. La región es un espacio clave para la seguridad, estabilidad y desarrollo mundial. En los últimos años, gran parte de los acontecimientos que marcan el devenir global tienen su origen en esta zona. Protestas, revoluciones, conflictos y crisis caracterizan las primeras décadas del siglo XXI, pero también el crecimiento económico, movimientos políticos de cambio, nuevas alianzas o acuerdos de paz. Un entorno que presenta numerosas facetas y aristas, que ejemplifica la complejidad de la época actual. La incertidumbre se impone sobre unas dinámicas políticas y sociales, que comienzan a romper con las estructuras del pasado.

Las transformaciones que ocurren en la región están estrechamente vinculadas con la fractura del orden mundial. El *statu quo* heredado de la Guerra Fría comienza a erosionarse, lo que conduce a un cuestionamiento directo del liderazgo de EEUU y la esfera occidental, así como el debilitamiento de ciertas normas imperantes hasta el momento. En Oriente Medio también se produce un fenómeno análogo, donde quedan en entredicho las premisas y jerarquías que existieron tiempo atrás. En el trasfondo de todo ello, un devenir histórico claro: las fuerzas que empujan hacia el cambio del sistema, frente a los bloques hegemónicos que buscan preservar un cierto poder y estabilidad.

La mayoría de los Estados y actores no estatales de Oriente Medio comienzan a asimilar las profundas transformaciones en el mundo, lo que les obliga a adaptar sus estrategias nacionales y políticas exteriores. La región no quiere quedar relegada ante el nuevo escenario internacional que comienza a proyectarse. Equilibrio y diversidad de alianzas se convierten principios compartidos por casi todos los regímenes, que buscan garantizar su supervivencia sin depender de solo una gran potencia extranjera. Las primeras décadas del siglo XXI proyectan esta doble tesitura en la región, tanto la preocupación por hacer frente a las crisis locales, como el interés por atender a los temas de alcance mundial.

La fractura del *statu quo* internacional y el orden regional son dos fenómenos simultáneos y complementarios, que en muchos aspectos se retroalimentan. El resultado es un prolongado período de incertidumbre y convulsión, que hace muy difícil predecir aún el panorama sociopolítico de Oriente Medio y del escenario mundial. Sin embargo, existen dos tendencias claras que están ya presentes. Por un lado, una redistribución diferente del poder y emergencias de nuevas potencias, que implica el establecimiento de nuevos equilibrios tanto a nivel local como global. Por otro, una jerarquización dispar de las relaciones intrarregionales e interregionales que da lugar a un nuevo panorama político.

La reciprocidad entre el *statu quo* internacional y el orden regional tiene varios efectos implícitos. En los últimos tiempos se puede observar cómo cualquier acontecimiento de alcance mundial o en áreas próximas tiene una repercusión inmediata en Oriente Medio. De igual forma, cualquier disyuntiva en la zona rápidamente repercute sobre el conjunto de la Sociedad Internacional. Las transformaciones a distintos niveles están constantemente retroalimentándose. En esta misma línea, el entorno local pasa a ser no solo marco de disputas entre los actores locales, sino que es también un medio preferente para dirimir las diferencias entre las grandes potencias del momento actual.

La crisis del orden regional se produce a lo largo del siglo XXI sin todavía consolidarse una nueva configuración sistémica. Las causas de tal fractura son muy heterogéneas, pero la singularidad radica en su coincidencia e intensidad en un período determinado de la historia. Los problemas locales alcanzan una mayor dimensión debido a la fractura abierta en el *statu quo* internacional. No existe ninguna estructura ni liderazgo capaz de contener y asimilar tantos cambios de forma tan acelerada. Los procesos y modelos sociopolíticos establecidos en los períodos anteriores no sirven para dar respuesta a unas realidades, que se desarrollan según aspiraciones, principios o valores dispares a los del pasado.

El debilitamiento del orden regional impacta sobre tres dimensiones. En primer término, el contexto interno de cada país, donde se observa una creciente división entre amplias capas de la sociedad frente a los círculos de poder político, militar y económico. En segundo lugar, el contexto general de Oriente Medio, que está determinado por focos de conflicto y tensión, así como una redefinición de alianzas y rivalidades. En último punto, el propio papel e influencia que algunos Estados de la zona tienen dentro del intrincado escenario mundial, ya que muestran un creciente protagonismo, autonomía y capacidad de decisión sobre los grandes problemas que determinan la agenda internacional.

La división social queda escenificada por las secuencias de protestas y revoluciones que tuvieron lugar en 2011 y 2019. Las primeras revueltas fueron conocidas popularmente como primavera árabe, lo que representó un punto de inflexión para la estabilidad regional. Un fenómeno transnacional y trans-

versal que afectó a diversos países del norte de África y Oriente Medio. La dimensión de las movilizaciones evidenció la aguda desafección y descontento de importantes sectores de las poblaciones locales. La crítica hacia los modelos económicos y de distribución de la riqueza, que repercuten especialmente en la falta de oportunidades y desigualdad. Las aspiraciones de cambio político, aperturismo y democratización frente a unos liderazgos autoritarios.

La fractura social dentro del orden regional puso también de relieve las incoherencias y limitaciones de ciertos análisis, que habían marcados los estudios de las relaciones internacionales hasta entonces. En primer término, las aproximaciones erróneas y prejuiciosas, que dibujaban un horizonte inmóvil y falsamente acostumbrado al autoritarismo. En segundo lugar, la minusvaloración de las fuertes interdependencias que existen entre los países y sociedades, que impulsó movimientos de contestación por todo el entorno. En tercer punto, la comprensión de Oriente Medio como un estanco vacío, donde las potencias internacionales extrapolan sus rivalidades, lo que deja sin ningún tipo de agencia y protagonismo a los diversos actores del lugar y sus propios intereses.

La fractura regional está proyectada en los grandes conflictos surgidos en los últimos años. La guerra en Siria y Yemen representan dos focos claros de inestabilidad e inseguridad. Las dos contiendas trascienden los límites propios de una mera confrontación interna, ya que pasan a ser enfrentamientos condicionados por la influencia y presencia de actores extranjeros. Los territorios sirios y yemeníes se convierten en escenarios de complejas rivalidades y alianzas, así como ejes centrales para la construcción de un nuevo *statu quo*. El clima de tensión se reproduce y perpetúa en otras partes de Oriente Medio como puede ser el estrecho de Ormuz, la inestabilidad en el Líbano e Irak, o bien, las escaladas de violencia en Palestina-Israel.

La ruptura del orden regional se proyecta además en la readaptación de las relaciones entre los distintos países de la zona. La emergencia de Estados como Qatar y Emiratos Árabes Unidos (EAU), que asumen un protagonismo claro en los principales frentes del entorno. La reaproximación de Turquía a su vecindario meridional en un momento de intensos cambios. El acercamiento de los regímenes árabes hacia el Gobierno israelí. El papel consolidado de Omán como mediador preferente. El decaimiento del liderazgo y punto referencial de Egipto. Las fases de colisión y distensión entre Irán y Arabia Saudí. Todo ello presenta un panorama estructural con un fuerte cariz de volatilidad.

La erosión del *statu quo* queda también ligado al rol de Oriente Medio en el nuevo tablero internacional. En este caso se producen dos procesos que pueden resultar incoherentes, pero que están en cierta medida conectados. Por un lado, el debilitamiento de la presencia estadounidense y occidental en la zona, frente al auge de potencias como Rusia o China. Por otro, la emancipación política que está alcanzando la región dentro del fracturado orden mundial, que permite a muchos de los regímenes locales proyectar políticas exteriores, que resultan más ambiciosas y autónomas que en épocas pasadas.

Oriente Medio ya no es un espacio donde solo reproducir los problemas mundiales y desarrollar las agendas de otras potencias. La región pasa a ser un promotor importante de cambio dentro de la Sociedad Internacional, ya que se constituye como una fuerza revisionista del orden global heredado de la Guerra Fría. Los acciones de Estados clave como Turquía, Arabia Saudí, Irán, Qatar o EAU empujan hacia un sistema más multipolar y heterogéneo, que posibilita una menor concentración del poder a escala global. En este sentido, este tipo de países son capaces de trasladar su influencia más allá del entorno cercano, que los lleva a asumir cotas de protagonismo en otras áreas y ámbitos del mundo, donde pasan a ser actores determinantes y con enorme trascendencia.

El término de Oriente Medio es una construcción política y analítica, que no responde tanto a cuestiones puramente geográficas, sino más bien a factores sociales, religiosos, históricos, económicos y estratégicos. Los espacios que incluye el concepto pueden variar según las escuelas, autores y obras, pero existe una disposición generalizada que representa el área de oeste a este desde Egipto hasta Irán, de norte a sur desde Turquía hasta Yemen. El área regional asume los enclaves estratégicos del mar Rojo, el golfo Pérsico/Arábigo y el Mediterráneo oriental. Ello incluye además las monarquías árabes de la península arábiga, Siria, Irak, Jordania, Líbano, los territorios palestinos e Israel.

Oriente Medio no es una realidad encapsulada y hermética. La Sociedad Internacional está definida por las innumerables interdependencias y conexiones, que existen entre las distintas regiones y áreas del mundo. Las más recientes crisis y conflictos ocurridos en la región evidencian la fuerte vinculación que existe con otros territorios. Espacios como el norte de África, el Sahel, Asia occidental o el sur de Europa se ven afectados por lo que ocurre en estas latitudes. La estabilidad y seguridad internacional pasan irremediablemente por la mejora de tales factores en la región. La consolidación de un nuevo orden regional va parejo a la reconfiguración del *statu quo* mundial.

Existen numerosos acontecimientos recientes que subrayan el protagonismo de Oriente Medio en el mundo y su reciprocidad con otras regiones. En esta misma línea, cabe mencionar los conflictos en Siria o Yemen, que generan excepcionales crisis humanitarias, que han repercutido sobre otras áreas del mundo. De igual forma, la tensión en la zona del estrecho de Ormuz también tiene numerosas implicaciones, ya que es uno de los grandes pasos de comercio marítimo internacional, especialmente por la exportación de petróleo y gas. Más aún, el problema del terrorismo yihadista que repercute directamente en la zona, pero que también se extiende a otros territorios.

No obstante, Oriente Medio no solo muestra en los tiempos más recientes una faceta negativa de inseguridad o inestabilidad. Las dinámicas de la región no deben ser percibidas exclusivamente como potenciales amenazas. Por ejemplo, las monarquías árabes del golfo Pérsico/Arábigo se encuentran entre las principales potencias económicas del mundo, ya que están dejando

de ser meros productores de hidrocarburos en los círculos comerciales. Asimismo, la mayoría de los países y organizaciones como la Liga Árabe y el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) impulsan nuevos marcos de actuación a nivel internacional, que permiten tener en cuenta aquellas áreas del mundo que tradicionalmente han sido excluidas o relegadas en la toma de decisiones.

Oriente Medio no es una realidad homogénea e inamovible. No obstante, se pueden observar dos tipos de dinámicas regionales. En primer término, los grandes procesos políticos y sociales que vertebran el conjunto del entorno y que repercuten en mayor o menor medida a todos los países. De nuevo, mencionar las grandes movilizaciones y conflictos de los últimos años. En segundo lugar, las disyuntivas de cada territorio y población, que dan respuesta a la evolución dispar que existe en la región a lo largo del siglo XXI. Cada Estado posee unas características y problemas internos, en ocasiones, distintos a los del resto del entorno, lo que explica la disparidad de intereses.

La complejidad de Oriente Medio y las diferencias entre los países queda caracterizada en tres grandes parcelas. Por un lado, la polarización política y social, puesto que existen regímenes que muestran un mayor grado de estabilidad, que aquellos otros en los que se manifiesta recurrentemente la división doméstica. Por otro, el desarrollo económico, donde destaca un desempeño muy desigual entre Estados, ya que algunos consolidan su posición internacional como potencias emergentes, frente a otros que evidencian una fragilidad estructural. Por último, la cuestión de la seguridad, que conduce a diferentes planteamientos de defensa y a una particular carrera armamentística entre potencias.

La ruptura del *statu quo* en Oriente Medio implica la consonancia de dos elementos clave en las relaciones internacionales: la estructura y la agencia. Las profundas transformaciones que tienen lugar en la región responden tanto a las variaciones en elementos estructurales, así como a las acciones realizadas por los principales actores involucrados. Una etapa de cambio que repercute sobre cuestiones centrales como la distribución del liderazgo y la jerarquía en las relaciones, pero también en la forma en que los agentes buscan adaptarse al incierto contexto contemporáneo. Todo ello estrechamente ligado a lo que ocurre en otras áreas cercanas y en el sistema internacional.

Los resultados directos del cambio en Oriente Medio se enmarcan en mayores cotas de inestabilidad, inseguridad y convulsión. El eje central es la lucha por el poder a distintos niveles. En el escenario interno de cada país se observan a grandes rasgos tres tipos de actores. Primero, las élites políticas y económicas, representadas por una familia real, organización religiosa o aparato militar, que patrimonializan los principales ámbitos del Estado. Segundo, las corrientes sociales que impugnan el *statu quo* establecido y exigen una participación mayor en el sistema. Tercero, las fuerzas radicales religiosas y grupos extremistas, que pretenden imponer unas visiones ideológicas estrictas y sectarias.

La lucha por el poder trasciende los límites nacionales para condicionar el devenir regional. El desarrollo político de Oriente Medio en el siglo XXI distingue de varias etapas. Por un lado, una primera fase de transición entre el año 2000 y 2010, donde quedan como grandes focos de inestabilidad la guerra en Irak de 2003, el programa nuclear de Irán y la cuestión palestina. Por otro, un segundo periodo desde 2011 hasta 2020, que está representado por las revueltas antiautoritarias conocidas como primavera árabe, que constituyen un punto de inflexión en el entorno. Por último, los efectos sociales y económicos de la pandemia del coronavirus inician un nuevo ciclo en el área, que está definido por una desescalada de los principales puntos de tensión y conflictos locales.

Los países y poblaciones de Oriente Medio se encuentran frente a numerosas tesis, que van a determinar su futuro en el corto y medio plazo. Una primera duda está en la capacidad de los regímenes políticos de atender o contener las reivindicaciones de parte de la ciudadanía, así como la forma en que las sociedades van a canalizar sus propuestas de cambio. Una segunda cuestión recae en la forma en que los Estados resuelvan sus diferencias y los graves problemas presentes en la región. Una tercera incógnita está en el papel que los principales actores del entorno están dispuestos a desempeñar en el escenario internacional, además de sus relaciones con grandes potencias mundiales.

Las transformaciones en Oriente Medio implican un forma distinta de aproximarse y entender la región. Por un lado, desde el aspecto más puramente político y estratégico, las mayores cotas de autonomía e independencia de los regímenes locales implica que las potencias internacionales deben reformular su forma de interactuar en la zona. Por otro, desde el ámbito académico extranjero, en particular, la esfera occidental, se requiere de nuevos marcos de análisis, que incorporen las recientes crisis y cambios ocurridos, actualizar postulados teóricos y abrir nuevos debates. Además, es preciso dar mayor reconocimiento a los actores locales, ya que es suyo el presente y futuro de la región.

PRIMERA PARTE

ORIENTE MEDIO EN EL SIGLO XXI

CAPÍTULO 1

ORIENTE MEDIO EN EL ESCENARIO INTERNACIONAL

1.1. Importancia estratégica de Oriente Medio

Oriente Medio es una región clave para las relaciones internacionales. La estabilidad del orden mundial está condicionada en gran medida por los acontecimientos que suceden en la región. Un espacio estratégico y relevante a lo largo de la historia y, especialmente, en las primeras décadas del siglo XXI. La importancia y singularidad del área radica en varios elementos como son: su posición geográfica privilegiada; la transcendencia de la religión; el peso en los mercados de energía y rutas comerciales; la influencia política y social para otras áreas regionales; y el impacto sobre la seguridad de todo el mundo.

La posición geográfica de Oriente Medio convierte a la región en un espacio determinante para la consecución del poder internacional. El concepto no hace referencia a un espacio físico concreto, por lo que es un término todavía flexible y moldeable a la incorporación o restricción de territorios. El área abarcaría tradicionalmente Egipto, Arabia Saudí, Yemen, Omán, EAU, Qatar, Bahrein, Kuwait, Irak, Irán, Jordania, Líbano, Siria, Turquía, los territorios palestinos e Israel. Sin embargo, dependiendo de la perspectiva política, económica, cultural o religiosa el espacio puede ampliarse a otros países y regiones. En este sentido, esta área suele estar fuertemente asociada con el territorio del Magreb.

La posición geográfica de Oriente Medio le sitúa en el encuentro de tres continentes: Asia, Europa y África. El paso natural entre el mar Mediterráneo oriental, el golfo Pérsico/Árabe y el mar Rojo. Por lo tanto, el control de esta zona ha sido primordial para diversas potencias a lo largo de la historia, ya que otorga una posición preponderante en el tablero mundial. La región se sitúa en el centro de lo que el ex secretario de Estado de EEUU, Henry Kissinger, denominó continente medio, una prolongada franja que recoge numero-

sos países desde Marruecos hasta Indonesia (Khalifé, 2017: 145-146). Según el político estadounidense, el dominio de Oriente Medio favorece el control sobre ese alargado cinturón musulmán y, por todo, poder influir en el sistema internacional.

La transcendencia internacional se explica también por la heterogeneidad religiosa de la región. Este espacio meridional es la cuna de tres de las principales confesiones monoteístas del mundo como son el judaísmo, cristianismo e islam. La confluencia religiosa y la identidad árabe tienen una importancia capital en la configuración de las sociedades locales (Hinnebusch, 2014a: 10-11). El componente religioso vertebró muchas de las poblaciones del lugar y es utilizado recurrentemente con finalidades políticas.

El judaísmo es un eje central de la construcción y reafirmación del Estado de Israel frente a un entorno mayoritariamente árabe y musulmán. No obstante, dentro de la compleja y heterogénea sociedad israelí coexisten numerosas corrientes religiosas y políticas, desde organizaciones judías ultraortodoxas, hasta sectores de la población de origen árabe. Sin embargo, la fragmentación gubernamental y la alta polarización de la ciudadanía ha impulsado a lo largo del siglo XXI el auge de planteamientos cada vez más sectarios, que tienen una importante resonancia en las actuaciones del ejecutivo israelí. La escalada de la tensión entre las fuerzas israelíes y los grupos palestinos se explica en parte debido a la radicalización de los discursos, que impide un diálogo efectivo entre las partes.

El cristianismo ha pasado a ser una corriente religiosa minoritaria en la zona, aunque mantiene una influencia destacada en determinados círculos de poder. Los fieles cristianos en Oriente Medio son aproximadamente 18 millones en 2020 (Womack, 2020: 196-197). Las comunidades cristianas están representadas por corrientes como asirios ortodoxos, católicos, protestantes, coptos, apostólico armenia etc. Las poblaciones cristianas son minorías relevantes en Egipto, Irak, Siria, Israel, territorios palestinos y Jordania. En la mayoría de estos casos, los representantes cristianos mantienen una relación cercana con las autoridades nacionales. Un circunstancia particular es el contexto del Líbano, donde los cristianos son un pilar clave del sistema de gobernabilidad.

El islam tiene un protagonismo especial en Oriente Medio, como la religión mayoritaria entre las poblaciones de los diversos países, excepto Israel. La identidad vinculada al islam y a la etnia sigue vertebrando muchas de las relaciones sociales, a pesar de los esfuerzos de los regímenes por consolidar y anteponer las identidades nacionales. Las principales escuelas y ramas del islam tienen un enorme desarrollo en la zona. Por eso, sería muy difícil abarcar todas ellas en esta obra. En resumen, puede partirse de la principal escisión entre los musulmanes, la división entre chiís y sunís, pero existen otras ramas que tienen cierta relevancia como el islam ibadí, que es mayoritaria en Omán.

Los sunís representan la mayoría de los musulmanes de Oriente Medio y el mundo, aproximadamente el 80-90 % del total, mientras que los chiís abarcarían cerca del 15 % (Bin Shaharia y Shawlin, 2023: 4-5). El sunismo está dividido en cuatro grandes escuelas jurídicas: hanafí, malikí, shafí y hanbalí, que difieren según las interpretaciones realizadas del Corán. Esta última es considerada la interpretación más rigorista e inflexible de las principales corrientes sunís. No obstante, los preceptos hanbalís tienen un largo recorrido en la península arábiga, dentro de la cual emergió la doctrina del wahabismo.

El chiismo también presenta diferentes variaciones, no obstante, tiene un espacio destacado particularmente en cuatro países. En primer término, los postulados chiís ocupan el estamento oficial de la República Islámica de Irán desde la revolución de 1979, donde los clérigos chiís toman el control del régimen bajo la figura del Ayatolá. En segundo lugar, las fuerzas chiís son mayoritarias en Irak, donde tras el derrocamiento de Saddam Hussein en 2003, asumen un rol central en la política nacional. En tercer término, los chiís tienen un elevado poder en Siria, a pesar de que la mayoría de la población es suní. Por último, en el Líbano, las diferentes organizaciones chiís tienen un rol destacado en la historia reciente del país y en la evolución política de la frágil democracia.

El chiismo tiene importantes minorías en otros países como Kuwait, Bahréin, EAU o Arabia Saudí. Sin embargo, las relaciones con estos regímenes resultan muy complejas, ya que las autoridades suelen considerarlos una amenaza a su poder y estabilidad interna por la diferencia religiosa (Nasr, 2007: 236-237). En este sentido, cabe destacar la importancia que está teniendo el wahabismo en la esfera musulmana. Esta corriente solamente es oficial y mayoritaria en el reino saudí y en Qatar, pero ha ido ganando peso en otras comunidades de todo el mundo, gracias al respaldo que reciben de sus Gobiernos.

La religión es un vector que cohesiona poblaciones, pero que es utilizado por el poder para complementar intereses políticos. El uso de la religión y la división sectaria es utilizado con asiduidad en Oriente Medio (Bustos, 2020: 159-160). El ejecutivo de Tayyip Erdogan se vale de ello para reafirmar su liderazgo interno y externo. La polarización religiosa también está muy presente en Israel, el Líbano o Irak. Las diferencias de confesiones también han sido impulsadas por distintos regímenes para contener protestas como ocurrió en Bahréin o Arabia Saudí en 2011, o bien, en Irán a lo largo de 2022. De igual forma, el factor religioso es impulsado por las propias autoridades para justificar y legitimar sus políticas de represión a nivel interno y sus estrategias en la región.

El peso en los sectores energéticos y rutas comerciales es otro factor explicativo de la relevancia de Oriente Medio a nivel global. El final de la Segunda Guerra Mundial trajo a la región importantes transformaciones sociopolíticas. En primer término, los procesos de independencia y formación de nue-

vos Estados. En segundo lugar, el desarrollo de la industria de los hidrocarburos, donde una gran parte de los países de la región cuentan con importantes reservas de petróleo y gas. Estos recursos naturales han sido fundamentales para el desarrollo de la mayoría de las economías, aunque también son un vector destacado de diferencias, ya que no todos los territorios cuentan con estos medios.

Las principales reservas de petróleo y gas en Oriente Medio se encuentran en el área del golfo Pérsico/Arábigo. Irán, Arabia Saudí, Irak, Qatar, EAU o Kuwait forman parte de las grandes potencias mundiales en este sector. El volumen de las reservas de los hidrocarburos tiene una doble utilidad para los regímenes (Ehteshami, 2014a: 265-266). Por un lado, es uno de los pilares de su poder interno, ya que es fuente principal de riqueza para sus economías. Por otro, el protagonismo excepcional que adquieren en los mercados energéticos les da una influencia clara en el escenario internacional. El precio del crudo pasa a ser una herramienta más de la política exterior de los regímenes de la región.

El petróleo y el gas en Oriente Medio tienen una distribución geográfica desigual, lo que ha impulsado las diferencias entre los países. Las conocidas como petromonarquías del Golfo evidencian una mayor capacidad de resistencia a shock externos, como la pandemia del coronavirus de 2020. No obstante, existen economías secundarias que se benefician de la exportación de los hidrocarburos gracias a su localización, como son los casos de Siria, Egipto, Jordania o Turquía, que se encuentran entre las principales rutas hacia el abastecimiento de los mercados occidentales. Pese a ello, la desconfianza política entre los regímenes ha obstaculizado un mayor número de estos proyectos.

El petróleo y el gas son una de las grandes razones que impulsan el interés de potencias mundiales por Oriente Medio. A partir de la Segunda Guerra Mundial, EEUU y las principales economías europeas encontraron en los países de la región a sus fundamentales suministradores de hidrocarburos. Sin embargo, esta tendencia cambia progresivamente a lo largo del siglo XXI por dos grandes motivos. Primero, existe un cambio importante en los mercados energéticos encaminados a nuevas fuentes. Segundo, los regímenes locales encuentran en China y otras potencias asiáticas destacados compradores, que suplen el papel declinante de las economías occidentales.

La importancia económica de Oriente Medio se explica asimismo por su posicionamiento en las rutas comerciales. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) estima que más del 80 % del comercio de mercancías se realiza por el espacio marítimo. En la región existen dos espacios cruciales para las cadenas de suministros: el estrecho de Ormuz y el canal de Suez. En el primero de los casos tenemos un paso natural entre el golfo Pérsico/Arábigo y el océano Índico, que sirve para dar salida al petróleo y gas producido en la zona. El segundo de los puntos faci-

lita el tránsito desde el mar Rojo hasta el mar Mediterráneo, entre la costa oriental egipcia y la península del Sinaí. Un punto de enorme relevancia para la seguridad y estabilidad internacional.

El control de los puntos de tránsitos comerciales motiva numerosos conflictos y tensiones surgidos en Oriente Medio. El estrecho de Ormuz y el golfo Pérsico/Arábigo es uno de los focos con mayor presión de la región. Existen varias disputas territoriales entre Irán y las monarquías árabes de la zona. Además, hay una presencia militar considerable de otras potencias como Reino Unido, EEUU o Turquía. El canal de Suez es un elemento central de la política interna y de seguridad de Egipto. Un símbolo de la república panarabista tras la revolución de 1952 y la crisis contra franceses, británicos e israelíes en 1956 (Azaola, 2008: 66-67). El control del paso entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo le otorga al Estado egipcio una importancia capital en el escenario internacional.

La importancia de Oriente Medio en el ámbito energético y comercial se debe además a otras dinámicas más recientes. En primer término, el mar Mediterráneo oriental es un espacio de creciente rivalidad entre potencias regionales, ya que existen diversos intereses por explotar las reservas de gas de la zona (Soler i Lecha, 2022: 266-267). En segundo lugar, el área del golfo Pérsico/Arábigo no solo es un espacio estratégico de producción de hidrocarburos y paso de rutas comerciales marítimas, ahora se consolida también como eje central de rutas aéreas. En este sentido, las llamadas petromonarquías comienzan a consolidarse como hub logísticos, industriales y financieros a escala global.

Oriente Medio adquiere un valor estratégico añadido por la influencia política y social que tiene sobre otras áreas del mundo. Los grandes eventos que marcan la evolución regional repercuten sobre otros entornos cercanos. Las revueltas antiautoritarias de 2011 conocidas como primavera árabe son un ejemplo de ello, que evidencian las fuertes interdependencias entre distintas regiones. Las movilizaciones comenzaron en el norte de África, pero tuvieron un amplio recorrido por toda la parte oriental. El fenómeno tuvo un importante cariz transversal y transnacional, que favoreció su difusión más allá de los límites fronterizos nacionales y que condujo a réplicas en una multiplicidad de países.

Oriente Medio debido a su posición geográfica y relevancia religiosa le garantiza ser un importante centro político mundial. La relevancia ideológica de la región se explica en concreto por dos factores. En primer término, los numerosos centros de pensamiento, tradiciones filosóficas y escuelas religiosas que existen en la zona, que le convierten en un espacio de incesantes debates e investigaciones, lo que le sitúa como un referente internacional destacado. En segundo lugar, las grandes corrientes ideológicas que han marcado la historia contemporánea desde el siglo XIX encuentran un desarrollo muy particular en esta parte del mundo, sirviendo de modelos y puntos referenciales.

Oriente Medio tiene otra característica política a destacar. La región se ha caracterizado por ser un punto alternativo a las potencias hegemóni-

cas dominantes durante gran parte del siglo XX y XXI (Hinnebusch, 2014b: 37-38). Una gran parte de los regímenes impulsaron el Movimiento de Países No Alineados durante la Guerra Fría, que marcó una posición diferente a la dicotomía bipolar. El entorno es también un referente dentro del concepto del Sur Global, que engloba a todos aquellos países que priman un cambio en el funcionamiento del sistema internacional y el predominio occidental. En este sentido, los principales Estados del entorno promueven más recientemente una profunda revisión del orden mundial, que derive en una representatividad mayor de otras áreas.

La última característica que explica la relevancia de Oriente Medio es su impacto en la seguridad y estabilidad internacional. Esta lógica se explica por varias razones. Por un lado, porque la región ha sido espacio preferente de disputa entre potencias extranjeras, donde trasladar sus rivalidades y marcar zonas de influencia. Por otro, porque el entorno también ha sido foco de contestación al dominio de hegemones mundiales, que han pretendido imponer su liderazgo en la zona. Por último, porque las fuertes interdependencias que existen entre países y áreas del mundo inducen a que crisis, conflictos y escaladas de tensión repercutan más allá de los límites regionales.

Existen varios fenómenos que ejemplifican la vinculación de la seguridad regional con la estabilidad mundial. El primer caso por destacar sería la cuestión palestina y el Estado de Israel. Uno de los conflictos más prolongados del mundo, que repercute no solo en las dinámicas regionales, sino también en la agenda de la Comunidad Internacional. Un problema lejos de resolverse. La crisis abierta en octubre de 2023 entre Hamas e Israel evidencia el impacto que tiene el tema sobre la estabilidad de Oriente Medio y el mundo. El segundo caso por señalar sería el programa nuclear de Irán, que se erige como uno de los elementos más disruptivos para la seguridad internacional de los últimos tiempos. Las aspiraciones del régimen iraní en este ámbito energético han provocado la respuesta de las principales potencias globales. Una acción que podría alterar aún más los frágiles y cuestionables equilibrios de poder en el mundo.

El impacto de Oriente Medio en la estabilidad internacional también podría ser argumentado con otros fenómenos como el terrorismo yihadista, que tiene una repercusión directa sobre la zona, pero que durante el siglo XXI ha pasado a ser un problema de alcance mundial (Crespo, 2023: 208-209). La propia región está en la agenda de defensa de las grandes potencias desde hace décadas. EEUU y otros grandes poderes globales han vinculado su propia seguridad a lo que ocurre en la región, lo que explica la presencia militar y las intervenciones extranjeras en el entorno durante largo tiempo.

1.2. Oriente Medio y la crisis del orden mundial

Las transformaciones en Oriente Medio coinciden con una época trascendental de las relaciones internacionales. El contexto regional y las vicisitudes

mundiales se retroalimentan en una fase de transición hacia una redistribución diferente del poder. Las dinámicas de cambios y crisis generan numerosos interrogantes sobre el horizonte político en el medio y largo plazo. La primera cuestión por resolver radica en el rol que llegará a mantener EEUU en el futuro, debido a la crisis de liderazgo actual. La segunda duda se establece en torno a si China y otros actores asumirán un mayor protagonismo y, sobre todo, autoridad en el mundo. La tercera gran incógnita trata sobre el espacio que la propia región de Oriente Medio y sus países van a ocupar en el nuevo escenario global.

El primer interrogante conduce a tratar la hegemonía que EEUU ha logrado proyectar en gran parte de la esfera internacional. El final de la Guerra Fría representó el decaimiento de la Unión Soviética (URSS) y la consolidación de la potencia estadounidense como una fuerza incuestionable (Lajud y Pinto, 2023: 134-135). El sistema bipolar tras la Segunda Guerra Mundial concluyó, lo que supuso una primera reconfiguración de los equilibrios en el orden mundial, siempre bajo el liderazgo de los aliados occidentales. Los principios del orden liberal y el modelo de libre mercado comenzaron a extenderse como postulados irrefutables por todas las regiones, gracias en buena parte al proceso de la globalización.

La hegemonía en el escenario internacional debe ser comprendida de forma multifacética y en constante evolución. El concepto hace referencia al liderazgo de un actor a través de la fuerza y coacción, así como su preminencia sobre recursos materiales. Sin embargo, el valor de lo hegemónico radica en otra vertiente que menciona el ámbito ideacional, es decir, la primacía sobre un discurso, narrativa, valores, principios etc. La capacidad de establecer pautas de comportamiento y sentido común. EEUU se encontró en una posición muy favorable tras el final de la Guerra Fría, ya que acumuló un considerable poder militar, económico, político, normativo y, pero no menos importante, cultural.

La década de los noventa del siglo XX fue un breve período de autoridad preponderante de EEUU, que también repercutió en la dinámicas políticas de Oriente Medio. La guerra del Golfo entre 1990-1991 con la invasión de Kuwait por parte de Irak marcó un hito en la región. Las fuerzas estadounidenses lideraron una coalición internacional que logró derrocar en unos pocos meses al ejército iraquí de Saddam Hussein. Este acontecimiento escenificó la superioridad militar de la potencia occidental (García, 2018: 660-661), que se erigió como garante de la seguridad de la región. La mayoría de los países de la zona buscaron el apoyo de Washington o decidieron mantener un perfil bajo ante su liderazgo.

El cambio de lógica en el poder internacional quedó ejemplificado asimismo con el conflicto árabe-israelí. La Comunidad Internacional con el impulso de la Administración estadounidense buscó dar una salida al problema en Palestina e Israel. El resultado directo fue la apertura de un proceso de paz, que culminó con los Acuerdos de Oslo de 1993, que supusieron el primer encuentro oficial y público entre representantes palestinos y líderes israelíes. De esta forma, comenzó a extenderse por Oriente Medio y todo el mundo una falsa percepción de optimismo sobre el devenir de los países para el siglo XXI.

La tendencia ideológica de erigir a EEUU como un líder incuestionable en un nuevo orden mundial, que quedó resumida bajo el título de El fin de la Historia y el último hombre de Francis Fukuyama, no facilitó que se prestara atención a ciertos problemas y dinámicas, que anunciaban un proceso distinto al proyectado (Sanahuja, 2019: 63-64). La década de los noventa marca un punto de inflexión en el desarrollo económico de China y otras potencias emergentes asiáticas. En el mismo sentido, comienzan a surgir corrientes políticas contestatarias en zonas del Sur Global como América Latina. Aún más, el movimiento antiglobalización tendrá una resonancia internacional muy significativa.

La coyuntura abierta en Oriente Medio con el proceso de paz entre palestinos e israelíes, así como el debilitamiento del Irak de Saddam Hussein relegó a un segundo plano otro tipo de problemas. Por un lado, algunos países de la región llevaban años arrastrando problemas económicos, que habían agudizado los problemas de desigualdad y falta de oportunidades. Muchos de ellos ligando su sostenibilidad económica a los programas de ajuste de organizaciones como el Fondo Monetario Internacional. Por otro, el radicalismo religioso comenzaba a emerger con fuerza en la zona y se detectaron las primeras operaciones yihadista en el entorno. Sin embargo, este tipo de problemas no contaron con la suficiente atención en su momento, a pesar de que serían fundamentales más adelante.

El debilitamiento del liderazgo de EEUU y la crisis del orden mundial liberal queda representado por episodios, que afectan especialmente a la potencia estadounidense y sus aliados, pero también por acontecimientos que protagonizan otros actores del escenario internacional (Peredo, 2023: 57-58). El período de transformación a principios del siglo XXI tiene que ser observado desde una doble perspectiva. Primero, las respuestas dadas por el eje noroccidental ante los profundos cambios en el mundo, que le permitan preservar cotas de poder. Segundo, las acciones tomadas por el resto de los actores ante el deterioro de la supremacía estadounidense y la fractura del *statu quo* imperante.

Los eventos históricos sirven para dar una lógica a las relaciones internacionales y estructurar períodos de la sociedad mundial. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11S); la crisis económica del 2008; la salida de Reino Unido de la Unión Europea (UE) conocido como Brexit a partir de 2017; el asalto al Capitolio de Washington en 2020; todos estos episodios ejemplifican el deterioro del poder militar, económico e ideacional de EEUU y el bloque occidental. Las potencias tradicionales ven debilitadas sus capacidades materiales, pero también la influencia para establecer marcos normativos y pautas de comportamientos generales. Las respuestas dadas a estos acontecimientos dan forma al nuevo orden que está por constituir. No obstante, no es objeto de este libro analizar pormenorizadamente dichos hechos, sino simplemente señalar su impacto general.

Los atentados terroristas del 11S supusieron un suceso traumático para la sociedad estadounidense. La primera potencia del mundo fue golpeada en su propio territorio. La respuesta de EEUU fue la intervención en Afganistán

en 2001, la proyección de la Guerra Global contra el Terror- *Global War on Terrorism* (GWOT) y la invasión de Irak en 2003 (Palomares, 2009: 40-41). Las operaciones en el exterior de Washington no tuvieron los resultados esperados. La potencia anglosajona sufrió el desgaste de casi dos décadas de conflictos. Al mismo tiempo, la crisis económica de 2008 tuvo su origen en el mercado estadounidense y se extendió por todo el mundo, aunque afectó particularmente a muchas de las economías occidentales. Una recesión que comenzó a marcar el declive también en este ámbito.

Los miembros de la UE y Reino Unido constituyen los dos grandes apoyos de EEUU en el escenario internacional. El proyecto comunitario quedó muy debilitado con la coyuntura económica del 2008, a lo que se añadió el proceso del Brexit desde el referéndum de 2016 (Benedicto, 2023: 167-168). Las democracias europeas perdieron relevancia económica a nivel mundial, así como su capacidad de proyección normativa. En este sentido, el ascenso de Donald Trump a la presidencia estadounidense en 2017 y la polarización del país, que desembocaron en el asalto del Capitolio, mermaron la imagen exterior de la potencia occidental y su influencia ideológica para el resto del mundo.

Las coyunturas económicas, políticas y de seguridad que afectaron a EEUU y sus principales aliados también repercutieron sobre Oriente Medio. La iniciativa estadounidense contra el terrorismo afectó severamente a la estabilidad regional. Washington dejó de ser percibido como elemento de seguridad para la zona, lo que deterioró las relaciones con sus principales aliados locales. Esta tendencia se agudizó bajo la presidencia de Barack Obama entre 2008-2016 y Donald Trump posteriormente. Más aún, la guerra en Irak de 2003 supuso el decaimiento de un Estado-Tapón en la zona y la revitalización de la competencia estratégica de regímenes como Irán y Arabia Saudí.

La crisis económica de 2008 y los problemas en el seno de la UE no tuvieron una resonancia tan directa sobre Oriente Medio, pero dejaron entrever las diferencias crecientes entre ambas áreas del mundo. Por un lado, la recesión golpeó particularmente a las economías occidentales, al mismo tiempo, que importantes países de la zona meridional conocían una fase de crecimiento económico. Por otro, las potencias europeas han perdido aceleradamente protagonismo en el sur del Mediterráneo, que se traduce en menor peso comercial y capacidad de influencia política. No obstante, temas como la seguridad o la migración convierten a países como Turquía en esenciales para Europa.

El debilitamiento del liderazgo estadounidense y del orden liberal viene acompañado del ascenso de nuevas potencias, junto a la contestación de diferentes actores (Sanahuja, 2020: 44-45). China está ocupando una posición central en el mundo, que le erige como una fuerza alternativa frente a la hegemonía noroccidental. Existen a este respecto varios acontecimientos durante principios del siglo XXI, que reafirman una tendencia distinta en la distribución del poder mundial. La consolidación de la economía china como el gran socio comercial a escala internacional. El principal exportador del

mundo. Una tendencia que repercute también en el resto de Asia Pacífico, que pasa ser un centro neurálgico clave para el comercio internacional, sistema financiero o cadenas globales de valor.

El ascenso económico de China está asociado a mayor protagonismo diplomático de Pekín, que se ha traducido en una presencia preponderante en distintas áreas regionales, además de un esfuerzo por reformar la estructura institucional internacional. El régimen chino ha sido uno de los grandes impulsores del grupo de los BRICS (Brasil-Rusia-India-China-Sudáfrica), que fue creado a partir del año 2008 con el propósito de fomentar las relaciones entre potencias emergentes. Una de las consecuencias más visibles de este tipo de espacios de poder alternativo al dominio estadounidense son una serie de organizaciones, asociaciones y acuerdos para cambiar las bases de la gobernanza global.

El presidente chino Xi Jinping anunció en el año 2013 un ambicioso plan internacional: Belt and Road Initiative (Iniciativa de la Franja y la Ruta). El propósito de este proyecto es crear espacios estables de cooperación e intercambio de China hacia otras regiones del mundo, que le permita a Pekín asegurar suministros y abrir nuevos mercados. Gracias a su posición geográfica privilegiada y los recursos naturales con los que cuenta, Oriente Medio ocupa una línea central en la agenda exterior del régimen comunista chino. La presencia de la potencia asiática ya es notoria en las principales dinámicas regionales.

El debilitamiento de EEUU y las potencias europeas se produce simultáneamente al acercamiento de Oriente Medio hacia otras áreas. Los regímenes de la zona aceleran la estrategia de diversificar sus aliados y socios, lo que les permite a muchos de ellos reducir su dependencia del hegemon estadounidense. China, Rusia y otras grandes economías del mundo se presentan como partenaire cómodo para la mayoría de los Gobiernos de la región, sobre todo, en comparación con el polo occidental (Amirah-Fernández y Khader, 2022: 240-241). Esto es debido principalmente a que no tienen un pasado colonizador en la zona y porque comparten unos intereses semejantes ante el nuevo orden mundial.

Las resistencias al frágil liderazgo de EEUU no solo vienen únicamente por parte de China. De hecho, la potencia rusa da muestras más severas de oposición hacia la preponderancia occidental. La guerra de Ucrania marca un hito en la seguridad europea y la estabilidad internacional. Un conflicto que tiene dos fases bien marcadas. En primer término, la anexión de Rusia de la península de Crimea y los enfrentamientos en el este de Ucrania a partir del año 2014. En segundo lugar, el ataque ruso sobre todo el territorio ucraniano sobre todo el territorio ucraniano desde febrero del 2022, que supuso una escala de la contienda y una ruptura total entre el Kremlin y el eje noroccidental que apoya de forma rotunda a Kiev.

El conflicto de Ucrania tiene varias implicaciones para Oriente Medio y sirven para evidenciar los cambios en el orden mundial y el *statu quo* regional. Los efectos más inmediatos de la contienda no son tan directos como en otras áreas del mundo, así como no están repercutiendo de igual forma

a todos los países. Por un lado, las consecuencias de la guerra dejan en una posición muy vulnerable a ciertas economías de la región, ya que Rusia y Ucrania son dos de los principales exportadores de grano del mundo (Calduch, 2023: 176-177). Por otro, la crisis energética mundial derivada de la guerra se presenta como una oportunidad para otros regímenes, especialmente, los grandes exportadores de petróleo y gas, quienes ven fortalecida su posición en los mercados.

La guerra de Ucrania tiene una trascendencia muy particular para las relaciones internacionales de Oriente Medio. EEUU y las potencias europeas presionan para que más países se unieran a una posición más contundente. Sin embargo, solo el Gobierno estadounidense, los miembros de la UE, Reino Unido, Canadá, Japón o Australia se han unido en las sanciones contra Rusia. La mayoría de los países del sur del Mediterráneo mantienen una posición más comedida con respecto al conflicto. Los regímenes del entorno han apostado por condenar la agresión, pero sin llevar a cabo ninguna acción rupturista hacia Moscú. Un ejemplo claro de la variación de equilibrios en la región.

El contexto de la guerra de Ucrania evidencia el deterioro del papel de EEUU y Occidente en Oriente Medio. De la misma forma, se observa la capacidad de Rusia para establecer alianzas con los principales actores de la zona, que le ha permitido limitar la presión internacional que pretendían ejercer los aliados de Ucrania. En este sentido, el conflicto también muestra el grado de autonomía que están asumiendo las grandes potencias regionales, que son capaces de desarrollar una política exterior cada vez más independiente, que asegure inicialmente sus intereses, pero que les permita ir ganando protagonismo en el escenario exterior y en los principales espacios de poder mundial.

La disciplina de las relaciones internacionales y los estudios de área abordan dos gran interrogantes: la reconfiguración del orden mundial y del orden regional en Oriente Medio. La discusión académica se centra en determinar si el actual período de crisis y transición se encamina hacia un nuevo *statu quo* caracterizado por una gran potencia hegemónica, por dos fuerzas globales, o bien, una difusión más amplia del poder hacia un cariz multipolar (Morales, 2020: 521-522). La tendencia de los últimos años presenta un liderazgo de EEUU fuertemente cuestionado, a la par que una emergencia económica, política, así como militar de China y otros polos de forma muy acelerada. Sin embargo, ese tipo de contexto a medio y largo plazo confronta los intereses de otros actores.

El segundo interrogante que abordan los estudios de área son las políticas desarrolladas por los principales actores estatales de Oriente Medio, que evidencian la configuración de un nuevo escenario multipolar y fragmentado.. Los intereses de las grandes potencias regionales están planteados para actuar sobre un orden mundial donde no existe una concentración de poder tan elevada, como sí en épocas del pasado. La mayoría de los regímenes de la zona reconocen el declive internacional de EEUU y el ascenso de China,

que queda reflejado en las propias dinámicas locales. No obstante, la fase contemporánea de crisis ofrece una coyuntura excepcional para redefinir una jerarquización mundial diferente y más equilibrada.

Las potencias de Oriente Medio se encuentran ante una complicada tesitura. En primer término, porque los cambios tan severos en el orden mundial coinciden con una fase de transformaciones en el contexto local, lo que redobla la presión para los regímenes políticos. En segundo lugar, ya que los países de la zona tienen que equilibrar sus relaciones ante un hegemon en retroceso, pero con una presencia todavía destacada, y una fuerza emergente, que aún no asume mayores compromisos y responsabilidades. Por último, las potencias regionales pretenden de forma individual ampliar su protagonismo en el escenario internacional, aunque eso pueda aumentar la rivalidad entre ellos mismos.

El impulso de Oriente Medio hacia un nuevo orden mundial está caracterizado por la falta de coordinación, a pesar de que existe un consenso generalizado en la zona por favorecer una estructuración del sistema distinta. La desconfianza y tensión presente entre los principales regímenes dificulta que puedan actuar de forma más cohesionada hacia el exterior, dando lugar a que el área regional fuera considerada como un bloque con mayor fuerza. No obstante, los grandes referentes de la zona, ya sea Turquía, Arabia Saudí, Irán, Egipto o Qatar están sumándose a todas aquellas iniciativas políticas, muchas de ellas promovidas por China, que buscan reorganizar el *statu quo* del siglo XXI.

CAPÍTULO 2

UNA NUEVA ETAPA EN ORIENTE MEDIO

2.1. La evolución regional durante el siglo XXI

Los inicios del siglo XXI en Oriente Medio están marcados por unos innumerables acontecimientos, que anuncian el inicio de un nuevo período en la región. Las principales dinámicas del entorno quedan enmarcadas en tres grandes fases. En primer término, entre 2001 y 2010, una etapa de presión, donde diversos problemas comienzan a emerger en la zona y debilitar el *statu quo*. En segundo lugar, desde el año 2011 hasta el 2020, una etapa de crisis, puesto que las numerosas revueltas, conflictos y rivalidades aceleran el proceso de debilitamiento del orden regional. En tercer término, a partir del propio año 2020, una etapa de estabilización, donde se produce una desescalada general de la conflictividad y tensión, así como una reconfiguración de las principales relaciones intrarregionales.

La primera etapa de presión marca el inicio del final del orden regional heredado del siglo XX. La región inicia el nuevo milenio con perspectivas generales positivas. Los únicos problemas por resolver eran la cuestión palestina, donde el proceso de paz estaba estancado, así como en la amenaza persistente del régimen de Saddam Hussein. En este momento, se produce una situación paradójica entre los principales regímenes de la zona. Una nueva generación de líderes asciende al poder: el rey Abdalá de Jordania, Bachar al Asad en Siria o el reformista Mohammed Jatamí en Irán; frente a otros que llevaban décadas: Hosni Mubarak en Egipto, Alí Abdalá en Yemen o Qabus bin Said en Omán.

Los atentados terroristas del 11S son un punto de inflexión en las relaciones internacionales y Oriente Medio (Amirah-Fernández, 2015: 278-279). Sin embargo, existen dos episodios previos que anuncian cambios para la región. Por un lado, la Segunda Intifada o la Intifada de al-Aqsa en septiembre de 2000, que supuso una escalada del conflicto entre palestinos e israelíes. Por otro, el atentado de Al Qaeda contra el destructor de la marina estadounidense USS Cole en el puerto yemení de Adén. Era el primer acto terrorista de dicha organización contra intereses occidentales en la región.

El ataque terrorista a los Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington el 11 de septiembre de 2011 representan un momento determinante. La amenaza yihadista provoca que EEUU y demás potencias occidentales cambien por completo su percepción sobre los países de Oriente Medio. Hay una securitización de la agenda regional. No obstante, los regímenes locales también comienzan a cambiar su visión sobre sus tradicionales aliados. La desconfianza se convierte en un factor determinante en la zona.

El cambio de estrategia de EEUU se hace notar en Oriente Medio a través de dos escenarios. Primero, pocas semanas después de los atentados del 11S, Washington lidera una coalición internacional para acabar con el régimen talibán en Afganistán, puesto que son el principal respaldo para los líderes de Al Qaeda. La nación afgana no está dentro de la esfera regional directa, pero es un punto sensible debido a su cercanía. Segundo, la potencia estadounidense lanza su estrategia antiterrorista mundial GWOT, que coloca como grandes amenazas a Gobiernos tales como Siria, Irán o Irak. El propósito de la Casa Blanca era terminar con aquellos supuestos regímenes que promocionaban el terrorismo a escala internacional. La beligerancia de la Administración de George W. Bush polariza la política regional.

La respuesta de los principales países de Oriente Medio es de apoyo oficial hacia las acciones de EEUU, aunque eso coloca en una posición frágil a aquellos países que son directamente señalados por la Casa Blanca. No obstante, existen dos acontecimientos que fracturan definitivamente la confianza entre la potencia estadounidense y sus aliados locales. Por un lado, la Liga Árabe aprueba su Iniciativa de Paz de 2002, que fue un plan liderado por Arabia Saudí para poner fin al conflicto con Israel. Sin embargo, esta propuesta nunca fue verdaderamente atendida por Washington y los líderes israelíes. Por otro, la invasión de Irak en 2003, que marcó la ruptura definitiva de los frágiles marcos de seguridad colectiva, que existían en el entorno y la escalada de la conflictividad.

La Administración de George W. Bush lidera la campaña militar contra Saddam Hussein, a pesar de que algunos de sus aliados árabes advirtieron del peligro de desestabilizar un Estado-Tapón. Arabia Saudí fue uno de los socios tradicionales de EEUU que mostró públicamente su descontento con la posición de EEUU. El resultado de la operación fue en términos generales negativo. En primer término, Irak pasó a ser un centro continuado de violencia sectaria y amenaza terrorista por la falta de una autoridad capaz de controlar el territorio (Dodge, 2007: 89-90). En segundo lugar, el país se convirtió en espacio de rivalidad directa entre grandes potencias regionales, que querían marcar su zona de influencia en el nuevo régimen de Bagdad. En último punto, la imagen de EEUU quedó seriamente deslegitimada en Oriente Medio.

Los problemas de seguridad en la zona coincidieron con un cambio de liderazgo en países clave. Turquía se adentró en una auténtica revolución política con la llegada al poder de Tayyip Erdogan y el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), que pasarían a ser los actores hegemónicos del país desde las

elecciones de 2003. Irán abandonó su postura más reformista y aperturista con el ascenso a la presidencia de Mahmud Ahmadineyad en 2005, que representó una política exterior y de defensa más agresiva. Una de sus principales medidas fue convertir el programa nuclear en una cuestión de seguridad nacional, a pesar de las sanciones internacionales y de las amenazas de EEUU.

Oriente Medio se introdujo en una etapa de creciente presión política. El área arrastró problemas de violencia en Irak y la expansión del terrorismo yihadista, pero sumó la cuestión nuclear de Irán y dos focos de conflicto más a partir de 2006. Por un lado, la división interna entre las dos grandes fuerzas palestinas: Al Fatah y Hamas, que derivó en el control de esta última sobre la franja de Gaza. En este sentido, el enfrentamiento entre palestinos y las fuerzas israelíes fue virando hacia ese territorio costero, donde Israel realizó diversas operaciones en los años posteriores. La escalada de violencia tiene su último episodio a partir de octubre de 2023. Un punto de inflexión en el conflicto y que le vuelve a dar un cariz regional. Por otro, la milicia Hizbolá hizo frente al ejército israelí en el sur del Líbano (Jones, 2014: 294-295), lo que le sirvió para erigirse en un actor clave no solo dentro de su país, sino también en toda la esfera árabe y musulmana.

Los problemas de seguridad regionales llevaron a muchos regímenes de Oriente Medio a cambiar sus estrategias. Los principales aliados árabes de EEUU comenzaron a potenciar sus relaciones con otras potencias emergentes, como fue el caso de la economía china, que inició una penetración paulatina en la región. Irán bajo el liderazgo del presidente Mahmud Ahmadineyad potenció sus vínculos con otros países del escenario internacional, ya fuera Rusia, China o Venezuela, que sirviera para crear un frente contra el dominio estadounidense. El resultado en el corto plazo fue una inclinación unilateralista de las políticas exteriores de los regímenes de la zona, que terminó por diluir los pocos espacios de cooperación y diálogo que existen para resolver los problemas comunes.

La llegada a la presidencia de EEUU de Barack Obama pareció motivar un cambio de tendencia en la zona, puesto que se asumía que Washington dejaría de lado sus preferencias más belicistas. Sin embargo, existen tres acontecimientos que rompen la especulación de un período de estabilidad. En primer término, el regreso al Gobierno israelí de Benjamín Netanyahu, que confrontó las propuestas estadounidenses de paz para el conflicto con los palestinos. En segundo lugar, las multitudinarias protestas en Irán en 2009 tras las acusaciones de fraude electoral. Por último, la irrupción de las revueltas antiautoritarias de 2011, primavera árabe, que repercutieron en la mayoría de los países.

Las movilizaciones en Irán surgieron tras la supuesta victoria electoral de Mahmud Ahmadineyad, que no fue reconocida por la oposición (Espinosa, 2010: 3-4). La llamada Revolución Verde paralizó el país durante varias semanas. Las manifestaciones tuvieron un carácter heterogéneo, que involucró a

amplios sectores de la sociedad. En esa particular revolución jugó un papel central el uso de las redes sociales, que permitió superar los estrictos controles del régimen. El poder iraní se vio seriamente cuestionado y este episodio fue el antecedente de lo que ocurriría más adelante en todo Oriente Medio.

Existen dos acontecimientos en el año 2010, que merecen la pena señalar, no tanto por su importancia política, sino por su fuerte simbolismo, que refleja un panorama regional más complejo y diverso. Un escenario local marcado por focos de conflicto y tensión, pero también por puntos de enorme desarrollo económico, cierta estabilidad y considerable proyección internacional. En ese mismo año se inauguró el rascacielos más alto del mundo, Burj Khalifa, en la ciudad de Dubái de EAU. Unos meses después la candidatura de Qatar fue seleccionada para acoger el Mundial de Fútbol de 2022. Unos hechos que parecen anecdóticos, pero que muestran el protagonismo que determinados países de Oriente Medio comenzaron a asumir más allá del propio escenario local.

Las revueltas antiautoritarias de la primavera árabe tuvieron su punto de partida en el norte de África, en diciembre de 2010 en Túnez. Mohammed Bouazizi, un joven vendedor ambulante tunecino se prendió fuego en la localidad de Sidi Bouzid, lo que supuso el punto de partida de la revolución en su país y la extensión por toda la esfera árabe (Pinto, 2023: 25-26). La razón de la virulencia de las revueltas se debe a una mezcla de factores, que entremezclan las aspiraciones de cambio político de gran parte de la ciudadanía, junto a los problemas económicos de desigualdad, desempleo y falta de oportunidades. Los regímenes autoritarios de la zona no estaban preparados para canalizar estas demandas.

En el curso del año 2011 las protestas fueron extendiéndose más allá del Magreb hacia Oriente Medio. Las revueltas tuvieron diferentes intensidades según las condiciones internas de cada país. Egipto, Yemen, Bahreín y Siria fueron los puntos donde mayor transcendencia tuvieron las movilizaciones. En este sentido, existieron conatos de crítica y oposición, pero en un nivel menos amplio que en los anteriores casos en Arabia Saudí, Omán, Kuwait, territorios palestinos, Jordania, Irak o el Líbano. Por el contrario, solo unos pocos países de la región parecieron mantenerse relativamente estables como fueron Turquía, Israel, Irán, Qatar y EAU, lo que les concedió una cierta ventaja estratégica.

El resultado inmediato de las revueltas antiautoritarias fue muy dispar en el corto y medio plazo, pero, sin duda alguna, dejaron entrever la creciente erosión en la estructura social de Oriente Medio. Las protestas desencadenaron sendas guerras civiles en Siria y Yemen, que posteriormente pasarían a ser conflictos internacionalizados por la presencia directa de terceros actores. Las manifestaciones acabaron brevemente con un cambio de régimen en Egipto, al igual que amenazaron seriamente la pervivencia de la monarquía de Bahreín (Bustos, 2012: 64). En ambos casos, las posibilidades reales de democratización política quedaron duramente reprimidas, dando paso a una reafirmación autoritaria.

Las revueltas antiautoritarias tuvieron una característica inicial muy peculiar, ya que no existió en un origen una importante interferencia de potencias extranjeras en estas crisis políticas. La Administración estadounidense de Barack Obama decidió no involucrarse de forma clara en el devenir de las protestas (Quandt, 2014: 422-423), debido al desgaste en Afganistán e Irak. Más aún, tras el estallido de los conflictos en Yemen y Siria. Los miembros de la UE mantuvieron un perfil moderado, en parte, ya que tenían serios problemas económicos internos. China y el resto de las economías asiáticas no mostraron una postura política decidida, mientras que Rusia aún no aplicó una injerencia mayor.

La llamada primavera árabe inicia una etapa de crisis del orden regional en Oriente Medio. La fractura del *statu quo* vino dado en gran medida por las respuestas unilaterales que la mayoría de los regímenes dieron a los cambios en el entorno. Los espacios de cooperación, coordinación y diálogo quedaron relegados. La lógica dominante pasó a ser la de la rivalidad y competición por espacios de poder y márgenes de influencia. La mayoría de los líderes buscaron primeramente asegurar la estabilidad interna para, después, aventurarse en intervenciones en el exterior. El entorno quedó muy polarizado, lo que facilitó que los diversos conflictos y focos de tensión no fueran resueltos.

La crisis del orden regional en Oriente Medio originó tres grandes posicionamientos entre los países. Un grupo de ellos tendentes a potenciar la transformación del *statu quo*, que quedó escenificado en las políticas exteriores de Turquía, Irán, EAU y Qatar, que percibieron una oportunidad estratégica en el contexto de incertidumbre y convulsión surgido tras las protestas. Un segundo grupo de regímenes liderados por Arabia Saudí, que abogaron inicialmente por intentar preservar una cierta estabilidad en la zona, bajo una lógica contrarrevolucionaria (Priego, 2015: 234-235). No obstante, la mayoría de los Gobiernos optaron por una tercera vía, que fue la de mantener un perfil exterior bajo, que les permitiera no verse perjudicados por los efectos negativos de la elevada convulsión.

La lógica revolucionaria y de cambio político cambió radicalmente en la región a partir del 2013-2014. En primer término, las guerras en Siria y Yemen derivaron en conflictos con escasos avances sobre el terreno. En segundo lugar, el golpe de Estado en Egipto liderado por el mariscal Abdelfatah al-Sisi, que acabó con el breve Gobierno de los Hermanos Musulmanes de Mohammed Morsi. La experiencia democrática egipcia terminaba abruptamente. En último lugar, la primera crisis interna entre las monarquías árabes del Golfo, que supuso la ruptura de relaciones de Arabia Saudí, EAU y Bahreín con su socio Qatar, por las acusaciones de intromisión en los asuntos internos.

La crisis entre los miembros del CCG en 2014 reflejó la disparidad de políticas exteriores en Oriente Medio. La falta de complementariedad de intereses se tradujo en que cada régimen apoya a diferentes actores. Por ejemplo, Qatar, Turquía e Irán pasaron a ser importantes valedores de la organización islamista de los Hermanos Musulmanes. Sin embargo, este tipo de for-

mación política está perseguida en otros países como Arabia Saudí, EAU o Egipto tras el golpe de Estado de 2013 (Ehteshami, 2014b: 344-345). Este tipo de rivalidades también se trasladaron a otros frentes como la guerra en Siria o en Yemen, donde cada país decidió apoyar a facciones distintas en la contienda.

Los problemas de seguridad regional se acentuaron con la emergencia de la organización terrorista del Estado Islámico. Una rama proveniente de Al Qaeda en Irak, que creó su propia estructura en el contexto de violencia en el territorio iraquí. La plataforma yihadista pasó a convertirse en un serio peligro cuando a partir de 2014 comienza a controlar amplias zonas entre Siria e Irak. Este tipo de estrategia no era novedoso entre las organizaciones terroristas de la zona, ya que la propia Al Qaeda controlaba de facto amplias extensiones en Yemen desde el año 2004. Sin embargo, el Estado Islámico preocupa por su fuerza, pero también por su capacidad de captación de nuevos militantes.

Existen dos acontecimientos que cambian el devenir de las guerras en Siria y Yemen en el año 2015. Por un lado, la intervención de Rusia en el conflicto sirio. El Kremlin decidió asumir un mayor protagonismo en la zona, lo que dio lugar a apoyar militarmente a su aliado Bachar al Asad. De esta forma, Moscú se asegura que los puertos estratégicos al mar Mediterráneo oriental no están amenazados. Por otro, el rey Salman llegaba al trono de Arabia Saudí con su hijo, el joven príncipe Mohammed bin Salman. Una de sus primeras iniciativas fue involucrar al reino saudí y otros aliados árabes en la contienda yemení, bajo el pretexto de frenar el avance de los rebeldes hutis, que contaban con el apoyo del régimen de Irán y que tenían bajo el control importantes ciudades del país.

La creciente conflictividad en Oriente Medio tuvo un punto de distensión con el Acuerdo Nuclear de Irán. El Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA) auspiciado por la Administración de Barack Obama, que consiguió la firma de UE, China, Rusia, Francia, Reino Unido y el régimen iraní (Zaccara y Haghirian, 2020: 64-65). El compromiso suponía a grandes rasgos que Teherán reduciría sus programas de enriquecimiento de uranio, permitiría la supervisión del Organismo Internacional de la Energía Atómica, mientras que las potencias extranjeras levantaban algunas de las sanciones impuestas. La celebración del pacto contó con la oposición de algunos países de la zona como Israel.

La escalada de la conflictividad llegó a un nuevo nivel entre el año 2016 y 2017. Irán y Arabia Saudí rompieron relaciones en 2016 tras la ejecución por parte del reino saudí del clérigo chií, Nimr al-Nimr y el asalto a su embajada en Teherán. Ese mismo año se produjo un intento de golpe de Estado en Turquía, pero la fallida operación llevó a un giro autoritario del presidente Tayyip Erdogan. Unos meses después llegaba al poder Donald Trump en EEUU, que postuló un cambio radical de la estrategia estadounidense para Oriente

Medio. El mandatario republicano buscó reafirmar la posición regional de sus aliados de Israel, además de excluir del escenario regional al régimen iraní.

El punto de mayor tensión se produjo en 2017 con el bloqueo sobre Qatar del llamado Cuarteto Árabe: Egipto, EAU, Bahreín y Arabia Saudí. Estos países acusaban al emirato qatarí de apoyar grupos de oposición, organizaciones terroristas, aliarse con Irán e interferir en los asuntos internos a través de la cadena de televisión Al Jazeera. La crisis en el Golfo tuvo la amenaza de desembocar en un conflicto militar a gran escala. Ankara y Teherán rápidamente acudieron en apoyo de Doha. Las principales potencias regionales quedaron totalmente divididas. La rivalidad pasó a ser la lógica dominante en la zona, donde cada actor intenta marcar sus márgenes de influencia y debilitar los intereses del resto.

La etapa de estabilización en Oriente Medio se da a partir de 2020. El año empezó con el asesinato del general iraní Qasem Soleimani por parte de las fuerzas estadounidenses en Irak. Una coyuntura de elevada confrontación entre los dos países (Binkaya, 2020: 160-161). Sin embargo, meses después comienza un cambio en las dinámicas regionales. Por un lado, los Acuerdos de Abraham, que confirmaron la normalización de relaciones de Israel con países árabes como EAU o Bahreín, así como la consolidación del Estado israelí como un actor clave en este período. Por otro, la pandemia del coronavirus, que supuso un elemento disruptivo en la coyuntura internacional y regional. La crisis sanitaria estuvo acompañada por severas consecuencias económicas en la mayoría de los países.

Las principales potencias de Oriente Medio comienzan una fase de calculada desescalada de la conflictividad. En enero de 2021 las monarquías del CCG vuelven a reunirse de forma oficial, dando por concluido el bloqueo sobre Qatar. Unos meses más adelante Turquía vuelve a normalizar relaciones con países del entorno como Arabia Saudí o EAU, con quienes habían mantenido ciertas discrepancias. No obstante, los dos eventos clave del cambio de tendencia en la región se producen a lo largo del 2023. Primero, el acuerdo entre el reino saudí e Irán para retomar las relaciones diplomáticas. Segundo, el reingreso de Siria en la Liga Árabe, después de que hubiera sido expulsado el régimen de al Asad.

2.2. Las características del viejo orden regional

El concepto de orden es un elemento central en el estudio de las relaciones internacionales. Una cuestión que presenta numerosas acepciones dependiendo de la corrientes teóricas que se aproximen a dicho término. No existe una definición compartida sobre lo que implica de forma analítica y práctica tratar el orden mundial, tampoco hay una línea común en torno a los factores que dan origen a ello, así como a las causas que pueden fracturar tal *statu quo*. Sin embargo, entre las explicaciones más generales de la disciplina se logran

extraer ciertas características, que permiten conocer los rasgos esenciales de todo orden. Esos factores son utilizados a escala internacional y regional.

En una aproximación muy elemental al concepto, todo orden mundial surge de las propias interacciones de los actores que forman parte del sistema, dando lugar a unas dinámicas y pautas de comportamiento (Calvillo y Calatrava, 2023:11-12). Las partes involucradas comienzan a crear una serie de reglas y normas implícitas, que regulan la forma de relacionarse entre ellos. El entramado normativo que se formula genera un espacio de certidumbre y previsibilidad, que permite limitar la naturaleza anárquica e insegura del escenario internacional. Sin embargo, cualquier orden puede partir de unas características muy básicas de comportamiento hacia un sistema más complejo e interdependiente.

Uno de los grandes debates en la disciplina de las relaciones internacionales sobre el orden mundial son los actores con agencia. Es decir, aquellos participantes que tienen capacidad para influir en el sistema global. En definitiva, que tienen poder para condicionar el comportamiento de los demás. La vertiente realista predominante concita el término de potencia y liderazgo especialmente para los Estados, pero otras corrientes de análisis ponen en valor no solo la naturaleza material del poder, sino también su carácter ideacionales, además de destacar la inferencia de otro tipo de agentes no estatales.

El orden mundial o regional puede ser producto de diferentes variables y lógicas. En primer término, debido a la hegemonía de una o varias potencias sobre el resto, que ejercen una autoridad y jerarquización de las relaciones. En segundo lugar, producto del consenso entre los diferentes actores para garantizar una cierta estabilidad y coexistencia, a través de una serie de normas, acuerdos o instituciones. En tercer punto, debido a la confluencia de intereses básicos, pero también de valores y principios entre los distintos agentes del escenario internacional. En definitiva, el orden conduce hacia un cierto equilibrio y consistencia, aunque no es una realidad que quede inmutable en el tiempo.

Las características básicas de cualquier orden en las relaciones internacionales son fundamentalmente tres. Por un lado, la presencia de unos actores que interactúan entre sí, dentro de los cuales predomina la posición de una o varias grandes potencias, que arbitran las relaciones entre los agentes (Díez, 2021: 383-384). Por otro, la formulación de un marco normativo independientemente de su extensión, que es establecido por el consenso o aceptación de la mayoría de los participantes. Por último, la posibilidad de cambio o evolución de dicho orden, que se produce por la alteración de los liderazgos, así como por la falta de reconocimiento a unos principios o reglas que aseguren su operatividad.

El orden mundial de principios del siglo XXI está en crisis, porque varios de sus elementos están debilitados. La erosión del liderazgo de EEUU, que actuó como árbitro de la seguridad internacional desde el final de la Segunda Mundial. Washington encuentra mayor dificultades para imponer su autoridad actualmente. De igual forma, la dinámica revisionista de los principios y normas que constitu-

yen el marco liberal, que se ve reflejado en la debilidad del derecho internacional y las principales organizaciones. Una fase de deslegitimación y disfuncionalidad del antiguo orden (Sanahuja, 2023: 89-90), que se ve interrumpido, pero sin que proyecte otro tipo de *statu quo* o jerarquía definida.

En el orden regional de Oriente Medio se producen unas lógicas similares. En este sentido, hay que establecer las principales características que marcaron el sistema de relaciones de la zona a finales del siglo XX y principios del XXI. Primero, la forma de organizar las relaciones entre los diversos actores, así como la distribución del poder y márgenes de influencia. Segundo, las premisas normativas básicas y los consensos que regularon las dinámicas locales durante dicho período. Tercero, los elementos potencialmente disruptivos, que generaron cierta conflictividad en el entorno, así como los mecanismos utilizados para atender a los principales problemas y crisis de la zona.

El viejo orden regional de Oriente Medio tiene unas características distinguibles. Las interacciones entre los diversos actores estaban marcadas por la primacía de los Estados y por un grupo reducido de potencias locales, donde destacada Arabia Saudí (Hernández, 2018: 179-180). Las dinámicas del entorno también contaban con la tutela y arbitraje de EEUU, que resultó en un liderazgo incuestionable tras la Guerra Fría. Existían unos mínimos compromisos entre la mayor parte de los agentes por respetar ciertos márgenes de estabilidad y seguridad general. Todo ello se producía en un contexto donde los principales países de la zona todavía no desempeñaban un papel destacado en el mundo.

La primera características del viejo orden regional es la jerarquización de las relaciones entre los actores de Oriente Medio. El final de la Segunda Guerra Mundial, el proceso de descolonización y la constitución de nuevos Estados independientes creó un mapa local, que se fue configurado a lo largo del siglo XX. En este escenario existió al igual que en el resto de la Sociedad Internacional una primacía de los actores estatales sobre el resto de los agentes. Las interacciones más relevantes a nivel político, económico o de seguridad se daban entre Estados. Aunque existió un elemento disfuncional sobre, que era la cuestión de Palestina e Israel, puesto que uno carecía de un control real sobre el territorio, mientras que otro no contó inicialmente con el reconocimiento de los demás. El problema del encaje político del Estado israelí y el reconocimiento de los derechos palestinos sigue muy presente en el entorno.

La jerarquización de las relaciones entre los actores de Oriente Medio derivó en una redistribución del poder, que evolucionó durante las siguientes décadas. En un primer período, Egipto se consolidó como el gran referente de la región y del mundo árabe bajo el liderazgo del presidente Gamal Abdel Nasser, entre 1954-1970, que partió de los principios del panarabistas y panafricanistas (Segell, 2022: 28-29). Sin embargo, las iniciativas egipcias contaron con las resistencias de distintas monarquías, que propugnaban soberanía por encima de la unidad regional. En una segunda fase, Arabia Saudí emergió como el gran líder de la zona para finales de siglo, dando lugar a una mezcla entre dogma religioso y estrechas relaciones con potencias occidentales.

Entre el modelo repúblico y panarabista egipcio y la excepcionalidad monárquica y religiosa saudí surgieron otras alternativas. Regímenes que buscaron también influir de manera determinante en las dinámicas regionales, así como alcanzar destacadas cotas de poder. Por un lado, este el caso del Estado iraquí durante el mandato de Saddam Hussein, entre 1979-2003, especialmente durante la década de los ochenta y parte de los noventa, Bagdad intentó consagrarse como un polo diferente a Riad y Teherán. Coaligado a ello, está el ejemplo de la República Islámica de Irán, que desde la llegada al poder de los ayatolás en 1979 busca postularse como un nuevo polo de atracción para el entorno.

La jerarquización de relaciones internacionales en el espacio de Oriente Medio quedó estructurado en tres grandes bloques de países. En primer término, Arabia Saudí y sus principales aliados, que incluía a las monarquías de la región, como Jordania, EAU, Omán, Qatar, Bahréin, Kuwait, y más adelante el propio Egipto tras la desaparición de Nasser. En segundo lugar, los regímenes más contestatarios con la hegemonía saudí y, por ende, con la injerencia estadounidense. Un bloque conformado por Irak, Irán, Siria, Yemen. Por último, los casos de los territorios palestinos e Israel, o bien, la crisis interna en el Líbano, que quedaron como problemas prolongados dentro del orden regional, así como Turquía, que mantuvo durante gran parte del tiempo un perfil exterior poco activo.

La segunda característica del viejo *statu quo* fue la preponderancia de EEUU como la gran potencia extranjera. De hecho, la estructuración de las relaciones internacionales de Oriente Medio no se dio tanto alrededor del liderazgo de Arabia Saudí, sino más bien, sobre la esfera de influencia y alianzas que encabeza Washington. El papel del hegemón estadounidense en la zona se fue moldeando durante el siglo XX, en paralelo, a su ascenso en el escenario internacional y la rivalidad antagónica con la URSS. La Guerra Fría también tuvo su corolario en esta parte del mundo condicionando dinámicas y lógicas.

Oriente Medio fue una zona de influencia directa por parte de las clásicas potencias europeas, especialmente Reino Unido y Francia, que a inicios del siglo XX hicieron una repartición de áreas de control (Álvarez-Ossorio, 2020: 104-105). Esta circunstancia quedó recogida en el Acuerdo de Sykes-Picot de 1916, donde los representantes británicos y franceses marcaron unas limitaciones territoriales, que a posteriori serían la base de las fronteras de los nuevos Estados. Una decisión política que marcó la división de las poblaciones, además de debilitar los movimientos panarabistas. Londres y París actuaron como los grandes árbitros de las problemáticas locales hasta la Segunda Guerra Mundial.

Los procesos de descolonización no supusieron un mayor grado de emancipación política de Oriente Medio, puesto que el repliegue de las fuerzas europeas fue rápidamente sustituido por las dos superpotencias de la Guerra Fría. La bipolaridad que marcó gran parte del siglo XX también tuvo su traslación en la

región, pese a los esfuerzos iniciales de algunos países como Egipto, que alentarían alternativas como el Movimiento de Países No Alineados. Sin embargo, la lógica fue imponiendo una división entre los distintos regímenes de la zona, que fueron buscando el resguardo de EEUU o la URSS. Una de las consecuencias directas fue una paralización de procesos de cooperación regional.

La potencia estadounidense asumió varios roles en el desarrollo y pervivencia del viejo orden regional. Washington actuó en un inicio como valedor internacional de determinados regímenes locales, especialmente aquellas monarquías, que renegaban del panarabismo, así como del propio Estado de Israel. Más adelante, con el declive internacional soviético, EEUU comenzó ya no solo a ser un importante apoyo político para sus aliados, sino también en garante de la seguridad y estabilidad del entorno (Quero y Dessi, 2021: 315-316). La guerra del Golfo de 1990/1991 reflejó este rol incontestable. El hegemon occidental además asumió un papel de árbitro entre las disputas de la zona, que se ejemplificó en su mediación para los acuerdos de paz entre árabes e israelíes.

En las dos primeras características del viejo orden regional, la jerarquización de relaciones y la presencia de una gran potencia estabilizadora, queda evidente la poca relevancia que otro tipo de actores tuvieron dentro del sistema. El *statu quo* imperante era de naturaleza completamente estatal, sin que se asumiera la relevancia o impacto de otras fuerzas. No obstante, existieron otro tipo de agentes que también fueron destacados en su momento, que ya vaticinaron dinámicas de transformación en Oriente Medio. La emergencia del terrorismo o las protestas sociales en la década de los setenta y ochenta en diversos países, muestran elementos que no fueron considerados en su momento.

La tercera característica del viejo orden regional fue la naturaleza autoritaria de la mayoría de los regímenes. El proceso de descolonización de Oriente Medio concluyó oficialmente en 1971, cuando lograron su independencia del protectorado británico los últimos territorios, es decir, EAU, Omán, Bahrén y Qatar. En la zona emergieron tres tipos de modelos políticos. El sistema monárquico con una dinastía familiar en el poder, ejemplo de ello, Jordania, Arabia Saudí y el resto de las llamadas petromonarquías del Golfo. En contraposición, las denominadas repúblicas de cariz panarabista y socialista, que surgieron tras el derrocamiento de monarquías en Siria, Irak, Yemen o Egipto, donde el ejército jugó un papel determinante para el proceso revolucionario y el control estatal.

Los otros modelos imperantes en la zona son distintas versiones democráticas y república islámica. En la primera referencia podrían situarse al Líbano e Israel, pero con considerables matizaciones. En ambos casos el juego de democrático está muy debilitado y exige de difíciles equilibrios entre diversas facciones. Más aún, en el caso libanés por la injerencia constante de potencias extranjeras, mientras que en el contexto israelí es clave la situación de los territorios y poblaciones palestinas. Turquía sería un caso particular puesto que parte de un modelo de república, pero que evidencia serias defi-

ciencias democráticas. En el segundo ejemplo, estaría el arquetipo excepcional de Irán desde 1979, que supuso el derrocamiento de la monarquía del Sha de Persia y la asunción de una élite religiosa junto a sectores militares.

La mayoría de los regímenes tenían profundas diferencias ideológicas y establecieron alianzas hacia el exterior antagónicas. No obstante, compartieron la característica de una clase autoritaria que se perpetuó en el poder (Bank *et al*, 2022: 51-52). Las fuentes de legitimidad en cada país se debieron a los distintos contextos internos. En el modelo de las repúblicas panarabistas debido al éxito revolucionario y la emancipación frente a actores extranjeros. En el patrón de monarquía bajo una retórica de tradición histórica y religiosa, junto al elemento de la estabilidad garantizado por la corona. En el prototipo iraní gracias a una mezcla de religión, espíritu revolucionario y crítica imperialista.

La constitución de los nuevos regímenes se dio casi en paralelo con el desarrollo de los Estados independientes, salvo excepciones con mayor pasado político-nacional. Esta circunstancia generó tres grandes características de los sistemas internos, que explican el funcionamiento de los actores estatales en el viejo orden regional. Primero, la figura del Estado como un agente protector del porvenir y seguridad de sus ciudadanos. Segundo, la vinculación de los intereses nacionales a los objetivos propios del régimen o autoridad política del momento. Tercero, la percepción generalizada de cualquier factor de conflicto o tensión en la región pudiera tener efectos negativos sobre el orden interno de cada país.

La cuarta característica del viejo orden regional es la referida a los principios o normas básicas, que marcaron las pautas de comportamiento de los principales actores. Estos elementos normativos fueron variando a lo largo de las décadas hasta el escenario local de principios del siglo XXI. Existen cuatro etapas distinguibles durante más de cinco décadas, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los atentados del 11S. Cuatro fases en las que se pasó por distintas lógicas y compromisos, desde alianzas, rivalidades o congruencia de objetivos. En este sentido, los cambios en el contexto de Oriente Medio derivaron en que cada potencia fue variando sus intereses y disposición a consensos.

La primera de estas etapas del viejo orden mundial está marcado por el compromiso de la emancipación de los países. La organización intrarregional de la Liga Árabe creada en 1945 fue la escenificación de la congruencia de objetivos decoloniales (Schayegh y Di-Capua, 2020: 143-144). La consecución de un espacio regional sin la intromisión de potencias extranjeras, que asegurara el porvenir de nuevos Estados independientes. Unos grandes principios políticos influenciados por la ideología panarabista, que primaban ante todo la colaboración entre las poblaciones y líderes frente a los intereses de terceros. Sin embargo, estos principios tuvieron una duración limitada bajo la lógica de la Guerra Fría.

La segunda etapa del viejo orden regional pasa por la rivalidad entre modelos antagónicos de liderazgo. Una fase muy marcada desde mediados de la década de los cincuenta hasta los setenta. El *statu quo* pasa por la confrontación del liderazgo de las repúblicas panarabistas frente a los modelos monárquicos. Unos principios normativos guiados inevitablemente por la dicotomía aliados soviéticos contra socios occidentales. Los compromisos y principios que se generaron en torno a la Liga Árabe y los procesos de descolonización quedaron totalmente relegados del mapa local. No existió otra lógica principal que la de intentar establecer zonas de influencia. Este período tuvo como gran confrontación el liderazgo del régimen egipcio y la emergencia de la corona saudí.

La tercera etapa del viejo orden regional pasa por la dinámica de injerencia en terceros países. El respeto al principio de soberanía e integridad territorial queda excluido desde la década de los sesenta hasta los noventa. La guerra civil en Yemen del Norte 1962-1970 con la injerencia de Egipto o Arabia Saudí es una muestra (Orkaby, 2014: 86-87), pero también lo son las acciones de Siria o Israel en el Líbano, hasta la invasión de Kuwait por parte de Irak en 1990. Una serie de eventos que vulneraron de postulados básicos en un sistema de Estados. No obstante, en la última década del siglo XX, se observa un cambio radical en la dinámica y la consolidación de una serie pautas de comportamiento.

La cuarta etapa del viejo orden regional se produce principalmente a lo largo de los años noventa, cuando se alcanzan una serie de consensos mínimamente respetados por los principales actores de la región. La experiencia de los conflictos prolongados en la zona, además de los cambios en el sistema internacional tras el desmoronamiento de la URSS generan nuevas expectativas. La mayoría de los actores estatales de la zona comparten el doble interés de preservar cierta estabilidad en el entorno, así como reducir los niveles de conflictividad en la región. Estos objetivos se materializarán de diferentes medios, pero facilitarán un cierto compromiso generalizado que solo será interrumpido más adelante.

El propósito de la estabilidad regional derivó en la intención de los regímenes de no interferir en asuntos internos. Los marcos de soberanía e integridad territorial pretendieron consagrarse como fundamentales. La preocupación por la seguridad también generó otra serie de compromisos por las principales potencias de la zona. Por un lado, la voluntad de resolver los problemas del entorno y atender a sus amenazas de una forma más coordinada, aunque bajo una preponderancia y tutela de EEUU (Darwich *et al*, 2022: 100-101). Por otro, el impulso hacia la resolución de los graves conflictos que aunque las labores diplomáticas en este caso se mostraron insuficientes..

La última característica del viejo orden regional es la inserción de Oriente Medio en el propio sistema internacional. El entorno mantuvo durante gran parte del siglo XX y principios del XXI una importancia estratégica para el

propio devenir de la Sociedad Internacional. Sin embargo, la mayoría de los países de la zona asumieron un rol ciertamente pasivo sobre los grandes temas de la agenda global. La región quedó caracterizada constantemente por ser un espacio de rivalidad e influencia de potencias externas, ya fueran las clásicas potencias europeas occidentales, o bien, las fuerzas hegemónicas de EEUU y la URSS durante todo el desarrollo de la Guerra Fría.

Oriente Medio en términos generales asumió un papel poco activo en las relaciones internacionales, bajo el prisma de propulsores de cambio en el propio sistema. No obstante, se produjeron varios episodios que sí convirtieron a actores de la región en propulsores de transformaciones y alternativas al *statu quo* establecido. La propia corriente panarabista representó una oposición frente al sistema de grandes potencias globales. Las diversas respuestas islamistas que se dieron en la zona fueron una contestación en parte a la injerencia externa. Incluso el movimiento palestino fue capaz de condicionar la agenda internacional. Sin embargo, los principales actores de Oriente Medio pasarían a tener un rol más proactivo e independiente a inicios del siglo XXI.

SEGUNDA PARTE

LA RUPTURA DEL ORDEN REGIONAL

CAPÍTULO 3

LA DOBLE FRACTURA DEL ORDEN REGIONAL

3.1. La ruptura del contrato social en Oriente Medio

El viejo orden sociopolítico en Oriente Medio sufre una doble fractura desde el nivel interno hasta el regional. En el contexto nacional se produce una profunda división entre amplias capas de la sociedad frente al poder establecido. Tal ruptura genera unas consecuencias que van a marcar el devenir de la zona en las siguientes fases. Las relaciones políticas en la región ya no van a ser solo producto de los Estados, sino que sobresale el protagonismo de agentes no estatales. Unas fuerzas que habían sido relegados de la disputa de poder, pero que cuestionan el *statu quo* de los regímenes imperantes.

El contrato social es un término muy recurrente en las ciencias sociales para hablar de la relación entre la sociedad y el Estado, entre el individuo y el poder. En la literatura filosófica, política o jurídica se han desarrollado diferentes acepciones al concepto. Las discusiones se centran en los rasgos que deben tener el contrato social, las razones que llevan a las comunidades a desarrollar este tipo de acuerdos, o bien, su aplicabilidad y evolución en diferentes escenarios. Sin embargo, puede plantearse una definición general para el caso, que permita analizar como las sociedad de Oriente Medio cambian.

El contrato social recoge todo el conjunto de acuerdos explícitos e implícitos que se dan entre los grupos sociales de una comunidad y la autoridad política o soberano (Loewe *et al*, 2021: 3-4). Es decir, el conjunto de normas, pautas de comportamiento e instituciones, que regulan las relaciones de los individuos en comunidad y sus interacciones con el poder establecido. El contrato social produce un marco de corresponsabilidad, derechos y obligaciones, que limitan el poder del soberano y la participación del individuo. Este tipo de pacto elemental permite establecer unos márgenes de estabilidad y seguridad, lo que posibilita la coexistencia de todas las unidades que conforman una sociedad.

El contrato social es una relación recíproca entre autoridad y ciudadanía. Las capacidades que quien ejerce el poder tiene para garantizar unos bienes públicos esenciales, así como la aceptación y reconocimiento que tiene el soberano entre los gobernados, gracias a sus competencias para cumplir con los compromisos acordados. La ruptura del contrato social se da principalmente por dos razones. Por un lado, la autoridad extralimita las potestades asignadas y amenaza los derechos y libertades del individuo. Por otro, determinados segmentos de la población consideran que el gobernante no está cumpliendo con sus cometidos, lo que motiva la desafección y oposición en el seno de la comunidad.

Oriente Medio en el siglo XXI está definido en gran medida por la ruptura del contrato social. Las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 vendrían producidas por esa división entre la élite gobernante y los gobernados. Las transformaciones acaecidas en la región, que degeneran en la ruptura del orden establecido, no vienen solo de shock externos, sino que son productos en muchos casos de las propias vicisitudes internas. Los regímenes políticos fueron incapaces de predecir este tipo de fractura dentro de sus propias sociedades. Las fuentes de legitimidad del poder están erosionadas y no existe una lógica política renovada, que formule un nuevo compromiso nacional.

El contrato social en Oriente Medio previo a la crisis del orden regional está vertebrado en una serie de elementos, que fueron implementándose desde la propia constitución de los nuevos Estados. El régimen político se comprometió a ofrecer diversos bienes públicos y materiales a la ciudadanía: trabajo, oportunidades de ascenso social, educación, sanidad pública, ayudas sociales, servicios públicos o seguridad (Loewe y Jawad, 2018: 6-7). En contraposición, los ciudadanos renuncian a ciertos derechos y libertades, sobre todo, a la posibilidad de participar en la toma de decisiones políticas, así como en la exigencia de rendición de cuentas al poder establecido.

La mayoría de los regímenes surgidos en Oriente Medio a mediados del siglo XX tuvieron ante sí un triple desafío. Por un lado, la constitución de un nuevo sistema político independiente de inferencias externas, que fuera capaz de preservar sus propios intereses en el escenario regional e internacional. Por otro, el desarrollo de un Estado capaz de controlar e imponer su autoridad sobre un territorio y una población. Un factor que estuvo en muchos casos condicionado por las fronteras heredadas de la época colonial. Por último, la proyección de una identidad nacional, que sirviera para cohesionar las comunidades bajo el liderazgo político, así como distinguirse del de otros países.

La consecución de la legitimidad y el reconocimiento fueron los objetivos primordiales, que se marcaron todas las nuevas élites políticas de Oriente Medio (Hashemi, 2014: 194-195). La reafirmación de su poder buscaba repercutir tanto en el escenario interno como a nivel externo. Los soberanos

tuvieron que desarrollar mecanismos discursivos y marcos ideacionales, que aseguraran el apoyo de las poblaciones locales y, sobre todo, la aceptación a una forma de ejercer el poder autoritariamente. Los regímenes de la zona también pretendieron ganar apoyos en el exterior, lo que explica su alineación con determinadas potencias internacionales durante la Guerra Fría, ya que les aseguraba no solo su seguridad ante diversas amenazas, sino también la validación política.

La legitimidad interna se logró por varios medios según el país y el contexto en el que surgió cada Estado. La primera forma se debió a la capitalización de los procesos de independencia y descolonización. Actores muy concretos como familia reales, partidos políticos, oficiales del ejército o milicias fueron quienes lideraron las aspiraciones nacionalistas en cada territorio. Estos referentes se convirtieron en el interlocutor preferente hacia el exterior, pero también en la base de los movimientos que dieron lugar a nuevas estructuras de organización política. Las emergentes élites favorecieron que los procesos de emancipación fueran en la mayoría de los casos de forma organizada.

Los procesos de independencia y descolonización concedieron a los nuevos gobernantes una fuente importante de legitimidad. Los líderes políticos emergentes fueron reconocidos como los propulsores de los Estados recién creados, lo que le derivó en la proyección de una figura paternalista, donde el soberano pasa a ser el gran tutor de la nación y árbitro de las disputas sociales (Gause, 2013: 24-25). La consolidación de esta prototípica imagen se agudizó en algunos regímenes gracias a la religión, donde se asoció lealtad al dirigente con fidelidad a unas creencias. En otros sistemas la reafirmación del poder se produjo por el protagonismo recurrente de la revolución y la lucha nacionalista.

La fuente de legitimidad de los regímenes de Oriente Medio se estableció además en el cumplimiento de un particular contrato social. Los nuevos soberanos ofrecieron a las poblaciones locales unos bienes públicos y materiales, que ningún otro Gobierno del pasado o potencia extranjera había querido concederles. Los Estados de la región crecieron en complejidad por las numerosas acciones sociales que asumieron las administraciones gubernamentales. El desarrollo de infraestructuras bajo control estatal, la implementación de amplios sistemas de educación y sanidad públicos, las posibilidades de empleo y mejora económica, así como mecanismos garantistas de protección social.

La lógica desarrollista de estas políticas tuvo varios efectos sobre el modelo económico y social de los países. El Estado y, por ende, el régimen político, pasó a ser un actor central de la economía nacional. Las grandes empresas e industrias del país quedaron bajo el control estatal. La administración pública y el Gobierno pasaron a ser los grandes empleadores, lo que les consagró como la vía más fácil que tenían los ciudadanos de ascender socialmente. Aún más, la élite dirigente del momento garantizaba que nin-

gún nacional quedaría atrás del desarrollo y crecimiento general, por eso, se dispusieron numerosas políticas sociales y ayudas para reducir la desigualdad. En este contexto, el ciudadano solo tenía que asumir un papel pasivo en cuanto a participación política.

La principal fuente de legitimidad de los regímenes políticos comenzó a erosionarse en las últimas décadas del siglo XX. Las razones fueron tanto económicas, políticas como sociales. Las repúblicas panarabistas quedaron muy debilitadas en sus enfrentamientos contra Israel. La fortaleza de los dirigentes nacionalistas pasó a estar en entredicho. La tendencia de erosión de la imagen pública se agudizó con el papel preponderante que asumió EEUU en la región. Muchos Gobiernos quedaron bajo la tutela de Washington para garantizar su propia seguridad, lo que degeneró en una situación paradójica. Los mismos actores que lideraron las luchas de independencia contra los intereses extranjeros, se resguardaron de nuevo bajo la influencia y protección de terceras potencias.

La erosión de la legitimidad los regímenes políticos también se debieron a cuestiones económicas. La mayoría de los países de Oriente Medio tuvieron que hacer frente a fases de profunda recesión a finales de la década de los setenta y ochenta (Kamrava, 2014: 25-26). La naturaleza proteccionista y social quedó muy debilitada por la dificultad de los Gobiernos de preservar dicho modelo. Los dirigentes se encontraron ante la tesitura de desestatalizar sus economías, abandonando los principios desarrollistas de origen e, incluso, adoptando principios del programa neoliberal dominante en la época. La ayuda externa de organismos internacionales estuvo sujeto a la aplicación de estas medidas.

Las consecuencias más visibles fueron un deterioro del desempeño económico y la fractura en pilares básicos del contrato social: falta de oportunidades, desigualdad, declive de servicios públicos etc. (Barreñada, 2023: 43-44). La ruptura de elementos legitimadores se agudizó con las prácticas de los propios regímenes políticos. Unas administraciones que habían pasado a ser estructuras anquilosadas e ineficientes, que no eran capaces de dar respuesta a los problemas de los ciudadanos. La corrupción pasó a ser un problema estructural dentro del sistema gubernamental, lo que repercutió en la creciente desafección de la ciudadanía hacia las autoridades y dirigentes políticos.

La sociedad civil se encontró un doble problema para plantear sus reivindicaciones y exigencias. Por un lado, los regímenes nacionales habían asumido un carácter autoritario, que les garantizaba no tener que rendir cuentas ante sus ciudadanos, a pesar de los serios problemas que afrontaba cada país. Por otro, las élites políticas se habían encargado de desactivar los posibles focos de disidencia y oposición que pudieran surgir, relegando a la clandestinidad a los partidos políticos, sindicatos o congregaciones religiosas que supusieran una contestación al poder establecido. En esta misma línea, si los ciudadanos protestaban o se manifestaban tenían en frente la dura represión y coacción del sistema.

La ruptura del contrato social fue una dinámica que llevó décadas instituyéndose en Oriente Medio, aunque su fractura definitiva llegó a partir de la llamada primavera árabe de 2011. La escasa atención que los regímenes dieron al creciente desafecto y malestar en la ciudadanía se debió a varias causas. En primer término, la equivocada percepción de inviolabilidad que generó estar tanto tiempo en el poder. En segundo lugar, la falsa confianza de que los mecanismos coercitivos del Estado serían capaces de contener cualquier protesta, como ya había ocurrido en épocas pasadas. En último punto, la seguridad de que las principales plataformas de oposición estaban desarticuladas, por lo que supuestamente las poblaciones contaban con escasos espacios para autoorganizarse.

Las revueltas antiautoritarias de 2011 y las posteriores protestas de 2019 contaron con unas características semejantes, a pesar del desarrollo desigual en cada país. Primero, fueron unas protestas transversales a toda la sociedad. Las generaciones más jóvenes tuvieron un elevado protagonismo, pero también movilizaron a distintos segmentos de la población. Segundo, tuvieron una agenda reivindicativa heterogénea, que entremezclaba críticas contra la situación económica, pero también aspiraciones de cambio político. Tercero, fueron unas corrientes poco estructuradas y cohesionadas, que surgieron en espacios de encuentro social alejados de las clásicas organizaciones políticas.

Las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 se dieron bajo la lógica de la globalización y en un contexto de incesantes interdependencias entre países. En este sentido, cabe destacar el papel de las nuevas formas de comunicación e información, especialmente, las redes sociales, ya que sirvieron para dar a conocer lo que ocurrirá en las distintas partes del norte de África y Oriente Medio, así como promover las movilizaciones (El Hamdouni, 2013: 169-170). Las distintas poblaciones estuvieron al tanto de lo que ocurrirá en el entorno próximo, gracias a unas redes que rebasaron la censura de los regímenes políticos. Las movilizaciones asumieron un cariz transnacional.

Las protestas reactivaron una identidad común, que estuvo relegada durante varias décadas. Las diferentes comunidades se solidarizaron con otros pueblos, que hacían frente a la represión de élites políticas parecidas. Los ciudadanos de Oriente Medio fueron conscientes de que hacían frente a problemas semejantes, a pesar de pertenecer a espacios estatales distintos (Lynch, 2016: 48-49). El éxito inicial de las movilizaciones en Túnez o en Egipto en 2011 condujeron a una dinámica de réplica en otras partes de la esfera árabe. El orden regional quedó totalmente fracturado ante una lógica de cambio, que venía dada desde la propia sociedad y que dejó paralizados a la mayoría de los regímenes.

Las dos etapas de protestas en Oriente Medio tuvieron focos distintos. En el año 2011 los principales puntos de las revoluciones se localizaron en Egipto, Yemen, Bahreín y Siria, mientras que en 2019 las movilizaciones más impor-

tantes se desarrollaron en Irak, el Líbano y Jordania. Existen otros casos de revueltas ciudadanas que no se produjeron exactamente en esas fechas. Por un lado, las multitudinarias manifestaciones en Turquía en 2013, que tuvieron como epicentro el parque Taksim Gazi de Estambul, que escenificaron un claro malestar de la ciudadanía contra el Gobierno de Tayyip Erdogan. Por otro, las recientes marchas en Israel en 2023 contra el ejecutivo de Benjamin Netanyahu y sus iniciativas por reformar el sistema judicial del país.

Una circunstancia muy llamativa es la revuelta en Irán a finales de 2022 y principios del 2023 tras la muerte de la joven Mahsa Amini bajo custodia policial. Las protestas tuvieron como punto de partida la situación de desigualdad y opresión de las mujeres iraníes, pero pronto recogió el malestar de gran parte de la ciudadanía frente al régimen (Bayat, 2023: 24-25). De igual forma que las movilizaciones del año 2009, en estas manifestaciones existió una clara agenda política, que tenía como razón de ser la desafección de la población hacia el sistema autoritario. El modelo revolucionario de los ayatolás surgido tras 1979 no había hecho antes frente a una desestabilización interna tan profunda.

El caso egipcio de 2011 supuso una enorme frustración para las aspiraciones de democratización en la zona. El breve gobierno de los Hermanos Musulmanes encontró resistencias internas y externas, que derivaron en el golpe de Estado de 2013. La escalada de violencia en Siria y Yemen relegó las motivaciones por las que habían surgido las protestas. La revuelta fue también violentamente reprimida en Bahrein con la asistencia de Arabia Saudí y EAU. En la misma línea, las protestas de 2019 en Jordania, Irak o el Líbano solo recibieron las promesas de tímidas reformas políticas, que no responden de forma completa a las necesidades de la ciudadanía y los problemas estructurales internos.

La evolución de las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 en Oriente Medio dejan un resultado negativo, en cuanto a las posibilidades de cambio político. Más aún, existe una clara tendencia a reforzar el autoritarismo, puesto que se prioriza la estabilidad y seguridad interna y regional. No obstante, la experiencia de las protestas de estos años permanece en la conciencia general de las poblaciones, que se erigen como un actor clave a considerar en las principales dinámicas del entorno. Los regímenes locales tienen más problemas para mantener sus estructuras de poder, ya que no cuentan con las mismas fuentes de legitimidad y tienen mayores dificultades para cumplir con el contrato social.

3.2. La ruptura de los marcos políticos y de seguridad

El siglo XXI marca un período de ruptura con el antiguo orden regional. La lógica de las principales dinámicas sociopolíticas de Oriente Medio cambia radicalmente. Un proceso acelerado de erosión de los frágiles márgenes que se

establecieron sobre la forma de gestionar los conflictos en la zona, la jerarquización de las relaciones, los principios básicos que condicionaban las pautas de comportamiento de los principales actores. Todos esos elementos quedaron diluidos en un contexto diferente, que provocó una reacción muy diversa de cada uno de los agentes involucrados. La fractura en el *statu quo* generó una sensación de incertidumbre, que alentó una securitización de la agenda local.

La manifestación en los cambios del orden regional tiene varios precedentes directos. La escalada del conflicto palestino-israelí es uno de ellos. El fracaso de los procesos de paz de la década de los noventa dio paso a una nueva etapa de violencia. Las alternativas de diálogo entre las fuerzas palestinas y las formaciones políticas de Israel quedaron relegadas, sobre todo, por el auge de posiciones más beligerantes. La Segunda Intifada o Intifada de al-Aqsa en el año 2000 supone un nuevo punto de inflexión del problema (Schulze, 2001: 220-221). Las relaciones entre los representantes palestinos y los israelíes están determinadas desde entonces por la ausencia de espacios de diálogo.

La escalada de violencia en el conflicto palestino-israelí va a tener episodios de considerable gravedad. Las operaciones militares de las fuerzas de Israel pasan a concentrarse primordialmente en la franja de Gaza, desde la Operación Lluvia de Verano de 2006, pasando por la Operación Plumo Fundido de 2008, Operación Pilar Defensivo de 2012, Operación Margen Protector de 2014 o la Operación contra Túneles de Hamas en 2018. Todo ello conduce a una localización muy concreta del enfrentamiento en torno al espacio gazatí. Las acciones de Israel tienen en frente a la organización de Hamás, que adquiere un gran protagonismo por sus acciones contra las posiciones israelíes. El episodio más reciente ocurre en octubre de 2023, tras el sorprendente ataque de la organización palestina, que supone un giro absoluto en la lógica del enfrentamiento.

La escalada de violencia en el conflicto palestino-israelí tiene serias implicaciones para el devenir de la región. En primer término, los países del entorno son incapaces de articular una respuesta convincente al problema. La Iniciativa de Paz de la Liga Árabe de 2002 queda totalmente excluida del debate político. La mediación solo pasa por Egipto y Jordania, que mantienen su papel de interlocutores entre las partes. A pesar de la preocupación y solidaridad que exista entre las sociedades árabes y musulmanas por la causa palestina, la mayoría de los regímenes de la zona comienzan a desplazar el asunto de sus agendas exteriores, puesto que buscan preservar otro tipo de objetivos. Sin embargo, esta dinámica será interrumpida en 2023 tras el ataque de Hamas y la ofensiva de Israel sobre Gaza. Las potencias regionales y la comunidad internacional no podrán desentenderse de esta difícil realidad.

La invasión de Irak de 2003 es otra ruptura importante de los marcos políticos y de seguridad de la región. El régimen de Saddam Hussein representó a lo largo de la década de los ochenta y noventa una amenaza para los países de alrededor. Las pretensiones territoriales de Bagdad motivaron la guerra contra Irán entre 1980-1988 y la invasión de Kuwait entre 1990-1991. Sin embargo, a principios del siglo XXI, el Estado iraquí se encontraba muy debi-

litado debido a las sanciones internacionales y la exclusión regional. En este sentido, Irak cumplía un rol fundamental para la estabilidad en el entorno (Quero, 2022: 215-216), ya que actuaba como un Estado-Tapón, es decir, un espacio ubicado entre dos grandes potencias, que servía para reequilibrar los márgenes de influencia.

El derrocamiento del régimen de Saddam Hussein crea un vacío de poder en el país, que deriva en una reactivación de los intereses por parte de Irán y Arabia Saudí. Una reacción casi automática de los dos Estados para asumir mayor peso político en el área fronteriza. El territorio iraquí pasó a ser un área de disputa para intereses externos. En la misma línea, la desestabilización de Irak trajo consigo un deterioro de la imagen regional de EEUU, que dejó de ser vista como la potencia garantista de seguridad. Los principales aliados de Washington comenzaron a distanciarse de su estrategia intervencionista. El liderazgo estadounidense como principio vector del orden regional quedó muy erosionado.

La cuestión nuclear de Irán es otro elemento antecesor de crisis en los márgenes políticos y de seguridad de Oriente Medio. La preocupación por el régimen iraní no radica solo en sus pretensiones nucleares, sino también en otro tipo de capacidades militares (Ayoob, 2014: 406-407). Esa amenaza está muy presente en la visión regional que tienen las monarquías árabes del Golfo o Israel. El programa balístico de las fuerzas iraníes es un elemento de enorme disrupción para la estabilidad en la zona. Las capacidades de Teherán en ese ámbito le otorgan una superioridad notable con respecto a la mayoría de los países. Una apuesta decidida del régimen para posicionarse como potencia militar.

El programa nuclear de Irán constituye un grave problema político y de seguridad en Oriente Medio. En primer término, ya que rompe los escasos niveles de confianza que pudieran existir entre los distintos regímenes, derivando en una escalada de la tensión en la zona. En segundo lugar, las sanciones internacionales derivan en que la cuestión nuclear pasa a ser un principio de interés nacional irrenunciable para Teherán, lo que dificulta un entendimiento entre las partes. En tercer punto, la posible amenaza alienta una carrera armamentística en el entorno, así como un cambio en las alianzas regionales. Uno de los factores que incentiva el acercamiento Israel y algunos países árabes.

El punto de inflexión en los marcos políticos y de seguridad en Oriente Medio se produce a partir de las revueltas antiautoritarias de 2011. Las consecuencias afectan a varios niveles del orden regional predeterminado (Elakawi, 2014: 223-224). Por un lado, la emergencia de nuevos conflictos, que amplifican los focos de amenaza y peligro. Por otro, el debilitamiento en la jerarquización de las relaciones internacionales, sobre todo, en lo referido al liderazgo de Arabia Saudí y EEUU. Por último, la lógica unilateralista en la que se desempeñan las principales potencias regionales, así como la tendencia general de interferir en los asuntos de terceros, dando lugar un período de elevada tensión.

La relevancia estratégica de las guerras en Siria y Yemen se explica por varios motivos, que repercuten directamente en la propia estabilidad regional. Primero, debido a las graves crisis humanitarias que provocan las dos contiendas, cuya prolongación solo acentúa el número de víctimas, desplazados y refugiados. Segundo, los espacios de violencia son propicios para la propagación de actores terroristas, que aprovechan el vacío de poder para extender sus marcos de actuación. Tercero, la crisis abierta en los territorios sirio y yemení repercute en los intereses de otras potencias de la zona, que buscan influir en el devenir de la contienda, puesto que asumen que tendrá un impacto sobre el futuro *statu quo* regional. El horizonte político de Oriente Medio pasa en buena medida por la resolución de ambos conflictos, así como por quiénes mantendrán el poder en ellos.

La situación en Siria y Yemen ha reforzado la lógica de la Guerra Proxy, que implica una subsidiaridad de los esfuerzos de las grandes potencias regionales. Este tipo de esta estrategia estuvo muy presente durante la Guerra Fría entre EEUU y la URSS. Ambos líderes mundiales trasladaron sus diferencias a terceros escenarios, ya que un enfrentamiento directo entre las dos fuerzas podría degenerar en su destrucción mutua. El resultado fue lo que se conoció como la «larga paz», ya que no se produjo un gran conflicto global (Barbé, 2020: 288-289). Sin embargo, la rivalidad entre los dos bloques antagónicos repercutió en otros países y regiones del mundo durante largo tiempo.

Las guerras en Siria y Yemen son escenarios de Guerra Proxy, donde otras potencias extranjeras intervienen de forma directa o indirecta en el desarrollo de la contienda. Los dos territorios pasan a ser espacios donde los países del entorno dirimen sus diferencias, a la par que intentan ganar más influencia y poder en Oriente Medio. La forma en que ello tiene lugar puede ser a través de una participación directa, como es el caso de Arabia Saudí en Yemen, o bien, gracias a la financiación y apoyo a distintas facciones del conflicto, como lo que han hecho otros países apoyando a grupos de la oposición en Siria.

La ruptura de la jerarquización de las relaciones internacionales en Oriente Medio tiene varias implicaciones políticas. La consecuencia más directa y visible es el debilitamiento de la figura de Arabia Saudí, que se había postulado como el gran referente regional. La autoridad saudí no estaba cuestionada severamente hasta las revueltas antiautoritarias de 2011, que le dejan en una posición muy frágil hacia los cambios en el entorno. El deterioro en el liderazgo saudí es debido a dos grandes causas. Por un lado, la lenta respuesta de la monarquía árabe ante las crisis y transformaciones en la zona. Por otro, la falta de influencia para coordinar las acciones y respuestas desarrolladas por otros países.

La ruptura de la jerarquización de relaciones y el debilitamiento del liderazgo de Arabia propicia otro efecto a considerar. La irrupción de una lógica unilateralista y de competencia entre las grandes potencias regionales. La

incertidumbre y convulsión que se genera en Oriente Medio evoca a los regímenes locales a redefinir sus estrategias exteriores. Los principios vectores que guían mucho de los planteamientos de los actores involucrados son los de preservar su propia estabilidad interna, así como asegurar sus intereses a través de políticas más independientes. De esta forma, se impone la percepción de que solo de forma individual se pueden garantizar la seguridad de cada uno.

La tendencia unilateral pasa a ser un elemento predominante en la mayoría de las políticas exteriores de la zona. El efecto de esta lógica viene acompañado de la vulneración del principio de no injerencia y de la falta de respuestas a través de instituciones regionales. Los casos de Siria y Yemen evidencian como terceros actores se involucran en el devenir de los conflictos (Heydemann, 2020: 154-155), bajo un interés resultadista entre costes y beneficios de la intervención. En casos análogos se pueden citar al Líbano e Irak, dos países con una situación gubernamental muy débil, que ha sido incentivada en buena medida por la persistente interferencia de otras potencias de Oriente Medio.

La tendencia unilateral repercute además en la operatividad y legitimidad de las organizaciones internacionales, que deberían ser los cauces por donde atender los graves problemas de la región. Existen dos instituciones principales en Oriente Medio: la Liga Árabe y el CCG. Es cierto que ninguno de los dos espacios es representativo de todos los países del entorno, pero su incapacidad de dar una respuesta coordinada entre sus miembros sirve para mostrar la fractura del orden regional. Las dos entidades tienen cometidos diferentes, pero evidencian las mismas dificultades para resultar útiles y prácticas en un momento crucial para la zona. La cooperación interestatal queda relegada en la gestión de las principales dinámicas y problemas de los últimos tiempos.

La Liga Árabe incluye a 22 Estados del norte de África y Oriente Medio. Las revueltas antiautoritarias de 2011 colocaron a la organización en una situación excepcional. Los miembros en su conjunto decidieron expulsar ese mismo año a Siria debido a la represión ejercida por el régimen de Bachar al Asad. Al mismo tiempo, la alianza árabe también invitaba al Consejo Nacional de Transición de Libia después del estallido del conflicto en el país. En este sentido, se produjo una situación paradójica dentro de la entidad, puesto que en un principio parecía respaldar los cambios políticos, mientras muchos de sus miembros seguían siendo Gobiernos autoritarios. No obstante, la Liga Árabe volvía a admitir a Siria en 2023, lo que suponía una vuelta a las premisas previas a la revolución.

El CCG es la otra gran organización regional en Oriente Medio. El Consejo se creó en 1981 entre las seis monarquías árabes del Golfo. Una plataforma creada para impulsar la cooperación política, de seguridad y económica entre sus miembros. Un caso excepcional en el entorno gracias a su desa-

rollo institucional y al grado de integración alcanzando. Sin embargo, las diversas crisis en el área dejan en entredicho su capacidad de actuación y el interés real de sus miembros. El bloqueo de Qatar a partir de 2017 representó un momento excepcional de fractura en la organización, que casi aboca a su desaparición, aunque los seis países volvieron a retomar la agenda conjunta a principios de 2022.

La característica predominante en las relaciones internacionales en Oriente Medio es el de un clima de competencia. Un escenario donde se dan paralelamente dinámicas de rivalidad con acuerdos y pactos en diferentes puntos de la región. Un período definido por alianzas líquidas (Soler i Lecha, 2016: 148-149), donde según la problemática pueden variar los actores involucrados en torno a ello. Por tanto, no existen bloques definidos dentro del área, sino una sucesión de Estados y agentes no estatales que compiten entre sí para ganar mayor espacios de influencia, así como debilitar a su principales rivales.

El alto grado de competencia entre las potencias de Oriente Medio queda manifestada en varias dinámicas. En primer término, la emergencia de Turquía, Qatar y EAU en los principales escenarios de conflicto y crisis, que los lleva a abandonar un rol más pasivo, que el que asumieron tiempo atrás. En segundo lugar, la reactivación de la enemistad sistémica entre Irán y Arabia Saudí, que alcanza su punto más tensionado a partir de 2011. Dos de los grandes países del entorno, que rivalizan por el liderazgo del nuevo orden local (Mabon, 2019a: 38-39). En tercer punto, un grupo mayoritario de países que buscan no verse perjudicados por problemas externos, mientras que pretenden preservar su independencia política frente a las grandes rivalidades políticas de la zona.

La liquidez de las alianzas y el clima de competencia se traduce en unas acciones basadas en principios diferentes. Por un lado, la estrategia de la emulación de Turquía o Irán, donde se presentan al resto de los países como ejemplos de modelos alternativos de Gobierno. Por otro, la táctica de la autonomía creciente, que se muestra en el rol desempeñado por Qatar y EAU buscando proyectar mayor independencia y protagonismo. Por último, el plan implementado por la monarquía saudí, que estuvo cimentado en el establecimiento de grandes ejes de rivalidad (Al-Rasheed, 2017: 150-151), que construyeran un nuevo mapa regional en base a bloques antagónicos.

El clima de competencia entre las principales potencias de Oriente Medio comienza a trasladarse a otras áreas geográficas. El norte de África, el Sahel o Asia central y meridional son espacios donde empiezan a asumir un protagonismo claro Turquía, Qatar, EAU, Arabia Saudí o Irán. Los regímenes ya no buscan solo consolidar su posición dentro del entorno más próximo, sino que pretenden ampliar sus márgenes de influencia para convertirse en referentes a escala internacional. El desarrollo de estas políticas exteriores no se podría realizar sin una doble interpretación. Por un lado, la fortaleza que consideran

que tienen para poder actuar en otros puntos del mundo. Por otro, la brecha abierta en el orden mundial, que les permite mayor margen de actuación y autonomía política.

La liquidez de las alianzas también es esgrimida en el papel de las principales potencias extranjeras. El mencionado declive de EEUU y, por ende, del eje occidental de países europeos. La reactivación del rol de Rusia en Oriente Medio y el ascenso de China en el contexto regional. Los dos procesos se producen de forma simultánea y se retroalimentan entre sí. Moscú y Pekín logran proyectarse en la región como focos de atracción, que ofrecen unos elementos, que ni Washington, ni capitales europeas pueden ya disponer para sus aliados locales. El Kremlin presenta un decidido apoyo político y militar, mientras que el hegemón asiático presenta un fuerte respaldo diplomático y económico, que no están acompañados hasta ahora por una mayor injerencia en asuntos internos.

El año 2020 supone un nuevo cambio en las dinámicas generales de Oriente Medio, que propicia un período de reconstrucción de ciertos márgenes de seguridad y mínimos consenso políticos entre los principales actores. La estabilidad pasa a ser un eje central para las potencias regionales, por lo que la desescalada se convierte en la opción menos negativa para los regímenes. La fase iniciada tras la pandemia del coronavirus invita a una reactivación de diálogos y negociaciones comunes, donde pueden plantearse soluciones conjuntas y coordinadas a los graves problemas que acontecen en la zona.

CAPÍTULO 4

FOCOS DE CONFLICTO EN ORIENTE MEDIO

4.1. La guerra en Siria: espacio de disputa regional

El conflicto sirio es uno de los principales centros neurálgicos de las relaciones internacionales en Oriente Medio. Las revueltas antiautoritarias surgidas en 2011 pasaron rápidamente a ser una guerra civil, que se transformó en un enfrentamiento con fuertes injerencias externas. El devenir político de la región está muy condicionado por lo que ocurre en el territorio de Siria. Las grandes potencias de la zona y otros actores extranjeros buscan todavía preservar cierto protagonismo en la estratégica república árabe. La tendencia más reciente parece reafirmar la figura del presidente Bashar al Asad en el poder, aunque quedan numerosas cuestiones clave por resolver en el país.

Siria es un actor estatal excepcional en la historia reciente de Oriente Medio. Las razones que explican su relevancia desde mediados del siglo XX hasta la actualidad son numerosas. Cabe destacar, el factor geográfico debido a su posición clave entre Turquía, Irak, Jordania, Líbano e Israel. El elemento religioso por la confluencia de diferentes etnias y confesiones dentro de su territorio. El componente militar por tener unas destacables fuerzas armadas y otro tipo de grupos armados. El rasgo ideológico y político del régimen, que le ha situado en un papel central en los grandes conflictos del entorno, así como le ha asegurado unas alianzas internacionales muy singulares.

La violencia prolongada en Siria deviene en 2011 por una serie de movimientos de protesta contra la autoridad establecida. El presidente Bashar al Asad llega al poder en el año 2000, tras el fallecimiento de su padre Hafez al-Asad, quien había controlado férreamente el país desde 1970 y había moldeado el régimen (Haddad y Wind, 2014: 398-399). El modelo sirio estaba caracterizado por tres grandes componentes. En primer término, el predominio político del partido arabista Baaz. En segundo lugar, la posición protago-

nista del ejército en las estructuras del Estado. En tercer punto, una distribución desigual y arbitraria de cotas de influencia y riqueza entre las diferentes etnias del país.

El partido árabe Baaz surgió en la década de los cuarenta del siglo XX durante el proceso de descolonización de Oriente Medio. Una formación política que tendría ramificaciones en distintos países, especialmente en Irak. La organización llegó a tener un alto grado de penetración en las fuerzas militares sirias, que protagonizaron el golpe de Estado de 1963. Estos serían los dos grandes pilares en los que se apoyaría el poder de la familia al Asad, bajo el liderazgo del presidente Hafez y su hijo Bachar durante más de cincuenta años.

El régimen de los al Asad se cimentó en un desarrollo del poder de naturaleza represiva y basada en las diferencias étnicas clan/etnia. Los miembros de familia ocuparon las principales responsabilidades del Estado, junto a una élite del partido Baaz y de los cuerpos militares. La administración pública favoreció a las minorías alauitas, cristiana y drusos, mientras excluía y perseguía en numerosas ocasiones a los kurdos y ciertas comunidades sunís. El fenómeno de las protestas e insurrección civil no es algo peculiar en la historia política de Siria. En la década de los ochenta del siglo XX se sucedieron movilizaciones lideradas por el partido de los Hermanos Musulmanes, que recogieron el malestar de gran parte de la ciudadana, sobre todo, entre las comunidades sunís.

Los primeros años de gobierno de Bachar al Asad estuvieron marcados por numerosos desafíos. Por un lado, problemas económicos, de desigualdad y pobreza, que se agudizaron con las políticas de desestatalización iniciadas por el presidente sirio a principios del siglo XXI (Zurayk y Gough, 2014: 111-112). Por otro, la creciente ineficiencia de los aparatos estatales para atender a las reivindicaciones de amplias capas de la sociedad. Por último, la compleja situación regional e internacional de Siria, puesto que se encontró señalada por la Administración estadounidense de George W. Bush por su rivalidad con Israel, así como por su proximidad al régimen de Irán.

Las revueltas antiautoritarias en Siria coinciden con una fase de cambio en la política exterior de Siria. En primer término, el interés de Bachar al Asad por acercarse a Occidente en busca de nuevos socios comerciales y diplomáticos, sobre todo, entre las principales capitales europeas. Esta circunstancia implicó mantener un perfil exterior más moderado. En segundo lugar, Damasco intentó revalorizar la frágil economía siria aprovechando su posición geográfica privilegiada. El régimen trabajó en diversos proyectos energéticos que tuvieran como punto de tránsito el territorio sirio, puesto que serviría para conectar el golfo Pérsico/Arábigo, Egipto Turquía y el continente europeo.

Las primeras protestas en Siria tuvieron lugar a finales de febrero de 2011, bajo un discurso de solidaridad con las revueltas en otros países vecinos,

pero también en respuesta a la represión del régimen de Bachar al Asad. Los conatos de movilización fueron duramente contestados por las fuerzas gubernamentales, que basaron su estrategia en los mismos medios y fórmulas que llevaban aplicando durante décadas. Sin embargo, la dureza con la que se intentó sofocar las manifestaciones alentó que estas se fueran replicando en otras ciudades. El origen de la crisis estuvo en aquellas comunidades más marginadas y perseguidas, aunque la revuelta pronto asumió un cariz transversal.

El verano de 2011 fue un punto crucial en el devenir del contexto sociopolítico sirio. Las manifestaciones y revueltas de baja intensidad dieron paso a un enfrentamiento directo, dando lugar a una escalada sin precedentes de la violencia. La guerra civil estalló entre las fuerzas leales al régimen de Bachar al Asad y una diversidad de grupos de oposición, que comenzaron a autorganizarse y acceder a un número creciente de armas, en gran medida, gracias al apoyo de actores extranjeros. El primer período del conflicto interno fue muy favorable para las formaciones rebeldes, que lograron a lo largo de 2012 y 2013 ir tomando importantes ciudades del país, frente a un ejército sirio en posición defensiva.

En los primeros instantes de la guerra civil en Siria surgieron números actores internos, que buscaron ser reconocidos como los principales y legítimos núcleos de oposición frente a Bachar al Asad. Entre ellos cabe destacar el Ejército Libre Sirio (ELS) creado en el verano de 2011, que reunían a desertores de las fuerzas gubernamentales y una gran heterogeneidad de grupos armados. Sin embargo, este tipo de plataforma careció de legitimidad por diversos problemas. Por un lado, la falta de capacidad para realizar operaciones coordinadas sobre el terreno. Por otro, la ausencia reconocimiento internacional, que sirviera para canalizar el apoyo económico y armamento extranjero.

En el plano político la oposición contó en los años más relevantes del conflicto con tres tipos de interlocutores. En primer lugar, el Consejo Nacional Sirio (CNS), que fue creado al inicio del conflicto con el propósito de reunir a las principales organizaciones opositoras. En segundo término, la Coalición Nacional de Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria (CNFROS), que se creó en 2012 con el propósito de coordinar las actuaciones internas y externas de los distintos grupos. En último lugar, el Alto Comité Negociador, que fue impulsado en 2015 para participar en negociaciones respaldadas por las Naciones Unidas. Sin embargo, ninguno de estos tres entes logró realmente el objetivo de establecer una agenda común entre quienes luchaban contra Bachar al Asad.

La atomización de los rebeldes sirios se debe a dos causas. Por un lado, la amalgama de ideologías e intereses que existen entre los grupos de oposición, que van desde organizaciones de izquierdas hasta fundamentalistas islámicos. Por otro, la elevada injerencia de potencias regionales en el con-

flicto de Siria, que impulsan aquellas formaciones que están más ligadas con sus objetivos (Ruiz de Elvira, 2014: 185-186). Esto va a provocar que la contienda en territorio sirio pase a ser también un escenario de rivalidad entre distintos actores del entorno, que buscan consolidar sus espacios de influencia. Tales circunstancias explican la desequilibrada evolución de la guerra.

Entre las potencias regionales con un papel destacado en el conflicto sobresalen Turquía, Irán, Arabia Saudí y Qatar. El régimen iraní es uno de los grandes apoyos internacionales que tiene el presidente Bachar al Asad. El mantenimiento en el poder del mandatario sirio resulta primordial para los intereses iraníes. La guerra civil siria muestra la ambivalencia y volatilidad de las estrategias de los principales Estados de Oriente Medio. Teherán mantiene una posición favorable a las protestas y revoluciones en terceros países, pero en el caso de Siria su respuesta ha sido de un total respaldo al poder establecido. La relación entre la nación árabe y la república islámica es muy estrecha a lo largo del tiempo. Siria es considerado por Irán un aliado clave en su estrategia de expansión regional.

Turquía, Arabia Saudí y Qatar han sido las tres principales potencias regionales valedoras de grupos de oposición. No obstante, Ankara asume un protagonismo mayor por los efectos directos del conflicto en su propio territorio. Las consecuencias más visibles son la llegada de millares de refugiados, así como la preocupación constante del gobierno de Tayyip Erdogan por las posibles ramificaciones del movimiento kurdo (Ford, 2019: 7-8). El resultado son dos tipos de acciones sobre Siria. En primer término, el respaldo a grupos de oposición para intentar establecer nuevos aliados en una posible transición. En segundo lugar, operaciones militares en la frontera siria desde 2018, que buscan debilitar las posiciones de milicias kurdas de Unidades de Protección Popular (YPG).

Arabia Saudí y Qatar han desempeñado un papel destacado en el conflicto sirio, aunque su labor ha ido menguando a lo largo de la guerra. Al contrario que Turquía e Irán, las monarquías árabes del Golfo no han participado directamente en la guerra, sino que han delegado la defensa de sus intereses en terceros actores. En las primeras etapas de la contienda fueron relevantes en la financiación para grupos rebeldes y, especialmente, el emirato qatarí se convirtió en sede de las principales delegaciones opositoras en el extranjero. La finalidad de sus acciones no era otra que ganar influencia en el espacio sirio que surgiera tras Bachar al Asad. No obstante, sus propósitos iniciales no se lograron.

Un segundo punto de inflexión en la guerra civil en Siria fue la emergencia del Estado Islámico en el año 2014. El surgimiento de este grupo terrorista se produjo por la desestabilización simultánea de Irak y Siria (Morell y Harlow, 2015: 322-323). La organización yihadista llegó a controlar amplias zonas del territorio sirio e iraquí. La amenaza de tal actor en el conflicto civil sirio derivó en dos grandes consecuencias. Por un lado, una participación más activa

de potencias internacionales. Por otro, la apertura de un nuevo frente en el complejo contexto de violencia entre diferentes actores sirios.

En la mitad de la evolución de la guerra civil siria el país se encontró dividido en diferentes focos de enfrentamiento. Primero, las fuerzas de Bachar al Asad contra grupos de oposición en los principales centros urbanos del país. Segundo, las milicias kurdas en el norte del Estado, que llegaron a asumir un alto grado de autonomía con respecto a Damasco y otros grupos políticos. Tercero, los avances territoriales del Estado Islámico, que mantuvo un agenda de actuación propia, que los llevó a enfrentarse tanto con diferentes grupos rebeldes como contra el ejército del régimen sirio. El auge de la organización terrorista trajo consigo una revitalización del discurso sectario en Siria.

Las revueltas antiautoritarias de 2011 surgieron con una agenda nítidamente política, que logró aunar reivindicaciones de distintas comunidades religiosas y estamentos sociales. Sin embargo, a lo largo del conflicto, las diferencias sectarias fueron revalorizadas con el propósito de justificar distintas acciones (Hilu, 2017: 128-129). Bachar al Asad se presentó como el único protector posible de minorías cristianas, drusos y alauitas. Los kurdos se vieron amenazados por el régimen de Damascos, Turquía, el Estado Islámico y otros grupos de oposición. Estos mismos quedaron fragmentados en diferentes organizaciones, que representaron programas religiosos muy diferentes. El Estado Islámico se aprovechó para incidir en el sectarismo en el que quedó el territorio sirio.

El tercer punto de inflexión en la guerra de Siria es la intervención de Rusia a partir de 2015, que marca verdaderamente la evolución de la contienda (Vidal, 2022: 36-37). La crisis siria supuso un elemento crucial en la estrategia regional del Kremlin. Las revueltas antiautoritarias de 2011 no fueron percibidas inicialmente por el Gobierno ruso de forma positiva, más aún, ante la amenaza de perder un estrecho aliado como Bachar al Asad en la zona. La guerra ponía en cuestión varios intereses vitales para la potencia rusa. Por un lado, el objetivo estratégico de preservar su base militar de Tartus, que garantiza su acceso al Mediterráneo. Por otro, mantener los intereses energéticos y comerciales que desde hace tiempo mantenían las empresas rusas, especialmente, en el sector petrolífero sirio.

La ofensiva en Siria le permitió al ejecutivo de Vladimir Putin alcanzar otra serie de finalidades. En primer término, la proyección en Oriente Medio como un actor clave en la estabilidad y seguridad regional. En segundo lugar, la confirmación de Moscú como un aliado creciente para diversos regímenes autoritarios. En último punto, las tropas e inteligencia rusa pudieron actuar con un elevado grado de libertad y aplicar tácticas y maniobras, que serían más adelante reproducidas en la guerra de Ucrania desde 2022. Rusia logró gracias a su participación en la contienda siria reaproximarse a la región.

El papel decisivo de Rusia repercutió también en otro tipo de escenarios locales e internacionales. Moscú se erigió como interlocutor clave entre el

régimen de Bachar al Asad y otros países de la zona como Turquía (Sökmen *et al.*, 2018: 2-3). El Kremlin desempeñó un papel destacado en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, ya que contuvo las sanciones contra el Gobierno de Damasco. La guerra en Siria sirvió a la industria armamentística rusa para consolidar su espacio en el mercado de Oriente Medio. Esta circunstancia impulsó los crecientes vínculos diplomáticos rusos con todo tipo de actores en la región, lo que sucedió simultáneamente con el decaimiento de EEUU.

El rol protagonista desempeñado por Rusia encuentra escasa oposición en los planteamientos estadounidenses. Los tres presidentes de la época: Barack Obama, Donald Trump y Joe Biden han mantenido una estrategia similar para el conflicto sirio. Washington ha decidido no involucrarse de forma activa en otro frente de guerra en Oriente Medio, por lo que sus operaciones militares se han limitado casi en exclusiva en la lucha contra el terrorismo, sobre todo, frente al auge del Estado Islámico. No obstante, EEUU es clave en tanto en cuanto mantiene su apoyo a las fuerzas kurdas, unas formaciones que se mostraron cruciales en los ofensivas contra el yihadismo en la zona.

La intervención de Rusia en Siria junto a la asistencia de las milicias de Hizbolá e Irán facilitó el avance de las fuerzas de Bachar al Asad. El régimen de Damasco consiguió hasta 2023 hacerse con el control territorial de la mayoría del país, aunque quedan ciertos reductos de oposición en el norte y en los límites fronterizos con Iraq. El fortalecimiento del poder del presidente sirio se constata también en el escenario internacional, ya que Siria volvió a formar parte de la Liga Árabe ese mismo año, además de retomar sus relaciones con las principales potencias extranjeras y de Oriente Medio. Sin embargo, existen todavía muchas incertidumbres sobre el futuro político y social del país.

La guerra de Siria supuso una de las mayores crisis humanitarias en la historia reciente de la Sociedad Internacional. Millones de desplazados internos y refugiados en los países de alrededor (Calvillo, 2020: 68). El conflicto también está acompañado de acusaciones de crímenes de guerra contra Bachar al Asad, aunque los intereses de las grandes potencias de la zona e internacionales parecen obviarlas. El país ha quedado totalmente destruido, lo que asume a la mayoría de la población en la pobreza. El Gobierno sirio mantiene la represión frente a una oposición dividida y debilitada, mientras la violencia y la amenaza yihadista persisten. El conflicto de más de una década ha conducido a una alta dependencia de Damasco del exterior, quedando como un espacio de fuertes injerencias.

4.2. El conflicto olvidado de Yemen

La violencia en Oriente Medio a principios del siglo XXI está concentrada primordialmente en tres focos: Siria, Yemen y los territorios palestinos. El caso yemení es el tema que menos atención mediática ha recibido, a pesar de que

se erige como uno de los grandes problemas de violencia y crisis humanitaria por resolver en la región. Al igual que el caso siro, la guerra en la nación yemení responde a cuestiones de carácter interno, pero también a la influencia de factores externos. En la misma línea, la posible resolución de dicho conflicto también marca el horizonte político del conjunto del entorno, así como la constitución de nuevos márgenes de seguridad y estabilidad local.

La relevancia de la guerra en Yemen radica en varios componentes. En primer término, la posición geográfica del país, situado al suroeste de la península arábiga y en el golfo de Adén y estrecho de Bab el Mandeb, que da acceso al mar Rojo y supone el límite natural con el continente africano. Por tanto, la situación yemení resulta de una importancia vital no solo para Oriente Medio, sino también para el propio sistema internacional. Los puertos yemenís tienen una relevancia destacada para el comercio mundial, ya que comunican el golfo Pérsico/Arábigo con el canal de Suez, además de que son el punto de encuentro con el cuerno de África. Un espacio marcado en los últimos tiempos por los flujos migratorios, la presencia de redes de piratería y amenaza terrorista.

La posición geográfica del país justifica también el segundo componente de relevancia: la disputa política. Yemen ha estado sometido a lo largo del siglo XX y principios del XXI a numerosas tensiones internas. En la década de los sesenta y setenta por las divisiones entre fuerzas monárquicas y revolucionarias (Orkaby, 2017: 72-73). Más adelante por las conflictivas relaciones entre nacionalistas y los independentistas del sur. La nación árabe ha estado disgregada en un modelo singular de federalismo, donde se mantienen altos niveles de autonomía para las distintas regiones, que son controladas por clanes y etnias bajo una autoridad nacional y difíciles equilibrios.

La trascendencia política y geográfica motiva el tercer componente de relevancia: la presencia de intereses externos. La inestabilidad en Yemen es una preocupación constante para las principales potencias de Oriente Medio. Arabia Saudí ha prestado siempre una enorme atención al contexto yemení, pero también lo han hecho otros regímenes de la zona como Egipto, Irán o EAU. En las injerencias de terceros países está detrás la percepción generalizada de que cualquier cambio, crisis o escalada de violencia en la nación árabe puede tener una repercusión determinante en la estabilidad de la región.

Existen otros componentes que explican la relevancia de Yemen en el contexto actual de Oriente Medio. Por un lado, los intereses externos no solo se concitan entre potencias regionales, sino que también señalan la presencia de líderes globales como EEUU, así como China o Rusia, que buscan consolidar su presencia en el estratégico estrecho de Bab el Mandeb. Por otro, la amenaza yihadista es recurrente en el territorio yemení, donde ha encontrado un espacio importante para desarrollar sus actividades y trasladarlas al conjunto de la región. La organización de Al Qaeda tiene desde principios del

siglo XXI un protagonismo claro en zonas del interior del país. Este grupo ya aplicó la estrategia de control territorial una década antes de que lo hiciera el Estado Islámico en Irak.

La guerra civil en Yemen es resultado de tres importantes acontecimientos. En primer término, las revueltas antiautoritarias de 2011 contra el presidente Alí Abdalá Saleh, que desembocaron en una escalada de la violencia. En segundo lugar, el fracaso de la Conferencia de Diálogo Nacional, auspiciado por Naciones Unidas y el CCG, que buscó entre 2012 y 2014 propiciar un nuevo marco político para el Estado yemení (García, 2014: 202-203). En tercer punto, la intervención militar de Arabia Saudí y otros aliados árabes en 2015, que provoca la internacionalización del conflicto. El principal enfrentamiento se produce entre milicias hutis contras fuerzas extranjeras y gubernamentales.

Las revueltas antiautoritarias en Yemen comienzan en los principales núcleos urbanos del país, aunque tienen como punto de origen la universidad de Saná a mediados del mes de enero de 2011. Las primeras protestas están protagonizadas por las generaciones más jóvenes, que se manifiestan en solidaridad con las revueltas en otros países del norte de África y Oriente Medio. Sin embargo, las movilizaciones pronto señalaron al presidente Alí Abdalá Saleh, quien llevaba más de treinta años en el poder. La revolución yemení pronto entremezcló aspiraciones de cambio político y aperturismo con los problemas de organización territorial, que quedaban marcado por las fuertes divisiones tribales.

La respuesta inicial del régimen de Alí Abdalá Saleh fue de represión y contención de las movilizaciones, pero la dureza aplicada solo reforzó el malestar e indignación de la ciudadanía. La tensión interna conduce a una escalada de la violencia que sustituye a las primeras manifestaciones de carácter pacífico. La nación yemení se había mantenido en un intrincado equilibrio entre los diferentes tribus, clanes y comunidades religiosas (Heikal y Qahtan, 2022: 3-4), pero el estallido de las revueltas fractura la frágil estabilidad interna. La amenaza de que Yemen pase a ser un Estado fallido o se convierta en un nuevo foco de guerra preocupa a las principales potencias del entorno.

Arabia Saudí lideró a finales de 2011 y 2012 un proceso de negociación para la crisis en Yemen, que contó con el respaldo de Naciones Unidas y del CCG. El resultado fue la dimisión del presidente Alí Abdalá Saleh, que fue sucedido en el cargo de manera transitoria por su hasta entonces vicepresidente Abdulrabbuh Mansur al-Hadi, junto con la constitución de una mesa de diálogo nacional, que dio cabida a los principales organizaciones políticas, religiosas y territoriales del país. El resultado directo es una desescalada de la violencia en el territorio yemení, exceptuando la amenaza terrorista de Al Qaeda. En los primeros meses de la Conferencia de Diálogo Nacional se intenta proyectar una nueva constitución, así como nuevos reequilibrios de poder territorial.

Yemen emerge entre 2012 y 2013 como una positiva excepción en el marco de las revueltas antiautoritarias conocidas como primavera árabe. El país logró evitar momentáneamente el conflicto civil, al contrario de lo que sucedió en Libia o Siria, mientras que se dirigía en una transición pacífica hacia un nuevo modelo político. Sin embargo, a principios de 2014 el resultado de las negociaciones terminó por romperse (Brandt, 2018: 172-173). En el mismo año emerge con fuerza el grupo de los hutis, que denuncian las aspiraciones del presidente Abdulrabbuh Mansur al-Hadi y otros actores políticos nacionales, así como el desequilibrado reparto de poder que se pretendió hacer.

Los hutis son un actor clave en el devenir político de Yemen a lo largo del siglo XXI. Estas milicias se constituyeron en 2004 bajo el liderazgo del clérigo chií Hussein Badreddin al Houthi en el norte del país, puesto que reivindicaban el trato desfavorable que recibía la población de esas regiones por su condición religiosa, puesto que la mayoría de las comunidades en esas comarcas fronterizas son de la rama chií del zaydismo. No obstante, mantienen un programa de alcance nacional. El grupo huti permaneció en constantes enfrentamientos contra las fuerzas de Alí Abdalá Saleh, además de reprobar las injerencias sobre Yemen de potencias extranjeras como Arabia Saudí y EEUU.

Los hutis asumieron un protagonismo central tras las revueltas antiautoritarias de 2011 y el proceso de diálogo nacional. El grupo pasó a consolidarse como una alternativa política al poder continuista que representó Abdulrabbuh Mansur al-Hadi. En los últimos meses de 2014 lanzaron una ofensiva militar sobre la capital Saná (Clausen, 2018: 567-568). Los rebeldes arrestaron al presidente y anunciaron la constitución de un comité revolucionario encargado de dirigir la renovada transición política. Sin embargo, el depuesto Abdulrabbuh Mansur al-Hadi consiguió escapar y se trasladó a Adén, donde logró recabar el apoyo de las milicias independentistas de Yemen del Sur.

El año 2015 marca un punto de no retorno en el conflicto en Yemen. Por un lado, los enfrentamientos entre las milicias hutis y las fuerzas leales, que todavía apoyan al presidente Abdulrabbuh Mansur al-Hadi. Por otro, la expansión de Al Qaeda en el territorio yemení aprovechando la debilidad gubernamental, así como la irrupción del Estado Islámico, que comienza a operar en el país. Por último, la irrupción de las potencias árabes del golfo Pérsico/Árabe en el conflicto, que abandonan definitivamente su posicionamiento de respaldar el diálogo nacional. Arabia Saudí lidera este cambio de enfoque más belicista, que pretende restaurar una cierta estabilidad.

La intervención militar de las potencias árabes se explica en gran medida por el cambio de dirección política en el reino saudí. En marzo de 2015 llega al trono el rey Salman bin Abdulaziz, quien rápidamente delega las principales competencias gubernamentales en su hijo, el príncipe Mohammed bin Salman (Domínguez de Olazábal y Hernández, 2021: 31-32). La situación de violencia en Yemen se torna en la mayor preocupación para Arabia Saudí.

La monarquía percibe tres grandes amenazas, que pueden repercutir en sus intereses. Primero, la posibilidad de que los rebeldes hutis se hagan completamente con el poder. Segundo, la presencia creciente de nuevos grupos terroristas en el país vecino. Tercero, la posibilidad de que la violencia se prolongue y repercuta sobre territorio saudí.

La intervención militar liderada por Arabia Saudí también esconde un trasfondo, que referencia directamente a la renovada visión regional e internacional del reino. Riad quiso utilizar la guerra en Yemen como una forma de desarrollar una política exterior basada también en la fuerza, donde evidenciar las capacidades del reino para defender sus intereses sin la necesidad de depender de otras potencias. La monarquía de los Saud también planteó la operación como un mecanismo para consolidar su liderazgo local, dejando entrever que había un espacio de influencia donde no permitiría la injerencia de otros actores. Sin embargo, los resultados no fueron los anunciados en un principio.

Arabia Saudí lideró una coalición regional formada por los socios del CCG más otros aliados como Marruecos, Jordania, Egipto, Sudán o Senegal. La intención fue respaldar al depuesto presidente Abdulrabbuh Mansur al-Hadi en su lucha contra los rebeldes hutis, así como mejorar los márgenes de seguridad y estabilidad en el país. La acción partía de la aparente superioridad militar que los saudí y sus aliados contaban con respecto a las milicias hutis. No obstante, la intervención no tuvo unos resultados inmediatos y provocó que el conflicto se prolongara durante varios años (Darwich, 2020: 107-108). La guerra civil en Yemen asumió desde 2015 definitivamente un cariz internacionalizado.

El plan inicial saudí no obtuvo los resultados esperados por varias causas. En primer término, las tropas de la alianza regional no contaban con suficiente experiencia en combate. En segundo lugar, los rebeldes hutis evidenciaron una alta capacidad organizativa y operativa, que confrontó de forma más eficiente a un bando contrario más fragmentado. En tercer punto, las estrategia de Arabia Saudí estuvo muy condicionada por premisas políticas, que respondieron más a circunstancias externas que al propio conflicto. Ejemplo de ello fue el año 2017, cuando Qatar y Marruecos dejan de participar en la coalición. De igual forma, desde EAU se comenzó a implementar una estrategia propia, dando apoyo de forma más directa a los grupos armadas del sur de Yemen.

La rivalidad regional tiene su traslación inequívoca en la guerra de Yemen. Un conflicto de carácter Proxy, ya que algunas potencias del entorno no tienen una presencia tan directa sobre el terreno yemení. La competencia en Oriente Medio tiene varios focos en este conflicto. Por un lado, las diferencias entre las monarquías árabes del Golfo, que queda reflejado en como Arabia Saudí aparta a Qatar de la ofensiva desde el año 2017, pero también en las disimilitudes entre las estrategias del reino saudí y su aliado EAU. Por otro, Riad y Teherán trasladan sus tensiones a la compleja situación yemení, ya que pretenden marcar espacios de influencia, reafirmar nuevos aliados y debilitar al otro.

Arabia Saudí mantuvo en gran parte de la guerra su apoyo a la figura de Abdulrabbuh Mansur al-Hadi, pese a la escasa autoridad del mandatario a nivel interno. Irán pasó a ser un apoyo político, económico y militar clave para las milicias hutis (González del Miño y Pastor, 2020: 204-205). Aunque en los inicios del conflicto el régimen iraní rechazó cualquier vinculación con los rebeldes de Yemen, el desarrollo de los enfrentamientos ha evidenciado la presencia de armamento militar de origen iraní. El éxito de los hutis se presenta para Teherán como una oportunidad idónea de ganar influencia sobre un espacio, que históricamente había recaído sobre los márgenes de poder de la monarquía saudí.

El apoyo de Irán a las milicias hutis no se corresponde tanto a una cuestión religiosa, sino a cálculo político, a pesar de la retórica sectaria que desde ambos bandos se suele aludir. La guerra en Yemen comparte ciertas similitudes con el contexto de Siria, ya que pasa a ser una guerra civil a un conflicto internacionalizado. Escenario de rivalidad entre grandes potencias regionales, que relegan las cuestiones internas por la disputa del liderazgo en Oriente Medio. De igual forma, en la prolongación de la violencia en ambos países juega un papel excepcional la presencia de organizaciones terroristas, que han pasado ocupar amplias parcelas de poder ante la debilidad de las autoridades centrales.

Una de las grandes diferencias entre Yemen y Siria está en la presencia de potencias globales. En el caso sirio, la intervención de Rusia supone un hito en la evolución de la guerra, que permitió el avance de las fuerzas del régimen. Sin embargo, en la crisis yemení no ha existido una presencia tan rotunda de un gran hegemon mundial. EEUU preserva un posicionamiento secundario en el desarrollo de los enfrentamientos y sus acciones se limitan a operaciones contraterroristas (Vom Bruck *et al*, 2014: 304-305). En el caso de otros poderes como el ruso, chino o países europeos, ninguno ha mantenido una participación elevada ante un contexto de constante violencia y crisis humanitaria. Estas circunstancias han favorecido que la guerra en Yemen no tuviera tanta atención mediática.

El conflicto yemení está categorizado en tres etapas. Una primera fase entre 2015 y 2016, que estuvo protagonizado por la ofensiva militar regional liderada por Arabia Saudí, y que permitió ganar espacio a las fuerzas de Abdulrabbuh Mansur al-Hadi. Un segundo período entre 2017 y 2019 marcado por la crisis dentro del seno de la coalición internacional, así como los ataques de los rebeldes hutis fuera del territorio yemení hacia intereses saudíes y emiratíes. Un tercer ciclo desde 2020 hasta la actualidad, donde se suceden diversas treguas y negociaciones, que conducen finalmente en 2023 a un acercamiento oficial entre los representantes de los hutis y la monarquía saudí.

La desescalada en la guerra de Yemen se produce en abril de 2023, cuando una delegación gubernamental de Arabia Saudí y Omán se reúne con el Gobierno interino de los hutis en la capital de Saná. Esta reunión se produce semanas después del acuerdo entre el reino saudí e Irán para retomar las relaciones diplomáticas rotas desde 2016. La aproximación entre ambas partes tiene lugar también

justo un año posterior a la renuncia del presidente Abdulrabuh Mansur al-Hadi, que dejó su cargo en favor de un nuevo órgano de transición nacional. La situación en el país después de más de una década de inestabilidad política todavía está lejos de resolverse y encontrar una solución duradera.

La guerra de Yemen es considerada por las Naciones Unidas como la mayor crisis humanitaria del mundo. Según los cálculos de las agencias internacionales, cerca del 80 % del país no tiene garantizado el acceso a comida o servicios básicos y requiere de asistencia humanitaria. Sobre una población de aproximadamente 24 millones de habitantes, 14 millones de ellos necesitan ayuda urgentemente y 3 millones son considerados desplazados desde 2015. El conflicto se produce en una de las naciones más pobres y olvidadas de Oriente Medio. Un país totalmente dependiente de la asistencia externa y de las decisiones políticas que toman otras potencias.

4.3. La cuestión palestina y el Estado de Israel

El conflicto de Palestina e Israel constituye un elemento central de la historia contemporánea de Oriente Medio. Un problema que está presente en la agenda internacional desde hace más de un siglo. El análisis de la situación en los territorios palestinos y el Estado israelí representa una prolifera y polémica línea de debate en la academia. Sin embargo, la complejidad de dicha realidad escapa a los propósitos de este trabajo, más aún cuando existen infinidad de autores y obras que exponen con mayor detenimiento las diferentes aristas de la cuestión. La finalidad del apartado es exponer de forma sucinta los factores recientes de una disputa prolongada durante mucho tiempo.

La cuestión de Palestina y el Estado de Israel vuelve a estar en el centro de la agenda internacional a partir de octubre de 2023. La organización Hamas protagonizó varios ataques terroristas sobre localidades israelíes, incluso, llegando a mantener bajo su control durante varios días esas comunidades. Una crisis sin precedentes en la larga historia del conflicto. Hacía décadas que la nación israelí no evidenciaba una vulnerabilidad tan elevada en sus sistemas de seguridad. La respuesta de las autoridades israelíes no se hizo esperar, puesto que intensificaron los bombardeos sobre la franja de Gaza, lo que agudizó la crisis humanitaria que padecen desde hace largo tiempo la población local palestina.

La escalada de violencia en los territorios palestinos e Israel vuelve a poner de relieve este largo problema. Pese a los esfuerzos de distintos actores por relegar la cuestión de la agenda internacional y regional, lo cierto es que el conflicto persiste y no tiene visos de encontrar una solución. La novedad de los últimos episodios sobre la franja de Gaza son las repercusiones que vuelve a tener sobre Oriente Medio y el escenario mundial. Todos los actores locales y potencias globales se ven obligadas de nuevo a posicionarse. En términos generales, el Estado israelí encontró respaldo tras los ataques terroristas, pero su violencia hacia la población palestina vuelve a granjearle una creciente oposición.

En el momento de terminar este libro, miles de gazatís intentan huir pese a los bombardeos de Israel. El Gobierno de Benjamin Netanyahu prepara una gran ofensiva terrestre sobre la franja de Gaza. El presidente de EEUU, Joe Biden, viaja a Oriente Medio para mostrar su respaldo al Estado israelí, pero también para evitar una escalada del conflicto. El régimen iraní y la milicia de Hizbolá del Líbano amenazan con involucrarse en la contienda. La situación es muy complicada e impredecible. No obstante, esta reciente crisis muestra que no se puede hablar de paz sin atender a una solución verdadera y completa. Los intentos anteriores de diálogo solo han servido para reafirmar las posiciones israelís, pero han dejado sistemáticamente relegadas las reivindicaciones palestinas, lo que imposibilita cualquier tipo de acuerdo auténtico y final.

El primer aspecto por reseñar del conflicto de Palestina e Israel es la perspectiva analítica utilizada para el mismo. Existen diversas tendencias a destacar. En primer término, el discurso predominante en gran parte de la academia, así como de la política occidental, que analiza el enfrentamiento entre palestinos e israelís como una diferencia existencial entre países iguales (Domínguez de Olazábal, 2020: 52-53). Es decir, un trato semejante a las fuerzas palestinas frente a las capacidades israelís. Una explicación que lleva a situar en un nivel parejo a dos Estados-nación, que luchan meramente por el control territorial.

Este tipo de análisis conduce a una perspectiva de los estudios de seguridad concreta, que hace mención a los conflictos congelados. Es decir, un problema no resuelto, que se perpetúa en el tiempo y que tienen diferentes fases de distensión y escaladas de violencia. El resultado más directo de tal perspectiva es asumir que existe una correlación de fuerzas más o menos equilibradas entre las partes. Incluso dilucidar que la raíz de la tensión entre ambos bandos solo responde a posiciones defensivas (Barreñada, 2020: 392-393), que intentan proteger intereses nacionales básicos y la integridad territorial de cada nación.

El análisis del conflicto congelado o conflicto irresoluble entre países justifica la solución de los dos Estados, como la mejor salida a una disputa que dura ya más de 100 años. Por tanto, la raíz del problema radica en la limitación de unas fronteras que son aún imprecisas. Sin embargo, este tipo de planteamientos obvian una cuestión central del problema entre palestinos e israelís, que es la condición política propia de los territorios palestinos. En este sentido, existe una Autoridad Nacional Palestina (ANP), que supuestamente actúa como ente de transición hacia la consolidación de un Estado de Palestina. No obstante, en la práctica las fuerzas de Israel mantienen un control directo sobre las funciones básicas de cualquier régimen estatal como son la seguridad, defensa, economía, control fronterizo, garantizar servicios básicos o la autonomía de los poderes políticos.

El análisis del conflicto según países que luchan por un territorio conduce a considerar su solución en la limitación de fronteras, pero también en la cuestión del reconocimiento de los dos actores. La salida dominante desde el seno de la Comunidad Internacional a lo largo del siglo XX y XXI ha

sido prestar atención a la cuestión de la oficialización y formalización de las relaciones. Un planteamiento muy reduccionista que considera el problema como un asunto meramente de establecer términos fronterizos, así como garantizar la admisión de las partes. En este sentido, Israel ha ido logrando un elevado reconocimiento internacional, mientras que la afirmación de un Estado palestino encuentra numerosos obstáculos, que impiden un avance real para superar el problema.

En el análisis del conflicto también predomina la perspectiva de considerarlo un enfrentamiento árabe-israelí. Este tipo de planteamientos han estado muy presentes durante décadas, sobre todo, para explicar los enfrentamientos directos entre países del entorno con Israel como fueron en 1948, 1956, 1967, 1973 o 1982 (Makdisi, 2018: 6-7). Incluso más recientemente con la crisis de 2023 se habla de nuevo de una posible guerra de alcance regional. El estudio a través de dicho enfoque da lugar a dos grandes derivadas. En primer término, el problema tiene un cariz regional y se debe al acoplamiento del Estado israelí con otros países vecinos, que heredan fronteras coloniales. En segundo lugar, asumir el conflicto como un tema que radica en diferencias religiosas y étnicas. Es decir, las supuestas tensiones en la coexistencia entre las comunidades musulmanes y judías.

El análisis del conflicto a través del enfrentamiento árabe-israelí tiene un efecto muy contundente, ya que se invisibiliza a los palestinos y sus intereses. La narrativa sobre Israel en Oriente Medio durante largo tiempo ha estado dominada por las relaciones de los israelíes con terceros actores, ya fuera inicialmente con los regímenes más cercanos como Egipto, Jordania, el Líbano o Siria; o bien, con otro tipo de Estados de la esfera musulmana como las monarquías del Golfo, Irán o países del norte de África como Marruecos. Sin embargo, este tipo de perspectiva niega la agenda propia de los palestinos, ya que se asumen que los portavoces de la causa son otros Estados de la zona. Esto último se vuelve a evidenciar con la escalada de violencia en 2023, donde destacada la capacidad de actuación de los actores palestinos.

El análisis del conflicto a través del enfrentamiento árabe-israelí repercute seriamente sobre el problema de la diferencia religiosa y étnica. Un elemento central en la constitución del Estado de Israel y en la disgregación de las comunidades palestinas. No obstante, este tipo de planteamiento puede reducir la complejidad de todo el asunto, que tiene finalmente una raíz política. El factor de la religión está muy presente en la retórica de numerosos actores involucrados, pero como ocurre en otros puntos de Oriente Medio, el elemento sectario se utiliza generalmente para justificar acciones políticas.

El análisis a través de la dicotomía árabe-israelí elimina numerosos matices dentro del propio conflicto, ya que presupone bloques homogéneos y cohesionados. En primer término, la sociedad y política israelí es de por sí muy

compleja y diversa, que abarca distintas sensibilidades y posicionamientos sobre el conflicto. En segundo lugar, en la esfera palestina se encuentran igualmente una infinidad de actores, que proyectan sus propios intereses y reivindicaciones. En tercer término, a un nivel regional, no existe un consenso claro sobre la salida al problema, ya que no todos los regímenes comparten un mismo objetivo. En último punto, en el conjunto de la Comunidad Internacional se manifiestan dispares preocupaciones y voluntades sobre la solución a dicho enfrentamiento.

El conflicto de Palestina e Israel también es presentado desde la óptica de un problema casi exclusivo de seguridad interna, donde las fuerzas israelíes tienen que hacer frente a la amenaza persistente de grupos palestinos. El origen de tal planteamiento se debe principalmente a dos grandes dinámicas. Por un lado, la mayoría de los regímenes de Oriente Medio, sobre todo, los más cercanos territorialmente a Israel, habrían abandonado los postulados más beligerantes, lo que reduce las posibilidades de guerras semejantes a las del siglo XX. Aunque la crisis de octubre de 2023 puede cambiar radicalmente esta dinámica. Por otro, la concentración de las escaladas de violencia y enfrentamientos, sobre todo, a partir de 2005 en el área de la franja de Gaza.

La perspectiva del conflicto según este análisis tiene serias implicaciones para abordar el problema. En primer término, un importante número de actores israelíes se han apoyado en ello para justificar que es un asunto de seguridad interna, donde el Gobierno de Israel ve amenazado el bienestar de sus ciudadanos por los ataques de fuerzas palestinas. Una muy calculada argumentación que está muy presente en los discursos de líderes israelíes. En segundo lugar, el propio conflicto ha tenido una atención regional e internacional muy amplia, en gran parte, gracias a la implicación de grandes potencias (Khalidi, 2022: 364-365). Sin embargo la escalada de violencia en octubre de 2023 supone que la cuestión no está cerca de resolverse y, por tanto, no puede ser apartada de la agenda regional..

Los análisis dominantes ponen especial atención en la problemática terrorista, que está muy presente en las alegaciones de Israel cuando lleva a cabo distintas operaciones militares en las áreas palestinas (Abu-Tarbush y Barreñada, 2023: 98-99), además de en otros países del entorno. El Estado israelí ha tenido que hacer frente a dos tipos amenazas existenciales. Por un lado, las guerras contra otros actores estatales del vecindario, que confirmaron el dominio militar de Israel y su reconocimiento en la región. Por otro, las acciones terroristas que surgen que surgen en sectores muy concretos de la causa palestina.

En los análisis del conflicto de Palestina e Israel existe una perspectiva más crítica y menos dominante, que plantea el problema como una cuestión de colonización, donde los territorios son ocupados por las fuerzas israelíes y los palestinos sufren una violencia estructural (Domínguez de Olazábal, 2022:

31-33). Este tipo de corriente no tiene todavía la misma dimensión en los estudios académicos y en los discursos políticos. No obstante, pretende dar una naturaleza distinta a la hora de abordar el problema, así como explicar una dimensión más amplia de las reivindicaciones y situación de los palestinos.

El análisis de colonización tiene una serie de implicaciones por destacar. Por un lado, la negación de que es un conflicto entre iguales, o bien, entre países que luchan por la limitación territorial. La razón del problema estaría en la expulsión de una población autóctona frente a unos agentes de ocupación. Por otro, este tipo de estudios parten de que existe una correlación de fuerzas totalmente desigual, donde el predominio del discurso, iniciativa política y de la ofensiva militar ha recaído en favor de Israel. Por último, la premisa de los trabajos sobre colonización busca dar mayor protagonismo a los propios palestinos, los cuales son constantemente invisibilizados en el debate regional y mundial.

Los análisis vinculados a la colonización parten de una estimación desigual entre las fuerzas palestinas e israelíes. Tal desemejanza se manifiesta en distintos ámbitos del conflicto. En primer término, las capacidades y recursos con los que cuentan las dos partes en el desarrollo del enfrentamiento. En segundo lugar, el respaldo internacional y la posición de las potencias extranjeras sobre el conflicto. En tercer punto, la propia repercusión mediática que reciben los discursos y demandas de cada uno de los actores involucrados. En último nivel, el tipo de violencia y amenazas a la que están sometidas las diferentes comunidades afectadas en territorio palestino e israelí.

La perpetuación de la violencia ha generado una numerosa y dramática lista de víctimas. Una consecuencia directa del problema es la cuestión de los refugiados palestinos, que se encuentran disgregados desde 1948 dentro de otros territorios de Palestina y en países del entorno (Espín, 2023: 90-91). La Nakba o tragedia/catástrofe que supuso el éxodo de miles de palestinos fuera de sus hogares. La Agencia de Naciones Unidas para los refugiados palestinos (UNRWA) reconoce a cerca de 5,9 millones de refugiados después de décadas de conflicto. En torno a 1,5 millones viven en 58 campos en Jordania, el Líbano, Siria, Cisjordania, Franja de Gaza y Jerusalén Este. Son varias las generaciones palestinas que no han conocido otra condición que no sea la de refugiados. Esto supone un tema central en el desarrollo y posible solución del conflicto.

La situación en Palestina e Israel al final del siglo XX y en las dos primeras décadas del siglo XXI está compuesta de tres grandes fases. La primera etapa entre la década de los noventa y principios de los dos mil estuvo protagonizada por el fracaso de los procesos de paz de Oslo y la irrupción de la Segunda Intifada. El posterior ciclo lo marca desde el 2004-2005 hasta el año aproximadamente 2015, donde se observa una fractura interna entre las fuerzas palestinas y la radicalización en los posicionamientos dentro del Gobierno israelí. El último punto parte desde 2016 hasta la actualidad y

supone la limitación regional del conflicto, que viene producido por el acercamiento del Estado israelí a los principales regímenes árabes de Oriente Medio y el norte de África. Aunque desde la crisis de violencia de 2023 se puede iniciar un nuevo ciclo en la zona.

La primera etapa de finales del siglo XX y principios del XXI rompe totalmente con el falso optimismo que habían generado las negociaciones entre palestinos e israelíes. El final de la Guerra Fría y la preponderancia estadounidense impulsaron la búsqueda de una solución al prolongado conflicto. La Conferencia de Paz de Madrid de 1991 y los Acuerdos de Oslo de 1993 supusieron el marco en el que supuestamente se establecerían las nuevas relaciones entre ambas partes (Abu-Warda, 2020: 381-382). Los diálogos proporcionaron el reconocimiento del Estado israelí y de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). El resultado fue también la creación de la ANP como paso previo a la cesión de mayores competencias por parte de las autoridades israelíes.

Los Acuerdos de Oslo de 1993 fueron recibidos con cierto optimismo por la Comunidad Internacional, pero contaron con numerosos críticos entre las filas de las dos partes negociadoras. Entre las facciones palestinas existía la percepción de que verdaderamente no se habían logrado grandes concesiones por parte de Israel, ya que el *statu quo* de vulnerabilidad sobre los territorios palestinos persistía. Entre las líneas israelíes más radicales y beligerantes existieron números críticos, que consideraban la propia negociación con los líderes palestinos una renuncia de los intereses nacionales.

Las aspiraciones de diálogo y paz sucumbieron ante la sucesión de acontecimientos, que volvieron a producir una escalada del conflicto. Por un lado, el asesinato del primer ministro israelí Isaac Rabin en 1995 por parte de un ultranacionalista israelí. Por otro, el inicio de la Segunda Intifada, que se inició en el año 2000 y se prolongó durante más de cinco años. La nueva crisis se produjo tras la visita del líder conservador Ariel Sharon a la explanada de las mezquitas, lo que degeneró en nuevos enfrentamientos entre palestinos e israelíes. El recrudecimiento de la violencia puso fin a las alternativas de una solución pactada y pacífica al conflicto, relegando posiciones de diálogo entre las partes.

La segunda etapa se desarrolla aproximadamente entre 2004 y 2015. El punto de partida lo marca el fallecimiento de Yasir Arafat en 2004, que había sido el gran líder palestino desde la década de los sesenta. La desaparición del por entonces presidente de la ANP junto al auge de la organización Hamas derivaron en una división interna sin precedentes entre las posiciones palestinas. La causa árabe había estado liderada por el partido Al Fatah, que monopolizaba el conglomerado político de la OLP y las principales instituciones gubernamentales. Sin embargo, a principios del siglo XXI, Hamas emergió como una alternativa más popular entre ciertos sectores de la población palestina y de las sociedades árabes de alrededor, que apoyaban su posicionamiento más agresivo y directo.

La crisis interna entre las formaciones palestinas derivó en una división de dominios. La franja de Gaza controlada por Hamas y la parte de Cisjordania dominada por la ANP. Este difícil contexto coincidió con un auge de las posiciones más extremistas en Israel, que tuvieron cabida bajo los distintos Gobiernos de Benjamín Netanyahu. Las fuerzas israelíes colocaron a Hamas como la principal amenaza para su seguridad (Hannase, 2020: 64-65). La posibilidad de retomar las negociaciones quedó desplazada. El resultado fueron operaciones militares sobre Gaza desde 2008, la ampliación del muro de seguridad que rodea Cisjordania, así como la continuación en la política de asentamientos de colonos.

La tercera etapa del conflicto puede esgrimirse a partir del 2015. El punto de inflexión lo marcan diversas coyunturas internas y externas. Por un lado, la desescalada de la tensión entre las principales formaciones palestinas a partir de 2014, que buscó la constitución de un nuevo eje de unidad nacional. Por otro, el distanciamiento entre Israel y EEUU en 2015 por el acuerdo nuclear de Irán, que generó numerosas tensiones entre los dos históricos aliados. Por último, el complejo contexto regional derivado de las revueltas antiautoritarias de 2011, que profundizó en nuevos focos de tensión en Oriente Medio.

El resultado de la tercera etapa en el siglo XXI es la relegación de la cuestión de la agenda regional, que supone una gran oportunidad para los intereses israelíes. Los acuerdos de 2020 con diversos regímenes árabes, que están respaldados por EEUU, refuerzan la posición de Israel en el escenario de la región (Lion, 2022: 171-172). Sin embargo, las alternativas planteadas para la solución del conflicto siguen sin atender los requerimientos palestinos. Las dinámicas más recientes en el ámbito interno, regional e internacional vuelven a reforzar la tendencia de invisibilizar a las fuerzas palestinas, dejando el problema casi una realidad de seguridad local. La crisis de 2023 vuelve a reafirmar que el conflicto es un gran condicionante para la estabilidad de la zona y la seguridad global. No puede ser relegado o excluido de las principales dinámicas de Oriente Medio. El conflicto de Palestina e Israel seguirá reproduciéndose en el tiempo hasta que se produzcan negociaciones equilibradas y justas.

CAPÍTULO 5

FOCOS DE TENSION EN ORIENTE MEDIO

5.1. La lucha por el control del golfo Pérsico/Arábigo

Oriente Medio es un espacio estratégico para las relaciones internacionales, pero dentro de la región cabe destacar el área del golfo Pérsico/Arábigo, donde se concentran gran parte de los principales problemas y dinámicas del conjunto de la zona meridional. La seguridad en este territorio es fundamental para la seguridad del resto de la esfera árabe, musulmana y para todo el orden mundial. El golfo Pérsico/Arábigo es un importante espacio de cambio para el resto de Oriente Medio, pero también un importante centro de poder. El futuro político de todo el entorno pasa en buena medida por este enclave.

La importancia estratégica del golfo Pérsico/Arábigo radica en varios elementos. En primer término, el aspecto geográfico, ya que es punto clave en las principales rutas comerciales desde Occidente hacia el Indo-Pacífico. Las principales potencias marítimas a lo largo de la historia han tenido un fuerte presencia en el lugar, puesto que le asegura un importante control en los flujos de tránsito (Gallea y Rohner, 2021:1-12). La entrada natural al golfo Pérsico/Arábigo se produce por el estrecho de Ormuz, que limita las costas de Irán, EAU y Omán. Un denominado choke point o cuello de botella, que juega un papel esencial para la estabilidad económica y política de todo el mundo.

La relevancia del golfo Pérsico/Arábigo y el estrecho de Ormuz hay que observar en relación con otros dos puntos sensibles de Oriente Medio. Por un lado, el estrecho de Bab el Mandeb entre Yemen y Djibouti, que es la separación natural entre África y la península arábiga y supone el acceso al mar Rojo. Por otro, el canal de Suez en la parte occidental del Sinaí, que conecta con el mar Mediterráneo. Los tres pasos están estrechamente vinculados, puesto que constituye un triángulo geoestratégica esencial para la seguridad internacional. Los actores que logran tener una posición preponderante en estos espacios cuentan con una ventaja dentro de la región, pero también en el propio orden mundial.

La desestabilización en cualquier de estos choke point tiene un impacto directo sobre el resto. Por eso, en los últimos períodos se observa una presencia mayor de diferentes actores regionales e internacionales, que buscan garantizar el funcionamiento de las rutas comerciales, pero también asumir un cierto control sobre las mismas. En este sentido, el triángulo geoestratégico del estrecho de Ormuz, Bab el Mandeb y canal de Suez cuenta con serias amenazas. La guerra en Yemen o la escalada de tensión entre potencias del golfo Pérsico/Árabe son dos elementos clave de la militarización en la zona.

El segundo factor que explica la relevancia estratégica del golfo Pérsico/Árabe son los hidrocarburos. La subregión es uno de los centros del mundo con mayores reservas de petróleo y gas. No obstante, el reparto de estos recursos no está distribuido de forma equitativa entre los países de la zona. Arabia Saudí, Irán, Irak, EAU, Qatar y Kuwait destacan como grandes potencias en los mercados energéticos internacionales. Los modelos de desarrollo y crecimiento de todos ellos están estrechamente ligados a la producción y exportación de estos productos. Sin embargo, Bahrein y Omán cuentan con unas provisiones y capacidades menores que el resto, lo que les da una cierta desventaja.

Las reservas de petróleo y gas también se encuentran dispuestas de forma desigual entre los principales productores. En este caso, según datos de la compañía BP para el año 2020, Arabia Saudí representa el 17,2 % de las reservas probadas del mundo, solo superado por Venezuela (17,5 %), mientras que Irán (9,1 %), Irak (8,4 %), Kuwait (5,9 %), UAE (5,6 %) y Qatar (1,5 %). En el mismo sentido, referido a las reservas probadas de gas, Irán cuenta aproximadamente con el 17,1 % del total del mundo y, en menor medida, Qatar (13,1 %), UAE (3,2 %), Arabia Saudí (3,2 %), Irak (1,9 %) y Kuwait (0,9 %). De nuevo, los datos de Omán y Bahrein son muy inferiores que al resto de los países de la zona.

Las principales reservas de petróleo de Arabia Saudí, que es el líder destacado de la zona, se encuentran en su costa oriental, la zona limítrofe con el golfo Pérsico/Árabe, por lo que las provincias del este son tan importantes para el reino. La riqueza de gas natural de Irán y Qatar procede especialmente de la bolsa South Pars/North Dome, que se encuentra en aguas territoriales de ambos países. Es considerada la mayor reserva de gas del mundo y fue descubierta en 1971, entrando en funcionamiento a principios de los noventa. La peculiaridad de su localización provoca que su explotación sea compartida entre el régimen iraní y el emirato qatari, lo que ha conducido a una relación estrecha entre ambos.

Los recursos de hidrocarburos en el golfo Pérsico/Árabe genera un enorme interés en la zona desde prácticamente década de los cuarenta del siglo XX. Los países exportadores cuentan con una influencia política clara a nivel mundial, gracias a que condicionan el precio del petróleo y gas natural.

Más aún, cualquier conflicto en la zona o la amenaza de una interrupción del tránsito en el estrecho de Ormuz suponen factores muy disruptivos en los mercados internacionales. La guerra de Ucrania de 2022 y la crisis energética posterior volvieron a relevar la importancia de la zona (Kusa, 2022: 8-9), puesto que son importantes suministradores de las principales economías mundiales. Sin embargo, los regímenes locales tienen ante el sí la urgencia de diversificar sus fuentes de riqueza.

El esfuerzo por reorientar las estructuras productivas está siendo lideradas por las monarquías árabes, que buscan formas de mantener un desarrollo económico más sostenible en el tiempo. El problema de la alta dependencia del petróleo y gas es la volatilidad de los precios, que genera unas economías muy vulnerables a los shock externos. El resultado son fases de crecimiento destacado, pero también importantes recesiones. Una condición muy determinante para la viabilidad misma de los Estados y regímenes políticos, ya que los hidrocarburos son la principal fuente de ingresos de los Gobiernos y lo que sostiene tanto sus políticas nacionales como sus estrategias regionales.

Las denominadas petromonarquías están inmersas en programas de reformas, que buscan cambiar las estructurales de sus economías nacionales (Al Thani, 2012: 36-37). El plan Saudi Vision 2030, Qatar Vision 2030, Abu Dhabi Economic Vision 2030, Kuwait 2035 «New Kuwait» etc. Una serie de marcos políticos que buscan entre otros objetivos reducir la dependencia de los hidrocarburos, diversificar las industrias nacionales, impulsar nuevas fuentes de riqueza, desestatalizar las economías, promover el sector privado e incentivar las inversiones extranjeras. Unos procesos graduales que buscan convertir a estos países en focos competitivos para los mercados globales del siglo XXI.

Los cambios macroeconómicos introducidos por las monarquías árabes están inducidos inevitablemente por una lógica de competencia. Los principales países del golfo Pérsico/Árabe rivalizan por posicionarse de forma preferente en sectores clave (Kamrava, 2020: 39-40). La disputa se produce en ámbitos como la industria aérea o naval, a través de importantes inversiones para convertir la zona en hub logístico destacado. De igual forma, los regímenes locales también están destinando importantes recursos a consolidarse en los mercados financieros, gracias a su fondos soberanos. Más aún, las políticas desarrollistas están induciendo la implementación de grandes centros educativos, culturales, deportivos y de investigación para ser referentes en esas áreas.

Las grandes transformaciones en el golfo Pérsico/Árabe no han alterado una lógica dominante desde el siglo XX: el elevado grado de militarización en la zona. La importancia estratégica internacional de la subregión conduce a reforzamiento de las estructuras de seguridad nacionales, pero también a una excepcional presencia de potencias extranjeras, que buscan asegurar sus propios intereses en los alrededores del estrecho de Ormuz. La presencia

externa más destacada es la de EEUU, que sigue siendo un importante aliado en materia de defensa para la mayoría de los regímenes locales. No obstante, existen destacamentos de otros países como Reino Unido, Francia o Turquía.

EEUU tiene presencia militar en todos los países del golfo Pérsico/Árabe menos en Irán. La mayor base estadounidense en Oriente Medio se encuentra en la instalación de Al-Udeid en Qatar (Rodríguez, 2022a: 2.3), desde las fuerzas estadounidenses han coordinado operativos para conflictos de alrededor. Washington todavía mantiene contingentes en Irak, Kuwait, Bahrein, EAU y, en menor medida, Omán y Arabia Saudí. En la misma línea, Reino Unido cuenta con bases permanentes en Bahrein y Omán y también está presente en el centro qatari de Al-Udeid. Francia está presente en Abu Dhabi, mientras que Turquía tiene tropas desplegadas en el emirato qatari desde 2016.

Las razones de tales despliegues de fuerzas extranjeras responden a diferentes contextos históricos. Por un lado, la presencia estadounidense se debe a los numerosos acuerdos de cooperación con las monarquías árabes a finales del siglo XX, que le convirtieron en el principal garante de la seguridad de las potencias locales. Por otro, Reino Unido y Francia aprovecharon ligazones históricas y también la amenaza del régimen de Sadam Hussein en los noventa para cerrar acuerdos militares. Por último, la presencia de Turquía se explica por el interés de Ankara de ampliar su influencia en distintas partes de Oriente Medio, así como el objetivo de Doha de diversificar sus potenciales aliados externos.

La fuerte presencia militar de terceras potencias no ha impedido que el área del golfo Pérsico/Árabe sea un foco de carrera armamentística durante el siglo XXI. La mayoría de los regímenes locales no solo buscan el amparo de terceros, sino que quieren garantizar su propia seguridad. Las razones de las enormes gastos militares que realizan algunos países de la zona se explican por varios motivos. En primer término, la diversidad de amenazas y focos de conflicto que hay en la región en las últimas décadas. En segundo lugar, el interés de los dirigentes nacionales de no depender en exclusiva de potencias extranjeras. En tercero, la búsqueda de superioridad militar que permita garantizar un cierto nivel de disuasión ante otros países del entorno y para asegurar sus intereses.

Las estimaciones del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) reflejan el crecimiento del gasto militar en el golfo Pérsico/Árabe. En el año 2022, Arabia Saudí con aproximadamente 75 mil millones de dólares se situaba en el quinto lugar del mundo, solo superado por EEUU (877 mil millones), China (292), Rusia (86,4) e India (81,4). En este sentido, Omán (5,8), Irán (6,8), Kuwait (8,2) o Qatar (15,4) se encuentran entre los 36 países que más gasto realizaron a nivel internacional. Unas estimaciones que llevan al reino saudí dedicar cerca del 7,4 % de su PIB, a Qatar 7 % o a Omán 5,2 % el mismo período de tiempo. Unos datos que exponen la complejidad de la seguridad regional.

La militarización de las dinámicas políticas no ha servido para atender a los importantes problemas que afronta la subregión del golfo Pérsico/Arábigo. Temas que todavía marcan las relaciones intrarregionales y que suponen factores de desconfianza e incertidumbre en la zona. Por un lado, las tensiones territoriales como son la cuestión de la soberanía e integridad de Kuwait y Bahrein, así como las disputas por las islas de Abu Masa y Tunb entre Irán y EAU, y los problemas fronterizos entre Arabia Saudí y Qatar. En esta misma línea, en el enclave estratégico se han vivido a inicios del siglo XXI varios episodios traumáticos para la seguridad y estabilidad local: la invasión de Irak en 2003, las disputas marítimas con el régimen iraní y el bloqueo de Qatar desde 2017 hasta 2022.

Kuwait se encuentra en una posición política incómoda dentro de las complejas dinámicas del golfo Pérsico/Arábigo. El emirato independizado de Reino Unido de 1961 ha sufrido la amenaza persisten de dos grandes potencias regionales como Irak e Irán. Por un lado, una parte importante del nacionalismo iraquí considera al emirato con un elemento clave de sus aspiraciones territoriales. Por otro, el régimen iraní tiene con Kuwait ciertas tensiones sobre demarcaciones fronterizas no reconocidas. La monarquía kuwaití tiene que prestar seria atención a los equilibrios internos por la heterogeneidad tribal y de clanes que constituyen el país, así como por la importante minoría chii de kuwaitís.

Bahrein afronta dos importantes retos para su propia estabilidad y para la seguridad del conjunto de la región. En primer término, la división interna marcada desde las revueltas de 2011, que tuvieron importantes exigencias de democratización de la monarquía. Más aún, un elemento clave de la polarización nacional se debe a la situación de la población chii, que denuncia la sistemática discriminación que sufre por parte de la corona. En segundo lugar, Manama siempre se ha visto amenazada por el régimen iraní (Ibish, 2011: 4-5), puesto que existe en el seno del nacionalismo iraní una pretensión clara por el archipiélago vecino, que es considerado como una parte histórica de la expansión iraní.

Las disputas territoriales en el golfo Pérsico/Arábigo tienen un epicentro destacado en el estrecho de Ormuz. En disputa se encuentran la soberanía de tres islas entre Irán y EAU, Abu Masa, Tonb Mayor y Tonb Menor (Bee-man, 2009, pp. 152-153). La federación reclama que pertenecen administrativamente a los emiratos de Sarja y Ras al-Jaima. Sin embargo, Teherán siempre ha justificado su control histórico sobre estos tres espacios, lo que ha derivado en una fuerte presencia militar de fuerzas iraníes. Pese a los diversos esfuerzos de negociación e intentos de acercamiento de posturas entre los dos países, la soberanía de esas tres islas tan estratégicas es un punto irrenunciable para ambos.

El último gran problema territorial en el golfo Pérsico/Arábigo es el de los límites fronterizos entre Arabia Saudí y Qatar. En este sentido, en el imagina-

rio colectivo del nacionalismo saudí, el proceso de reunificación de la península arábiga, que llevó a cabo el padre fundador del Estado moderno, Abdulaziz bin Saud, a principios del siglo XX está inacabado. El espacio qatarí sería un territorio todavía en proceso de anexión. Esta circunstancia justifica las difíciles relaciones entre los dos países. El interés de Riad de ejercer siempre una influencia sobre Doha, así como la preocupación de la dinastía qatarí de los Al Thani de intentar marcar una política independiente. Estas tensiones han quedado reflejadas en diversos incidentes fronterizos y el control de aguas territoriales.

La subregión del golfo Pérsico/Arábigo no está marcado solo por las tensiones territoriales, sino también por una serie de conflictos que marcan su devenir histórico más reciente. La mencionada invasión de Irak en 2003 tuvo un impacto directo en la seguridad regional por varios motivos. En primer término, la guerra ha implicado una presencia militar mayor de EEUU en la zona, a pesar del repliegue iniciado con el presidente Barack Obama. En segundo lugar, el derrocamiento de Saddam Hussein desestabilizó el país y creó un vacío de poder, que derivó en una escalada de la violencia. En tercer punto, la situación iraquí debilitó a uno de los mayores ejércitos de la región, que había sido durante largo tiempo una gran amenaza para la mayoría de los países vecinos del entorno.

El segundo conflicto que marca la historia reciente del golfo Pérsico/Arábigo es el bloqueo de Qatar entre 2017-2020. El punto donde mayor tensión se alcanzó en la zona tras las revueltas antiautoritarias de 2011. La subregión quedó fuertemente dividida en su apoyo o presión hacia el emirato qatarí (Rodríguez, 2022b: 163-164). El llamado Cuarteto árabe liderado por Arabia Saudí junto a Bahrein, EAU y Egipto boicoteando a la península qatarí. Sin embargo, Doha encontró rápidamente dos grandes apoyos externos, que fueron tanto Turquía como Irán. En una tercera línea se situaron Omán y Kuwait, que mediaron dentro del seno del CCG para evitar una confrontación mayor en la zona.

El último punto de conflicto en el golfo Pérsico/Arábigo es el control del estratégico estrecho de Ormuz, que conduce a que los diversos países del entorno y las potencias extranjeras involucradas busquen una cierta superioridad marítima. En el último período se han producido numerosos incidentes contra buques que transporta gas y petróleo, así como entre fuerzas navieras iraní, estadounidenses o británicas. Teherán tiene una cierta superioridad militar con respecto al resto de Estados de la zona, pero el dominio de las aguas territoriales es un elemento irrenunciable para el resto de los regímenes.

5.2. La debilidad institucional de Irak y el Líbano

Irak y el Líbano son dos espacios relevantes en el contexto geopolítico de Oriente Medio. La significación de ambos países se debe fundamentalmente a tres razones. Por un lado, el modelo iraquí y el libanés son reconoci-

dos oficialmente como democracias, una excepción dentro de un escenario regional marcado por el autoritarismo. Por otro, la nación iraquí y la libanesa están condicionadas por la fragilidad institucional, que les convierte en puntos constantes de inestabilidad y violencia. Por último, la debilidad gubernamental tiene como correlación la injerencia de potencias extranjeras, que trasladan su rivalidad y relaciones de competencia a través de terceros actores en estos escenarios.

Irak y el Líbano están muy presentes en la agenda regional durante las primeras décadas del siglo XXI. Los dos países afrontan serios problemas sociales, económicos y de seguridad, que son cuestiones todavía no resueltas y que parecen difícil de atender por las distintas partes involucradas. El viejo *statu quo* en Oriente Medio contaba con Irak como una potencia política y militar muy destacada, mientras que el Líbano fue durante un largo período una de las naciones árabes más estables de la zona. Sin embargo, distintas coyunturas internas y regionales en la década de los ochenta y noventa propiciaron cambios domésticos, pero también en la proyección de los dos Estados hacia el entorno.

Iraq se vio sometida a dos tipos de fuerzas, que marcaron su devenir político a finales del siglo XX. En primer término, los conflictos territoriales con Irán (1980-1988) y la invasión de Kuwait (1990-1991), que debilitaron sus capacidades militares y le relegaron a un papel secundaria, ya que Saddam Hussein fue percibido como un amenaza (Gause, 2007: 120-121). En segundo lugar, la propia política interna del líder iraquí, que estuvo en el poder desde 1979 hasta 2003, tuvo una transcendencia vital en la historia reciente del país. Un modelo autoritario que estuvo muy marcado por la represión a cualquier foco de disidencia política, así como violencia sectaria hacia comunidades kurdas o chiís.

La estabilidad libanesa fue profundamente alterada por la guerra civil entre 1975 y 1990, que fracturó los difíciles equilibrios religiosos en los que se había apoya la estructura del Estado. El conflicto tuvo dos grandes variables. Por un lado, el enfrentamiento propio entre distintas facciones libaneses, incluido las fuerzas formadas por los refugiados palestinos. Por otro, la intervención de actores externos, que agravaron las cotas de violencia alcanzados en el país. En este caso, Siria e Israel participaron activamente en la contienda bajo un interés de seguridad e influencia. Los Acuerdos de Taif de 1989 precipitó el final del conflicto y un nuevo reparto de poder entre los grupos libaneses.

En el estudio de las relaciones internacionales comenzó a predominar desde la década de los noventa el concepto «Estado fallido». Un término que se acuñó al final de la Guerra Fría para hacer referencia aquellos focos de inestabilidad, que suponían una amenaza para la seguridad global. No obstante, no existe una definición clara y limitada del mismo, además su uso político ha facilitado su conversión en una locución maleable y ambigua, que

no resulta idónea para explicar ciertas realidades nacionales. Con todo ello, la categorización dominante menciona aquellos países donde la estructura central no cumple con los requisitos básicos de un Estado, ya sea garantizar la seguridad y el monopolio de la fuerza, la integridad territorial y política, así como asistir a sus ciudadanos etc.

El término de «Estado fallido» ha ido desplazándose hacia otros conceptos más adaptativos a las circunstancias internacionales, que permitan reflejar procesos en los que la entidad estatal ve deteriorada sus características más elementales. En este sentido, organismos internacionales como el Banco Mundial, FMI o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) tienden a usar «Estado frágil» o «Estados de fragilidad», que sirven para aprehender aquellos países que se encuentran en difíciles tesituras internas, que pone en serio peligro la propia viabilidad lo estatal.

La característica de la fragilidad es entendida como un elemento evolutivo y no estático, que refleja transformaciones y distintas coyunturas históricas que suceden en el territorio. El concepto cumple con cinco grandes características (Osaghae, 2010: 282-283). Primero, una administración débil e inestable, que deriva en gobernanzas neopatrimonialistas y clientelares. Segundo, incapacidad de mantener una misma jurisdicción en todo el territorio, lo que crea áreas donde no existe autoridad estatal. Tercero, crisis de legitimidad institucional y política, que induce a una tensión interna permanente. Cuarto, ausencia de cohesión social, que se traduce en el desarraigo de la población hacia el Gobierno y la identidad nacional. Quinto, problemas económicos, de desarrollo, desigualdad y corrupción, que dificultan las capacidades del Estado para dar atención a sus ciudadanos.

Los elementos básicos del concepto «Estado frágil» sirven para constatar las numerosas vicisitudes sociopolíticas presentes en Irak y el Líbano. En primer término, los modelos democráticos surgidos tras los conflictos civiles son en realidad un reparto de espacios de poder, que buscan equilibrar las fuerzas entre distintas facciones. El resultado es el desarrollo de estructuras estatales que funcionan con lógicas clientelares, neopatrimonialistas y sectarias, donde no prima el interés general y el del conjunto de la ciudadanía, sino la preservación de influencia y defensa de intereses de un grupo concreto.

En segundo lugar, el concepto de «Estado frágil» menciona la vulnerabilidad del poder central, así como la existencia de áreas donde la presencia estatal es muy limitada. En el caso iraquí o el libanés esta circunstancia es muy patente. La autoridad nacional correspondiente es incapaz de aplicar un orden interno en todo el territorio. El reparto de poder entre las diferentes facciones se traduce en un intrincado reparto (Dodge, 2020: 148-149), donde cada actor ejerce su propia potestad, sin permitir que un agente central debilite su posición. Tanto en Iraq y el Líbano se observa esta problemática en varios ámbitos, sobre todo, en la cuestión de la seguridad. No existe un monopolio de la fuerza y cada actor interno posee sus propias estructuras de fuerza y control de sus zonas.

En tercer punto, la categorización de «Estado frágil» permite analizar el fenómeno de la crisis de legitimidad, que supone una importante brecha en la relación entre la sociedad y el poder político. Las protestas multitudinarias ocurridas en Iraq o el Líbano entre 2019 y 2022 evidencia el descontento de gran parte de la ciudadanía con las autoridades. Los regímenes pensados como simple reparto de influencias y equilibrio de fuerzas no son capaces de atender las necesidades de la población, lo que repercute severamente en el mantenimiento de un cierto contrato social. Los individuos ya no solo no se sienten atendidos por su Gobiernos, sino que tampoco se ven representados en las instituciones.

El cuarto factor por considerar en el concepto de «Estado frágil» es la falta de cohesión social interna, que deriva en una constante polarización y elevado grado de conflictividad. Esta caracterización deriva en la tendencia de soslayar otro tipo de identidades —religiosa, étnica, clan, regional— sobre la filiación nacional (Kissinger, 2014: 143-144). Los problemas de unidad política pueden ser resultado también de la formulación de Estados de reciente creación y la herencia colonial de límites fronterizos, que rompe con las organizaciones comunitarias tradicionales, así como la constitución de regímenes que basan su ejercicio en la centralización y concentración del poder y en discursos sectarios.

Los casos de Iraq y el Líbano podrían inicialmente encajar dentro de este cuarto factor de «Estado frágil». La historia política y social interna de ambos países está inevitablemente marcada por la división étnica y religiosa, que en gran medida es promovida desde diversos centros de poder domésticos y externos. La lógica diferenciadora y sectaria ha determinado numerosos conflictos en dichas naciones, además de los problemas para consolidar una identidad nacional capaz de cohesionar. Sin embargo, las movilizaciones entre 2019 y 2022 rompen con ese análisis de la realidad iraquí y libanesa, puesto que fueron revueltas que tuvieron un cariz transversal y aglutinaron distintas sensibilidades.

El quinto elemento del concepto de «Estado frágil» es los problemas generalizados de desarrollo, desigualdad o corrupción. Unas circunstancias que minan las capacidades gubernamentales para responder a las necesidades de sus ciudadanos (Malaeb, 2018: 16-17). Existen dos acontecimientos que ejemplifican la fragilidad del Estado iraquí y el libanés. Por un lado, el derrocamiento del régimen de Saddam Hussein en 2003 vino acompañada de un desmembramiento de todo el aparato central, que derivó en una incapacidad absoluta de las autoridades por atender a sus compatriotas. Por otro, la explosión del puerto de Beirut en 2020, que es uno de los grandes puntos comerciales de la región, evidenció la ausencia de una administración capaz de operar de forma efectiva.

El concepto del «Estado frágil» ayuda a contextualizar la compleja realidad en Iraq y el Líbano. Sin embargo, la definición expuesta se concentra

en principalmente en rasgos más internos, dejando atrás factores externos que inciden en la fragilidad de las instituciones en ambos países. La inferencia de potencias extranjeras es un elemento determinante para conocer el pasado y presente político de las dos naciones árabes. La presencia de terceros actores no origina por sí mismo el deterioro de los Gobiernos, pero es un elemento clave en la profundización de ciertos problemas como la conflictividad, la división social y polarización política, así como la dependencia económica del exterior.

La fragilidad del Estado iraquí y el libanés coincide con la fractura en el orden regional de Oriente Medio. La consecuencia más visible es que estos países pasan a ser espacios de disputa y competencia entre otros regímenes, que pretenden dirimir sus diferencias y marcar límites de influencia en los territorios de Irak y el Líbano (Saouli, 2019: 80-81). El conflicto pasa a ser un enfrentamiento internacionalizado, donde los problemas domésticos quedan relegados por los objetivos de terceros actores. La intervención de potencias externas no significa una solución real para la inestabilidad en estos países, al contrario, se tornan en obstáculos claros para el entendimiento entre las partes.

En el caso de Irak la intervención externa la podemos agrupar en dos niveles. Por un lado, la inferencia de potencias globales como EEUU y sus aliados europeos, cuya intervención militar marca un punto de inflexión en la historia del país. Por otro, el papel activo de poderes regionales como Irán, Arabia Saudí y, en menor medida, EAU o Turquía, que trasladan sus diferencias a territorio iraquí. En el contexto del Líbano, la injerencia foránea es más prolongada en el tiempo. Actores desequilibrados con sus operaciones son Siria e Israel, pero también destacan por su peso político creciente Arabia Saudí o Irán. Francia y otras potencias occidentales han perdido capacidad de mediación en la zona.

La historia de Irak en el siglo XXI se liga inevitablemente a través de conflictos y focos de tensión internos. El régimen de Saddam Hussein estuvo marcado por el fracaso de la invasión de Kuwait (1990-1991), que no supuso solo la derrota en términos militares, sino la exclusión de Bagdad de la Comunidad Internacional y de las grandes dinámicas regionales. La Administración de George W. Bush situó a el Estado iraquí en el denominado eje del mal, dentro del contexto de la GWOT tras los atentados del 11S. Las acusaciones estadounidenses de que el Gobierno iraquí respaldaba el terrorismo, así como que tenía a su disposición armas de destrucción masiva (ADM) sirvieron a Washington para lanzar la intervención militar de 2003, que supuso el final del líder iraquí.

El proceso de sociopolítico tras el derrocamiento de Saddam Hussein pecó de numerosos errores estratégicos. Uno de los más reseñables fue el intento de desbaazificación del Estado iraquí, que buscaba apartar aquellos actores más ligados al partido del régimen Baaz (Martín, 2015: 33-34). Este

fenómeno provocó fue un vacío total en la administración pública y la fragilidad del Estado. Otro gran fallo fue el propio proceso de transición hacia un modelo democrático, que estuvo dominado por unas interpretaciones sesgadas de la coalición internacional, que no tuvo en cuenta las particulares de la sociedad iraquí. El desarrollo del nuevo sistema político estuvo al final protagonizado por unas élites, que no llegaban a representar a la mayoría de las sensibilidades del país.

La democracia en Irak estuvo condicionada por los conflictos. Entre 2006 y 2010, una guerra multidimensional, ya que estuvo protagonizada por los enfrentamientos de fuerzas rebeldes iraquíes contra las tropas estadounidenses y de otros países de la coalición, asimismo, que los enfrentamientos adquirieron un fuerte cariz sectario entre las luchas de distintas organizaciones chiíes y suníes (Nuruzzaman, 2009: 287-288). Después de ello, el enfrentamiento entre las fuerzas iraquíes y de otros países frente a la organización terrorista del Estado Islámico. El grupo yihadista desde 2014 hasta 2017 logró controlar comarcas y ciudades iraquíes, lo que debilitó aún más la legitimidad de las autoridades iraquíes.

La exitosa campaña militar contra la amenaza yihadista y una desescalada de la violencia interna no resolvió otros problemas. Por un lado, la cuestión del Kurdistán iraquí, que goza de una considerable autonomía con respecto al Gobierno central de Bagdad. Más aún, las aspiraciones independentistas en sectores kurdos desembocaron en un breve conflicto armado en 2017. Por otro, la falta de legitimidad de las principales instituciones del país, que quedó evidenciado en la ola de protestas en 2019 y 2022, que dejaron el claro descontento y malestar de gran parte de la ciudadanía contra el poder político.

El devenir reciente del Líbano también está marcado por la conflictividad y tensión interna. El país inició el siglo XXI bajo las secuelas de la prolongada guerra civil y los Acuerdos de Taif de 1989, que ayudaron a modificar la constitución libanesa y ofrecer un reparto institucional entre las tres principales ramas religiosas del país (Calatrava, 2008: 406-407). La división quedó escenificaba en la propia estructura gubernamental. El cargo de presidente de la república fue asignado a algún líder la minoría cristiana maronita. El primer ministro bajo la nominación de representantes suníes, así como la presidencia de la Asamblea Nacional para una figura chií. El período de posconflicto libanés también quedó caracterizado por la retirada de las tropas israelíes de la franja sur del territorio.

El proceso de transición tras la guerra civil en el Líbano no logró acabar con la tensión y la fuerte polarización sectaria. Hubo dos acontecimientos que marcaron de nuevo una escalada de la violencia. Por un lado, el atentado contra el ex primer ministro Rafiq Hariri en 2005, que era un líder destacado entre los partidos políticos suníes. El asesinato contó con una importante contestación social y generó la retirada definitiva de las tropas sirias del país,

ya que se acusó a Damasco de estar detrás del golpe terrorista. Por otro, el conflicto armado en 2006 entre el ejército israelí y la milicia chií de Hizbolá, que concentró principalmente en el área fronteriza del sur. Los enfrentamientos propios de una guerra asimétrica reportaron una enorme popularidad a la organización libanesa.

La fractura política volvió al Líbano entre 2005 y 2008, lo que imposibilitó la pervivencia de un Gobierno estable, que fuera capaz de gestionar los graves problemas económicos y sociales internos. El país pareció verse sacudido por la amenaza de conflicto civil en 2008, pero se consiguió evitar la escalada de violencia con los Acuerdos de Doha del mismo año, que facilitaron un ejecutivo de concentración nacional. Las revueltas antiautoritarias de 2011 no tuvieron una réplica considerable en la nación árabe, pero sí sufrió una nueva injerencia de las potencias regionales. En este sentido, Irán y Arabia Saudí prestaron una considerable atención al contexto político libanés, dando apoyo a grupos dispares.

Los frágiles equilibrios de poder en el Líbano se mantienen pese a las rivalidades de actores externos. En el año 2017, el primer ministro Saad Hariri dimitió y pasó una semana en Arabia Saudí, bajo la sospechas de estar recluido contra su voluntad. El caso evidenció el grado de influencia de las potencias regionales en la zona. Sin embargo, la dicotomía sectaria promovida por actores domésticos y externos se rompió en los años posteriores. Las sucesivas movilizaciones entre 2019-2020 evidencian el descontento de la población hacia un *statu quo*, que no responden a los graves problemas del país.

5.3. El Kurdistán y la lucha de los pueblos kurdos

El mapa sociopolítico de Oriente Medio es enormemente heterogéneo, puesto que están compuesto no solo por una diversidad de Estados-nación, sino multiplicidad de ramas religiosas, corrientes políticas, etnias o clanes locales. Los límites fronterizos y las entidades estatales intentan comprimir unos vínculos comunitarios, que superan las separaciones estrictas entre países. Los pueblos kurdos son un ejemplo de la compleja morfología que constituye el contexto regional. Unos colectivos que tienen distintas cotas de protagonismo en la historia reciente de la zona. El nuevo orden regional tiene que dar una respuesta al problema kurdo, ya que sino permanecerá como un punto de tensión.

El Kurdistán es una extensa área geográfica muy difícil de delimitar en términos políticos, que bordea el sureste de Turquía, el norte de Siria, Irak e Irán y llega hasta Armenia y Azerbaiyán. Un subárea regional que ha sufrido la falta de reconocimiento por parte de las grandes potencias locales, así como de poderes internacionales. La constitución de los Estados modernos de Oriente Medio y, posteriormente, las antiguas repúblicas ex soviéticas subsu-

mieron dentro de su entidad nacional los territorios kurdos. De esta forma, la cuestión kurda permaneció durante largo tiempo como un problema interno de cada país. No obstante, esta tendencia cambia con las grandes transformaciones en la zona, que provoca que la situación de las comunidades kurdas tenga alcance general.

La complejidad del Kurdistán también radica en la propia diversidad de las poblaciones kurdas. Existe una tendencia dominante, sobre todo, desde los análisis occidentales, de tratar a los kurdos como si fueran un mismo actor, que responde de forma similar ante el Gobierno turco, sirio, iraquí o iraní. Sin embargo, los pueblos kurdos son altamente diferentes en varios ámbitos (Jensehaugen y Tank, 2022: 225-226). La forma de organizarse socialmente en cada comarca. La manera de relacionarse con el poder estatal al que supuestamente pertenecen, bajo la lógica de asegurar su identidad. Las diferencias existentes entre ellos en referencias a elementos culturales, religiosos o ideológicos.

El tamaño poblacional de los kurdos es muy difícil de precisar, ya que las autoridades estatales han procurado limitar el reconocimiento hacia estas comunidades. Las cifras según el Instituto Kurdo de París sobre los 30-40 millones de habitantes, que se encuentran dispersos entre los diferentes países de la zona. Más aún, la represión y exclusión que han sufrido las comunidades kurdas a lo largo historia han impulsado constantes movimientos migratorios, que derivan en el establecimiento de minorías en otros países de Oriente Medio y hacia otras áreas del mundo como Europa o América.

Los kurdos son una gran diversidad de pueblos, pero existen varios elementos que han favorecido una cierta solidaridad común. En primer término, la singularidad étnica y cultural con respecto a otras poblaciones del entorno, lo que supone un elemento diferencial muy significativo. En segundo lugar, el arraigo territorial hacia un área del Kurdistán, que no entiende de los límites políticos establecidos por los Estados-nación modernos. En último punto, la comunión construida a partir de la opresión sufrida durante largos períodos, ya que actores locales y extranjeros han tendido a reprimir los pueblos kurdos, puesto que son percibidos como una potencial amenaza para el orden local.

La relación de las poblaciones y organizaciones kurdas con los centros de poder recoge tres grandes estrategias, que se ponen de relieve ante los conflictos surgidos en el entorno más próximo. Por un lado, la estrategia de la adecuación, donde las comunidades kurdas han buscado integrarse de la mejor manera posible y de forma pacífica dentro de los regímenes locales, bajo el principio de la doble identidad étnica y nacional. Por otro, la estrategia del reconocimiento, que busca establecer relaciones diferenciales con los Gobiernos centrales, alcanzar mayores cotas de autonomía y lograr el respaldo de potencias externas. Por último, la estrategia de conflicto, que se basa en el uso de la lucha armada como mecanismo político para lograr la independencia frente a terceros actores.

Las principales estrategias planteadas por las diferentes organizaciones kurdas tienen su constatación en los conflictos y crisis surgidas en el entorno. La guerra en Siria desde 2011 concedió un enorme protagonismo a las formaciones kurdas del norte del país, que, sobre todo, lograron cierta relevancia internacional por su lucha contra el Estado Islámico (Barkey, 2019: 113-114). La inestabilidad interna en Irak también impulsó incluir en la agenda regional la cuestión de los kurdos, que desde la constitución del nuevo régimen democrático y federal han tenido una relación ambivalente con el poder central en Bagdad. Una vinculación que combina posicionamientos de cooperación y conflicto.

La cuestión Kurda tiene sin duda alguna un protagonismo claro en el devenir político de Turquía, donde históricamente las autoridades turcas de Ankara lo sitúan como un problema de seguridad nacional. La percepción de amenaza de los actores turcos ha servido de justificación al régimen de Tayyip Erdogan para llevar operaciones militares, que se han desarrollado en el espacio de la frontera siria. En la misma línea, la minoría kurda es un elemento significativo en el orden interno de Irán, donde la relación con el sistema islámico de las ayatolás ha variado a lo largo del tiempo, aunque en los últimos períodos se ha producido una intensificación de la conflictividad entre ambas partes.

La relevancia del Kurdistán y las comunidades kurdas se debe a varias razones, que explican que parte de la rivalidad regional se situó en esta área del entorno. El factor geográfico es determinante para analizar la cuestión kurda. El área mencionada se sitúa en un espacio estratégico vital para la región, entre grandes potencias locales como Turquía e Irán, así como dos Estados centrales en el devenir regional que son Irak y Siria. La zona ha sido históricamente lugar de tránsito y flujos de población, que originan en parte la diversidad del mapa sociopolítico. Su situación entre la península de Anatolia, mar Caspio, el Cáucaso y Oriente Medio le conceden una trascendencia clara para la estabilidad de la zona, pero también para la propia evolución de la Sociedad Internacional.

La importancia del Kurdistán radica asimismo en el elemento energético y económico, que hace que el interés por la zona no solo incumba a potencias regionales, sino también a grandes poderes internacionales. Existen importantes campos petrolíferos a lo largo del cinturón kurdo (Estévez, 2015: 9-10). El control por esos espacios estratégicos deriva en constantes conflictos entre las poblaciones kurdas y los Gobiernos centrales. No obstante, el problema afecta además de la explotación de los hidrocarburos, a la propia conexión entre distintos mercados energéticos. Existen diferentes oleoductos y gaseoductos, así como proyectos de construcción, que permitan conectar Oriente Medio con Europa occidental y con Rusia. Todas estas infraestructuras pasan por los territorios kurdos.

El protagonismo del Kurdistán y las comunidades kurdas se debe también a un componente político, que adquiere una doble dimensión. Por lado, la

singularidad étnica y cultural de los kurdos ha pervivido históricamente ante regímenes autoritarios, que han considerado a los pueblos kurdos como una amenaza para la estabilidad interna. Por otro, las principales organizaciones kurdas en Turquía, Siria, Irak o Irán han tenido un fuerte componente revolucionario, algunas de ellas incluso de tendencia socialista, que les ha servido para consagrarse como focos singulares en el mapa ideológico de Oriente Medio.

El último elemento por destacar sobre el Kurdistán y las poblaciones kurdas es el vinculado a la seguridad. Las plataformas kurdas son percibidas habitualmente por los regímenes domésticos como potenciales amenazas. Sin embargo, la percepción de otros actores de Oriente Medio y de potencias internacionales es muy distinto. Las organizaciones kurdas han sabido proyectar una imagen positiva hacia el exterior, que les consolida como agentes garantes de cierta estabilidad en la zona. El ejemplo más claro de ello es la lucha de las milicias kurdas en Siria y en Irak contra el Estado Islámico, lo que favoreció al mismo tiempo sus alianzas con otros Estados de la zona y la esfera occidental.

La historia de los pueblos kurdos a lo largo del siglo XX y XXI está marcado por dos impulsos. Por un lado, los esfuerzos de las propias comunidades kurdas para alcanzar el reconocimiento político e, incluso, la aspiración de constituirse en un Estado independiente. Por otro, las fuerzas contrarrevolucionarias que han contenido y reprimido a los movimientos kurdos, sobre todo, excluyéndoles de la primera línea de la actividad política en Turquía, Siria, Irak o Irán. En los diferentes períodos de la región, un factor clave ha sido la atención de potencias internacionales, que han incidido en el apoyo a las fuerzas del Kurdistán cuando sus intereses regionales lo requerían. No obstante, este protagonismo kurdo en el entorno de Oriente Medio no ha sido siempre el mismo.

Los pueblos kurdos tienen numerosas diferencias, pero su lucha dentro del contexto regional puede englobarse en tres grandes etapas. En primer término, la primera mitad del siglo XX, la cuestión kurda se incorpora a la agenda local. La caída del Imperio Otomano ofrece una oportunidad a las aspiraciones independentistas. El Tratado de Sèvres de 1920 tras la Primera Guerra Mundial reconoció un Estado kurdo, pero no llegó a cumplirse debido a la rebelión de los nacionalistas turcos (Martorell, 2016: 55-57). Las potencias internacionales firmaron con el Gobierno de Kemal Atatürk el Tratado de Lausana en 1923, que eliminaba de facto el reconocimiento de una entidad política kurda.

El período entreguerras fue clave en el devenir de los intereses kurdos, ya que el reparto colonial no tuvo en cuenta los intereses de las poblaciones del Kurdistán. La segunda mitad del siglo XX estuvo marcada en términos generales por la represión hacia los movimientos políticos e identitarios kurdos (Pérez, 2007: 235-236). La constitución de nuevos Estados según las fron-

teras coloniales provocó que las fuerzas kurdas quedaran sumidas en otras entidades nacionales. El movimiento kurdo estuvo sometido entonces a dos grandes corrientes. Por un lado, la organización política dentro del sistema o en la clandestinidad frente a los regímenes autoritarios. Por otro, la represión de las fuerzas gubernamentales, que consideraron a los núcleos kurdos como una amenaza.

Las décadas de represión y autoorganización política concedieron a los diversos pueblos kurdos un mayor sentido identitario. La tercera etapa que se produce a principios del siglo XXI es de reafirmación de la lucha kurda. El contexto de crisis y conflictos en Oriente Medio pasa a ser una oportunidad estratégica para las fuerzas del Kurdistán. Las comunidades kurdas nunca antes han logrado tanto autogobierno en Siria o Irak, gracias a la fragilidad de los Gobiernos centrales. Las poblaciones kurdas también están muy presentes en las disyuntivas políticas a las que hacen frente el régimen turco y el iraní.

Los movimientos kurdos pueden categorizarse en cuatro grandes espacios de actuación, según sus comunidades quedaron bajo fronteras nacionales. En primer término, los kurdos dentro de Turquía, que son una de las corrientes que mayor impacto mediático internacional han tenido durante décadas. La población kurda en el Estado turco es aproximadamente de 20 millones de habitantes (López, 2019: 66-67), lo que le convierte en el grupo más numeroso dentro de la región del Kurdistán. La relación con las autoridades turcas ha sido históricamente muy tensa. La constitución de la nueva república turca en 1923 trajo consigo varias revueltas en la región, que fueron duramente reprimidas por las autoridades nacionalistas. Ankara aplicó políticas de reasentamiento y limitación contra la identidad turca, que se prolongaron hasta la década de los setenta.

Las aspiraciones kurdas en Turquía encontraron su principal plataforma de reivindicación en el Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), fundado en 1978 bajo premisas marxistas-leninistas y hacia la consecución de la independencia. La organización ha mantenido dos tipos de estrategia. Por un lado, la confrontación violenta contra Turquía a través de una guerra de guerrillas desde mediados de los ochenta. Por otro, la participación en las instituciones políticas turcas a partir de principios del siglo XXI, que tiene su mayor representación en la formación de izquierdas del Partido Democrático de los Pueblos (HDP), que forma parte de la Gran Asamblea Nacional de Turquía.

Los movimientos kurdos en Turquía tienen un impacto directo en el contexto sirio, donde la relación con el régimen de Damasco ha variado a lo largo del tiempo. Según el Instituto Kurdo de París, en el territorio sirio en 2016 vivían cerca de 2,5 millones de kurdos. La constitución del Estado moderno sirio estuvo acompañada por la represión hacia las minorías kurdas, que se agudizó con las políticas de arabización y centralización del partido Baaz. El régimen de Háfes al-Assad desde la década de los setenta presentó un

estrategia paradójica (Gutiérrez de Terán, 2019: 89-90). La exclusión de la identidad kurda en el interior, pero el apoyo a los movimientos independentistas de Turquía.

La guerra civil en Siria otorgó una nueva relevancia a la cuestión kurda en Siria. Las principales formaciones del Kurdistán sirio proceden del Partido de Unión Democrática (PYD), que fue fundado en 1957 y que en el contexto del conflicto sirio creó las milicias kurdas llamadas Unidades de Protección Popular (YPG). La debilidad del régimen de Bacha al-Assad y el apoyo militar y económico de potencias extranjeras permitieron a los kurdos alcanzar un elevado grado de autonomía (Dinc, 2020: 51-52). Sin embargo, sus aspiraciones chocan con las reticencias de los Gobiernos sirio y del ejecutivo turco.

El tercer país donde existe un núcleo importante de kurdos es Irak. La población aproximada es de 8 millones de habitantes, según fuentes kurdas, que se localizan sobre todo en las regiones del noreste del país de Duhok, Erbil, Halabja y Solimania. El Estado iraquí ha mantenido una relación ambivalente con las poblaciones kurdas, al igual que ocurre en Turquía y Siria. La constitución de la nación iraquí tras el final del protectorado no ofreció una respuesta al problema kurdo. El partido Baaz en su ascenso al poder desde la década los sesenta combinó la represión con políticas más flexibles. Sin embargo, el presidente Saddam Hussein mantuvo una política de dureza, que se vio reflejada en la Operación al-Anfal (1986-1989), que supuso el genocidio de minorías kurdas.

El movimiento kurdo en Irak evidenció una alta capacidad de organización, que pervivió durante décadas a la represión del régimen iraquí. A partir de 2005 se introdujo un modelo democrático y federal en el país, que supuso una oportunidad excepcional para las aspiraciones kurdas, que se agruparon en el Gobierno Regional del Kurdistán (KRG). La autoridad local kurda con sede en Erbil ha alcanzado cotas de autogobierno y reconocimiento internacional excepcionales en la historia del movimiento étnico (Saouli, 2014: 121-122), gracias en buena medida a sus alianzas con EEUU y otras potencias extranjeras. Las fuerzas kurdas actúan de facto como un Estado con un alto grado de autonomía dentro del territorio iraquí. La aproximación más cercana a la independencia.

El último país de Oriente Medio donde destacan las minorías kurdas es Irán. Los estudios del Instituto Kurdo de París lo calculan en 2016 sobre los 10 millones de habitantes, después de Turquía, el segundo punto de la zona donde se localiza el mayor número de kurdos. Las comunidades del Kurdistán han tenido una relación compleja con las autoridades de Teherán, ya fuera bajo la monarquía del Sha de Persia, o bien, con el régimen de los ayatolás desde 1979. Los kurdos han sido percibidos por el poder iraní como una fuerza disruptiva vinculada a intereses extranjeros (Garduño, 2019: 26-27), que marcan un foco permanente de oposición hacia el centralismo del Gobierno iraní.

La población kurda muestra un elevado grado de organización pese a la represión, gracias a organizaciones como el Partido Democrático del Kurdistán de Irán (PDK) y el Partido por una Vida Libre del Kurdistán (PJAK) entre otros. Los kurdos se concentran principalmente en las provincias del noroeste: Kordestan, Azerbayán Occidental y Kermanshah. Unas regiones que son sistemáticamente marginadas por las autoridades nacionales. Las protestas de 2022 por la muerte de Masha Amini tuvieron un importante foco el denominado Kurdistán iraní, que es un espacio permanente de disidencia.

TERCERA PARTE

LA LUCHA POR EL PODER EN ORIENTE MEDIO

CAPÍTULO 6

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ORIENTE MEDIO

6.1. Patrimonialización del Estado y el dilema del rey

Oriente Medio es una región heterogénea, que está compuesta por dinámicas generales y también procesos particulares de cada país. Por ello, es complicado establecer características que puedan ser aplicados a todos los regímenes políticos de la zona. Sin embargo, un análisis común del entorno permite distinguir dos grandes corrientes en las últimas décadas. Por un lado, las fuerzas transformadoras, que buscan un cambio en las estructuras y distribución del poder, desde el nivel interno hasta el regional. Por otro, los bloques contrarrevolucionarios o defensores del *statu quo*, que pretende contener los movimientos de cambio y preservar una cierta estabilidad sobre un orden ya imperante.

Un actor clave en Oriente Medio son las élites político, religiosas, militares y económicas que conforman los diversos regímenes. En el complejo contexto regional se produce una situación paradójica, puesto que tenemos autoridades nacionales que han promovido grandes cambios en el entorno, pero que contienen y reprimen cualquier atisbo de oposición en el interior de su fronteras. Las aspiraciones de democratización y aperturismo que se proyectaron con las revueltas de 2011 han sido relegadas, dejando un espacio donde vuelve a imponerse una lógica autoritarias y fuertemente estatalizada.

El poder de los regímenes a lo largo del siglo XX y principios del XXI puede ser caracterizado por cuatro elementos. En primer término, la neopatrimonialización de las estructuras del Estado por parte de una élite política. En segundo lugar, el modelo rentista de la mayoría de las economías, que fundamenta su crecimiento en la exportación de recursos naturales. En tercer punto, las redes clientelares que marcan el funcionamiento de la administración pública y su relación con los ciudadanos (Freer, 2019a: 274-275). En último punto, el concepto del dilema del rey, que representa la dicotomía del Gobernante entre atender a las crecientes demandas y preservar su poder autoritario.

La patrimonialización del Estado es un concepto muy recurrente en las disciplinas de ciencia política, relaciones internacionales y sociología. Un proceso de concentración del poder por el cual una élite política, militar, económica o religiosa asume todo la autoridad. Esta circunstancia le permite controlar los principales aspectos y ámbitos de la comunidad nacional. En los países de Oriente Medio el término patrimonial está muy asociado a los procesos de independencia y descolonización, que dieron lugar a nuevas unidades estatales, que estuvieron a su vez muy ligados a la emergencia de nuevos regímenes.

La neopatrimonialización es un proceso más complejo, que combina la concentración del poder y la actuación arbitraria de una élite, junto al desarrollo de un aparato burocrático ampliado y complejo (Erdmann y Engel, 2007: 105-106), que da operatividad al Estado y asegura la preservación de un régimen político concreto. La forma patrimonial de la mayoría de los países de Oriente Medio responde a las vicisitudes internas y regionales, que conducen a una forma muy particular de ejercer la autoridad. El resultado es el funcionamiento de la administración pública y de todos los aparatos estatales según los requerimientos del Gobernante, que supone el esfuerzo constante de reafirmar su poder ante sus propios ciudadanos, pero también hacia el resto de los actores extranjeros.

El surgimiento de los nuevos Estados en Oriente Medio tras la Segunda Guerra Mundial estuvo asociado a la emergencia de regímenes políticos, que respondieron a dos grandes procesos de tomar del poder. Por un lado, aquellas élites que habían sido tuteladas por las antiguas potencias europeas para asumir el Gobierno en un proceso más o menos programado. Por otro, distintos grupos políticos, económicos, religioso y militar que toman el control de forma abrupta, a través de dinámicas revolucionarias, que permiten romper con los sistemas heredados del colonialismo y las supuestas injerencias externas.

La heterogeneidad de los diferentes sistemas políticos en Oriente Medio hace complicado poder agruparlos en unas mismas categorizaciones. Sin embargo, para facilitar la explicación pueden platearse en tres grandes grupos. En primer término, las monarquías bajo el liderazgo de una familia real, que proceden de procesos de transición consensuados con potencias coloniales. En segundo lugar, las denominadas oficialmente como repúblicas, que derivan de distintos procesos de revolución donde una facción religiosa, oficiales militares o dirigentes de un partido toman el control. En tercer punto, los modelos de fragilidad democrática, que está ligados a difíciles equilibrios internos.

En la definición de monarquías se situación Arabia Saudí, Omán, EAU, Qatar, Bahréin, Kuwait y Jordania, que comparten la excepcionalidad de un clan dinástico en el poder desde los procesos de independencia. En el caso de las repúblicas se pueden agrupar a Egipto, Siria, Yemen, que proceden

de procesos revolucionarios bajo el liderazgo de oficiales militar o un partido político, además de Irán, que cuenta con la autoridad religiosa de los ayatolás. En el contexto de las frágiles democracias se encuentran Turquía, el Líbano, Irak o Israel, aunque en dichos ejemplos existe una amplia discusión sobre hasta qué punto pueden ser considerados sistemas democráticos consolidados. No obstante, tienen unos rasgos diferentes en muchos aspectos que los otros modelos.

La neopatrimonialización es un proceso que se muestra de forma más evidente en los sistemas monárquicas y en las llamadas repúblicas. Una élite política, religiosa, militar y económica asume el control autoritario del país. Todos los aspectos más relevantes del Estado pasan por unas relaciones de poder altamente jerarquizadas con un liderazgo claro, que tiene la responsabilidad de asumir las principales decisiones. La administración pública responde a los intereses y objetivos políticos de las autoridades. La distinción entre estructural estatal y régimen gubernamental se diluye en una dinámica en que, incluso, la identidad nacional pasa a estar asociada a la figura de los referentes del país.

La neopatrimonialización conduce a que élite correspondiente controla los grandes elementos de un Estado. Una apropiación de las principales actividades económicas e industrias del país (Izquierdo-Brichs *et al*, 2021:49-50). Una preponderancia sobre las instituciones políticas y sociales del país. La omnipresencia de la figura del líder en todos los espacios públicos. La toma de decisiones convertido en un proceso opaco y arbitrario, que queda restringido a un grupo muy selecto, donde no existe espacio a la contestación y la rendición de cuentas. En definitiva, el ejercicio del poder de forma autoritaria, que responde a las necesidades propias del régimen y que marca el funcionamiento estatal.

El proceso de neopatrimonialización en muchos de los países de Oriente Medio está ligado a modelos rentistas de desarrollo. Esta característica no hubiera sido posible sin tres elementos. En primer término, la asunción al poder de regímenes autoritarios, que mantienen un control dominante sobre el país, lo que deriva en una dirección estricta de las actividades productivas y comerciales. En segundo lugar, la riqueza en recursos naturales, especialmente, de grandes reservas de petróleo y gas en la zona (Izquierdo-Brichs, 2007: 3-4). En tercer punto, el respaldo de potencias extranjeras a dichos Gobiernos, que les ayudan a garantizar sus intereses económicos y políticos en el entorno.

Los Estados rentistas suponen la caracterización de modelos políticos y desarrollos, que están muy vinculados a un tipo de actividades económicas, que son a su vez centrales para el porvenir del país. El modelo rentista tiene en Oriente Medio unas características compartidas por la mayoría de los países de la zona. Por un lado, la nacionalización de los principales sectores productivos, que garantiza el control directo por parte del régimen. Por otro,

el funcionamiento de las grandes industrias y empresas según criterios políticos, que están asociados tanto a las necesidades gubernamentales internas, como a sus objetivos de política exterior. Por último, una distribución no equitativa entre la población local de la riqueza generada por la explotación de los recursos naturales.

Las rentas obtenidas del petróleo y gas cumplen dos funciones básicas para los regímenes políticos de Oriente Medio. En primer término, la producción y exportación de hidrocarburos son las principales fuentes de ingresos para el Estado, lo que constituye el componente de financiación básico para el funcionamiento de todo el aparato administrativo y burocrático. En segundo lugar, el importe del petróleo y gas determinan el crecimiento económico del país, que permite fases de enorme expansión económica gracias al alza de los precios, pero también supone una fragilidad y vulnerabilidad persistente. Unos modelos de desarrollo sometidos a considerables presiones y shocks.

Las rentas del petróleo y gas han marcado la evolución de los Estados nación y de los propios regímenes políticos de Oriente Medio. Los beneficios obtenidos por las industrias de hidrocarburos aseguran los suficientes recursos para que las autoridades nacionales puedan moldear las estructuras estatales. De esta forma, los líderes políticos consiguen financiar sus políticas sociales, ayudas y empleos en la administración y empresas públicas. En la misma línea, los Gobiernos encuentran con ingresos suficientes para no presionar con impuestos a sus ciudadanos, dando lugar a ese particular contrato social en la mayoría de los países de la zona. Además, las élites tienen los medios económicos suficientes para apoyar sus políticas exteriores, pero también sus aparatos de represión.

El funcionamiento neopatrimonial del Estado y el modelo rentista de las economías genera una tercera característica. El funcionamiento clientelar de las estructuras de poder (Izquierdo-Brichs y Kemou, 2009: 39-40). Este tipo de articulación política y social se produce por varias razones. Por un lado, la concentración de la riqueza en una élite concreta. Por otro, la distribución de los recursos nacionales según los criterios arbitrarios del régimen. El resultado de tales dinámicas es la condicionalidad del porvenir de los ciudadanos y la atención de sus necesidades materiales, a través de su grado de adhesión al Gobierno y su lealtad a unos postulados religiosos, ideológicos o nacionalistas concretos.

El clientelismo genera unas redes que vertebran todos los ámbitos del Estado y el territorio del país. Un trama de vínculos personales, favores y corruptelas que parten desde la propia cúspide del poder y desciende hasta las relaciones más informales. El régimen político desarrolla un amplio aparato burocrático, que le permite asegurar el control de la población y los recursos. Sin embargo, sus objetivos no es atender a las necesidades y reivindicaciones propias del ciudadano. El efecto a largo plazo es la estabiliza-

ción de una estructuras estatales, que resultan poco funcionales y eficientes, lo que termina lastrando las posibilidades de desarrollo y crecimiento de la comunidad.

El clientelismo determina la relación del individuo con el poder. El régimen político pasa a ser el garante de la seguridad material y el porvenir de los ciudadanos. Sin embargo, este tipo de vínculos solo ofrece una serie de privilegios y una participación en la toma de decisiones a una élite política, económica, militar y religiosa (Davidson, 2015: 58-59). El nacional se ve sometido a una negación de derecho y libertades, así como la incapacidad de exigir responsabilidades ante una administración pública que funciona de forma deficiente. La única alternativa ofrecida es quedar ligado al régimen y no resultar contestario, puesto que la disidencia es castigada con la represión y con la expulsión de los círculos, donde discurre la riqueza de forma arbitraria y bajo objetivos políticos.

El modelo neopatrimonial, rentista y clientelar resulta funcional para los regímenes políticos que surgen en la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, es un arquetipo difícilmente sostenible en el tiempo en términos sociales y económicos. Las sucesivas revueltas, movilizaciones y protestas que han tenido lugar en Oriente Medio en las últimas décadas marcan una brecha. Importantes sectores de la población no se sienten representados ni atendidos por unas estructuras estatales y administración pública, que han dejado de cumplir con los mínimos elementos exigibles del contrato social. La presión de los ciudadanos emerge ante unos Gobiernos anquilosados en el autoritarismo.

La distribución desigual de la riqueza nacional, la corrupción e ineficiencia, la deslegitimización de las élites políticas, así como la falta de oportunidades de ascenso social y de participación política precipitan la ruptura entre régimen y ciudadanos (Priego, 2011: 83-84). En este contexto surge la duda para las autoridades, puesto que no tienen la certeza absoluta de que los mecanismos de represión y coacción vayan a garantizar el orden interno. Más aún, la fuerza puede precipitar una erosión mayor de la imagen del dirigente hacia sus compatriotas, debilitando su figura paternalista y de referente de la comunidad. La incógnita es cómo preservar el poder y responder a las demandas sociales.

El dilema del rey es un concepto utilizado por el autor Samuel Huntington en su obra *Political Order in Changing Societies*, que intenta representar sociedades que se encuentran en procesos de transformación frente a un poder autoritario, que busca alternativas para mantener su posición (Huntington, 1975: 177-178). El soberano se encuentra ante la tesitura de introducir reformas para contener focos de malestar, que comienzan a extenderse entre la ciudadanía. Sin embargo, esta premisa presenta dos inconvenientes a futuro, ya que los cambios tienen que ser limitados para no afectar al propio modelo político y, asimismo, los ciudadanos se pueden sentir insatisfechos.

El concepto de el dilema del rey sirve en parte para analizar el proceso de polarización social, que afecta a distintos países de Oriente Medio. No obstante, la teoría del autor estadounidense puede caer en un cierto determinismo histórico, que consideren las dinámicas de cambio y democratización un paso natural en las comunidades políticas. En este caso, los distintos regímenes del entorno se encuentran ante una tesitura parecida, pero ello no justifica que en el medio y largo plazo puedan darse modelos alternativos, así como revoluciones verdaderamente exitosas. Las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 son respondidas en términos generales a través de dos procesos: la reafirmación de los mecanismos de autoritarismo y represión, junto a limitadas reformas del sistema.

El dilema del rey induce a esa incertidumbre que atraviesa los principales centros de poder de Oriente Medio, puesto hasta qué punto la represión puede ser eficaz ante una sociedad desafectada y crítica; aún más, hasta qué momento las políticas de cambio introducidas desde la cúspide del régimen van a ser suficientes para su pervivencia (Aarts y Roelants, 2015: 143-144). En muchos de los países del entorno se produce una reducción de la presencia estatal en ámbitos económicos y sociales, así como en algunos una paulatina apertura de los sistemas políticos. En resumen, una reformulación del contrato social por parte del soberano, pero sin contar directamente con la participación de los ciudadanos.

Los regímenes políticos de Oriente Medio han respondido a los cambios sociopolíticos internos y regionales a través de tres grandes premisas. Por un lado, la aplicación de nuevas formas de represión y coacción, donde las redes sociales están desempeñando una labor fundamental. Por otro, la llegada al poder de nuevas generaciones de líderes que intentan encarnar esas aspiraciones de cambio, aunque siempre dentro de la propia élite. Por último, la reactivación de un discurso nacionalista e identitario, que intenta asociar al soberano principalmente como garante de estabilidad y seguridad. Unos elementos muy relevantes teniendo en cuenta la sucesión de crisis y conflictos recientes en la zona.

El propósito último de los regímenes de Oriente Medio por garantizar su propia supervivencia política genera otros dos procesos complementarios. En primer término, la autosuficiencia de recursos y medios para garantizarse su seguridad ante posibles nuevas protestas, sobre todo, tras las traumáticas salidas del poder de dirigentes como Ben Alí en Túnez, Mubarak en Egipto, Muamar el Gadafi en Libia o Alí Abdalá Saleh en Yemen. En segundo lugar, la búsqueda de nuevos aliados en el exterior, que les permita reducir su dependencia de una sola potencia, así como diversificar las relaciones de sus líderes y, por tanto, alcanzar un mayor reconocimiento en la región y en el escenario internacional.

6.2. Movimientos de aperturismo y democratización

La ruptura del orden regional en Oriente Medio está determinada por las sucesivas revueltas entre 2011 y 2020. Un acontecimiento sin precedentes en la zona tanto por las dimensiones adquiridas por el fenómeno, como por

los temas políticos y sociales que abordan. La manifestación de desafección de gran parte de la ciudadanía hacia los centros de poder, que son culpabilizados de no cumplir con su parte del contrato social. La brecha ha abierto desde hace más de una década no ha obtenido ningún tipo de solución por parte de los regímenes, que priorizan orden y seguridad por encima del aperturismo, lo que ha reducido las posibilidades de democratización en el entorno a corto y medio plazo.

Las revueltas de 2011 y las ocurridas en 2019-2020 comparten unas características similares. Por un lado, la espontaneidad y transversalidad de las manifestaciones, que superan a las organizaciones políticas tradicionales, así como alcanzan mayor apoyo ciudadano. Por otro, un programa poco definido y estructurado, que combina cuestiones políticas, económicas y sociales (Abu-Tarbush, 2014: 38-39). Por último, una forma de activismo diferente a las formas de oposición del paso, que permite una mayor labor en red, pero que también carece de unos liderazgos claros. El resultado es que los regímenes se encuentran con mayores dificultades para prever y contener tales movimientos.

Las revueltas de 2011 y 2019 quedan resumidas en la consigna: *Al-shab yurid isqat al- nizam* (El pueblo quiere la caída del régimen), que marca la crítica directa contra el poder establecido. Una reivindicación que es comúnmente compartida por distintas poblaciones de Oriente Medio, que señala directamente a las autoridades y exige un cambio radical del sistema. Este principio maximalista estuvo acompañado habitualmente en las protestas por otros conceptos como *hurrya* (libertad) y *karama* (dignidad), que dan ese cariz democrático a las movilizaciones (Habbal y Hasnawi, 2019). Una aspiración política que va más allá de unos simples cambios de liderazgo o promesas de reforma.

Las revueltas de 2011 y 2019 pusieron en el centro del debate nacional y regional la transformación de la estructura de poder. Los regímenes que surgieron tras los procesos de descolonización e independencia se encontraron ante un escenario inhóspito. Las autoridades habían hecho antes frente a núcleos de oposición y disidencia, pero estos se encontraban estructurados en organizaciones concretas. En la misma línea, los Gobiernos locales también soportaron protestas de descontento en fases de crisis económica, pero nunca antes abordaron una desafección social tan generalizada y, sobre todo, una respuesta tan beligerante y contundente contra el modelo establecido desde hace décadas.

Las revueltas de 2011 y 2019 tuvieron ese fuerte componente político, que hacía alusión a los anhelos ciudadanos de participar y sentirse representados dentro del sistema. Las menciones a la democracia y libertad estuvieron acompañadas del concepto de dignidad, *aish* (pan) y *adala igtimaiya* (justicia social), que vehiculizaron la agenda más puramente ideológica con otros elementos de cariz social (Foran, 2014: 50-52). La ruptura entre la población y el

poder se debe a una doble percepción. En primer término, los regímenes son incapaces de garantizar el porvenir de los individuos, que se ven afectados por la desigualdad, pobreza y falta de oportunidades. En segundo lugar, las autoridades, además maltratan a sus conciudadanos y preservar unos privilegios alejados de la realidad común.

Una disyuntiva parecida a 2011 y 2019 es la revuelta iraní de 2022, que se produce tras la muerte de Masha Amini bajo custodia policial. Las protestas en Irán estuvieron protagonizadas por las mujeres, aunque fueron respaldadas por amplios sectores de la sociedad. En las movilizaciones existieron unas proclamas centradas en tres elementos: *Jin, Jiyan, Azadî* (Mujer, vida y libertad), que mostraron con toda claridad las aspiraciones de acabar con la opresión del régimen iraní. Los lemas revolucionarios también hicieron mención explícita a los líderes bajo la frase: *Marg bar diktator* (muerte al dictador), que supone un señalamiento directo a la élite de poder establecida en el país desde 1979.

Las protestas y movilizaciones tales como la primavera árabe de 2011 o más recientemente las ocurridas en Irán combinan elementos emocionales y racionales. Por un lado, el componente afectivo se explica por los sentimientos de hartazgo e ira hacia el poder establecido, que es incapaz de atender las necesidades ciudadanas. Además, se entremezcla los componentes de empatía y solidaridad con aquellos que sufren la represión del régimen. El componente emocional de las revueltas hace muy difícil predecir cuándo pueden producirse, así como calcular el alcance de estas. La imprevisibilidad hace que aumente la percepción de inseguridad de las autoridades.

Las protestas en Oriente Medio desde hace más de una década tienen además un elemento racional, que expone un cambio de lógica política en muchos países de la región. Los regímenes autoritarios no cumplen con los compromisos básicos del contrato social, por lo que los individuos buscan otro tipo de alternativas, que congenian con las expectativas de las movilizaciones. La insatisfacción por los resultados ofrecidos por el sistema establecido genera que los ciudadanos demanden una transformación de este, lo que supone una reconfiguración total de los equilibrios de poder a nivel doméstico. Las revueltas repercuten directamente en la naturaleza de los modelos políticos establecidos.

La confrontación entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias se concentra en gran medida en la disputa del discurso. La confrontación dicotómica entre el cambio o la estabilidad. Las corrientes sociales transformadoras basan su impulso inicial en las aspiraciones de progreso y ruptura, que una amplia mayoría de la ciudadanía comparte debido a la desafección hacia el poder establecido. La evolución frente al inmovilismo de los líderes nacionales. Sin embargo, los focos de conflicto y tensión surgidos en puntos como Siria, Yemen o Egipto sirvieron a muchos regímenes para deslegitimar las protestas (Amirah-Fernández, 2019: 16-17). Las autoridades dominaron la retórica del miedo a la desestabilización y que solo ellos podrían garantizar orden y seguridad en su territorio.

Las revueltas en Oriente Medio en los últimos años han estado protagonizadas por cuatro grandes grupos de actores políticos. En primer término, el activismo digital, que ha favorecido la organización revolucionaria y la propagación de las reivindicaciones. En segundo lugar, las generaciones más jóvenes, que evidencian su creciente desapego hacia unas estructuras políticas y sociales anquilosadas. En tercer punto, los movimientos de mujeres, que han puesto en la primera línea del debate las desigualdades de género. En último nivel, las minorías étnicas, que intentan aprovechar el contexto de crisis para poner de relieve su situación de exclusión y alcanzar un cierto grado de reconocimiento.

El activismo digital es un elemento central en la transformación sociopolítica de Oriente Medio. Internet y las redes sociales han pasado a ser un espacio más de confrontación entre el poder establecido y las corrientes de contestación. Las nuevas tecnologías han sufrido una variación en su funcionalidad en los países de la región. En las protestas de 2011, 2019 y en Irán 2022 tuvieron un papel destacado en favorecer el impulso de asociaciones y encuentros, que superaron las estructuras tradicionales de organización política y de la propia censura de los regímenes. Las nuevas formas de comunicación garantizaron una manera de interrelacionarse y organizarse que impulsó las revueltas.

Los aparatos gubernamentales han evidenciado serios problemas para contener el activismo digital. Sin embargo, los regímenes están logrando especializar sus medios de control sobre estas plataformas, una tendencia de autoritarismo digital (Jones, 2022: 81-82), que formula distintas estrategias. Por un lado, campañas de desinformación para deslegitimar a figuras relevantes y organizaciones de la disidencia. Por otro, tácticas de hostigamiento y acoso contra perfiles críticos con el poder establecido. De igual forma, una línea de ensalzamiento de un fuerte nacionalismo asociado con un líder o élite política concreta. Por último, el reforzamiento de los mecanismos de censura y represión.

La preocupación de ciertos regímenes autoritarios de Oriente Medio por el activismo digital explica en parte una alianza excepcional en la región. La denominada primavera árabe de 2011 generó una percepción de vulnerabilidad y amenaza en distintos Estados, entre ellas, las monarquías árabes del Golfo. Las autoridades de estos países fueron conscientes de la ineficacia de sus sistemas de coacción ante formas novedosas de organización política. La necesidad de mejorar sus mecanismos de espionaje les acercó a Israel, que cuenta con una de las industrias más prestigiosas del mundo en ese sector. La colaboración en cuestiones de seguridad fue uno de los grandes impulsores, que facilitó la normalización de relaciones del Estado israelí con diferentes países árabes de la zona.

El segundo actor por destacar en las revueltas antiautoritarias de Oriente Medio son las generaciones más jóvenes. La región es una de las áreas del mundo que cuenta con unas poblaciones considerablemente jóvenes. Según

estadísticas de la OCDE para el año 2019, aproximadamente un 50 % de la población en el norte de África y Oriente Medio tiene menos de 30 años. En países como Yemen representa el 67 % del total de los habitantes, pero también en los territorios palestinos o Irak supera el 60 %. El resto de los países se sitúa en una franja entre el 60 % y 40 %, solo el emirato kuwaití se coloca en torno al 38 %.

En los países de Oriente Medio existe una importante masa demográfica que sufre dos tipos de limitaciones. En primer término, la falta de oportunidades laborales y los altos niveles de desempleo. Según los datos de la OCDE para el año 2020, la región era una de las áreas del mundo con mayor índices de desempleo del mundo, aproximadamente el 28 %. Más aún, existe un 29 % de jóvenes entre los 15-24 años, que no trabaja, no estudia ni recibe formación profesional. Aunque estos datos son generales y existen distinciones claras entre países, donde algunas monarquías árabes del Golfo como Qatar, Bahrein o EAU no tienen este tipo de problemas en comparación a otros del entorno más cercano.

El segundo tipo de limitación que sufren la mayoría de los jóvenes de Oriente Medio es la desconexión con las estructuras políticas y sociales. Unos modelos de organización en los que no se siente representados y, además, en los que existe una escasa participación en la toma de decisiones. La juventud de la región no se siente adherida a unos regímenes que son incapaces de dar solución a sus problemas (Kaplan, 2021: 326-327). Los Gobiernos locales no pueden alegar los mismos discursos legitimadores con unas generaciones, que no vivieron los procesos de independencia. La desafección hacia las autoridades nacionales se traduce en un enfado acumulado, que ha sido canalizado a través de las revueltas de las últimas décadas, aunque solo han encontrado la represión.

La desconexión con las estructuras políticas y sociales de los jóvenes de Oriente Medio también se debe una brecha de valores. La juventud local no comparte las mismas experiencias que tuvieron generaciones pasadas. Los jóvenes tienen su alcance nuevas formas de comunicación e información, que les permite conocer otras realidades de la región y el mundo (Anderson, 2014: 51-52). En este sentido, algunos regímenes han potenciado la formación de sus ciudadanos más jóvenes en el extranjero para mejorar el capital humano del país. Esta circunstancia les permite entrar en contacto con otras formas de vida social y organización política. El conjunto de todos estos elementos genera múltiples aspiraciones, que los sistemas actuales de poder son incapaces de atender.

Las mujeres son un vector muy importante en las revueltas en Oriente Medio, así como en las propuestas más rupturistas con el *statu quo*. Las desigualdades de género y la dominación patriarcal no son igual de intensas en los países de la región. Sin embargo, en muchos de ellos el género marca una opresión que repercute en cuatro grandes ámbitos. Primero, la condición

jurídica, puesto que se niegan derechos y libertades básicas. Segundo, la condición política, porque existen limitaciones mayores a participar en las instituciones y estamentos de decisión. Tercero, la condición social, ya que impera una división clara en los espacios públicos. Cuarto, la condición privada, donde las mujeres todavía quedan relegada a un segundo plano en el entorno familiar y del hogar.

Las corrientes feministas tienen una larga trayectoria en Oriente Medio y en los países de la esfera árabe. Un origen que se remonta a finales del siglo XIX con las primeras organizaciones, plataformas y publicaciones que ponían énfasis en la condición de la mujer (Paradela, 2015: 23-24). Egipto se convirtió en un importante epicentro de las corrientes feministas y sus principales autoras. Los procesos de descolonización e independencia colocaron a las mujeres en la mayoría de los países en una posición óptima, donde ampliar sus derechos en un proceso simultáneo a la consolidación de los nuevos Estados, especialmente en aquellos donde dieron procesos revolucionarios panarabistas.

La agenda feminista se topó con resistencias añadidas a finales del siglo XX, que coincidió con la una crisis de las corrientes nacionalistas, así como un auge de los posicionamientos fundamentalistas (Al-Rasheed, 2013: 108-109). La pervivencia de los movimientos por los derechos de las mujeres se mantiene durante décadas, aunque existe una particular y dura represión en gran parte de los regímenes. Las revueltas acaecidas desde 2011 vuelven a colocar en primera línea del debate político la condición de las mujeres. Uno de los fenómenos transformadores clave en el escenario de Oriente Medio.

El cuarto actor por destacar en el período revolucionario de Oriente Medio son las minorías étnicas, quienes han tenido evolución paradójica en las crisis domésticas y regionales de los últimos años. La cuestión étnica no estuvo presente en la mayoría de las movilizaciones, que señalaron a importantes regímenes autoritarios de la zona. Las protestas tuvieron inicialmente un cariz transversal que permitió la adhesión de todo tipo de segmentos de la población. Las reivindicaciones maximalistas de libertad, justicia social y final de las dictaduras tuvieron una acogida muy positiva en la ciudadanía, dando lugar a una dinámica de superación de las diferencias entre distintos agentes políticos.

La consolidación de la revolución y las aspiraciones de cambio hizo que la cuestión étnica pasará un segundo plano. No obstante, la cuestión de las minorías kurdas en Turquía, Siria, Irak o Irán, la de los grupos chiíes en las monarquías del Golfo, o bien, la situación de otras comunidades como cristianos o yazidíes es un elemento central en la política nacional y regional. En este sentido. Es difícil establecer tendencias generales sobre grupos tan diversos, pero las principales dinámicas regionales en los últimos tiempos no han sido positivas para las minorías, que vuelven a caer muchas de ellas en la represión sistemática de los regímenes, aunque otras logran coexistir con las élites de poder.

El contexto de cada grupo étnico requeriría de un análisis más pormenorizado, pero pueden destacarse tres grandes tendencias. El mayor reconocimiento adquirido por las fuerzas kurdas en los difíciles escenarios de conflicto y protestas en Siria, Irak o Irán. La represión y exclusión de las comunidades chiíes en gran parte de las monarquías árabes del Golfo, que persisten en considerarlas como una amenaza para la estabilidad interna. La congruencia de intereses con los regímenes como ocurre con los casos de las minorías cristianas en Egipto, Siria o Jordania, donde existe un respaldo tácito hacia las autoridades, o bien, existe una coexistencia entre los principales círculos de poder.

Las revueltas antiautoritarias en Oriente Medio pueden ser valoradas según distintos niveles. En primer punto, las protestas no han introducido cambios profundos en los regímenes políticos de la mayoría de los países. La vertiente democratizadora no ha logrado consolidarse, por lo que en esos términos existe un fracaso. En contraposición, las movilizaciones transforman completamente el mapa geopolítico, dando lugar a un escenario distinto a épocas pasadas, por lo que es innegable su impacto trascendental (Hernández, 2020: 93-94). En la misma línea, las corrientes revolucionarias logran poner de relieve problemas y temas, que van a marcar la región en el medio y largo plazo, además de evidenciar una confrontación de fuerzas muy diversas y heterogéneas.

6.3. El factor religioso y el nuevo orden regional

La crisis del orden regional en Oriente Medio está condicionada por las rivalidad entre las fuerzas aperturistas y democratizadoras frente al poder establecido. Sin embargo, existe un tercer elemento por considerar, que es el factor religioso, puesto que envuelve gran parte de los debates y problemas presentes en el entorno. La religión y la cuestión sectaria no explican de por sí los principales conflictos surgidos en la zona, pero tienen una incidencia clara en el devenir político. Existen numerosos actores que encuadran sus acciones, intereses y la forma de interactuar en el escenario local a través de la religión, que lo convierten en un componente relevante en el antiguo y nuevo *statu quo*.

La incidencia política del factor religioso se sitúa a grandes rasgos en tres importantes ámbitos. En primer término, la identidad y diferenciación, que sirve para establecer la pertenencia del individuo en sociedad, pero también la constitución de distintas comunidades y redes, que mantienen un sentido de filiación por encima de lo nacional o estatal. En segundo lugar, el soporte ideológico, puesto que la religión sirve para proyectar toda una serie de discursos y programas políticos, que son la base de la representación en Oriente Medio de diferentes actores. En último punto, fuerza legitimadora, ya que existe una relación compleja con el poder, ya sea como espacio de crítica o apoyo al mismo.

La incidencia política a través de la identidad y diferenciación evoca a la constitución de los Estados. Exceptuando algunos casos como Egipto, Irán, Omán o Turquía, donde existe una tradición histórica nacional, en la mayoría de los países la formulación de entidades estatales se produce a través del proceso colonial, donde se establecen fronteras, se definen comunidades y regímenes políticos (Mabon, 2017: 1787-1888). Las poblaciones cuentan con una filiación prolongada en el tiempo en torno a la familia, religión, étnica o clan. Esta circunstancia tiene un efecto doble sobre la estabilidad doméstica y regional.

Las autoridades se encuentran con enormes dificultades para consolidar un discurso nacional, que supere, o bien, por lo menos coexista con otro tipo de identidades. No obstante, el problema sustancial radica en que existan distintas minorías religiosas en el país, lo que supone un factor disruptivo para los intereses políticos de los regímenes. En la misma línea, el factor religioso vertebró redes comunitarias que atraviesan los límites fronterizos, lo que impulsa una conexión constante entre grupos que habitan en distintos territorios de Oriente Medio, así como una solidaridad persistente entre aquellos que se consideran de una misma colectividad. Las revueltas antiautoritarias acontecidas en el último período alcanzan en buena medida tal repercusión gracias a esta lógica religiosa.

La incidencia política a través del soporte ideológico sirve para explicar la emergencia de distintos actores, que tienen en el centro de su pensamiento el factor religioso. El espacio regional sirve de encuentro para tres de las grandes religiones monoteístas del mundo actual como son el islam, cristianos y judaísmo, además de existir otro tipo de corrientes y confesiones en la zona. La religión ofrece una visión lógica y coherente del mundo, desde el papel del individuo hasta la organización en sociedad (Mabon, 2019b: 24-25). Los países de Oriente Medio son testigos de la confrontación entre dos tipos de agentes institucionales. Los movimientos que tienen bases laicas y secularizantes frente a los agentes que defiende la construcción política a través de prismas religiosos.

El mapa sociopolítico regional es muy heterogéneo y complejo, donde existen espacios de rivalidad y convivencia entre diferentes opciones políticas. El entorno proyecta una amalgama de tendencias difícil de citar todas ellas: socialistas, izquierdas, progresistas, ecologistas, liberales, conservadoras, nacionalista, pasando por facciones cristianas, islam político, fundamentalistas, rigoristas, ultraortodoxos judíos, hasta llegar corrientes terroristas con predicamento religioso. La clave de todo ello es que la identidad religiosa todavía construye bloques ideológicos y pretende dar soluciones a problemas políticos.

En la historia reciente de Oriente Medio se observa tres grandes etapas en cuanto al protagonismo de la religión. Por un lado, finales del siglo XIX y principios del XX, donde hubo un predominio de movimientos políticos

nacionalistas que, salvo algunas excepciones, establecieron unos discursos con bajo soporte religioso. Por otro, desde la década de los setenta y ochenta se observa una revitalización de las organizaciones y programas vinculados a la identidad religiosa, que aprovechan la crisis de las otras plataformas secularizantes. Por último, los episodios de revueltas antiautoritarias entre 2011-2020 agudizan la brecha entre los diferentes posicionamientos ideológicos.

La incidencia política también se construye en consonancia a la fuerza legitimadora, que la religión ofrece a distintos actores de la región. La característica de la legitimidad es un recurso utilizado a diferentes niveles. En primer término, el factor religioso sirve para justificar las acciones de grupos, facciones y otro tipo de organizaciones contestatarias, que se muestran como fuerzas contrarias al Gobierno establecido. En segundo lugar, la confesión religiosa pasa a ser una cuestión de Estado para muchos regímenes, que lo para consolidar su autoridad interna (Freer, 2019b: 90-91). Los sectores religiosos en Oriente Medio tienen una relación ambivalente con el poder, puesto que pueden llegar a ser agentes contestatarios y disidentes, o bien, forma parte de la propia estructura.

La fuerza legitimadora de la religión no se contempla de la misma forma en los diferentes países. Sin embargo, en aquellos donde los líderes utilizan la confesionalidad sirve para establecer una singular asociación. El discurso gubernamental puede llegar a vincular la condición de ciudadano con la de creyente. El comportamiento del individuo en sociedad se vertebra a través de su lealtad al régimen político, así como a su fidelidad a los preceptos e instituciones religiosas. El gobernante pasa a ser una figura con una fuerte caracterización religiosa, que le lleva a situarse como el primer de los creyentes. La política y la fe pasan a estar fuertemente intrincados y dar forma al propio Estado.

En el elemento de la legitimación emerge la cuestión del sectarismo, que configura países y el orden regional. La cuestión sectaria cumple cuatro grandes objetivos. En primer término, la construcción de un relato histórico y político de los grandes acontecimientos ocurridos en Oriente Medio. En segundo lugar, la promoción de la cohesión entorno a una identidad, comunidad o país concreto (Glombitza y Coates Ulrichsen, 2021: 7-8). En tercer punto, la adhesión a un liderazgo o causa política, que asegura cumplir unas expectativas y garantizar un deseo de pertenencia a un colectivo. En cuarto nivel, la reacción contra otros actores o alternativas que son considerados rivales sistémicos.

El sectarismo ayuda a todo tipo de regímenes, organizaciones y líderes a simplificar la realidad sociopolítica. El elemento sectario elabora un relato histórico que ayuda explicar de forma muy directa los conflictos, crisis o cambios estructurales que ocurren en el entorno. Una forma de colocar a una comunidad, corriente religiosa, facción o grupo de creyentes como protagonistas de los eventos más relevantes. En este sentido, el sectarismo puede

estar acompañado de una visión excepcionalista, que compone la política exterior de muchos países y la de otro tipo de actores políticos. En resumen, la misión «divina» de asumir un papel protagonista y liderar al resto de colectivos.

El sectarismo está inevitablemente conectado con la cohesión comunitaria, ya sea a través de la identidad nacional, pero, sobre todo, filiaciones referidas a la etnia o el clan (Gause, 2014: 10-11). La mayoría de los regímenes de Oriente Medio se encuentran con un arduo dilema ante la condición religiosa. Los Estados-nación se constituyen sobre poblaciones heterogéneas, donde tienen cabidas distintas confesiones. La diversidad social representa un desafío para la consolidación de nuevos países y, sobre todo, a sistemas de naturaleza autoritaria. Por esta razón, los líderes nacionales han optado por dos tipos de estrategias, ya sea presentarse como los únicos garantes de la diversidad religiosas, o bien, erigiéndose como los defensores de la corriente religiosa mayoritaria u oficial.

El sectarismo también promueve la adhesión a una causa política, organización o figura de autoridad. En relación con el elemento del excepcionalismo y la cohesión identitaria, el factor sectario otorga una considerable legitimidad a aquellos que quieren justificar sus acciones políticas, así como su status de dominio o privilegio. El sectarismo tiene una naturaleza polarizadora, que constriñe las sociedades en torno a debates basados en la diferenciación religiosa o étnica. El contexto de conflictividad ayuda a que emerjan ciertos liderazgos, que reafirman su posición en base a la división y diferenciación. Este tipo de fuente de adhesión legitimadora requiere de un permanente estado de tensión.

La construcción del relato histórico, la excepción y cohesión identitaria, junto a la reafirmación de una autoridad tienen como eje central la relación con respecto al «otro», la dicotomía entre un «nosotros» y un «ellos». La seguridad de lo conocido frente a la supuesta amenaza de lo desconocido. El sectarismo está muy presente en los discursos y acciones políticas para atacar las posiciones de los competidores por el poder. Esta lógica llega a formar parte en la acción de numerosos regímenes de Oriente Medio, que argumenta su rivalidad con terceros países a través de las disimilitudes religiosas (Matthiesen, 2013: 19-20). Esta perspectiva está muy presente en el auge y desarrollo de las organizaciones yihadistas, que vertebran sus ataques terroristas en base al sectarismo.

El factor religioso está muy presente en los profundos cambios religiosos que han ocurrido en Oriente Medio. La cuestión está en dilucidar cómo categorizar el comportamiento de los principales actores de condición religiosa ante la crisis del orden regional. El mapa sociopolítico del entorno se define en términos generales entre fuerzas transformadoras y bloques contrarrevolucionarios o inmovilistas. Las múltiples manifestaciones de cambio político y organización social no están solo referidas a tendencias aperturistas y

democratizadoras, sino que encuentran otro tipo de alternativas, que proceden de aquellos sectores religiosos que tienen un agenda muy definida.

En el ámbito político existen dos tendencias generalizadas en torno a los elementos religiosos. En aquellos países donde existía una relación estrecha con el poder establecido, incluso se forma parte de la élite gubernamental, en esos casos las figuras religiosas más preminentes se mostraron reacias a las revoluciones. Los ejemplos más claros son los discursos religiosos oficiales en las monarquías árabes del Golfo, Irán, Turquía, Jordania, Siria o el Líbano entre otros. En los cuales los principales estamentos de religiosos se postularon cercanos a las tesis de las autoridades nacionales, dando lugar a una creciente desafección con unos importantes segmentos de la población.

La tendencia oficialista y contrarrevolucionaria confrontó con otro tipo de actores con fundamento religioso, que participaron activamente en las revueltas y en las intenciones de cambio de régimen. El caso más paradigmático es de las organizaciones islamistas como los Hermanos Musulmanes, que consideraron la coyuntura de ruptura política como una oportunidad idónea para aproximarse al poder (Hernando de Larramendi, 2013: 76-77). Las minorías religiosas también jugaron un papel importante en la prolongación de las protestas, puesto que les sirvió para poner de relieve sus exigencias. El debate más profundo se concentró en torno a la propia viabilidad de los postulados religiosos dentro de unos regímenes autoritarios, que sufría una considerable deslegitimación.

La relación de la religión con el poder establecido en Oriente Medio es variada, lo que hace extremadamente complicado que pueda explicarse de forma sucinta. Sin embargo, los principales actores y organizaciones vinculadas al elemento religioso pueden ser de forma práctica categorizados en tres grandes grupos. En primer término, quienes tienen una relación simbiótica con el poder, donde comparten intereses y forman parte de él (Al-Rasheed, 2011: 520-521). En segundo lugar, las corrientes de oposición, que critican a las autoridades, pero que no representa un cambio radical del sistema. En último punto, las fuerzas de radicalismo religioso y organizaciones terroristas, que representan elementos antisistema, que buscan romper con el *statu quo* político y los equilibrios sociales.

Los actores religiosos con una relación simbiótica con el poder pueden distinguirse, aquellos con influencia programática y otros que forman parte de la élite política de su país. En el primero de los casos pueden citarse los ejemplos de los estamentos cristianos y referentes chiís en Siria, los principales líderes coptos y de escuelas sunnís en Egipto, que no tienen un papel destacado en primera línea del debate político, pero que tienen una capacidad destacable para reforzar la legitimidad de las autoridades, así como marcar las grandes medidas de los dirigentes nacionales. En una forma muy elocuente, este tipo de organizaciones funcionan como grupos de presión ante unos centros de poder cercanos.

El segundo caso de relación simbiótica con el poder establecido son aquellos actores que forman parte de la élite política. En este nivel existen varios ejemplos según la naturaleza del propio régimen político. En los países donde existe oficialmente un sistema democrático, aunque con reservas en la mayoría de los casos, el factor religioso se expresa en forma de partidos, que participan en las instituciones gubernamentales. Los ejemplos más claros son los islamistas del AKP en Turquía, las formaciones chiíes o suníes en Egipto, el reparto de estamentos entre facciones en el Líbano o grupos sionistas en Israel.

En los regímenes autoritarios en forma de monarquías, repúblicas islámicas y otros modelos, el factor religioso pasa a ser un elemento central del programa de las autoridades. El caso más excepcional es Irán, donde la élite religiosa se encuentra en la cúspide del poder, lo que da forma al propio Estado y la sociedad iraní. En este sentido, las monarquías árabes del Golfo son contexto también muy parecidos, donde existe un oficialismo religioso (Freer, 2020: 49-50), que está directamente vinculado con las autoridades nacionales y cuenta con una triple función. Primero, el control de espacios como la justicia o la educación. Segundo, la prolongación de una retórica favorable al líder gubernamental. Tercero, la influencia ideológica sobre el debate político nacional.

Las fuerzas religiosas que forman parte de la práctica institucional tienen frente a sí dos tipos de resistencias. En primer término, las fuerzas religiosas de oposición y disidencia, que constituyen una alternativa reformadora a las posicionamientos oficiales. El ejemplo más recurrente son las organizaciones islamistas que son reprimidas por los regímenes de Oriente Medio, no tanto por su radicalismo, sino por constituirse como un importante espacio de divergencia contra los liderazgos nacionales y regionales. Este tipo de formaciones en muchos de los países de la zona están totalmente perseguidas, además de ser tachadas recurrentemente como corrientes terroristas. Sin embargo, su discurso en términos generales no representa un desafío sistémico como corrientes más extremistas.

La tercera categorías de actores religiosos se sitúa en las esferas del radicalismo religioso y el yihadismo. El uso de estos conceptos representa de por sí un problema, ya que son utilizados de forma ambigua e imprecisa, dando nombre a distintas organizaciones y acciones políticas. No obstante, la asociación de agentes religiosos en términos de radicalismo, yihadismo, extremismo o terrorismo se establece según su posición en torno al sistema, entendido este no solo como el modelo estatal y gubernamental, sino también a la estructuración de la vida social y los valores predominantes en la comunidad.

En este caso se trata de fuerzas antisistema, ya que representa una impugnación total al *statu quo* establecido. Actores que llevan a cabo sus acciones fuera totalmente de los márgenes políticos y sociales comunes. Además,

se corresponde con principios maximalistas e intolerantes, donde está muy presente la violencia y la retórica sectaria. Los objetivos de sus actuaciones son diversos y son capaces de aprovechar dos circunstancias significativas. Por un lado, la desafección de los individuos hacia el *statu quo* establecido. Por otro, la coyuntura de conflictos en la región, donde son capaces de profundizar en su inestabilidad. El nuevo orden regional tiene un desafío en ello.

CAPÍTULO 7

ALIANZAS Y RIVALIDADES EN EL NUEVO ESCENARIO REGIONAL

7.1. La emergencia de las monarquías: Qatar, EAU y Omán.

El cambio en el *statu quo* de Oriente Medio propicia la emergencia de nuevos actores, que comienzan a asumir un mayor protagonismo en el escenario regional. En este tipo de dinámicas pueden encuadrarse las denominadas monarquías del Golfo, que aparte de Arabia Saudí, incluyen al resto de miembros del CCG como son Omán, EAU, Qatar, Bahrein y Kuwait. Aunque dicho conjunto de países suele ser tratado como un bloque homogéneo, no obstante, existen diferencias domésticas y de política exterior muy notables entre ellos. Los conflictos, crisis y transformaciones en el entorno han profundizado en las disimilitudes entre regímenes que aparentemente son aliados.

La emergencia de las monarquías del Golfo se explica en buena medida por tres grandes dinámicas de transformación. Por un lado, la renovación de las élites gubernamentales de estos países y la implementación de políticas nacionales y exteriores más proactivas. Por otro, la crisis abierta en el *statu quo* de Oriente Medio, que propicia nuevos márgenes de influencia para actores hasta entonces secundarios (Soler i Lecha, 2018: 152-153). Por último, los cambios en la distribución del poder a escala mundial, que propician un panorama más multipolar y sin un liderazgo tan rotundo de EEUU y la esfera occidental.

Las profundas transformaciones del contexto regional están acompañadas de distintas reacciones entre las élites de poder de las monarquías del Golfo. En primer término, el ascenso de una nueva generación de líderes nacionales, que propugnan una agenda de actuación distinta, ejemplo, el emir de Qatar, Tamin al Thani desde 2013, Mohammed bin Zayed desde 2022 en EAU o el sultán Haitham bin Tariq al Said de Omán desde 2020. En segundo lugar, la introducción de grandes medidas y reformas, que repercuten sobre todo

en la estructura económica, en la acción exterior, pero también en el propio régimen político. La finalidad es adecuar a sus países ante un escenario externo muy volátil.

Los conflictos surgidos en Oriente Medio en los últimos tiempos, sobre todo, a partir de las revueltas antiautoritarias de 2011 han impulsado la traslación de los centros de poder tradicionales en la región a otras áreas. Las monarquías del Golfo pasan a ser actores clave en los grandes problemas de la agenda local. Este grupo de regimenes desarrollan una política exterior en cierto grado autónoma, además de aplicar sus propios medios y capacidades para preservar sus intereses nacionales. La rivalidad y competencia creciente en el entorno está protagonizada en especial por países como Qatar, EAU u Omán.

La emergencia de las monarquías del Golfo trasciende la esfera de Oriente Medio, puesto que su influencia repercute en distintos ámbitos del sistema internacional. La ruptura del orden mundial va parejo a una transformación en el rol de los regímenes árabes, que dejan atrás ciertas pautas heredadas del siglo anterior (Baabood, 2015: 44-45). Por un lado, este tipo países ya no solo tienen un interés mundial por su riqueza en la producción y exportación de hidrocarburos, sino que además están asumiendo un peso muy significativo en sectores como las finanzas, transporte, investigación o turismo. Por otro, las monarquías del Golfo dejan de ser meros aliados de EEUU, puesto que postulan sus propias políticas exteriores, que no convergen siempre con los objetivos de Washington.

Las monarquías del Golfo están liderando el cambio de orden en Oriente Medio, así como el papel de la región en el convulso escenario internacional. El contexto de transformaciones les es favorable, ya que la mayoría de ellas no ha sufrido fenómenos destacados de inestabilidad interna, mientras se involucran de forma variada en los principales conflictos de la región. Qatar, EAU u Omán impulsan una jerarquización distinta de las relaciones en el entorno, dejando entrever que en el corto y medio plazo los grandes temas a resolver en la zona no solo incumben a dos grandes potencias locales. De igual forma, el interés por adquirir mayor protagonismo exterior les conduce a ser parte de las fuerzas globales, que empujan por una reconfiguración del orden mundial.

La presencia de las monarquías del Golfo más allá de Oriente Medio se concentra en dos grandes áreas. Por un lado, el norte de África tras las revueltas de 2011, donde las potencias emergentes aprovecharon la inestabilidad en aquellos países para ganar mayor influencia (Hernando de Larramendi y Hernández, 2021: 69-71). Marruecos y Túnez han pasado a ser importantes socios comerciales y aliados políticos de Qatar o EAU. Por otro, la rivalidad en los regímenes árabes también se traslada a distintos puntos de África subsahariana, donde la influencia política, religiosa y económica es cada vez mayor.

Las medidas de reforma a nivel doméstico repercuten en dos grandes ámbitos de los regímenes: estructura económica y esfera política. En el primer de ellos, los países están inmersos desde hace aproximadamente una década en un conjunto de macro reformas, que aspiran a diversificar sus fuentes de riqueza, reducir la dependencia de los hidrocarburos y modernizar sus modelos de desarrollo, que les sirva para ser economías más competitivas a nivel mundial. No obstante, los cambios introducidos corren el riesgo de debilitar los pilares rentistas y clientelares en los que se han basado sus estructuras de poder, lo que puede motivar una profunda brecha en el contrato social con sus ciudadanos.

En la esfera política las medidas introducidas en el último período son menos progresivas y más calculadas. El contexto de las revueltas en el entorno ha acelerado esta tendencia por intentar contener los focos de descontento social. La mayoría de las monarquías del Golfo inician procesos electorales y de participación política, aunque son muy limitados y bajo un estricto control gubernamental (Zaccara y Saldaña, 2015: 180-181). La celebración de comicios o la elección de representantes políticos, no es óbice a la pervivencia de sistemas de represión, que buscan mantener el orden bajo una coyuntura de transformaciones.

El contexto interno de las monarquías del Golfo entremezcla numerosos elementos, que buscan salvaguardar el poder en una élite política familiar. Por un lado, políticas de carácter neoliberal, que buscan desestatalizar sus estructuras sus economías, al mismo tiempo que empoderan a sus ciudadanos como agentes económicos activos. Por otro, el mantenimiento de formas de poder autoritario, que se ve superficialmente alteradas por reformas paulatinas y restringidas. Por último, una revitalización del discurso nacionalista, que está muy ligado a la figura del jefe del Estado como el agente protector de sus conciudadanos y también el motor de los cambios necesarios en sus países.

La esfera doméstica difiere notablemente en las estrategias internacionales de cada una de las monarquías árabes. En este punto cabe destacar un agrupación de los regímenes en tres niveles. En primer término, los países con políticas exteriores expansivas y proactivas, como son los casos de Qatar y EAU, que asumen mayores responsabilidades en los principales conflictos regionales. En segundo lugar, las monarquías con políticas exteriores de mediación, que tienen su formulación más clara en Kuwait y Omán, que abogan por unas estrategias comedidas, pero basadas en la interlocución con diferentes partes. En último punto, el régimen con la política exterior de alienación, que es reflejada en el caso de Bahrein por la alta dependencia de su Gobierno a la asistencia externa.

Qatar asume un protagonismo excepcional a principios del siglo XXI. Una relevancia singular si se considera el reducido tamaño del país, la escasa población de este —aproximadamente 2,6 millones de habitantes y solo 400

mil nacionales— así como su reducida transcendencia histórica en Oriente Medio. Sin embargo, la dinastía de los Al Thani tiene como objetivo vital exponer a su régimen como un actor clave en las dinámicas regionales y coyunturas internacionales (Álvarez-Ossorio y Rodríguez, 2021: 100-101). La supervivencia de Doha pasa por ser un elemento imprescindible del nuevo *statu quo*. La acción exterior qatarí deriva en que pase a ser un elemento estratégico del entorno, aunque eso constituya también serias amenazas para su pervivencia política.

Los intereses nacionales de Qatar se concitan en dos objetivos fundamentales: la integridad e independencia del país, así como la autonomía política de su régimen. La posición geográfica del emirato en el centro del golfo Pérsico/Arábigo supone un considerable desafío. Las pretensiones de Doha se encuentran frente a dos grandes impedimentos geopolíticos. Por lado, la tendencia de las dos grandes potencias regionales: Irán y Arabia Saudí, de dominar todo el espacio y países próximos a sus territorios. Por otro, la relevancia global de la subregión hace que el interés de otros actores como EEUU, China o Rusia también busquen tener una presencia destacada en la zona.

Los objetivos de integridad y autonomía política tienen su traslación en una acción exterior expansiva y proactiva. Las premisas de Qatar parten a su vez de unas interpretaciones muy ligadas a la seguridad interna. En primer término, en un contexto de alta rivalidad, Qatar no quiere vincular su defensa a una única potencia extranjera, sino que pretende diversificar sus alianzas con todo tipo de actores. En segundo lugar, el emirato qatarí hace una interpretación positiva de los grandes cambios regionales, puesto que constituyen el escenario idóneo para aumentar su influencia y relevancia política, sobre todo, en aquellos focos de conflicto de Oriente Medio que son estratégicos.

La política exterior de Qatar a lo largo del siglo XXI está fuertemente dominada por la figura del emir Hamad al Thani, quien llegó al poder en el año 1995 hasta su abdicación en 2013 en favor de su hijo Tamim Al Thani. El monarca qatarí fue el gran responsable de la modernización económica del país y la postulación de una estrategia internacional, que diera respuesta a las necesidades de seguridad y defensa más básicas del régimen. Las relaciones internacionales del emirato quedaron categorizadas en cuatro grandes etapas, aunque el verdadero punto de inflexión fueron las revueltas antiautoritarias de 2011 (Roberts, 2016: 8-9). En este sentido, la primera fase durante la década de los setenta y ochenta estuvo marcada por el interés monárquico de consolidar el régimen internamente.

La segunda etapa de la política exterior de Qatar desde finales de los noventa y principios del siglo XXI estuvo marcado por la reactivación de la agenda internacional. La finalidad fue ir ganando protagonismo en determinados puntos de Oriente Medio y otras del área del mundo, pero siempre desde un perfil moderado y bajo el rol de tornarse un mediador oportuno para ciertos conflictos. De esta forma, el emirato qatarí logró en unos pocos

años estar presente en los grandes escenarios de conflicto en la zona, sirviendo de interlocutor entre actores muy diversos, lo que le permitió establecer una amplia red de alianzas. Este proceso político estuvo parejo con la transformación económica del país.

La tercer etapa de la política exterior de Qatar se produce a partir de las revueltas antiautoritarias de 2011. Doha decide abandonar su rol moderado y mediador para pasar a ser parte activa de los grandes problemas que emergen en Oriente Medio. El emirato qatarí asume un posicionamiento revolucionario, que le conduce a respaldar los movimientos de cambios en espacios como Egipto o Siria. El propósito es aupar a nuevos actores políticos que estén en consonancia con los intereses qatarís. Sin embargo, esta estrategia va a encontrar las reticencias de importantes regímenes del entorno.

La cuarta etapa de la política exterior de Qatar se encamina desde 2013, cuando se produce la llegada al trono de Tamim bin Al Thani. No obstante, esta fase tiene su punto de inflexión a partir de 2017, cuando el emirato es sometido un bloqueo por parte del denominado Cuarteto Árabe: Egipto, Bahrein, EAU y Arabia Saudí, que se prolonga hasta enero de 2021 (Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, 2022: 152-153). Doha contó con el apoyo de Turquía, Irán y la mediación de Kuwait y Omán en el conflicto, pero sufrió un doble debilitamiento de su proyección internacional. Por un lado, el desgaste de participar de manera activa en distintos conflictos y crisis en el exterior. Por otro, la ruptura de relaciones con los que habían sido sus tradicionales aliados en la zona.

Qatar emprende desde entonces una política exterior que es proactiva, pero menos conflictiva con los intereses de otras potencias regionales. La adecuación de Doha a un contexto de Oriente Medio menos proclive a sus intereses coincide con el ascenso en el escenario local de EAU. La federación se postula como otro actor emergente para tener en cuenta en las principales dinámicas del entorno. Las finalidades de los dirigentes emiratís son similares a los de sus homólogos qatarís, ya que buscan ganar espacios de influencia en las proximidades para garantizar su propia seguridad, así como reducir su posible dependencia política y de seguridad ante unas coyunturas de crisis y conflicto.

EAU tiene una posición privilegiada en el golfo Pérsico/Árabe, sobre todo, gracias a su cercanía con el estratégico estrecho de Ormuz. Sin embargo, este factor también hace altamente vulnerable la seguridad de los siete emiratos que conforman la federación. El Estado árabe mantiene disputas territoriales con Irán por el control de las islas de Tunb y Abu Musa (Eslami y Sotoudehfar, 2021: 349-350). Una razón determinante para su posicionamiento beligerante con el régimen de los ayatolás. La amenaza iraní justifica también su tendencia a alinearse con los postulados de Arabia Saudí y EEUU. No obstante, estas premisas de acción exterior son modificadas en los últimos tiempos. La potencia emiratí comienza a establecer una estrategia regional propia e independiente.

EAU se constituyó en 1971 como una federación de seis emiratos y, un año después, de siete: Abu Dhabi, Dubái, Sharjah, Ajmán, Umm Al Quwain y Fujairah. Este grupo de monarquías buscaron la unión como una alternativa de seguridad colectiva ante las grandes amenazas externas. En el funcionamiento general del Estado, cada uno de sus miembros cuenta con enormes cotas de autonomía. No obstante, las grandes políticas nacionales, especialmente, las referidas a la acción exterior y defensa son coordinadas de manera conjunta. En este sentido, la dinastía de los Al Nahnyan de Abu Dhabi y el clan de los Al Maktoum de Dubái son los que tienen mayor peso en la política internacional.

Los dos principales emiratos por extensión y población son Abu Dhabi y Dubái, así como los que cuentan con los mayores recursos de hidrocarburos. La federación en su conjunto cuenta con una población aproximada de 9 millones de habitantes, aunque apenas unos 800 mil serían nacionales. Las familias reales de los Al Nahnyan y Al Maktoum son los que tradicionalmente han ocupado los cargos de presidente y vicepresidente del Estado. La política exterior de la federación ha estado categorizada en cuatro grandes etapas, que explican su respuesta a los grandes acontecimientos internacionales y en Oriente Medio (Hernández, 2020: 31-32). El desarrollo de sus renovadas estrategias internacionales y regional está encaminada a conceder una posición privilegiada y consolidada al país.

La primera etapa de la política exterior de EAU se desarrolla en la década de los setenta, pero está marcada por una tendencia de primar la consolidación del régimen internamente, por encima de las cuestiones internacionales. Los siete emiratos continúan ligando gran parte de su seguridad a la protección de potencias occidentales como Reino Unido y EEUU. La segunda fase tiene lugar en la década los ochenta y mediados de los noventa, donde la guerra entre Irak e Irán (1980-1988) y la invasión de Kuwait en 1990 tienen un impacto severo en las percepciones de las monarquías. La posibilidad de un conflicto con una potencia de la zona inclina a la federación a reforzar alianzas colectivas como el CCG.

El tercer ciclo se produce a finales de los noventa y principios de los dos mil, en un caso semejante al de Qatar, donde los siete emiratos inician programas de modernización de sus economías y abogan por desempeñar un papel creciente en nivel local y global. Las rentas obtenidas de la producción y exportación de hidrocarburos dan forma a la política nacional e internacional de la federación. EAU comienza a destacar en el escenario regional e internacional, pero desde una lógica de moderación y poder blando, que no le sitúe todavía en el centro de los principales conflictos de Oriente Medio. Además, este tipo de estrategia le garantizó la confianza de sus aliados: Arabia Saudí y EEUU.

Las revueltas antiautoritarias de 2011 marcan un punto de inflexión en la política exterior de EAU. Las movilizaciones que se suceden Oriente Medio

a lo largo de este período no tienen un impacto directo sobre la estabilidad emiratí, pero exigen de una reformulación de las premisas internacionales de la federación. En este caso, Abu Dhabi lidera el cambio de estrategia hacia un posicionamiento más activo en los principales conflictos regionales. La figura clave en esta nueva orientación es Mohammed bin Zayed, que asumió amplias competencias en materia de diplomacia y defensa antes de ser presidente desde 2022. La prioridad de su liderazgo está en que los EAU puedan desarrollar una política exterior independiente, pero sin que eso debilite las diversas alianzas con socios estratégicos.

La estrategia regional cuenta con importantes innovaciones. En primer término, un mayor grado de militarización, que se refleja en la participación en la guerra de Yemen desde 2015, que sirve para incorporar la fuerza como un elemento más de su política exterior (Guirado y Gutiérrez de Terán, 2021: 78-79). En segundo lugar, la amplitud de las áreas de actuación, que llevan a EAU a tener una presencia relevante en distintos focos de Oriente Medio, así como el norte de África, el Sahel o el cuerno de África. En tercer punto, la vinculación de la política internacional con una reverberación del nacionalismo, que se conecta con los éxitos fuera y con las reformas internas. En último lugar, un proceso paulatino de independencia operativa con respecto a sus aliados: Arabia Saudí y EEUU.

El papel protagonista y amplio de Qatar y EAU no es la línea común entre las monarquías del Golfo. Las circunstancias internas y regionales conducen a Kuwait, Omán y Bahréin a decantarse por otro tipo de estrategias. El interés de estos tres regímenes no está tanto en asumir un rol activo en las crisis de Oriente Medio, sino contener las posibles consecuencias negativas de los conflictos en su entorno. No obstante, cada uno de ellos ha optado por unas políticas diferentes, pero que reflejan también los numerosos cambios geopolíticos que tienen lugar en el golfo Pérsico/Arábigo y en los demás países.

La situación más reseñable se da con Omán, que representa un caso único en política nacional y exterior (Kamrava, 2012: 101-102). La singularidad del sultanato se da por varias razones domésticas, que explican en el desarrollo diplomático del país. Por un lado, el Estado estuvo controlado durante más de cuarenta años por el sultán Qabus bin Said, que pasó a ser una figura clave en el devenir de numerosas dinámicas locales. El mandatario árabe se mantuvo en el poder desde 1970 hasta su fallecimiento en el 2020, cuando fue sucedido en el cargo por su primo, Haitham bin Tariq al Said. El liderazgo Qabus bin Said configuró el Estado moderno omaní y su posición en Oriente Medio.

Omán es el segundo país por extensión más importante del CCG tras Arabia Saudí, además de contar con una población cercana a los 5 millones de habitantes. El sultanato se encuentra al sur de la península arábiga y su costa oriental da al estrecho de Ormuz, que separa los golfo de Omán y golfo Pérsico/Arábigo. El país ha estado muy ligado desde principios del siglo XX con el

imperio británico, que fue el gran valedor de la dinastía al Said durante varias décadas. En el mismo sentido, en el contexto de la Guerra Fría, EEUU también asumió un papel activo en la defensa del sultanato y el respaldo internacional a la familia real, debido en gran medida su importancia geopolítica.

El sultán de Omán tiene amplias competencias políticas, pero debe mantener unos complicados equilibrios de poder entre distintos clanes y etnias. El líder Qabus bin Said se caracterizó internamente por lograr un cierto nivel de estabilidad, así como externamente mantuvo una orientación muy pragmática, que le permitió establecer amplias redes de alianzas (Bozkurt y Mercan, 2022: 180-181). El país tuvo réplicas de protestas autoritarias en los primeros meses de 2011, aunque estas no fueron semejantes a las de otros puntos del entorno. Sin embargo, los atisbos de movilizaciones confirmaron al régimen de preservar una política exterior, que no implique un desgaste muy elevado.

Las características de la política exterior y de defensa de Omán son muy singulares. Por un lado, el régimen omaní mantiene una postura oficial de neutralidad prácticamente en todos los conflictos de Oriente Medio, aunque eso no implica tener un papel pasivo, ya que Muscat se ha consolidado como uno de los grandes mediadores en la zona (Worrall, 2021: 138-139). Por otro, el sultanato posee diversos acuerdos de defensa con potencias occidentales y sus socios del GCC, pero no liga únicamente su seguridad al apoyo externo, ya que en los últimos años es uno de los países con mayor gasto militar de la región. Una forma excepcional de superar el dilema de seguridad, a través de la independencia estratégica, la disuasión y la interlocución con distintas partes.

Omán contrasta enormemente con las acciones de Qatar y EAU, pero su estrategia también ha favorecido un impulso de su proyección exterior. Muscat plantea una política hacia el entorno menos visible y llamativa, pero que logra colocarle en una situación favorable ante los principales problemas regionales. La comunicación con la mayoría de los actores involucrados en Oriente Medio le convierte en punto clave del orden regional, al mismo tiempo, que le permite preservar el equilibrio interno. La mayor preocupación del régimen omaní es ver perjudicada la estabilidad dentro del país, lo que explica su rechazo hacia los conflictos en el entorno por las posibles consecuencias en su territorio.

7.2. La reaproximación de Turquía hacia Oriente Medio

Turquía ocupa una posición excepcional en el nuevo contexto sociopolítico de Oriente Medio. La potencia turca no es ajena a las transformaciones regionales a lo largo del XXI, que han alterado su propia política exterior y la manera de proyectarse hacia el entorno meridional. Sin embargo, el país también ha estado inmerso en unos considerables cambios internos, que se producen bajo la figura del presidente Tayyip Erdogan y del partido AKP

(Rodríguez, 2007: 220-221). Un dirigente y una fuerza política que llevan el poder desde hace más de dos décadas, lo que ha influenciado no solo en las circunstancias internas, sino asimismo en las propias aspiraciones de Ankara para el entorno cercano.

Turquía cuenta con innumerables factores que le convierte en un actor determinante para la región e, incluso, para la Sociedad Internacional. Por un lado, la posición geográfica del país, que le sitúa en el punto intermedio entre Europa y Asia, entre Occidente y Oriente Medio. Un elemento condicionante clave para el desarrollo de su política exterior (Robins, 2014: 328-329). Por otro, la nación turca constituye una potencia militar, económica, ideológica y cultural, que le concede una posición preponderante en el escenario más próximo, pero también en ámbitos clave del orden mundial. Las circunstancias locales y globales hacen que Ankara asuma un protagonismo excepcional.

La política exterior de Turquía a lo largo del siglo XXI está condicionada por varios elementos. En primer término, el posicionamiento internacional del Estado turco se produce simultáneamente al reforzamiento del régimen de Tayyip Erdogan. En segundo lugar, la potencia turca ha contado con una doble aspiración, es decir, el interés europeísta por llegar a formar parte de la UE, al mismo tiempo, que reorienta esfuerzos para ampliar su influencia en distintas áreas de Oriente Medio. En tercer punto, Ankara intenta incidir en un complicado equilibrio, que le permita continuar siendo un aliado clave para EEUU y Occidente, pero también fortalecer vínculos con otros hegemones globales como Rusia.

La especial atención de Turquía hacia Oriente Medio se debe a varias razones, que justifican los objetivos en materia exterior que el Gobierno de Tayyip Erdogan ha perseguido en las últimas etapas. En este sentido, la proximidad territorial explica la singular importancia que Ankara da al entorno, especialmente, a la seguridad nacional tras el conflicto en Siria. De igual forma, la economía turca desarrolla importantes relaciones comerciales y cuenta con significativas inversiones de socios de la zona, como las monarquías del Golfo. Coaligado a ello, la figura del presidente turco y el partido AKP cuentan con importantes conexiones con distintas formaciones políticas de la región.

El siglo XXI en materia internacional conduce a Turquía a introducirse en dos grandes dinámicas. Por un lado, en diciembre de 1999 el Consejo Europeo reconoció oficialmente al Estado turco como candidato a la adhesión de la UE. Una aspiración que marca la política exterior del país desde entonces. Por otro, la potencia turca es miembro de la OTAN desde 1952, lo que condujo a lo largo del siglo XX a un enfoque occidental de su acción exterior, así como una estrecha alianza con EEUU. Ankara tuvo una importancia vital durante la Guerra Fría, debido a su posición privilegiada frente al mar Negro y cerca de Oriente Medio. La cercanía con Washington se prologó tras los atentados del 11S de 2001 y la intervención sobre Afganistán de una amplia coalición internacional.

El punto de inflexión en la política doméstica y exterior de Turquía se produce a partir del año 2003. El partido islamista del AKP logra la victoria electoral en los comicios de 2002 y unos meses después su líder, Tayyip Erdogan, es elegido primer ministro. La irrupción de la formación política y de su dirigente cambiaron radicalmente a la nación turca. No obstante, se observan dos grandes etapas del nuevo Gobierno turco. En una primera fase de profundización democrática entre 2003 y 2013, el país se encaminó en una serie de reformas, que buscaron consolidar la tendencia aperturista y europeísta de su modelo político. Sin embargo, en un segundo ciclo hasta la actualidad, se aprecia un giro autoritario en el nivel doméstico y una mayor dedicación a las crisis de Oriente Medio.

En la etapa inicial de profundización democrática, el partido de AKP y Tayyip Erdogan relegaron el componente religioso para proyectar una mera imagen de partido conservador. El gran hito de la política exterior de Ankara fue el inicio de las negociaciones con la UE a partir de 2005. Una aspiración que llevaba largo tiempo persiguiendo la nación turca (González del Miño, 2023: 266-267). Sin embargo, el proceso de adhesión se ha alargado sin que exista un punto cercano de conclusión. Las posibilidades de ingresos en el espacio comunitario se encontraron con numerosas reticencias, sobre todo, entre las dos grandes potencias europeas: Francia y Alemania.

Las dificultades para la adhesión en la UE fueron generando una sensación de desilusión y desapego entre la sociedad y clase política turca. El desencanto hacia el proyecto comunitario derivó en unas relaciones cada vez más complicadas entre Turquía y sus potenciales socios europeos, muchos de los cuales son además miembros de la OTAN. El fracaso del proyecto europeísta planteado por Ankara durante años también condicionó el cambio de prioridades en su acción exterior, ya que el Gobierno de Tayyip Erdogan buscó reforzar otro tipo de alianzas y reorientar esfuerzos hacia otros áreas del mundo.

La primera etapa de democratización y prioridad hacia la UE condicionó la cierta desatención de Turquía hacia Oriente Medio. La estrategia regional de la diplomacia turca se resumió en el plan diseñado por el ministro de Asuntos Exteriores, Ahmet Davutoğlu (2009- 2014), que se basó en el principio de zero-problems (Aras, 2009: 129-130). El objetivo de tal política era facilitar una aproximación calculada hacia el espacio meridional, pero sin asumir un protagonismo claro en los problemas regionales y evitar verse afectado por los graves conflictos de la zona. El Gobierno turco aspiró con esta acción reconstituir paulatinamente vínculos de confianza con los regímenes del entorno, pese a que durante las décadas finales del siglo XX no existió una relación estrecha.

La política exterior de Turquía se adentró en un nuevo ciclo a partir de 2013, cuando se producen diversos acontecimientos que motivan un cambio de estrategia por parte del Gobierno de Tayyip Erdogan. En primer término, el

fracaso en las negociaciones y avances hacia una posible adhesión en la UE, que distanció a Ankara de sus tradicionales aliados europeos. En segundo lugar, las masivas protestas en el país turco a lo largo de ese mismo año, que tuvieron como foco de origen el parque Taksim Gezi (Glombitza, 2021: 251-252). El descontento social incentivó un enfoque más autoritario por parte del presidente. En tercer término, las revueltas antiautoritarias de 2011, que exigieron una mayor atención por parte de las autoridades turcas a los graves conflictos de su entorno.

La denominada como Primavera Árabe fue percibida inicialmente para la diplomacia turca como una oportunidad, ya que podía permitirle alcanzar una mayor profundidad en sus relaciones con los países vecinos. Turquía asumió una perspectiva revolucionaria en tanto en cuanto respaldó los movimientos que propiciaron cambios de régimen en la zona. Las revoluciones supusieron la coyuntura idónea para que Ankara se consolidara como un actor clave en la región. La estrategia turca dejó los postulados de zero-problems para asumir un rol proactivo en Oriente Medio, aunque eso implicase mayor desgaste político.

Las crisis abiertas en 2011 fueron más bien una oportunidad para el AKP y Tayyip Erdogan que para el propio Estado turco. El régimen turco se especializó en dar soporte a distinguidos grupos islamistas, que asumieron importantes cuotas de poder tras los procesos revolucionarios. En Oriente Medio existieron dos ejemplos claros de la nueva estrategia de Turquía. Por un lado, el apoyo de Ankara a diversos grupos rebeldes en la guerra de Siria, así como las tensiones con los kurdos de las áreas fronterizas. Por otro, el respaldo a los Hermanos Musulmanes en Egipto con el gobierno de Mohammed Morsi entre 2012-2013, aunque fueron una de las pocas potencias que apoyó este cambio político.

El posicionamiento activo de Turquía en las principales crisis de Oriente Medio tuvo dos efectos colaterales sobre su proyección exterior. Por un lado, el régimen turco se consolidó como un actor clave en las principales dinámicas regionales, así como un interlocutor reconocido para distintas partes. Por otro, el apoyo de Ankara a las revoluciones y, sobre todo, a formaciones islamistas como los Hermanos Musulmanes levantó ciertas reticencias con otras potencias regionales. La estrategia turca comenzó a colisionar con los intereses de otros países como Arabia Saudí o EAU, mientras le alineó con políticas similares desarrolladas por Irán y Qatar. Es entonces donde comienzan a establecerse ciertos ejes geopolíticos, que explican el devenir durante la siguiente década.

La política exterior de Turquía en Oriente Medio se encuentra con un importante fracaso en 2013, el mismo año que el presidente Tayyip Erdogan inicia un giro más autoritario en su política doméstica. En ese momento se produce el golpe de Estado en Egipto, que acaba con el Gobierno de Mohammed Morsi y conduce al poder al general Abdel Fatah al Sisi (Al-Arian, 2014:

126-127). La represión sobre los Hermanos Musulmanes supone un debilitamiento considerable de posición turca en la zona, ya que Ankara había sido de los pocos apoyos internacionales con los que contó la formación islamista.

Turquía perdió un importante aliado en Egipto a partir de 2013, pero, además se granjeó un nuevo contrincante en dicho país, puesto que el régimen de Abdel Fatah al Sisi recriminó la injerencia turca y su apoyo a los Hermanos Musulmanes. De hecho, El Cairo pasó a fortalecer sus vínculos con Arabia Saudí y EAU, que buscaron a su vez limitar la proyección regional de Turquía. En este sentido, el Gobierno turco decide dar un enfoque distinto a su estrategia regional pasando a la «preciada soledad», que acuñó el político turco Ibrahim Kalin (Rodríguez, 2021: 42-43). Ankara pasa a asumir un papel mayor en los principales conflictos de Oriente Medio, aunque ello conduzca a una escalada de la tensión con otras potencias del entorno y un mayor distanciamiento con EEUU.

El giro definitivo en la política doméstica y exterior de Turquía se produce entre 2016 y 2017. En el primer caso, debido al intento de golpe de Estado, que impulsa el cambio definitivo hacia el autoritarismo de Tayyip Erdogan y una mayor tensión con sus aliados occidentales, a los que acusa de no apoyarle en tal crisis interna. En segundo lugar, el bloqueo sobre Qatar protagonizado por Arabia Saudí, EAU, Egipto y Bahrein enfrenta definitivamente a Ankara con estas monarquías, ya que el Gobierno turco decide respaldar con total rotundidad al emirato qatarí. El apoyo no solo fue diplomático y económico, sino que, además desplegó tropas en la península qatarí como acción de disuasión.

La política exterior de Turquía a lo largo del siglo XXI conduce una redefinición profunda de sus relaciones con potencias globales. Los intereses turcos en Oriente Medio tras las revueltas antiautoritarias de 2011 no convergen con la postura de EEUU. Las diferencias emergen por el apoyo de Ankara a formaciones políticas islamistas, lo que levanta recelos por parte de socios occidentales. En esta misma línea, el Gobierno turco asume un papel activo en crisis como en Egipto 2013 o Qatar 2017, mientras Washington decide mantenerse en un plano menos relevante. No obstante, un gran factor de divergencia es la guerra en Siria, donde las diferentes Administraciones estadounidenses pasan a ser un importante apoyo para las diferentes milicias kurdas, lo que es criticado por Turquía.

El distanciamiento con las potencias occidentales se produce simultáneamente a una mayor sintonía política con Rusia. Existen espacios donde convergen intereses rusos y turcos (Casani y Fernández-Molina, 2022: 100-101). Por un lado, la guerra siria con la intervención de Moscú desde 2015 precipita un fortalecimiento de la comunicación entre ambas partes, que buscan coordinar las acciones sobre el terreno. Por otro, la presencia creciente del Kremlin en Oriente Medio y norte de África se traduce en unas relaciones

económicas y diplomáticas más fructíferas. Por último, el conflicto de Ucrania desde 2022 coloca a Turquía en un nivel relevante gracias a su labor como mediador.

La política regional de Turquía pasa a tener como epicentros en Oriente Medio tres grandes puntos. En primer término, la guerra en Siria, donde lleva a cabo diferentes operaciones militares desde 2018 sobre las comarcas fronterizas. Una coyuntura que constituye la principal amenaza para la seguridad nacional. En segundo lugar, el mediterráneo Oriental, que ha adquirido una enorme relevancia estratégica para Ankara, en parte a intereses energéticos y también de seguridad en Libia (Rodríguez, 2022: 102-103). En tercer punto, el papel creciente en el área del golfo Pérsico/Árabe y mar Rojo, que se traduce en su presencia militar en Qatar y en las costas del cuerno de África.

La estrategia regional de Turquía se introduce en una nueva etapa a partir del 2020. Una fase de reconciliación y reajuste, que busca reducir los límites de conflictividad en Oriente Medio y propiciar un nuevo acercamiento con otras grandes potencias de Oriente Medio. El cambio de perspectiva se produce por diversos factores internos y externos. Entre ellos cabe destacar el debilitamiento económico tras la pandemia del coronavirus, así como un creciente malestar ciudadano contra el Gobierno de Tayyip Erdogan. En la misma línea, la proyección exterior turca también sufre un desgaste por el rol desempeñado en tantos frentes. No obstante, Ankara ha logrado en estas décadas ser un polo central de la zona.

7.3. La rivalidad entre Irán y Arabia Saudí

Las complicadas relaciones entre Irán y Arabia Saudí constituyen un factor clave en la evolución política de Oriente Medio. Las interdependencias entre los dos países son importantes para el conjunto de la región por varias razones. Por un lado, ambos Estados constituyen dos grandes polos económicos, militares, religiosos y diplomáticos del entorno y la esfera musulmana. Por otro, los dos regímenes tienen una elevada capacidad de influencia y están presentes en los principales conflictos de la zona. Por último, tanto la república iraní como la monarquía saudí aspiran a un mismo objetivo: el liderazgo regional y un protagonismo claro en importantes ámbitos del escenario internacional.

Las desavenencias entre la política exterior de Irán y la estrategia de Arabia se explican en buena medida por la coincidencia de ambos en dos objetivos. En primer término, las autoridades iraníes y saudíes vinculan la estabilidad interna, el porvenir político de sus regímenes, con lo que ocurre en el exterior, y, especialmente, en el entorno más próximo. Por ello, Teherán y Riad tienen una elevada vocación para asumir cierto liderazgo en Oriente Medio, lo que les ayude a asegurar un orden propicio para sus intereses. De esta forma, el poder regional pasa a ser un principio perseguido por los dos países, pero que les aboca en ciertos períodos de la historia a desarrollar una rivalidad sistémica.

El segundo objetivo de coincidencia entre Irán y Arabia Saudí es el uso de la religión con fines políticos. La relación entre el régimen iraní y la monarquía saudí tienden a ser caracterizada como un enfrentamiento entre los chiís y los sunís, es decir, la gran dicotomía que ha dividido a las principales rama del islam (Mabon, 2016: 43-44). Este planteamiento reduce la cuestión a una polarización religiosa, que lo explica la evolución de dicha realidad a lo largo del tiempo. En este sentido, si asumiera el axioma de la dicotomía entre el chiismo iraní y el sunismo saudí no podría argumentarse los períodos de convivencia pacífica entre ambos países y las diferentes corrientes islámicas.

Los dos países tienen modelos políticos autoritarios, aunque basados en principios ideológicos diferentes. En este sentido, Irán es una república islámica basada en el principio del liderazgo de la élite de las ayatolás, la revolución, el antiimperialismo y la solidaridad musulmana. Por su parte, Arabia Saudí es el ejemplo de la monarquía bajo un clan familiar, la predominante presencia del wahabismo en la política y la sociedad, el conservadurismo y la estabilidad frente a nuevas corrientes ideológicas y cohesión de los pueblos árabes y sunís. En su conjunto, tenemos dos variaciones autoritarias, que tienen un desarrollo y objetivos similares, a pesar de tener claras disimilitudes programáticas.

La rivalidad entre Irán y Arabia Saudí ha sido denominada periodísticamente como una particular Guerra Fría en Oriente Medio. La razón principal de ello no solo es la preeminencia de dos grandes potencias regionales, que destacan sobre el resto de los actores locales, sino las consecuencias imprevisibles y sistémicas que tendría sobre la seguridad en el entorno y a nivel internacional un enfrentamiento directo entre ambos países. Esta complicada tesitura conduce al régimen iraní y a la monarquía saudí a una difícil tesitura, ya que se encuentra ante la necesidad de contener la expansión e influencia de su rival directa, pero que tampoco no pueden permitirse entre en un conflicto abierto.

La amenaza de un conflicto directo entre Irán y Arabia Saudí ha estado presente en diferentes escaladas de tensión a lo largo del siglo XXI. Una posibilidad que, a pesar de los discursos en ocasiones beligerantes y provocativos de las autoridades nacionales, no parece completarse en Teherán y Riad, ni tampoco es del interés de otras potencias extranjeras. Una guerra abierta entre iraní y saudí tendría un resultado incierto y supondría un enorme desafío para las capacidades de ambos países. Además, tendría repercusiones imprevisibles en un área central de Oriente Medio como es el golfo Pérsico/Árabe, así como repercutiría en la seguridad, comercio o los mercados energéticos globales.

La rivalidad entre Irán y Arabia Saudí tiene una doble utilidad política para los regímenes. En primer término, la narrativa de una posible agresión externa y la amenaza de una injerencia religiosa distinta, que permite a las autoridades generar mayor cohesión interna (Sadeghi-Boroujerdi, 2017: 166-

167). La defensa de la nación se asocia con el liderazgo autoritario de la república iraní y la monarquía saudí. En segundo lugar, Teherán y Riad son propensos a señalarse mutuamente como amenazas a la estabilidad y seguridad regional, puesto que buscan también ganarse el respaldo de potencias extranjeras, así como impulsar la alineación de otros actores regionales en torno a sus mismos intereses.

La posibilidad de una destrucción mutua asegurada entre Irán y Arabia Saudí ha sido el principal vector, que ha permitido a lo largo del tiempo contener las escaladas de tensión entre ambos países. El contexto regional volátil e incierto abierto en Oriente Medio a lo largo del siglo XXI tampoco motiva a los dos regímenes a aventurarse en un conflicto, que supondría un desafío profunda a su viabilidad política. La relevancia de los dos grandes potencias de la región también ha generado que, ante períodos de presión, otros agentes extranjeros asumieron la labor de mediar entre las partes, ya fueran otros Estados vecinos del entorno, o bien, grandes potencias internacionales con intereses en la zona. Sin embargo, la desconfianza y rivalidad de objetivos perdura entre Teherán y Riad.

Las relaciones irano-saudís durante gran parte del siglo XX y principios del XXI no han estado siempre marcadas por la tensión. Existen dos precedentes en las interdependencias entre ambos países, que explican en buena medida la complejidad de los encuentros entre las dichas potencias regionales. Un antecedente positivo que fue durante la década de los cincuenta, sesenta y sesenta, cuando fueron estrechos aliados de EEUU y eran dos monarquías de carácter autoritario. Un antecedente negativo en la revolución iraní de 1979, que supone la emergencia de un nuevo régimen en la zona y, por tanto, la contraposición de dos modelos de liderazgo político aparentemente contrapuestos.

Irán y Arabia Saudí habían mantenido una relación cercana con las potencias occidentales, especialmente Reino Unido, durante las primeras décadas del siglo XX. Londres fue un importante valedor internacional de la monarquía persa y la saudí. El declive británico en la zona fue rápidamente suplido por EEUU, que pasó a ser el gran aliado externo para Teherán y Riad. Los tres países compartían unos intereses parecidos, puesto que buscaron frenar las corrientes revolucionarias y sociales en la zona, mientras que el hegemon estadounidense garantizaba la seguridad de ambos regímenes y estos a su vez, ofrecían el abastecimiento de hidrocarburos a las economías occidentales.

Las relaciones entre el régimen del Sha de Persia y la monarquía saudí se desarrollaron en un cierto clima de cordialidad, aunque persistió una desconfianza mutua en temas sensibles para ambos países. La amenaza revolucionaria y socialista derivó en una política exterior activa de Teherán, que quedó representada en su apoyo militar al sultán de Omán contra milicias marxistas en la década de los setenta (Castiglioni, 2016: 147-148), algo que levantó los

recelos de la monarquía saudí. Más aún, puesto que el Estado persa se había hecho con el control de las estratégicas islas de Tunb y Abu Musa en el estrecho de Ormuz. No obstante, las reticencias también se dieron por el papel creciente de Arabia Saudí dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), donde Riad lideró un boicot de exportación de crudo en 1973, que Teherán decidió no secundar.

Las diferencias políticas y económicas entre las dos potencias no repercutieron especialmente en las relaciones bilaterales. De igual forma, ambos países constituyeron con EEUU una alianza trilateral, que condicionó las dinámicas regionales en ese período. Sin embargo, la revolución iraní de 1979 y el ascenso al poder del régimen de los ayatolás constituyó un punto de inflexión en el área (Glombitza y Zaccara, 2021: 18-19). Los históricos aliados dejaron de percibirse como tal entre sí para pasar a verse como potenciales amenazas. Una lógica que marca desde entonces el golfo Pérsico/Arábigo.

La revolución iraní tuvo como desencadenante multitudinarias protestas durante 1978, que desembocaron en el ascenso al poder de los ayatolás a principios de 1979. A finales de ese mismo año ocurrió un acontecimiento en Arabia Saudí, que explica en buena medida su política interna y externa en las siguientes etapas. La toma de la Gran Mezquita de la ciudad sagrada de La Meca tuvo un impacto crucial en el devenir de la monarquía saudí. Un grupo de salafista radical de cerca de 300 milicianos tomaron el recinto religioso, que permaneció asediado por las fuerzas saudís durante varias semanas. Los asaltantes denunciaron la pérdida de valores y tradiciones del país (Hegghammer y Lacroix, 2007: 113-114). Un discurso que confrontaba directamente la política de modernización y giro occidental que había emprendido el reino desde hace unas décadas.

La amenaza del radicalismo religioso interno y la emergencia de una república islámica en Irán condujeron a cambio de estrategia en Arabia Saudí. La monarquía de los Saud pasó erigirse como un importante referente religioso en toda la esfera musulmana. Los príncipes saudís se valieron de la guerra de Afganistán en la década de los ochenta para reafirmar su autoridad religiosa, gracias a su apoyo a las milicias de los muyahidines. Esta circunstancia fue el inicio de la convergencia entre el wahabismo y la política exterior del reino. A partir de entonces, una labor principal de Riad en materia internacional fue el de financiar y apoyar comunidad, mezquitas y madrasas en distintas partes del mundo.

La consolidación de la república islámica en Irán y el giro más ortodoxo y conservador de Arabia Saudí presenta una relación conflictiva. El régimen de los ayatolás apela a un discurso revolucionario y antiimperialista, que choca frontalmente con las principales líneas de actuación internacionales de Riad. En este sentido, la monarquía saudí percibe a Teherán como un promotor de corrientes contestarias y de desestabilización en la región. Un problema que se agudiza dentro del reino árabe debido a la situación de la minoría chií

saudí, que ha sido discriminada por la corona de los Saud y el wahabismo oficial, además de ser acusados de manera recurrente de tener vínculos con la potencia iraní.

La imagen revolucionaria y amenazante percibida en Arabia Saudí tiene su contraposición desde la perspectiva iraní. La visión en Teherán es de considerar a la monarquía de los Saud un tremendo obstáculo para las posibilidades de cambio en la región. En este sentido, la alianza entre el reino saudí con EEUU y demás potencias occidentales es un elemento muy criticado desde Irán (Garduño, 2019: 32-33), donde se proyecta un perfil del régimen saudí como de mero eslabón de la política exterior estadounidense. Sin embargo, el problema real es la distribución del poder y el *statu quo* en Oriente Medio.

Las relaciones entre Irán y Arabia Saudí han estado caracterizadas en varias etapas desde finales del siglo XX hasta principios del XXI. Una primera fase de distanciamiento en los años ochenta, donde apenas existen vínculos entre ambos países. Un segundo período de reencuentro en los noventa y primeros dos mil, que dio lugar a una renovada aproximación entre los dos regímenes. Un tercer ciclo de tensión a partir de las crisis regionales de 2011, que tiene su punto álgido en la ruptura de relaciones diplomáticas desde 2016. Un último tramo de distensión desde 2019, donde retoman negociaciones para reconducir la situación y que culminan con el acuerdo de marzo de 2023.

La primera fase de distanciamiento tiene como propulsores varias circunstancias que confluyen de forma simultánea. Por un lado, la emergencia de la República Islámica de Irán bajo el liderazgo de los ayatolás, que tiene inicialmente una ambiciosa política exterior. Por otro, las amenazas de inestabilidad interna en Arabia Saudí, que están canalizadas por los sectores religiosos más radicales y conservadores. Por último, la ruptura del triunvirato con EEUU, puesto que Teherán comienza a plantear un discurso antiimperialista, lo que rompe con la labor de interlocución y mediación, que había realizado Washington con sus dos socios para coordinar estrategias conjuntas en la zona.

La guerra fronteriza entre Irak e Irán entre 1980 y 1988 derivó en una reconfiguración de los márgenes de seguridad en Oriente Medio. El régimen iraquí y la república iraní pasaron a ser considerados la gran amenaza regional. La respuesta de Arabia Saudí y de otros países de la zona fue la creación en 1981 de la CCG formada por las seis monarquías árabes: el reino saudí, Omán, EAU, Qatar, Bahrén y Kuwait. Una nueva alianza política, económica y militar, que contó con el respaldo y la garantía de EEUU (Sadeghinia, 2011: 99-100). El área estratégica del golfo Pérsico/Árabe quedó estructurado en dos grandes bloques, que apenas tenían comunicación entre ellos y se observaban con desconfianza.

La década de los noventa y los primeros dos mil ya del siglo XXI introdujo una nueva fase en las relaciones entre Irán y Arabia Saudí. Una etapa mar-

cada por la reaproximación entre los países, que buscaron fortalecer dinámicas que mejoraran la seguridad y previsibilidad en la zona. Existen varios factores que explican este cambio en la lógica bilateral. Un componente clave fueron los liderazgos en ambos países. Los presidentes iraníes Akbar Hashemí Rafsanyaní (1989-1993) y Mohammad Jatamí (1997-2005) mantuvieron un perfil moderado y reformista (Zaccara, 2021: 57-58). De igual forma, el rey Abdalá en el reino saudí (2005-2015), que actuó como dirigente de facto desde 1995 por los problemas de salud de su hermano el rey Fahd, introdujo un perfil más tolerante.

El cambio de política exterior de Irán también se debió al impacto de los dos grandes conflictos que hubo en la zona a finales del siglo XX. En primer término, la mencionada guerra con Irak, que supuso un tremendo esfuerzo económico, militar y humano para el emergente régimen de los ayatolas. En segundo lugar, la invasión de Kuwait 1990-1991 que supuso una transformación radical del escenario de seguridad regional. Las fuerzas iraquíes de Saddam Hussein quedaron muy debilitadas tras la derrota, así como EEUU pasó a ser el garante de estabilidad en la zona, bajo una alianza con las monarquías árabes. Por ello, Teherán temía quedarse aislado de las principales dinámicas económicas y políticas, por lo que busco reconducir las relaciones con los países más cercanos.

El clima de relajación a finales del siglo XX propició una mejora en las relaciones diplomáticas entre ambos regímenes, que estuvo acompañado por una proliferación de acuerdos políticos, económicos, de seguridad y cooperación de todo tipo. Tanto Teherán y Riad parecían decididos a mantener las vías de comunicación pese a las transformaciones del contexto externo. En este sentido, la estrategia regional de EEUU tras el 11S de 2001 no perturbó los vínculos entre los dos países. Tampoco ocurrió con la invasión de Irak de 2003, ni con la llegada al poder en Irán del presidente Mahmud Ahmadinejad (2005-2013), que retomó una política internacional más intervencionista.

La monarquía saudí observó con preocupación la desestabilización de Irak tras el decaimiento de Saddam Hussein. Una operación que rompió la confianza con EEUU, que no atendió a las advertencias de sus aliados árabes, que señalaban que un vacío de poder en la nación iraquí podía ser aprovechada por Irán para ganar influencia regional. Riad también percibió como una amenaza creciente el desafío nuclear iraní. No obstante, la solución planteada Arabia Saudí distó considerablemente de los planteamientos de Washington, que consideraba por entonces una política más agresiva contra Teherán.

Riad se sumó inicialmente a la estrategia de la Administración de Barack Obama estabilizar la región, puesto que la finalidad era reducir el número de conflictos. Irán y Arabia Saudí mantuvieron unas relaciones cordiales hasta las revueltas antiautoritarias de 2011. En los primeros años del siglo XXI se había observado una rivalidad creciente entre ambos países, que se había trasladado a espacios sensibles como Irak, Líbano o en el apoyo a diferentes

actores de la causas palestina. Sin embargo, la escalada de tensión derivó tras la conocida primavera árabe, que fracturó el orden regional y abrió un nuevo espacio de competencia (Al-Rasheed, 2014: 373-374). Las diferencias entre los dos países volvieron a salir. Estaba en juego el liderazgo en Oriente Medio y su propia seguridad.

La siguiente fase de crisis en las relaciones entre Irán y Arabia se inicia en 2011 y se prolonga hasta 2019. La ruptura del *statu quo* en Oriente Medio es interpretada de forma distinta en los dos países. Por un lado, el régimen iraní lo observa como una oportunidad para ganar más influencia en las principales dinámicas regionales, así como ampliar la red de alianzas con diferentes actores locales. Por otro, la monarquía saudí lo contempla como una seria amenaza a su liderazgo, ya que no tiene capacidad de contener los focos de conflicto y cambio, así como evitar que otros Estados asuman mayores cotas de protagonismo. La Casa de los Saud ve peligrar directamente su figura de referente en la zona, sobre todo, por la consolidación iraní en distintos escenarios y ámbitos locales.

La política exterior de Arabia Saudí cambia de manera radical en el año 2015, cuando asciende al trono el rey Salman y otorga numerosas responsabilidades a su hijo, el príncipe Mohammed bin Salman. Los nuevos líderes saudíes reformulan la estrategia para Oriente Medio, a través de asumir un enfoque más proactivo y beligerante. Riad señala a Teherán como su gran rival para la consecución del liderazgo regional. El único país que puede cuestionar la influencia saudí en la zona. El resultado es una escalada de la tensión entre ambos países, que deriva en la ruptura de relaciones diplomáticas en 2016. La rivalidad trasciende hacia otras áreas de la región y repercute sobre otros países.

La externalización del conflicto provoca que la competencia entre Irán y Arabia Saudí se produzca en distintos puntos de Oriente Medio (Garduño, 2022: 112-113). En la guerra de Siria, donde Teherán apoya al gobierno de Bachar al Asad y Riad a grupos de la oposición. En la contienda de Yemen, donde las fuerzas saudíes luchan contra los rebeldes hutis, que están respaldados por el régimen iraní. En el bloque de Qatar de 2017, la monarquía saudí lideró la acción contra el emirato qatarí, mientras el Gobierno iraní fue uno de los principales aliados de Doha. Otros ejemplos por mencionar son los casos del Líbano o Irak, donde las dos potencias han interferido en sus dinámicas internas.

La fase de distensión comienza a partir de 2020, cuando hay un cambio en los discursos oficiales de ambos países. En este sentido, desde el año 2019 se produjeron encuentros en Irak entre representantes de la república iraní y la monarquía saudí. Unas rondas de negociación que se extendieron durante más de tres años, que contaron con la mediación de Kuwait y Omán. Sin embargo, el punto de inflexión es el acuerdo alcanzado en marzo de 2023, que contó en el último momento con la interlocución de China. Teherán y

Riad se comprometían a restaurar sus relaciones diplomáticas, reconducir los acuerdos de cooperación firmados en el pasado, así como dialogar sobre los problemas regionales.

7.4. Los desafíos para Egipto y Jordania

Egipto y Jordania tienen un papel crucial en el devenir de Oriente Medio durante el siglo XX y principios del XXI. Los dos países han sido centros importantes de poder regional. Actores que han representado un elevado protagonismo en las grandes dinámicas de la zona. Sin embargo, su trascendencia exterior se viene debilitando progresivamente en los últimos tiempos. Las perspectivas es que ambos regímenes ocupen un papel secundario en el nuevo *statu quo*, donde otras potencias locales muestran mayor capacidad de influencia. Esta circunstancia constituye un desafío para ambos regímenes, ya que han ligado históricamente su porvenir político a su labor en el entorno.

Egipto y Jordania cuentan con numerosas coincidencias en su trayectoria política. En primer término, los dos países están bajo modelos autoritarios patrimonializados, en el caso jordano bajo una monarquía y, el ejemplo egipcio a través de una élite militar. En segundo lugar, ambos regímenes están sometidos a tensiones y divisiones internas, que reflejan el malestar persistente en amplias capas de las sociedades nacionales. En tercer término, la labor de mediación que realizan en las distintas escaladas del conflicto de Palestina e Israel. En último punto, el posicionamiento cercano a los intereses occidentales, puesto que son importantes aliados de EEUU en Oriente Medio.

Egipto y Jordania comparten un panorama de desafíos en el corto y medio plazo, que obstaculiza las opciones de desempeñar un papel más relevante en Oriente Medio. Por un lado, los dos países arrastran serios problemas económicos, que minan la legitimidad de los regímenes políticos e impulsan la polarización social. Por otro, la debilidad interna se ve reflejada en sus políticas exteriores, que están fuertemente condicionadas por la dependencia de la ayuda de potencias regionales e internacionales. Unas mismas prioridades que les vinculan a la esfera de influencia de monarquías del GCC y EEUU.

La complicada situación doméstica conduce a Egipto y Jordania intenta implementar estrategias, que les permita contener el impacto de las transformaciones sociopolíticas en Oriente Medio. En este sentido, el régimen egipcio de Abdel Fatah al Sisi muestra un perfil moderado hacia el exterior, que equilibra relaciones con otros socios árabes, Israel, EEUU, capitales europeas o Rusia (Azaola, 2020: 52-53). No obstante, El Cairo sí que tiene un papel activo en conflictos como Libia y Yemen, este último en complicidad con sus aliados saudís. En contraposición, la monarquía jordana insiste en otro tipo de ponderaciones para su política exterior, pero sin implicarse en otras acciones de carácter militar, a pesar de su difícil situación fronteriza con el territorio sirio, iraquí o israelí.

Egipto puede ser considerado un ejemplo perfecto de las grandes transformaciones en Oriente Medio. Una potencia regional a principios del siglo XXI con una considerable proyección política y capacidades militares. Sin embargo, las dos primeras décadas evidencian los serios problemas internos que afronta el país, que generan su incidencia cada vez menor en los temas regionales. La nación árabe más poblada de Oriente Medio con más de 90 millones de habitantes ha sido un foco importante de innovaciones religiosas, culturales y políticas. En la historia más reciente es centro neurálgico del corrientes como el nacionalismo árabe, movimientos feministas, islamismo político, así como espacio de estudios religiosos con su prestigiosa Universidad de al-Azhar.

La importancia que Egipto logra mantener en Oriente Medio se debe a varias razones. Para empezar, su posición geográfica estratégica entre la península arábiga y el norte de África, entre el mar Rojo y el mar Mediterráneo con el enclave del canal de Suez. Por otro, la idiosincrasia que representa la nación egipcia por su relevancia histórica y política hacia el resto de los países y pueblos de la zona. De igual forma, la fuerza militar de Egipto, que es uno de los ejércitos más numerosos y mejor capacitados de toda la región. Por último, el papel consagrado desde hace décadas como mediador en el conflicto de Palestina e Israel, así como interlocutor entre potencias extranjeras y el mundo árabe.

La trayectoria política de Egipto a principios del siglo XXI puede categorizarse en tres grandes etapas. Primero, la fase de la quietud, que tiene lugar bajo el régimen de Hosni Mubarak, que ascendió al poder en 1981 tras el asesinato del presidente Anwar al-Sadat ese mismo año. Segundo, el ciclo revolucionario, que se produjo en el país a principios de 2011, que precipitó un corto período de transición democrática y Gobierno de los Hermanos Musulmanes con Mohammed Morsi. Tercero, la etapa de restauración, que tiene lugar tras el golpe de Estado liderado por el general Abdel Fatah al Sisi en 2013, lo que deriva en un giro autoritario del régimen egipcio y un cambio en su política exterior.

Egipto comienza el siglo XXI en una fase de aparente estabilidad interna, pero con dos grandes dinámicas que inciden en los cambios posteriores. En primer término, Hosni Mubarak postula unas medidas de aparente apertura política, que desembocan en las primeras elecciones presidenciales con varios candidatos en 2005, aunque el mandatario logró mantener el poder. En segundo lugar, la nación egipcia tuvo que hacer frente a la crisis y estancamiento de su economía (González del Miño, 2014: 145-146), lo que profundizó en problemas tales como la desigualdad. En este contexto, emergen de nuevo con fuerza corrientes de oposición y diversas plataformas reivindicativas.

En el escenario regional e internacional el régimen de Hosni Mubarak mantuvo una línea continuista durante treinta años. La acción exterior giró en torno a su estrecha alianza con EEUU, a pesar de las reticencias de la

invasión a Irak en 2003, que causa preocupación en Egipto por los posibles efectos desestabilizadores. El enfoque occidentalista de El Cairo se tradujo en los diversos acuerdos comerciales y programas de cooperación, que recibió el país desde las principales potencias europeas y Washington. En este sentido, el Gobierno egipcio resultó muy útil para intentar una desescalada en el conflicto de Palestina e Israel, que por entonces se encontraba bajo el contexto de la Segunda Intifada.

El período de quietud de Egipto tiene su punto final a partir de 2011, cuando se origina la denominada primavera árabe. La revolución egipcia se inició a finales de enero de ese mismo año y tuvo como epicentro la plaza Tahrir de El Cairo (Dorsey, 2016: 52-53). Al igual que ocurrió en otros países de la región, las movilizaciones tuvieron un fuerte carácter transversal, que favoreció su acogida en amplias capas de la sociedad y, por encima, de las tradicionales organizaciones de oposición. Las protestas forzaron la dimisión del presidente Hosni Mubarak, así como el inicio de un proceso de transición, que desembocó en elecciones parlamentarias y presidenciales con varios partidos.

El final del régimen egipcio se produjo por varios factores. En primer término, una situación económica muy deteriorada, que profundizó en el descontento social. En segundo lugar, el papel del ejército egipcio, que es el gran actor político, que mantiene una posición preponderante en las principales instituciones y economía de Egipto (Korotayev y Zinkina, 2022: 675-676). Las fuerzas militares decidieron mantenerse en un segundo plano y no reprimir las protestas, dejando en una posición debilitada a Hosni Mubarak. En tercer punto, la reacción internacional ante las revueltas, sobre todo, de EEUU y potencias europeas, que mostraron una inclinación favorable hacia el cambio político.

La etapa revolucionaria en Egipto es muy breve, ya que se desarrolla en apenas tres años, donde se manifestó el poder que tiene el ejército en el país. La élite militar decidió no proteger a Hosni Mubarak, al mismo tiempo, que buscó tutelar el proceso de transición, que desembocó en el ascenso al poder de los Hermanos Musulmanes y la presidencia de Mohammed Morsi. La misma cúspide castrense fue la responsable de organizar el golpe de Estado, que dio por concluido la corta experiencia democrática egipcia. La actuación de los militares en 2013 se produjo en consonancia con la inestabilidad interna del país, las presiones de aliados internacionales sobre el Gobierno egipcio y, más aún, el temor de que el ejército pudiera ir perdiendo influencia y cotas de poder en el nuevo régimen.

Los Hermanos Musulmanes son una organización política histórica en Egipto. Una plataforma islamista que tiene sus orígenes en la década de los veinte del siglo pasado, que ha conseguido sobrevivir durante largos períodos en la oposición y clandestinidad, al mismo tiempo, que extendía sus actuaciones a otros países de la esfera árabe y musulmana (Gómez, 2018:

69-70). La crisis política abierta en 2011 fue una oportunidad idónea para la formación, ya que logró volver a situarse en una posición de protagonismo, puesto que contaba con un bagaje e implantación social mayor que otras opciones partidistas. El Gobierno de Mohammed Morsi les permitió acceder por primera vez al poder.

El ascenso de los Hermanos Musulmanes tuvo numerosos impedimentos internos y externos, que abocaron a un ejecutivo de apenas un año. Los obstáculos domésticos se estuvieron motivados por los problemas económicos, la tensión social permanente y la falta de respaldo del ejército. Las trabas internacionales se resumieron en la falta de apoyos con los que contó el presidente Mohammed Morsi, quien solo fue respaldado de forma directa por Turquía, Irán y Qatar. Otras grandes potencias regionales como Arabia Saudí, EAU o Israel, junto a EEUU y capitales europeas observaron con preocupación el giro islamista en Egipto, que solo agudizó la precaria situación del Gobierno egipcio.

El 3 de julio de 2013 se produce un golpe de Estado liderado por el general Abdel Fatah al Sisi, que contó con el apoyo del ejército. El resultado inmediato fue el derrocamiento de Mohammed Morsi y la suspensión de las garantías democráticas, que se habían establecido tras la revuelta de 2011. Los Hermanos Musulmanes fueron pronto ilegalizados y declarados como organización terrorista (Bramon, 2017: 29-30). El giro político solo encontró la condena de quienes habían sido los escasos valedores del breve Gobierno islamista. No obstante, el ascenso al poder de un miembro de la élite militar egipcia fue percibido con cierto alivio por potencias del entorno y la esfera occidental.

El ascenso del general Abdel Fatah al Sisi no representó realmente un gran cambio en la distribución interna del poder en Egipto, ya que el ejército no había perdido nunca su preeminencia en las principales instituciones del país. El golpe de Estado fue una maniobra anticipatoria, que constituyó no solo el final del proceso revolucionario en el país y la vuelta a una etapa de autoritarismo, sino que además tuvo un impacto real en el devenir de Oriente Medio. Las revueltas antiautoritarias que surgieron en la esfera árabe tuvieron un importante cariz democrática, que finalmente se diluyó. La nación egipcia se había convertido en un ejemplo excepcional de triunfo de la revolución. Sin embargo, el final abrupto de la transición supuso un giro también en los equilibrios de toda la región.

El régimen de Abdel Fatah al Sisi se adscribió a la línea de Arabia Saudí y EAU, además de mantener una posición reconciliadora con Israel. El derrocamiento y persecución de los Hermanos Musulmanes dejó en una situación menos favorable a Turquía y Qatar, quienes habían hecho una puesta más decidida por el Gobierno de Mohammed Morsi (Bustos, 2018: 766-767). La potencia turca tras el fracaso de 2013 tornó a su estrategia regional de la «preciada soledad», mientras Doha empezó a sufrir una considerable presión

de los países de alrededor. Egipto fue uno de los cuatro Estados que lideraron el bloqueo contra el emirato qatari en 2017. Las autoridades egipcias son de los principales actores en Oriente Medio, que más oposición muestra ante fuerzas islamistas.

El regreso al autoritarismo en la nación egipcio representó el final de las dinámicas revolucionarias en la región, puesto que habría que esperar varios años después para contemplar nuevas protestas. Sin embargo, la presidencia de Abdel Fatah al Sisi no ha resuelto los graves problemas internos. El descontento ciudadano hacia el régimen político volvió a tener su réplica en el año 2019, aunque no fue de la intensidad de la llamada primavera árabe y fue respondida con una dura presión. El Gobierno egipcio todavía no es capaz de resolver los graves problemas que lastran la economía nacional.

La fragilidad interna ha agudizado la dependencia exterior de Egipto, que ha reforzado sus vínculos con EEUU, potencias europeas y monarquías del Golfo. No obstante, la política internacional egipcia ofrece en los últimos años dos cambios interesantes. Por un lado, el acercamiento de El Cairo con el régimen ruso, que se traduce en un crecimiento de acuerdos comerciales y cooperación militar. Por otro, la atención del Gobierno egipcio hacia el estratégico espacio del Mediterráneo oriental. Una nueva triple alianza entre Egipto-Israel-Grecia (Zisser, 2022: 422-423), que se consolida a través de dos intereses: la explotación de gas y frenar la predominante presencia de Turquía en el entorno.

Los numerosos conflictos y crisis surgidas en el conjunto de Oriente Medio han restado atención a otro país clave: Jordania. La monarquía Hachemí tiene una importancia vital en la evolución sociopolítico de la región, pero las dos primeras décadas del siglo XXI muestran una trayectoria debilitada. Amán ha perdido claramente capacidad de influencia sobre el resto de los actores del entorno, quedando incluso relegado en las posibles alternativas a una solución del conflicto de Palestina e Israel, aunque la diplomacia jordana busca preservar su status mediador. En este sentido, la nación árabe ha pasado de ser una potencia política en la zona a quedar como socio de Occidente y las monarquías árabes, que son los principales apoyos externos con los que cuenta el rey Abdalá II.

Jordania empezó el siglo XXI con dos grandes acontecimientos, que definieron su política doméstica y exterior en las siguientes décadas. En octubre de 1994 se firmó el tratado de paz entre Israel y la nación árabe, que derivó en una normalización de las relaciones y la limitación de fronteras. De esta forma, la monarquía jordana pasó a ser el segundo régimen de la región que reconoció el Estado israelí tras Egipto en los Acuerdos de Camp David de 1978. En febrero de 1999 falleció el rey Hussein I, quién había gobernado el país desde 1952 y era considerado el máximo responsable del Estado moderno jordano. El sucesor en el trono fue su hijo Abdalá II, que tenía el reto de perseverar en las grandes líneas políticas domésticas e internacionales que formuló durante décadas su padre.

Jordania es una monarquía constitucional cuya carta magna data de 1952. Sin embargo, el régimen jordano concede amplios poderes ejecutivos, que le convierten en la práctica en el máximo responsable del Gobierno. La familia real hachemí basa su poder en unos difíciles equilibrios entre fuerzas de seguridad, élite económica y líderes tribales. La nación árabe está conformada por aproximadamente 11 millones de habitantes, de los cuales la mayoría son musulmanes árabes, pero también existen importantes minorías como los cristianos, kurdos, armenios, circasianos entre otros (Al Shalabi y Ali, 2013: 76-77). El factor tribal y étnico está muy presente en la configuración de los espacios de influencia dentro de la sociedad jordana y en las instituciones gubernamentales.

La cuestión demográfica es un elemento clave en el devenir político de Jordania. Los principales líderes tribales del país son un apoyo fundamental para la monarquía hachemí. No obstante, la población en el reino también está determinada por el factor migratorio. El reino jordano cuenta con refugiados provenientes de los diversos conflictos del entorno, donde destacan los palestinos que llegan a representar la mitad de la población (Espín, 2023: 304-305). Las estadísticas de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados (UNHCR) cifra el número de refugiados para el año 2022 en cerca de 744,323, de los cuales la mayoría proceden de Siria, Irak, Sudán o Yemen.

El reto de la monarquía jordana por mantener el poder resulta complicado por varias razones. En primer término, la difícil tarea de preservar cierta cohesión interna en una sociedad diversa, que superpone otro tipo de identidades a la nacional. En segundo lugar, la reafirmación de un régimen donde el rey tiene una posición preponderante pese las tensiones y rivalidades en el escenario doméstico. En último punto, el rey Abdalá II tiene que hacer frente a un contexto económico muy complicado, además de estar encuadrado entre grandes potencias de Oriente Medio, que le dejan en una disposición muy vulnerable.

La importancia estratégica de Jordania radica precisamente en su localización dentro de Oriente Medio, ya que hace frontera con Israel, Siria, Irak y Arabia Saudí. Este difícil contexto geográfico ha determinado la política exterior del reino desde su independencia. La monarquía hachemí fue uno de los grandes baluartes del nacionalismo árabe, así como de los procesos de independencia y descolonización en la región. Más adelante también participó en las ofensivas contra la formación del Estado israelí. Sin embargo, sus aspiraciones regionales fueron limitándose hacia la década de los setenta del siglo XX. A partir de entonces, Amán procuró mantener un perfil más moderado y aproximarse a EEUU. Sin embargo, la preocupación actual del régimen jordano es lograr preservar su independencia política y seguridad frente a las pretensiones de otras potencias locales.

La estabilidad interna jordana está condicionada por el desarrollo económico y por el poder de la monarquía, que a su vez están marcados por las

alianzas en el exterior. Por eso, la política internacional es un pilar esencial para los Gobernantes jordanos. La economía jordana no cuenta con los recursos que atesoran otros países de la zona, lo que favorece su alta dependencia de socios y aliados externos. Jordania importa el 96 % de la energía para su producción eléctrica, que procede en gran parte de las monarquías del Golfo (Abillama, 2020: 15). Pero el la incidencia de fuera también se traduce en las inversiones, apoyo financiero y mecanismos de cooperación con EEUU o la UE.

El resultado es que la economía jordana permanece gracias al sostén internacional y, por tanto, la viabilidad de la monarquía. No obstante, el orden interno no es del todo inamovible. Las revueltas autoritarias de 2011 tuvieron su réplica en Jordania, que reflejaron el desencanto de amplios sectores de la ciudadana (Abu-Rish, 2014: 295-296). En el año 2018 protestas similares se sucedieron en contra de las políticas de austeridad emprendidas por el Gobierno, bajo recomendación del Fondo Monetario Internacional (FMI). En 2021, el hermanastro del rey, Hamza bin Hussein, y otros miembros de la familia real fueron detenidos, según ciertas acusaciones de intentar desestabilizar el país.

Jordania busca equilibrar su acción exterior con cuatro grandes principios. Primero, papel mediador entre palestinos e israelíes. Segundo, proyectarse como un aliado de confianza para los intereses occidentales. Tercero, alinearse con el bloque de las monarquías del Golfo y, sobre todo, junto a Arabia Saudí. Cuarto, reafirmarse como un apoyo importante para la Comunidad Internacional a la hora de atender conflictos regionales, como refleja su política de acogida a refugiados sirios. No obstante, la incógnita sobre el reino jordano está en saber si podrá mantener estos postulados en un nuevo orden regional.

CAPÍTULO 8

POTENCIAS EXTRANJERAS EN ORIENTE MEDIO

8.1 El repliegue de EEUU de Oriente Medio

Las relaciones internacionales de Oriente Medio tienen como un vector central la presencia de EEUU en la región. El protagonismo de Washington pasa a ser un factor determinante de la zona desde mediados del siglo XX hasta principios del XXI. Numerosos conflictos y una gran variedad de dinámicas regionales a lo largo de ese período involucran de forma directa o indirecta a la potencia estadounidense. Sin embargo, la ruptura del orden regional está inevitablemente acompañado del debilitamiento de su liderazgo, que parece reorientarse hacia otras áreas del mundo.

La política exterior de EEUU en Oriente Medio puede estructurarse en siete etapas, que marcan en buena medida la evolución política del entorno. Fase de encuentro en el período entreguerras del siglo XX, que da lugar a las primeras aproximaciones de Washington a la región. Fase de bipolaridad entre la década de los cincuenta y sesenta, a través de la extensión de la Guerra Fría hacia la región. Fase de consolidación durante los años setenta y ochenta, cuando la Casa Blanca pasa a ser un aliado central para muchos regímenes locales. Fase de liderazgo en los años noventa, puesto que no encuentra corrientes que cuestionen su autoridad. Fase de crisis en la primera década del siglo XXI e, inmediatamente después, fase de repliegue de la potencia estadounidense de la zona.

La primera fase de encuentro se produce entre la década de los treinta y cuarenta del siglo XX. Existen dos grandes dinámicas internacionales que explican esa primera aproximación entre EEUU y Oriente Medio. Por un lado, la Primera Guerra Mundial había consolidado a la nación estadounidense como una gran potencia emergente, aunque se decantó por una política aislacionista. La emergencia de Washington en el escenario internacional coincide con un período de grandes cambios en la región, dando paso a grandes

corrientes nacionalistas. Por otro, la eclosión de las industrias occidentales impulsa su interés por aquellos lugares con importantes reservas de hidrocarburos.

El petróleo es leitmotiv del acercamiento de EEUU hacia Oriente Medio. Los primeros encuentros son más de carácter comercial que de trasfondo político. La relación se articuló con las primeras inversiones de empresas estadounidense, especialmente, en el golfo Pérsico/Arábigo para la explotación de petróleo (Hernández, 2020: 47-48). Sin embargo, la región estaba dominada por las potencias europeas: Reino Unido y Francia, por lo que la presencia de Washington fue aún muy reducida en el contexto regional.

La segunda fase de bipolaridad en las relaciones de EEUU con Oriente Medio tiene lugar en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XX. Una etapa marcada por tres grandes acontecimientos. En primer término, el final de la Segunda Guerra Mundial y el declive del protagonismo europeo en el escenario internacional. En segundo lugar, la emergencia de la Guerra Fría, que supone la consolidación de dos superpotencias globales, pero también la división mundial en bloques. En tercer término, el inicio de los procesos de descolonización e independencia, que derivaron en el surgimiento de nuevos Estados y la proyección de distintos modelos políticos e ideologías por toda la región.

La relevancia que EEUU concedió a Oriente Medio quedó plasmada en el famoso encuentro entre el presidente Franklin Delano Roosevelt y el rey saudí Abdulaziz bin Saud en febrero de 1945, pocos meses antes de terminar la Segunda Guerra Mundial. La reunión expuso los intereses renovados de Washington por la región, que estaban basados en dos fundamentales principios. Por un lado, apoyar a los nuevos Estados que surgieran de los procesos de descolonización ante las metrópolis europeas. Por otro, ampliar el protagonismo estadounidense en el entorno, ya que comenzó a divisarse un nuevo orden internacional, donde el área meridional y oriental del Mediterráneo serían clave.

La lógica bipolaridad surgida durante la Guerra Fría atravesó las principales dinámicas regionales. EEUU y la URSS coincidieron en su apoyo a los procesos de independencia, así como acabar con el tutelaje de las viejas potencias europeas. Sin embargo, tanto la Casa Blanca como el Kremlin trasladaron sus diferencias antagónicas a esta parte del mundo (Hudson, 2013: 324-325). Los conflictos que surgieron en el nuevo escenario de Oriente Medio contaron con la inferencia de las dos superpotencias. La consecuencia más visible fue el apoyo a diferentes regímenes, así como posiciones distintas frente al conflicto entre árabes e israelí, lo que marcó sus estrategias regionales para el futuro.

EEUU pasó a ser el gran valedor político y garante de su seguridad para los regímenes monárquicos como la corona saudí, el Sha de Persia, o bien, el incipiente Estado de Israel y Turquía. En contraposición la URSS se erigió

en el gran apoyo a las nuevas repúblicas panarabistas que surgieron en todo Oriente Medio, desde Egipto, Siria, Irak hasta Yemen. La amenaza de una expansión de corrientes revolucionarias y comunistas en la región supuso el gran aliciente de Washington con ciertos regímenes locales (Riedel, 2018: 34-35), que actuaron como elemento de contención frente a la presencia soviética. De esta forma, la Casa Blanca ya no solo actuó por intereses puramente económicos, al mismo tiempo, que no le importó respaldar a líderes que imponían sistemas políticos autoritarios.

La tercera fase de EEUU en Oriente Medio es de consolidación. La presencia estadounidense se reafirma en la región durante la década de los setenta y ochenta del siglo XX. Existen varios elementos que van a propiciar el creciente protagonismo de Washington en la zona. En primer término, el declive de los postulados panarabistas, la resiliencia del Estado de Israel y el auge exterior de Arabia Saudí. En segundo lugar, la revolución iraní de 1979 y la llegada al poder de Saddam Hussein en Irak el mismo año, además de la intervención soviética en el cercano Afganistán por esa misma fecha. Estos hechos motivan a que la potencia occidental sea considerada como un elemento necesario para la seguridad y estabilidad regional, sobre todo, para gran parte de sus aliados árabes.

Egipto fue durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial el gran referente regional. La desaparición de la figura del presidente Gamal Abdel Nasser y las derrotas árabes contra Israel debilitaron el movimiento panarabista y la proyección de fortaleza egipcia. La crisis de liderazgo fue aprovechada por Arabia Saudí bajo la dirección del rey Faisal, que transformó la política exterior del reino para consagrarlo como un adalid de Oriente Medio y la esfera musulmana. La crisis del petróleo de 1973 reafirmó el protagonismo internacional saudí y del resto de petromonarquías árabes (Jordan y Fiffer, 2015: 50-51), que lideraron el boicót contra las exportaciones de crudo a aquellas que economías que habían apoyado a Israel en la Guerra del Yom Kippur.

La crisis de 1973 puso en una tesitura difícil en EEUU, puesto que tenía que enfrentó una contestación de sus principales aliados árabes. No obstante, la Casa Blanca siguió incidiendo en su estrategia regional basado en lo que el presidente Richard Nixon denominó «los dos pilares gemelos». Es decir, su alianza con la monarquía saudí y el Sha de Persia, que le permitió contener cualquier foco de revolución o influencia socialista en la región, además de asegurar el suministro de hidrocarburos en un momento crucial para la economía estadounidense. La política de apoyos a determinados regímenes locales se mantuvo como una línea coherente entre las diferentes Administraciones.

La revolución iraní de 1979 y el decaimiento de la monarquía en el país hicieron a EEUU perder un importante aliado en la zona. La crisis de los rehenes de la embajada estadounidense en Teherán entre 1979-1981 convirtió a

Irán en una nueva amenaza para la Casa Blanca. El presidente Jimmy Carter apeló a la llamada «Doctrina Carter» en 1980, que aseguró el compromiso de Washington de defender sus intereses y la de sus aliados incluso con el uso de la fuerza militar. Este corolario en su estrategia le sirvió para ampliar su presencia en la zona y estrechar vínculos de seguridad con la mayoría de los regímenes

La fase de liderazgo de EEUU en Oriente Medio se produce a finales de la década de los ochenta del siglo XX. El desmoronamiento de la URSS marca la conclusión de la Guerra Fría, además de la consolidación de Washington como gran estandarte mundial. El declive del bloque soviético tuvo en Afganistán un punto de inflexión. Un país no incluido dentro de Oriente Medio, pero que debido a su proximidad tiene una importancia vital. Moscú estuvo involucrado en el conflicto civil afgano desde 1979 hasta 1989 para apoyar al Gobierno socialista de Kabul frente a insurgentes muyahidines, que estuvieron respaldados por Arabia Saudí y EEUU (Calvillo, 2022: 65-66). La guerra supuso un importante deterioro económico y militar del régimen comunista precipitando su final.

El conflicto en Afganistán perjudicó severamente la imagen de la URSS en Oriente Medio, al tiempo que reafirmaba la posición de EEUU entre los principales regímenes del área. Esta dinámica se reforzó ante la amenaza que llegaron a representar Irán e Irak durante gran parte de la década de los ochenta y noventa. Las dos potencias regionales se enfrentaron entre 1980 hasta 1988 por disputas fronterizas. Un conflicto que supuso un enorme desgaste para ambos países, lo que condicionó su proyección exterior y sus pretensiones en la región. Las fuerzas iraquíes de Saddam Hussein retomaron la iniciativa en 1990 con la invasión de Kuwait, que fue rápidamente repelido por una coalición internacional liderada por EEUU y respaldada por la mayoría de los países de la zona.

El status de EEUU en Oriente Medio mejoró a finales del siglo XX, ya que Washington consiguió alcanzar tres principios de su estrategia regional. Por un lado, presentarse ante los socios locales no como una potencia agresora, sino como un aliado, al contrario de lo que había hecho la URSS en Afganistán. Por otro, reafirmar su apoyo político, militar y económico a sus aliados más estrechos en la zona, como había ocurrido con las monarquías árabes del Golfo frente a las pretensiones del régimen iraquí (Abu-Tarbush, 2013: 280-281). Por último, la falta de oposición directa en el escenario internacional derivó en una aparente e incuestionable posición de protagonismo en la región.

El liderazgo estadounidense en Oriente Medio parecía preponderante en la última década del siglo XX. Sin embargo, existieron varios hechos que marcaban un malestar creciente con la hegemonía de EEUU en la zona. Por ejemplo, el rey Fahd de Arabia Saudí tuvo que hacer frente a las críticas de los sectores religiosos más conservadores por permitir la presencia de tropas occidentales en su territorio. De igual forma, en el entorno comenzaron a surgir corrientes

radicales, que derivaron en movimientos terroristas, que situaron entre sus objetivos primordiales los intereses de Washington y sus aliados.

Los atentados del 11S de 2001 inician la fase de crisis de EEUU en Oriente Medio. Un período encabezado por la Administración de George W. Bush, que tuvo como punto álgido la declarada ofensiva contra el terrorismo GWOT y la invasión de Irak en 2003. La Casa Blanca cambió radicalmente los principios que habían orientado su estrategia regional durante décadas. En primer término, la potencia estadounidense paso de ser un actor estabilizador y garante de seguridad a promover profundas transformaciones en el entorno, dando lugar a nuevos focos de conflicto y tensión. En segundo lugar, Washington asumió un postura unilateralista, abandona la conciliación y consenso con sus principales aliados árabes, lo que repercutió severamente en las relaciones con terceros regímenes.

La percepción de EEUU en Oriente Medio varió muy negativa. La presencia estadounidense pasó a ser considerada un factor agresor, que no velaba realmente por la seguridad regional. Además, el señalamiento de los problemas de terrorismo y radicalismo degeneró en una creciente desconfianza, puesto que muchos líderes nacionales vieron en la política de la Casa Blanca una amenaza a su poder (Vidal, 2018: 64-65). La estrategia de la Administración de George W. Bush erosionó aún más las relaciones entre la esfera occidental y los países musulmanes. Todo ello inevitablemente motivó que los regímenes locales viraran en sus relaciones exteriores.

La Casa Blanca en los primeros años del siglo XXI se marcó tres grandes objetivos estratégicos en Oriente Medio. Por un lado, acabar con la amenaza yihadista en cualquier punto de la región, aunque eso derivó en una presión creciente sobre algunos regímenes históricamente aliados. Por otro, derrocar aquellos Estados acusados de ser promotores de terrorismo, o bien, que constituían una amenaza para la seguridad internacional. En esto último, EEUU justificó su intervención en Irak a partir de 2003, que derivó en el derrocamiento de Saddam Hussein y al desestabilización del país. De igual forma, Washington señaló a Irán como un peligro debido a sus pretensiones nucleares.

La reacción del hegemon estadounidense tras los atentados del 11S de 2001 no constituyó un refuerzo de su poder en el mundo y, ni mucho menos, una reafirmación de su autoridad en Oriente Medio. Las guerras de Afganistán e Irak dejaron en entredicho las fortalezas militares de EEUU, así como debilitaron sus capacidades económicas. En el desarrollo de la estrategia regional, la Casa Blanca no tuvo en cuenta la respuesta que desde la región existiría a tal postura beligerante y unilateralista. Los dirigentes estadounidenses estimaron erradamente una respuesta como si todavía existiera un escenario internacional de hegemonía incuestionable. Washington comenzó a perder influencia en la zona.

La llegada al poder de Barack Obama en 2009 supone el inicio de la fase de repliegue de EEUU de Oriente Medio (Al-Rasheed, 2018: 237-238). Una política que es continuada a grandes rasgos, a pesar de las diferencias notables entre

ellos, por Donald Trump entre 2017-2020 y Joe Biden desde 2021. Washington persigue desde entonces tres grandes objetivos. Primero, no asumir un rol tan activo en los principales conflictos y problemas de la región, ya que busca evitar nuevos errores de cálculo como en Irak. Segundo, reforzar la alianza con las principales potencias locales para lograr estabilizar el entorno. Tercero, reorientar esfuerzos hacia el área del Indo-Pacífico, puesto que le preocupa el ascenso de China y la traslación del poder económico y político mundial hacia allí.

En la primera visita de Barack Obama a Oriente Medio en junio de 2009, el presidente estadounidense dio un discurso en la Universidad de El Cairo, donde planteó un «Nuevo Comienzo» en las relaciones entre EEUU y la esfera musulmana. Sin embargo, la pretendida reconciliación que buscó en ese momento la Casa Blanca tuvo tres acontecimientos que le limitaron. Por un lado, las revueltas antiautoritarias de 2011, que supusieron un fenómeno de total desestabilización en la región. Por otro, la cuestión del programa nuclear de Irán, que entrañó de unas complicadas negociaciones. Por último, la falta de una salida a la escalada de violencia entre palestinos e israelíes, que facilitó el distanciamiento con los posicionamientos del Gobierno de Benjamín Netanyahu.

La estrategia de la presidencia de Barack Obama dejó unos resultados que marcaron a sus sucesores. EEUU abandonó la idea de una presencia militar elevada en la región, pero no dejó las acciones contraterroristas, que encontraron en el uso de drones una herramienta recurrente. El acuerdo con Irán no tuvo el respaldo de sus principales aliados regionales, puesto que consideraron que eran demasiadas concesiones a Teherán. El presidente Donald Trump denunció tal pacto, lo que llevó a asumir un posicionamiento parecido a Israel y Arabia Saudí. El mandatario estadounidense colocó de nuevo a Irán como la gran amenaza a la seguridad regional. Sin embargo, la Administración de Joe Biden volvió a reactivar las negociaciones con el régimen iraní, aunque posteriormente Joe Biden buscó reactivarlo (Hashem y Abdul-Sattar, 2022: 207-208). En términos generales, las decisiones de los tres dirigentes evidencian la desatención creciente de Washington hacia Oriente Medio.

El único gran cambio en esta fase de repliegue de EEUU es las aproximación de Israel hacia regímenes árabes. Un movimiento alentado desde la Administración de Donald Trump, que Joe Biden ha continuado. La guerra de Ucrania y la crisis energética han motivado un interés occidental renovado. Sin embargo, los términos de las relaciones no son similares como a principios de siglo. La potencia estadounidense no tiene la misma capacidad de influencia. De igual forma, los dirigentes estadounidenses no están dispuestos a volver a asumir mayor protagonismo y responsabilidades en la región.

8.2. El resurgir de Rusia en Oriente Medio

Rusia es un factor central en las dinámicas sociopolíticas de Oriente Medio en el período reciente del siglo XXI. Los últimos acontecimientos a escala internacional y local han animado la reencuentro entre Moscú y el entorno

meridional. La creciente cercanía en las relaciones entre la potencia rusa y sus homólogos del entorno sur es una muestra de los profundos cambios globales. El Kremlin otorga dentro de su renovada política exterior una atención muy especial a los vínculos con los regímenes de la zona, que repercuten en diferentes ámbitos comerciales, energéticos, diplomáticos o de seguridad. La inferencia rusa se postula como un componente transformador para el nuevo orden regional.

La relevancia de Rusia en Oriente Medio viene motivada por un doble interés. Por un lado, la finalidad de Moscú desde principios del siglo XXI de revitalizar su papel en el escenario internacional para volver a consagrarse como una gran potencia (Morales, 2023: 246-247). Por otro, el objetivo de los Gobiernos de la región de diversificar sus relaciones exteriores, lo que les permita reducir sus dependencia política y económica. Este proceso se produce en un contexto de cambio en la distribución del poder en la esfera mundial y regional. El Kremlin emerge como una alternativa al supuesto decaimiento de la hegemonía de Washington, que sufre un proceso de repliegue en todo el entorno.

El resurgir de Rusia en Oriente Medio se produce simultáneamente con las alteraciones en la política exterior de EEUU. Los intereses de ambos países difieren en esta fase crucial del siglo XXI. La potencia estadounidense busca desempeñar un papel menos determinante en la región, reorientar sus esfuerzos hacia otras áreas del mundo, así como limitar el impacto de las crisis y conflictos que surge en los últimos años. El Kremlin pretender volver a desempeñar un rol protagonista en este lugar, lo que conduce a fortalecer todo tipo de vínculos con los actores más diversos, a la par que asume nuevas responsabilidades dentro de los grandes problemas y cuestiones de la agenda regional.

El declive de EEUU y el ascenso de Rusia en Oriente Medio está acompañado de una importante proyección y discurso antiimperialista. Las intervenciones militares estadounidenses, así como sus alianzas con determinados países han debilitado su imagen entre las sociedades locales. Sin embargo, el hegemón ruso no tiene hasta ahora esa imagen tan negativa, ya que ha estado un largo período ausente de los grandes conflictos regionales. En este sentido, Moscú está logrando consolidarse como un polo alternativo y disidente a la fuerza occidental, lo que le da numerosos apoyos en la zona.

La retórica en Oriente Medio de desvincularse de EEUU y mayor cercanía con Rusia se explica por una dinámica central en la región, esto es, el fenómeno de empoderamiento e independencia política que plantean numerosos países. Las fracturas simultáneas en el orden mundial y el *statu quo* local propician un profundo cambio en la correlación de fuerzas, así como en los equilibrios de las relaciones bilaterales. Los regímenes de la esfera meridional tienen mayores cotas de autonomía para establecer unos vínculos más ponderados con las potencias extranjeras (Ferrero-Turrión, 2023: 33-34). Los

actores locales son capaces de desarrollar políticas exteriores autosuficientes, así como asumir un protagonismo a nivel internacional sin estar bajo la tutela o protección de terceros.

La presencia actual de Rusia en Oriente Medio está condicionada por el pasado soviético, que tuvo una evolución desigual en su estrategia regional a lo largo del siglo XX. En la política exterior de Moscú para la región se consigue discernir distintas etapas. En primer término, a principios del siglo XX, una limitada aproximación hacia la región, que quedó bajo la inferencia de las potencias europeas occidentales. En segundo lugar, en la década de los cuarenta y parte de los cincuenta, la desatención soviética hacia la zona debido en buena parte a la Segunda Guerra Mundial y a la estrategia exterior estalinista. En tercer punto, la reaproximación rusa al entorno meridional durante la década de los sesenta y setenta, que derivó en la traslación de la lógica de la Guerra Fría en la región.

La presencia de Rusia en Oriente Medio se encuentra condicionada también por las fases finales del siglo XX y principios del XXI. En este sentido, una cuarta etapa de su política exterior abarcaría la década de los ochenta y noventa, que representa una fase de crisis y distanciamiento entre el Kremlin y sus antiguos aliados regionales. Sin embargo, la llegada al poder de Putin en 2000 cambia las apreciaciones de Moscú hacia el contexto sur. En los primeros años de su mandato se observa un interés creciente hacia las dinámicas locales, que culmina a partir de 2015 y la intervención en Siria con un nuevo período en las relaciones entre la potencia rusa y los principales regímenes de la zona.

La primera etapa en los vínculos entre Rusia y Oriente Medio de la historia reciente puede situarse en el período de entreguerras del siglo XX. El contexto por entonces es de importantes cambios en ambas áreas del mundo. La potencia europea se ve sacudida por dos tipos de shock políticos. Por un lado, el inicio de la Primera Guerra Mundial, que enfrentó en el área del mar Negro a las fuerzas rusas y otomanas. Por otro, la revolución soviética de 1917, que precipitó un cambio de régimen en los territorios rusos y repercutió severamente en la política exterior y en las alianzas internacionales de Moscú.

Los profundos cambios en el continente europeo coincidieron con una época de crisis del régimen en Oriente Medio. La región había estado bajo el dominio del Imperio Otomano durante varios siglos. Sin embargo, este poder comenzaba a debilitarse a principios del siglo XX, mientras emergían fuertes corrientes nacionalistas en distintos puntos. El interés de la fuerza rusa por el espacio sur del mar Negro era aún muy débil, aunque el líder revolucionario Vladimir Lenin abogó por el derecho de autodeterminación de los pueblos. Una postura compartía por entonces con el presidente estadounidense Woodrow Wilson, aunque chocó frontalmente con los intereses de Francia y Reino Unido.

El desenlace de la Primera Guerra Mundial trajo consigo el final del dominio del Imperio Otomano sobre Oriente Medio, así como un proceso de protectorado y colonialismo marcado especialmente por la presencia francesa y británica. Los vínculos entre la región y la fuerza soviética fueron mínimos. Un resultado que se explica por varias razones. En primer término, el ascenso al poder de Iósif Stalin en 1922 constituyó un punto de inflexión en la política exterior soviética, que impuso una perspectiva más aislacionista, que soslaya el objetivo de extender la revolución a otras áreas del mundo. En segundo lugar, el reparto colonial de Francia y Reino Unido limitó el alcance de influencia de otras potencias extranjeras, así como la propia lógica suscrita en la Sociedad de Naciones.

La segunda etapa de las relaciones entre la URSS y Oriente Medio se desarrolla a lo largo de la década de los treinta, cuarenta y parte de los cincuenta. En un principio no existe una variación considerable de la política exterior de Moscú hacia la zona. En la fase previa a la Segunda Guerra Mundial el interés de las autoridades soviéticas estaba en reforzar su poder interno, así como protegerse de las aspiraciones expansionistas de Alemania. En el propio desarrollo de la gran contienda, el interés del Kremlin se centró casi en exclusividad en derrocar al régimen nazi. Por último, el inicio de la Guerra Fría implicó una atención especial en lograr márgenes de influencia en espacios cercanos.

El final de la Segunda Guerra Mundial derivó en dos grandes consecuencias para el orden internacional y el *statu quo* regional (Sluglett, 2013: 66-67). Por un lado, la consolidación de EEUU y la URSS como los dos centros de poder global, mientras se debilitó el protagonismo de las tradicionales potencias occidentales europeas. Por otro, la carta de las Naciones Unidas y el deterioro de la hegemonía británica y francesa propiciaron procesos de descolonización en Oriente Medio. Las naciones de la región consiguieron finalmente constituirse como Estados independientes, aunque la gran mayoría de los países heredaron las fronteras marcadas tiempo atrás por los imperios.

El contexto de la Segunda Guerra Mundial fue rápidamente reemplazado por la lógica de la Guerra Fría, que tuvo sus primeros escenarios de tensión en Europa y en Asia-Pacífico. La potencia soviética dejó atrás la perspectiva más aislacionista para fomentar nuevos ejes socialistas en distintas partes del mundo. La finalidad era conseguir imponer un equilibrio de poder más propicio a sus intereses que a los de EEUU. Las primeras acciones se centraron en controlar los países del este del continente europeo, que habían quedado totalmente destruidos tras el conflicto, así como aprovechar las luchas de independencia en el área asiática para promover el ascenso de actores próximos a Moscú.

La confrontación entre EEUU y la URSS se limitó a finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta al escenario europeo y el Indo-Pacífico. Existieron focos de gran tensión como fueron China, la península de

Corea, así como la gran divergencia ideológica que surgió entre los distintos países europeos, que tuvo la denominación elocuente del Telón de Acero. Los esfuerzos iniciales de Moscú durante la Gran Fría dejaron poco espacio para prestar atención a las transformaciones en Oriente Medio. El Kremlin no mostró una elevada preocupación por la constitución del Estado de Israel, así como el devenir político de los nuevos regímenes independientes de la zona.

La tercera etapa de las relaciones entre la URSS y Oriente Medio es de total aproximación. El desarrollo se produce desde mediados de la década de los cincuenta hasta los ochenta. Un período de casi treinta años donde el polo soviético tuvo un papel muy relevante en el escenario regional (Mathiesen, 2018: 218-219). El cambio de interés de Moscú hacia el entorno se produjo como resultado de la Guerra Fría, que comenzó a extenderse por distintas áreas del mundo. El entorno quedó inevitablemente dividido entre los aliados de EEUU prooccidentales, frente a los regímenes más cercanos con el Kremlin. En este sentido, la influencia soviética alcanzó casi todos los ámbitos locales, desde la influencia ideológica y diplomática, hasta los vínculos comerciales y militares.

Existen varios acontecimientos que propiciaron el cambio estratégico de la URSS hacia Oriente Medio. Por un lado, el fallecimiento de Iósef Stalin en 1953 y la llegada al poder de Nikita Kruchev, que revitalizó la política soviética hacia la región (Campbell, 1970: 250-251). Por otro, la asunción al poder de diferentes repúblicas panarabistas, que tuvieron como epicentro a Egipto desde 1952. Por último, la crisis del canal de Suez de 1956, que enfrentó a las tropas británicas, francesas e israelíes contra las fuerzas egipcias, pero que contó con el rechazo de las grandes potencias: EEUU y URSS. Este hecho supuso la renuncia definitiva de los viejos poderes europeos sobre Oriente Medio.

La URSS penetra desde la década de los cincuenta en distintos países y ámbitos de la región. La finalidad es puramente política y estratégica, ya que busca limitar la injerencia estadounidense, así como promocionar nuevos aliados. No obstante, EEUU contaba con una cierta ventaja, ya que había estado presente en el entorno desde prácticamente el final de la Segunda Guerra Mundial, lo que le permitió fortalecer vínculos con distintos regímenes como el turco, saudí, iraní o israelí. Washington había logrado ser en poco tiempo el principal socio político, económico y militar de muchos de los países. Por eso, desde Moscú se buscó varias vías para contrarrestar dicha preponderancia.

La ideología pasó a ser una herramienta muy útil para los intereses de la URSS en Oriente Medio. Las premisas panarabistas y revolucionarias de las nuevas repúblicas en Siria, Egipto, Irak o Yemen conjugaron de forma adecuada con la proyección exterior antimperialista y de alternativa occidental, que el bloque soviético buscó desarrollar a escala internacional. Los postulados programáticos dieron paso a una secuencia de alianzas de Moscú con

importantes regímenes (Hernández, 2023: 154-155). La región entera quedó fuertemente dividida por la lógica de la Guerra Fría, donde las monarquías se enmarcaron como los aliados de EEUU frente a repúblicas de carácter socialista.

URSS fue un importante socio comercial para países como Egipto, Siria o Irak, además de convertirse en un destacado suministrador de armamento, así como el principal valedor internacional de aquellos regímenes. La coalición con las repúblicas árabes derivó en que Moscú cambió su posicionamiento con respecto al conflicto de Palestina e Israel, lo que le llevó a abandonar su aparente neutralidad inicial (Lion, 2023:114-115). El polo soviético pasó a respaldar la causa palestina y a apoyar a los principales líderes palestinos. Uno de los grandes conflictos de Oriente Medio y del mundo también adquirió una lógica de Guerra Fría, donde cada gran potencia respaldó a las principales partes enfrentadas.

La cuarta etapa de las relaciones entre la URSS y Oriente Medio es de crisis durante la década de los ochenta y noventa. La fractura se produce casi de manera simultánea en el ámbito doméstico, regional e internacional. Por un lado, el decaimiento de importantes figuras panarabistas y el descrédito interno de sus regímenes, sobre todo, ante las sucesivas derrotas contra Israel. Por otro, la brecha política y económica en el seno soviético, que conduce al desmoronamiento del polo comunista en la década de los noventa. Por último, los últimos estadios del siglo XX son la consolidación de la hegemonía de EEUU, que adquiere una posición preponderante en la región, ante la emergencia de un nuevo régimen político en Rusia y nuevas repúblicas ex soviéticas.

La etapa de crisis en Rusia tras el desmoronamiento de la URSS conduce a un papel limitado del Kremlin en el escenario internacional. Las preocupaciones de los dirigentes rusos se focalizan en consolidar el nuevo sistema política, así como hacer frente a una crisis económica aguda y desafíos a la integridad territorial, que tienen su punto álgido en la guerra de Chechenia durante la década de los noventa. Sin embargo, la política exterior rusa comienza a cambiar decisivamente con el ministro Yevgueni Primakov (1996-1998), que postula la necesidad de condicionar el orden hegemónico estadounidense (Álvarez-Ossorio, 2022: 27-28), así como promover un nuevo sistema multipolar. Es decir, el Estado ruso debía progresivamente asumir nuevas cotas de protagonismo en el mundo.

La quinta etapa de las relaciones entre Rusia y Oriente Medio es de reaproximación. La llegada al poder de Vladimir Putin a partir del año 2000 cambia el rumbo internacional ruso. El Kremlin busca postularse de nuevo como un centro de poder internacional, mientras se produce un debilitamiento acelerado del liderazgo estadounidense. La revitalización de la agenda internacional rusa coincide con un período de intensos cambios y conflictos en la región. Moscú desarrolla una estrategia creciente y multidimensional en el

entorno, que le permite ir asumiendo una relevancia cada vez mayor, así como una amalgama distinta de aliados y potenciales socios en la zona.

La sexta etapa de las relaciones entre Rusia y Oriente Medio es de fortalecimiento, que tiene como punto inicial el año 2015. Es en este punto donde el Kremlin decide intervenir militarmente en Siria, lo que sirve para manifestar los intereses y las responsabilidades en el entorno que está dispuesto a asumir Moscú. El presidente Vladimir Putin acelera y profundiza las relaciones con todo tipo de regímenes, al mismo tiempo, que se produce el repliegue de EEUU bajo la Administración de Barack Obama. El polo ruso pasa a ser un actor creciente no solo en las relaciones diplomáticas, sino también en los ámbitos de la energía, el comercio y la seguridad. Unas dinámicas muy significativas que explican el posicionamiento posterior de la mayoría de los países ante la guerra de Ucrania de 2022.

La renovada estrategia regional de Rusia es distinta a la implementada durante el siglo XX. Por un lado, Moscú presenta una política para Oriente Medio menos ideologizada y práctica (García del Moral, 2023: 74-75), que le permite establecer vínculos con todo tipo de actores. Por otro, las relaciones con los regímenes de la zona no son tan desequilibradas como el pasado, exceptuando caso como Siria, ya que existe una mayor reciprocidad en cuanto se refiere a la convergencia de intereses. En este sentido, el Kremlin comparte con muchos de los países de la zona la perspectiva de un orden tendente a la multipolaridad.

8.3. China, Oriente Medio y el liderazgo internacional

La presencia de China en Oriente Medio es un factor totalmente disruptivo. Un elemento transformador que impulsa cambios en el orden regional, así como en las relaciones entre los distintos actores presentes. La relevancia de China se explica no solo por el protagonismo adquirido en ámbitos clave como el comercio y la diplomacia, sino por las expectativas creadas sobre su relevancia en el medio y largo plazo. El régimen chino es la última gran potencia en aparecer en la región, pero su influencia está siendo clara en diversas dinámicas locales. Existe la percepción generalizada de que Pekín va paulatinamente asumiendo mayores responsabilidades en este espacio estratégico.

La presencia de China en Oriente Medio está ligada a su ascenso en el panorama internacional. El país asiático se consolida durante los últimos veinte años como una potencia económica, política, cultural y militar a escala global. El auge del polo chino se produce en paralelo al debilitamiento de la hegemonía estadounidense y occidental (Tovar, 2021: 113-114), lo que explica en buena medida la importancia que desde Washington se da a la región de Asia Pacífico, así como su repliegue de otras partes del mundo. Sin embargo, la política de contención parece difícilmente sostenible, ya que su preponderancia trasciende ámbitos clave para la estabilidad del orden mundial.

La irrupción de China en el escenario internacional tiene varias corolarios, que repercuten a su vez sobre el *statu quo* de Oriente Medio. Las pretensiones chinas tienen un cariz económico en tanto en cuanto su crecimiento desde la década de los noventa le sitúa en una posición preferente, desde el ámbito puramente comercial, hasta en otros sectores como las nuevas tecnologías. La relevancia de la economía china le conduce a tener un protagonismo claro prácticamente en todos los principales mercados del mundo. Estas circunstancias también inducen a un cambio de lógica desde EEUU y algunos de sus aliados, que comienzan a observar a Pekín no como socio, sino como competidor.

El segundo corolario de las pretensiones chinas es el factor político y normativo, que repercute directamente en la distribución contemporánea del poder internacional. El sistema institucional del siglo XXI es heredero de la Guerra Fría y el predominio estadounidense y occidental. La emergencia de China y otras potencias secundarias empuja hacia una reformulación profunda del orden mundial. No es solo una cuestión de reformar o suplir ciertas instituciones y organizaciones internacionales, sino marcar las normas y pautas de comportamiento de los actores políticos. Es decir, quienes son las fuerzas capacitadas para tomar las grandes decisiones en el nuevo siglo.

El tercer corolario de las pretensiones chinas es el factor de la seguridad, que es un elemento todavía poco desarrollado por parte de la potencia asiática. La estructura internacional de finales de siglo XX y principios del XXI otorga un papel clave en la salvaguardia de la estabilidad internacional a EEUU. Sin embargo, las dinámicas generales en el mundo aceleran la erosión de esa preminencia estadounidense. China busca reformular también los márgenes de seguridad dominantes en el sistema internacional, que le permitan no solo defender sus intereses en el espacio territorial más próximo, sino también extender nuevas alianzas en otras áreas regionales del mundo.

Las pretensiones internacionales de China comulgan con las grandes dinámicas de transformación en Oriente Medio. En el ámbito económico la zona se encuentra inmersa en dos grandes tendencias. Por un lado, la emergencia de grandes polos económicos, como las monarquías árabes del Golfo, que adquieren una relevancia clave no solo a nivel local, sino también para el comercio mundial y otros sectores: finanzas, telecomunicaciones o infraestructuras. Por otro, la mayoría de los países de la zona están inmersos en un proceso de diversificar relaciones, que les conduce a pivotar hacia otras como Asia Pacífico, donde encuentran nuevos mercados (Quero, 2020: 92-93). Pekín ya compiten por ser el principal socio comercial de la zona por delante de la UE.

Las pretensiones internacionales de China hacia una reformulación del orden global encajan, a su vez, en reconversiones de las políticas exteriores de los regímenes de Oriente Medio (Abu-Warda, 2022: 15-16). La mayoría de los países comienzan a limitar su alineamiento con EEUU y Occidente,

ya que lo consideran un poder en declive, que además no cumple con su papel estabilizador. En este sentido, se produce la confluencia de intereses y percepciones entre el hegemon chino y las potencias regionales, que también se insertan entre las fuerzas transformadoras, que buscan generar una estructura internacional de poder distinta y más representativa hacia otras áreas del mundo.

Las pretensiones de China sobre la seguridad internacional y el liderazgo de EEUU le acercan también a Oriente Medio, ya que los principales regímenes del entorno están reformulando sus estrategias de seguridad y defensa. La lógica dominante entre la mayoría de los países es reducir su dependencia del apoyo estadounidense, así como garantizar sus propios medios de fuerza. La vacua respuesta de Washington a las revueltas y conflictos surgidos en los últimos años motivan el cambio de interés de las autoridades locales, que buscan asimismo el respaldo de otras potencias externas. Es en estas circunstancias donde emergen la imagen de Pekín como aliado preferente.

La política exterior de China hacia Oriente Medio se puede categorizar en cinco grandes etapas. Primero, la fase de cordialidad a finales de la década de los cuarenta y los cincuenta entre el incipiente régimen comunista chino y los nuevos Estados de la región. Segundo, el período de distanciamiento durante los años sesenta y setenta debido a la política de aislacionismo de Pekín. Tercero, el ciclo de aperturismo en los ochenta y noventa, que coincide con cambios en la política exterior china. Cuarto, la fase de crecimiento de las relaciones en la primera década del nuevo siglo, donde China pasa a ser un actor comercial clave. Quinto, la etapa de responsabilidad, que se sitúa en los últimos años, ya que el régimen chino comienza a tener una incidencia política especial.

La historia más reciente de las relaciones entre China y Oriente Medio se sitúa a finales de la Segunda Guerra Mundial, donde tiene lugar dos procesos clave para el devenir político de la potencia asiática y de la región. Por un lado, el final del conflicto trae consigo el predominio del régimen chino liderado por Mao Zedong por encima de los nacionalistas, aunque durante varias décadas no contó con el reconocimiento de EEUU y otras fuerzas occidentales. Por otro, la esfera del mundo árabe y musulmán protagoniza diversos procesos de descolonización e independencia, que dan lugar a una amalgama de nuevos Estados, que buscan consolidar y preservar sus nacientes regímenes políticos.

La mayoría de los países de Oriente Medio y China se encuentran en una posición parecida en la década de los cincuenta. Las dos partes tienen una preocupación importante por la estabilidad interna y el fortalecimiento de sus nuevos modelos políticos. Ambos actores buscan diferenciarse de la lógica dominante de la Guerra Fría, así como de las injerencias de las grandes potencias del momento. Las aspiraciones de los nuevos regímenes y países quedaron reflejadas en la Conferencia de Bandung de 1955 (Algora, 2018:

619-620). Una plataforma que favoreció la cooperación entre las distintas regiones, así como el foro más reivindicativo frente al *statu quo* internacional establecido.

Las relaciones de China hacia Oriente Medio fueron muy limitadas. El componente ideológico fue un factor condicionante en las aproximaciones de Pekín hacia la región, donde el régimen comunista priorizó los contactos, sobre todo, con aquellas repúblicas panarabistas. Sin embargo, la fase de cordialidad y calculado acercamiento se interrumpe durante la década de los sesenta, que coincidió con una política de aislacionismo por parte del régimen chino. El Gobierno de Mao Zedong protagonizó una ruptura de relaciones con la URSS, que le condujo a una situación internacional más precaria, al mismo tiempo, que se introducía en un período de volatilidad interna con la llamada Revolución Cultural.

El estancamiento de las relaciones se rompió definitivamente en la década de los ochenta. La llegada al poder de Deng Xiaoping en 1978 marca un punto de inflexión en la política doméstica, económica y exterior del régimen chino. El mandatario comunista estableció los principios generales para el comportamiento del régimen a finales del siglo XX y principios del XXI. La nación asiática se encaminó en un proceso medido de reformas económicas, que buscaban impulsar y modernizar las estructuras del país, que hasta entonces se encontraba en una situación de aguda pobreza. La denominada teoría del «socialismo con características chinas», que entremezcló características propias del sistema capitalista con la preservación de un modelo político de partido único.

Las medidas de Deng Xiaoping (1978-1988) por su sucesor en el cargo Jiang Zemin (1989-2002), que profundizó en las medidas para favorecer el desarrollo económico de China, así como su proyección hacia el exterior (Chávez, 2023: 122-123). La tendencia aperturista de Pekín y su creciente industria nacional posibilitaron de nuevo las relaciones con los países de Oriente Medio. En este sentido, la estrategia regional china perdió el componente ideológico que había tenido en el pasado, ya que Pekín buscó fortalecer vínculos con todo tipo de regímenes locales. El progreso de la emergente potencia asiática fue parejo a las grandes transformaciones que también llevaban a cabo países de la zona.

La primera década del siglo XX caracteriza la cuarta etapa de las relaciones entre China y Oriente Medio. Una fase que confirma el crecimiento del régimen chino en el orden internacional. El dirigente Hu Jintao (2002-2012) mantiene los principios básicos heredados de Deng Xiaoping proclamando el denominado «ascenso pacífico chino», que pretendía crear márgenes de confianza sobre la proyección exterior de Pekín. El propósito era evitar que la potencia asiática fuera percibida como una amenaza global (García, 2020: 327-328). La estrategia planteada permitió que el Gobierno chino comenzara a establecer importantes alianzas económicas y políticas en distintas áreas del mundo.

La aproximación pacífica china al mundo sirvió para consolidar su penetración en el escenario de Oriente Medio. El régimen comunista se centró casi en exclusividad en sus relaciones comerciales. Pekín decidió mantener un papel secundario en los grandes conflictos y problemas que surgieron en ese período. Una aparente agenda local vacía de contenido político. El auge internacional chino coincidió con el inicio del declive estadounidense en la región, que aceleró el interés de las principales potencias locales por pivotar hacia los mercados de Asia Pacífico. China emergió como un socio atractivo para la mayoría de los países de la zona, que buscaron promover nuevos vínculos.

La política exterior de China hacia Oriente Medio da un cambio radical entre 2011-2013, que da origen a una nueva etapa de mayor responsabilidad y compromiso por parte de Pekín en las dinámicas regionales. La transformación en el interés chino por la zona y en la forma de actuar en la misma se deben a varias razones. Por un lado, la crisis abierta el *statu quo* regional tras la denominada primavera árabe, que evoca a un período enormemente volátil y conflictivo, pero que puede percibirse como una oportunidad para los intereses chinos. Por otro, la llegada al poder de Xi Jinping en 2012, que lidera la implementación de una acción internacional distinta por parte del régimen comunista.

China pretende reafirmar su liderazgo global y presentarse como un alternativa al poder de EEUU. Los principios del «ascenso pacífico» son paulatinamente abandonados para dejar paso a una política exterior más proactiva y directa. La incidencia en Oriente Medio de esta renovada lógica es cada vez mayor. Pekín empieza a aproximarse ya no como un mero socio comercial, sino como un potencial aliado político e, incluso, militar. El régimen chino pretende impulsar la configuración de un nuevo orden internacional, que coincide simultáneamente con la reestructuración del *statu quo* regional. Los intereses del hegemón chino se vuelven cada vez más complejos, al igual que su influencia en la zona.

China expone cuatro grandes temas en su agenda hacia Oriente Medio. En primer término, la cuestión de la energía, que es el impulsor durante más de cuarenta años de las relaciones entre el polo chino y sus socios locales (Al-Tamimi, 2018: 254-255). La potencia asiática es el principal destino de las exportaciones de petróleo y gas de países como las monarquías del Golfo, que tienen en la creciente industria asiática su principal comprador. Sin embargo, el interés chino por la energía en la región comienza a trasladarse no solo a la cuestión de los hidrocarburos, sino también a otros sectores pujantes. En este sentido, Pekín lleva a cabo importantes inversiones en energías como la solar o el hidrógeno.

El siguiente vector presente en la agenda exterior hacia Oriente Medio es la tecnología, que ha pasado a ser un elemento clave para el desarrollo de determinados países de la zona. China pasa a ser una potencia internacional

consolidada en industrias tecnológicas como el 5G, lo que constituye otra vertiente más de las relaciones comerciales con las principales potencias del entorno. Pekín ha logrado cerrar en los últimos años acuerdos de desarrollo tecnológico prácticamente con todos los países. Estas circunstancias explican que los vínculos entre China y Oriente Medio no están solo centrados en el campo energético, sino que adquieren una complejidad mayor. Además, los regímenes locales ya no buscan estas asociaciones en sus tradicionales aliados occidentales.

El tercer eje en la agenda exterior hacia Oriente Medio son las infraestructuras, que desempeña un papel crucial en la política internacional de China. En el año 2013 el presidente Xi Jinping anunció el nuevo plan de cooperación denominado Belt and Road Initiative, que supone reforzar la presencia comercial china en distintas áreas del mundo (Benedicto, 2020: 293-294). El proyecto garantiza nuevos mercados a las inversiones chinas, pero también el abastecimiento de recursos para su creciente industria nacional. La atención internacional de Pekín se extiende hacia Europa y África, lo que concede a Oriente Medio un papel crucial para las comunicaciones con la potencia asiática.

La presencia china en la región bajo el paradigma de Belt and Road Initiative se ha traducido en importantes inversiones en la zona, que se materializan en los proyectos de creación y ampliación de puertos, hub logísticos y aeropuertos entorno a la península arábiga. El interés chino está en garantizar un rápido transporte de mercancías desde África hasta su territorio pasando por Oriente Medio. La colaboración con los regímenes locales en puntos estratégicos del tránsito marítimo, sobre todo, en el área del mar Rojo y golfo Pérsico/Arábigo le concede a China una posición preponderante en el comercio internacional, así como el control de espacios estratégicos para el tránsito global.

El cuarto eje en la agenda exterior hacia Oriente Medio es la diplomacia. Pekín está desarrollando una labor política cada vez mayor en la región. La tendencia proactiva china en los grandes problemas regionales se ve traducido en tres grandes aspectos. En primer término, la institucionalización de los encuentros con los regímenes locales, como recogen las reuniones las primeras cumbres con los miembros del GCC y países árabes en 2022. En segundo lugar, China desempeña un papel importante en la seguridad regional, en tanto en cuanto suponer un importante vendedor de armas y tecnología militar. En tercer punto, la mediación del régimen chino en problemas centrales.

El fin último es garantizar una cierta estabilidad para desarrollar otros objetivos de su política exterior. Por eso, China asume mayores responsabilidades políticas, que se materializan en su papel de mediador en el acuerdo entre Arabia Saudí e Irán en 2023, así como sus esfuerzos para reconducir las negociaciones del programa nuclear iraní, además de ofrecerse en la reso-

lución del conflicto de Palestina e Israel. De esta forma, Pekín ha dejado de ser un actor pasivo en lo que se refiere a las grandes dinámicas regional. No obstante, la incidencia china no es todavía tan llamativa y resolutive como la de otras potencias extranjeras tales como EEUU o Rusia. El régimen chino se plantea en el medio plazo solo asumir tareas de mediación, que no tengan un alto coste para sus intereses.

8.4. La UE y España en Oriente Medio

El último grupo de potencias a destacar son los países de la UE y Reino Unido, ya que tienen un papel significativo a lo largo de la historia reciente de Oriente Medio, aunque su trascendencia se ha ido reduciendo en las últimas décadas. El papel europeo en la región puede analizarse a través de la evolución de las relaciones bilaterales durante el siglo XX y principios del XXI. De igual forma, también puede estudiarse según los vínculos y medios aplicados de influencia hacia el entorno meridional. En última instancia, es preciso observar la distinta incidencia de los Estados europeos, donde sobresale la labor de franceses y británicos, pero también otros países como España.

La presencia europea en Oriente Medio en los últimos 100 años puede estructurarse en tres grandes etapas. La primera fase antes de la Segunda Guerra Mundial, donde gran parte de la región quedó bajo el reparto colonial de las potencias de Reino Unido y Francia. La inferencia de británicos y franceses repercutió severamente en el devenir de la región. El Acuerdo de Sykes-Picot de 1916 entre el Gobierno británico y francés marco la división de zonas de influencia y, a la postre, las fronteras de numerosos países (Puri, 2022: 265-266). La herencia colonial dejó además unas estructuras económicas y regímenes políticos dependientes del exterior. El predominio europeo frenó también durante varias décadas los movimientos nacionalistas y panarabistas. Más aún, bajo el protectorado británico se originó el problema de Palestina y el Estado de Israel.

La segunda etapa de la presencia europea en Oriente Medio se desarrolla desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el inicio del nuevo siglo. Este período se caracteriza por numerosas dinámicas de considerable trascendencia. Por un lado, la relegación de los europeos por las grandes potencias hegemónicas de EEUU y URSS. Por otro, los procesos de independencia y constitución de nuevos Estados, que marcaron el último vestigio de dominación colonial. Por último, la presencia creciente de otro tipo de países europeos en la región, ampliando el espectro de países como Alemania, Italia, España o Bélgica entre otros, dando lugar a un crecimiento notable de relaciones económicas.

En la segunda etapa de la presencia europea en Oriente Medio, los principales países occidentales lograron tener una posición comercial preponderante en la zona, lo que les ayudó a ejercer una cierta influencia política sobre sus socios. De igual forma, los países europeos junto a EEUU pasaron a ser

los grandes garantes de la seguridad de los regímenes locales, que encontraron el apoyo de las capitales europeas muy útil para su pervivencia política. No obstante, este tipo de relaciones cambia con el nuevo siglo.

La tercera etapa de la presencia europea en Oriente Medio tiene lugar a partir del 2001, ya que marca un punto de inflexión en los vínculos entre ambas regiones. El resultado más visible es la pérdida de relevancia política y económica europea en la zona, frente a unos regímenes locales que son capaces de marcar una acción exterior cada vez más autónoma con respecto a las potencias occidentales. Las dos primeras décadas del siglo XXI manifiestan las profundas diferencias entre los principales actores de Oriente Medio y sus contrapartes europeos. El debilitamiento de la proyección de los socios comunitarios en esta área del mundo se debe a dinámicas de orden mundial, regional e interno.

La primera divergencia es la escasa confluencia de intereses. La amenaza yihadista o la cuestión migratoria en el Mediterráneo van a alentar un perspectiva securitaria entre los Gobiernos europeos, que abandonan la agenda más vinculada a la cooperación económica, cultural y diplomática. Los países de Oriente Medio pasan a ser para los miembros de la UE un eje fundamental en la externalización de las fronteras comunitarias. La primera línea de control que los europeos establecen delegando esas funciones en terceros países (Calvillo, 2023: 317-318). El resultado es un intrincada relación donde las potencias europeas desarrollan la «diplomacia de chequera» para mantener en el poder a unos regímenes, que son útiles en tanto en cuanto garantizan la seguridad meridional.

La segunda divergencia es el debilitamiento de las relaciones económicas. La mayor parte de los países de Oriente Medio ya no tienen tanta dependencia de los mercados europeos, puesto que han logrado diversificar sus asociaciones con otras potencias emergentes, especialmente en el área de Asia-Pacífico. En este mismo sentido, las presiones europeas hacia una agenda más securitaria que comercial y de desarrollo también han erosionado los márgenes de confianza entre ambas partes. Los principales regímenes del entorno no observan a los miembros de la UE o Reino Unido como unos aliados estrechos, lo que deriva asimismo en una capacidad menor europea para influir en los temas regionales.

La tercera divergencia es la contrariedad de visiones globales. Las principales potencias comunitarias pretenden preservar un orden mundial, que continúe otorgar una posición preponderan a Occidente. Sin embargo, los países de Oriente Medio tienen una interpretación muy distinta del contexto internacional, que deriva en la asunción de que el liderazgo de EEUU y aliados occidentales está en declive. Esta perspectiva conduce a ciertos regímenes del entorno a empujar hacia un sistema multipolar, donde otros actores puedan tener mayor protagonismo. Tales diferencias explican en gran medida la respuesta dispar que los países de Oriente Medio dan a la guerra de Ucrania y Rusia.

La etapa de distanciamiento entre Oriente Medio y Europa occidental se produce además en un contexto de profundas transformaciones internas. En el primero de las áreas regionales, las revueltas de 2011 derivan en una fase de conflictos y fractura del *statu quo* local. En el caso de la esfera comunitaria existen tres importantes disyuntivas el seno de la organización. Por un lado, la crisis del euro desde el 2009, que afectó particularmente a las economías mediterráneas (Azaola y González, 2022: 49-50). Por otro, el proceso del Brexit desde 2016, que culminó con la marcha de Reino Unido de la UE en 2020. Por último, el auge de diversos movimientos nacionalistas y populistas en varios países europeos, que marca un período de aguda polarización social e inestabilidad política.

Las relaciones entre la UE y Oriente Medio se vehiculizan a través de tres grandes mecanismos. En primer término, la Unión por el Mediterráneo (UpM) creada en 2008 con la lógica de la fortalecer la cooperación e integración regional. En segundo lugar, la Política Europea de Vecindad (PEV), que sirve de marco regulatorio para las relaciones y acuerdos con 16 países del este de Europa y la parte sur y oriental del Mediterráneo. En último punto, los encuentros y vínculos de la UE con otras organizaciones regionales como el CCG, así como su posicionamiento en temas centrales en la agenda de Oriente Medio: la primavera árabe, la crisis con Irán o el conflicto de Palestina e Israel.

La UpM es una institución intergubernamental que da cabida a todos los Estados miembros de la UE más 15 países del entorno del Mediterráneo: Albania, Argelia, la Autoridad Nacional Palestina, Bosnia y Herzegovina, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Marruecos, Mauritania, Mónaco, Montenegro, Siria, Túnez y Turquía. El objetivo de la organización es impulsar la cooperación entre los países en ámbitos clave como la seguridad, desarrollo y comercio. La UpM vino a reforzar la Asociación Euromediterránea (Euromed) creada en 1995 bajo el denominado «Proceso de Barcelona», que buscó reforzar los vínculos europeos con las áreas más próximas.

La UpM integra a varios países de Oriente Medio y se formuló en un fase previa a las crisis políticas y económicas en ambas regiones, que marcaron un punto de inflexión a partir de 2011. Por tanto, la institución intergubernamental ha tenido un desarrollo muy complicado bajo un contexto confuso y volátil, donde se priorizan otros medios de actuación en la zona. La organización queda como un foro de diálogo entre las potencias europeas y sus socios en el este de Europa y esfera árabe. Sin embargo, las propuestas iniciales han quedado muy poco visibilizadas, debido a las importantes diferencias que separan en los últimos tiempos a ambas regiones del Mediterráneo.

El segundo mecanismo por el que se vehiculizan las relaciones con Oriente Medio es la PEV. Un proceso creado para establecer un marco estable de asociación entre la UE y los países más próximos. En este tipo de política incluye a 16 Estados entre la denominada Asociación Oriental: Armenia, Azerbaiyán,

Bielorrusia, Georgia, Moldavia y Ucrania; así como la Vecindad Meridional: Argelia, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Libia, Marruecos, Palestina, Siria y Túnez. Los socios comunitarios pretenden garantizar los intereses europeos en las áreas cercanas, así como facilitar la cooperación entre diferentes países. No obstante, esta acción exterior ha sufrido una modificación de sus objetivos iniciales.

La PEV estableció inicialmente en la llamada Vecindad Meridional, donde se incluyen algunos países de Oriente Medio, un fuerte componente humanitario, que se basó en la promoción de principios democráticos y derechos. Sin embargo, las crisis y coyunturas abiertas en el espacio del sur y este del Mediterráneo han fortalecido dos grandes tendencias dentro del desarrollo de la política. Por un lado, la securitización de la agenda regional, que se traduce en acuerdos de cooperación en materias de estabilidad y seguridad con los terceros países. Por otro, la colaboración ha girado hacia la cuestión migratoria, que tiene una especial incidencia en los países del sur de Europa.

El tercer mecanismo de incidencia de la UE en Oriente Medio es el posicionamiento con respecto a los grandes temas de la agenda regional. El espacio comunitario tiene una larga trayectoria de cooperación con la CCG, que es la institución que mayor grado de integración ha alcanzado en la zona. Las monarquías del Golfo son unos de los más importantes aliados que tienen las potencias europeas (Abu-Warda, 2020: 511-513), que se traduce en las estrechas relaciones que llevan desarrollando desde la década de los ochenta. Unos espacios de cooperación que versan especialmente sobre tres grandes ejes: seguridad y lucha antiterrorista, energía y desarrollo, y comercio e inversiones.

El posicionamiento de la UE en la Oriente Medio ha virado a principios del siglo XXI sobre cuatro grandes temas: la amenaza terrorista, el programa nuclear de Irán, las consecuencias de las revueltas árabes y el conflicto de Palestina e Israel. En todos estos casos, las autoridades comunitarias han intentado coordinar un mismo posicionamiento entre sus miembros. En algunos de ellos, la organización comunitaria ha logrado marcar una línea propia, que le permite distinguirse de las estrategias de EEUU, como sucede con las negociaciones con el régimen iraní. Sin embargo, la relevancia europea en este tipo de cuestiones es cada vez más secundaria en comparación con otras potencias extranjeras, que verdaderamente condicionan el poder en la región.

La UE presenta un importante déficit hacia los principales temas políticos de Oriente Medio, ya que ha perdido la capacidad de incidencia, tanto para condicionar comportamientos de terceros actores, como erigirse como mediador en los conflictos regionales. El impacto del yihadismo hizo que los países europeos asumieran un enfoque extremadamente securitario, dando prioridad a las cuestiones de estabilidad por encima de otras cuestiones. Las relaciones con los países del entorno sur cambiaron de lógica a inicios

del siglo XXI (Delkáder-Palacios, 2023: 61-62). Los socios comunitarios relegando las cuestiones democráticas y de derechos para impulsar la cooperación en temas de seguridad, lo que favoreció en parte la militarización de la zona.

El único gran tema regional de los últimos tiempos donde la UE logró marcar una posición distinta fue con el programa nuclear de Irán. Los países europeos mantuvieron un perfil más mediador que su aliado estadounidense, lo que les garantizó un cierto protagonismo en la ronda de negociaciones. En contraposición, el posicionamiento de las principales potencias europeas occidentales es muy distinto sobre el conflicto de Palestina e Israel, donde oficialmente se defiende la solución de dos Estados. Un difícil equilibrio que conduce a la UE ser uno de los principales socios comerciales de Israel y, al mismo tiempo, ser uno de los actores que más ayuda destina a los territorios palestinos.

Las crisis y conflictos derivados de las revueltas de 2011 y 2019 han enfatizado la lógica securitaria de la UE. En un primer instante, en las capitales europeas se percibió con cierto optimismo las movilizaciones y corrientes revolucionarias, pero la sucesión de guerras y los problemas derivados de las mismas indujeron a un cambio radical de perspectiva. El ejemplo más notorio de ello es con la cuestión de los refugiados, que proceden de Siria y de otros puntos de África y Asia. Un tema que condiciona las relaciones con países vecinos como Turquía, donde se aplica la estrategia de externalización y diplomacia de chequera para intentar limitar la llegada flujos migratorios a territorio europeo.

El tercer elemento que permite categorizar la presencia europea en Oriente Medio es a través de aquellos Estados, que tienen un papel más significativo. Los miembros de la UE en su conjunto representan uno de los principales socio comercial de la región (Del Sarto, 2021: 11-12). Además de su papel como donantes de ayuda internacional para muchos de los países. El importante peso económico de las potencias europeas no se traduce tanto en una influencia política en las dinámicas locales. Más aún, las relaciones comienzan a no estar tan desequilibradas en favor de los intereses europeos. La emergencia económica e internacional de ciertos regímenes árabes altera la correlación entre las dos partes.

Los Estados que tienen un trasfondo político significativo en Oriente Medio son Reino y Francia, que dejaron un legado colonial traducido en límites fronterizos y en determinados regímenes y élites de poder. Esa presencia preponderante británica y francesa continúa muy presente en determinados puntos de la región, ya que los dos países son importantes socios comerciales en el entorno. En esta misma línea, las fuerzas británicas y francesas cuentan con presencia militar en áreas clave como el golfo Pérsico/Arábigo. No obstante, el deterioro de la proyección europea es evidente debido a la incapacidad de articular estrategias, que marquen una línea coherente para el nuevo orden regional.

Entre los Estados europeos con cierta relevancia en Oriente Medio cabe mencionar a España, quien ha mantenido históricamente un elevado interés en preservar relaciones con distintos regímenes de la zona. La política exterior española está marcada por varios niveles de incidencia. En primer término, los intereses españoles se concitan particularmente entorno a la UE y el espacio comunitario. En segundo lugar, la importancia de la alianza con EEUU y la defensa colectiva a través de la OTAN. En tercer término, la elevada presencia española en el área latinoamericana. En cuarto punto, la atención del Gobierno español por su escenario sur más cercano: norte de África, Sahel y Oriente Medio. En último lugar, otras áreas del mundo como la parte de Asia-Pacífico.

La política exterior de España hacia la esfera árabe comprende dos importantes niveles. Por un lado, el espacio circundante al estrecho de Gibraltar y los países colindantes del norte de África tienen una transcendencia vital para los intereses españoles. En este caso, gran parte de la atención internacional de Madrid se dirige a sus complicadas relaciones con Marruecos y Argelia. Por otro, la diplomacia española extiende su margen de actuación hacia Oriente Medio, donde existen diversos intereses de índole económico, político y de seguridad, que vehiculizan las relaciones con los regímenes de la zona.

Las relaciones económicas son un vector importante para las políticas españolas en Oriente Medio. Las inversiones españolas se centran en sectores clave de la región como la energía, infraestructuras o turismo. Las motivaciones españolas han estado indudablemente adscritas a la cuestión de los hidrocarburos. No obstante, esa es una tendencia que ha variado a lo largo del siglo XXI. La economía española ha pasado a recibir importantes inversiones desde países como las monarquías árabes del Golfo, que han adquirido una importancia significativa, sobre todo, desde la crisis económica de 2008 (González del Miño y Hernández, 2021: 186-187), teniendo una presencia significativas en varios sectores: agrícola, comunicaciones, textil o inmobiliario.

El segundo vector que explica el interés de España hacia Oriente Medio se debe a la seguridad. La región desempeña una labor fundamental para las potencias europeas en la lucha antiterroristas. Esta tendencia se ha reforzado tras los diversos conflictos surgidos en la región más recientemente, sobre todo, en los escenarios de Irak y Siria con el ascenso del Estado Islámico a partir de 2014, así como la irrupción de Al Qaeda en Yemen una década antes. La agenda securitaria también se explica por los amplios mercados que encuentra la industria militar española, que tiene como importantes socios compradores algunos regímenes de la zona, entre otros, las monarquías árabes del Golfo.

El tercer elemento que justifica la importancia de Oriente Medio para la acción exterior española es la proximidad política. En este sentido, la Casa Real tiene un papel destacado a la hora de potenciar los más estrechos

vínculos con ciertos regímenes de la zona (Priego, 2014: 72-73). La figura del monarca español es relevante durante toda la democracia, ya que ha actuado como intermediario entre el ejecutivo nacional y las contrapartes en la región. España mantiene un posicionamiento general de no injerencia en los asuntos internos de los socios locales, lo que permite proyectar una imagen más positiva, que otras potencias occidentales. El predominio de sistemas autoritarios y la falta de derechos o libertades en la región no son elementos cuestionables para ningún Gobierno español.

La política española hacia Oriente Medio se articula a través de dos grandes mecanismos: multilateralismo y bilateralismo. En el primer de los casos, las actuaciones de España se enmarcan dentro de las grandes políticas comunitarias, donde la diplomacia española ha tendido a coordinar sus posicionamientos con respecto al resto de miembros de la UE. En la misma línea, la estrategia regional desarrollada desde Madrid está condicionada por la alianza con EEUU, así como los mecanismos de cooperación regionales que lleva a cabo la OTAN. La organización transatlántica cuenta con diversos acuerdos de colaboración con países como Jordania e Iraq, además de las monarquías árabes del Golfo.

La política española hacia Oriente Medio se articula también por una serie de relaciones bilaterales, que reflejan el interés y los fuertes vínculos de Madrid con ciertos regímenes de la zona. Turquía es uno de los países con los que el Estado español mantiene unas relaciones económicas y políticas más estrechas, más aún, siendo miembros de la OTAN. Un caso parecido ocurre con Egipto, el Líbano o Jordania (Hernando de Larramendi *et al*, 2009: 63-64), donde se cuenta con una trayectoria histórica de encuentros y en el caso jordano, la relación entre los monarcas es un factor determinante. En estos casos, España tiene importancia comercial, pero también en otros temas como la cooperación.

En las relaciones bilaterales de España hacia Oriente Medio cabe destacar las monarquías árabes del Golfo, que ocupan un rol central en su agenda regional. Las relaciones con este grupo de países datan de época del franquismo y se han mantenido a lo largo del tiempo. Unos vínculos que son más estrechos que en comparación con el conjunto del entorno. La razón de la cercanía del Estado español hacia regímenes como Arabia Saudí, Omán, Qatar o EAU se explica por las razones anteriormente mencionadas. La congruencia de intereses políticos a pesar de las diferencias de sistemas. La cercanía de las distintas casas reales. Los mecanismos de cooperación en temas de seguridad, pero, sobre todo, los prolíferos intercambios comerciales que existen con los miembros del CCG.

La cercanía de España hacia determinados países de Oriente Medio se explica en buena medida por la evolución que la acción exterior española ha tenido en la zona. La presencia no fue muy significativa en la primera mitad del siglo XX. En las primeras décadas, la influencia colonial británica y fran-

cesa limitó la atención de Madrid hacia la zona, que por entonces tenía un elevado interés en el norte de Marruecos. Las primeras relaciones se vehicularon principalmente a cuestiones culturales y educativas. Sin embargo, la estrategia regional española encuentra mayor profundidad durante la dictadura franquista, donde comienzan a desarrollarse importantes vínculos políticos y económicos.

En la década de los cuarenta y cincuenta, el régimen de Francisco Franco consiguió limitar el aislamiento internacional con el respaldo de los recién independizados Estados de la esfera árabe. En este período se establecen las bases de una estrategia regional, que perdura a grandes rasgos tras el proceso de Transición y la consolidación de la democracia. Las características básicas son una ausencia total de componente ideológico, ya que el régimen franquista no tuvo reparos en asociarse con todo tipo de Gobiernos, además el vector principal de cercanía fue la energía y la compraventa de armas. Estos elementos fueron tamizados con reminiscencias culturales del pasado musulmán español.

El sistema democrático en España no altera la acción exterior hacia Oriente Medio. Los distintos Gobiernos han mantenido unas líneas generales parecidas, aunque el único elemento disruptivo fue el apoyo del ejecutivo de José María Aznar a la invasión de Irak de 2003 (Barreñada, 2006: 86-87). El perfil moderado de la diplomacia española y el papel de la Casa Real ha garantizado a lo largo del siglo XXI una elevada proximidad con la mayoría de los regímenes de Oriente Medio. No obstante, las relaciones se mantienen en un contexto altamente positivo, pero no son ajenas a los grandes cambios en la zona y el orden internacional, lo que genera que la inferencia española sea cada vez menor.

EPÍLOGO

UN NUEVO MAPA REGIONAL

Oriente Medio en el siglo XXI es un región marcada por profundas transformaciones, que rompe con el antiguo orden y comienzan a esbozar las características del siguiente. Sin embargo, el proceso contemporáneo es de incertidumbre e imprecisión, donde continúan presentes problemas y vicisitudes por resolver, mientras que los diferentes actores involucrados readaptan sus intereses. El panorama general del entorno se divisa diferente al de épocas pasadas en elementos estructurales. El eje central de los grandes cambios de la zona se vertebra sobre la distribución del poder, sobre todo, quienes serán los agentes que puedan condicionar la agenda política en cada país y en todo el entorno.

Las grandes dinámicas de cambio en Oriente Medio a lo largo del siglo XXI se circunscriben a cuatro aspectos principales. En primer término, el contrato social sobre el que se establece la relación entre regímenes políticos y ciudadanía, que muestra signos claros de agotamiento y fragilidad. En segundo lugar, la ausencia de una jerarquía clara en las relaciones intrarregionales, que impulsa la rivalidad entre potencias locales y la inferencia de otros actores. En tercer punto, el desempeño económico dispar entre los países de la zona, que acrecienta las desigualdades entre ellos. En último nivel, las alteraciones de los márgenes de seguridad y la emergencia de numerosos conflictos.

La primera gran dinámica de cambio es la crisis del contrato social que impera en la mayoría de los países, aunque con singularidades en cada uno de ellos. Los episodios de revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 son reflejo de esta fractura interna. El descontento y la desafección frente a la élite político-económica crece en la mayoría de las poblaciones de Oriente Medio. La respuesta de los regímenes locales se basa en la represión, medidas de reforma superficiales y la exacerbación de discursos nacionalistas y sectarios, que ligan el porvenir de la nación al de la autoridad en el poder. Sin embargo, estas acciones resultan insuficientes para la estabilidad en el medio y largo plazo.

La segunda gran dinámica de cambio es la crisis en las relaciones intrarregionales, que queda evidenciado en la falta de consenso entre los Gobiernos para atender de forma coordinada los problemas de la zona. No existe actualmente en Oriente Medio un liderazgo claro, que permita establecer un cierto orden de prioridades y marcos de actuación. En el mismo sentido, tampoco se da la inferencia de una potencia extranjera, que pueda actuar como árbitro ante las disputas locales. Este tipo de papel fue desempeñado por europeos y EEUU durante gran parte del siglo XX, pero en el futuro podría ser asumido por China gracias a su creciente influencia en la región.

La tercera gran dinámica de cambio es el desempeño económico, que se muestra en la evolución dispar de las economías de Oriente Medio. En los últimos veinte años destaca un grupo de países, las monarquías árabes del Golfo, que son capaces de reorientar las rentas del petróleo y gas para modernizar sus estructuras económicas, lo que les está permitiendo además situarse en un lugar preferencial dentro de las relaciones internacionales. En contraste, otros Estados del entorno muestran serios problemas de desarrollo, vulnerabilidades sistémicas y elevados niveles de dependencia de ayuda exterior. El resultado es una región que opera económicamente a distintas velocidades.

La cuarta gran dinámica de cambio es la fractura en la seguridad y estabilidad regional, que tiene varios escenarios de convulsión. Por un lado, la prolongación de las guerras en Siria y Yemen, que todavía están sin resolverse de forma definitiva y perpetúan la gravedad de las crisis humanitarias. Por otro, la desconfianza permanente entre regímenes por el control de espacios estratégicos como el Mediterráneo oriental o el estrecho de Ormuz. Por último, la mayoría de los países se encuentran inmersos en una particular carrera armamentística. Esta trayectoria es resultado tanto de circunstancias del pasado, como la emergencia de nuevas amenazas, además de la brecha de confianza surgida entre la potencia estadounidense y gran parte de sus aliados en Oriente Medio.

El punto de inflexión para las dinámicas en el entorno está en las revueltas antiautoritarias de 2011 conocidas como primavera árabe. No obstante, en los últimos años se observa una alteración en las relaciones internacionales en toda la zona, donde prima una desescalada de la tensión y un apaciguamiento de los conflictos centrales. El acuerdo entre Irán y Arabia Saudí en el año 2023 es una muestra de las nuevas tendencias. La aproximación de regímenes árabes a Israel también ejemplifica los cambios en los vínculos políticos de Oriente Medio. Las causas de la volatilidad de las rivalidades y alianzas se encuentran en distintos componentes de ámbito interno, regional y mundial.

Las principales potencias regionales están inmersas en procesos de reforma económica y política, ya sea en el caso de las monarquías árabes del Golfo, Egipto o Turquía para fortalecer los liderazgos internos, o bien,

como Irán para estabilizar el país tras las protestas de finales de 2022. En este sentido, los regímenes se encuentran asimismo exhaustos tras más de una década de participación en diferentes conflictos, el desgaste de las rivalidades políticas y los efectos negativos de la crisis económica de 2020. La mayoría de los países buscan en los últimos tiempos estabilizar el escenario regional para hacer frente a los diversos desafíos internos y a los cambios en el tablero internacional.

El contexto propio de Oriente Medio también favorece en cierta medida la desescalada y la reaproximación entre regímenes. Por un lado, las protestas y movilizaciones han ido perdiendo su cariz transnacional y transversal, donde impera más una agenda interna y sobre la que los Gobiernos están siendo capaces de reprimir y contener. Por otro, las amenazas a la seguridad como el terrorismo yihadista o las guerras abiertas en Siria o Yemen parecen estabilizados, aunque lejos de encontrar una solución definitiva. Por último, el diálogo en foros regionales y los encuentros a más alto nivel vuelven a convertirse en espacios preferentes para resolver los problemas comunes.

La coyuntura general tras el debilitamiento del orden mundial es otro elemento para tener en cuenta en Oriente Medio. La reformulación del liderazgo estadounidense y occidental, junto a la contestación de polos como el ruso o el chino presenta a la región una ventana de oportunidad. La mayoría de los países abogan por reequilibrar las relaciones con las grandes potencias extranjeras, afrontar los problemas locales sin una interferencia foránea tan directa y ganar protagonismo en el escenario global. La premisa compartida entre los distintos regímenes es promover una nueva estructuración internacional, que abogue por la representatividad equitativa de todas las regiones, frente a los impulsos de rivalidad hegemónica, que buscan proyectar tanto EEUU como el emergente polo chino.

La reciente etapa de distensión no ofrece solución a los graves problemas de la región, solamente constituye una fase de acercamiento entre los principales actores locales. Las cuestiones que condicionaron el desarrollo de Oriente Medio a principios del siglo XXI son aplazadas en el tiempo, o bien, atendidas de manera superficial. En el medio plazo queda por dilucidar que salida se le va a dar a los graves conflictos de la zona como la guerra de Siria, Yemen o Palestina-Israel. De igual forma, las posibilidades de mejorar la estabilidad en el Líbano o Irak, las relaciones de Irán o Turquía con el resto de los países, así como, la concreción sobre el papel a desempeñar por potencias extranjeras.

La situación en Siria se sitúa en una etapa de reforzamiento de la figura de Bachar al Asad, pero el conflicto no ha terminado. La situación en la frontera con Turquía, la presencia todavía de núcleos de oposición y la inferencia de Rusia sobre el territorio son temas aún por esclarecer. En el mismo sentido, la contienda en Yemen pasa a lo largo de 2023 por una fase de desescalada y un acercamiento entre los rebeldes hutis y los aliados de Arabia Saudí.

No obstante, no existe una solución total planteada al enfrentamiento y la reconstrucción del país. En ambos casos cabe preguntarse cuál va a ser la atención que reciban los refugiados, desplazados y víctimas después de tantos años de guerra.

La cuestión de Palestina-Israel es otro tema todavía no abordado en la fase de transición política de Oriente Medio. El Estado israelí ha conseguido una mayor aproximación con distintos regímenes árabes. Los intereses palestinos quedan relegados de la agenda regional y de las diversas propuestas sobre una posible solución justa del conflicto. En otros puntos del entorno, como son los casos del Líbano e Irak, el nuevo *statu quo* no parece atender a los problemas estructurales que afectan estos dos países. Un punto central para la estabilidad del territorio libanés e iraquí será dilucidar si las inferencias y presiones externas se limitarán de manera definitiva. Beirut y Bagdad han pasado a ser espacios de competencia incesante entre las grandes potencias regionales y extranjeras.

El equilibrio entre los principales regímenes de Oriente Medio es la cuestión aún central sin resolver. El nuevo orden regional que se constituya tiene que dar cabida a los intereses de todos los países, pero especialmente de potencias emergentes como Qatar, EAU, así como de los destacados líderes de la zona: Turquía, Irán y Arabia Saudí. A partir de ello surgen dos gran incógnitas para el medio y largo plazo. Por un lado, el tipo de equilibrio que va a existir entre las políticas exteriores de todos estos actores, lo que se ha demostrado muy conflictivo en el pasado más reciente. Por otro, la emergencia de un *statu quo* diferente requiere de una renovada jerarquización de las relaciones, por lo tanto, quién o quiénes van a asumir verdaderamente una posición de auctoritas en la zona.

La siguiente duda que plantea la proyección de un nuevo orden regional es el posicionamiento de las potencias extranjeras. EEUU tuvo una presencia primordial en Oriente Medio durante más de setenta años, tanto en el ámbito militar, político y económico. China y Rusia están asumiendo una consideración clara en el entorno, pero sus actuaciones no alcanzan los compromisos que tuvo el hegemon estadounidense. La tendencia general es difícil de predecir aún, pero se plantean dos primordiales escenarios. En primer término, un injerencia débil en la zona de terceros actores. En segundo lugar, un papel creciente, particularmente, de Pekín que le haga asumir mayores responsabilidades y, de alguna forma, llegar a suplir el antiguo rol de Washington.

La incertidumbre sobre el horizonte sociopolítico de Oriente Medio también radica en el nivel interno de los regímenes. En este sentido, existen dos grandes temas por resolver. Primero, la situación económica de los países, que muestra en los últimos años unos desarrollos muy dispares. Segundo, la capacidad de respuesta de las elites gobernantes a los focos de protesta y contestación social. Estos dos ejes van a marcar gran parte de la estabilidad de la región y las posibilidades de que se repitan otras revueltas.

Las monarquías árabes del Golfo y otros países de la región están implementando amplios planes de reforma económica. Estos programas cumplen unos objetivos comunes y parecidos. La diversificación de las economías y reducción de la dependencia de los hidrocarburos, así como disminuir el papel del Estado. Sin embargo, estos principios atacan pilares centrales en el modelo de desarrollo de estos países, lo que puede generar consecuencias sociales imprevisibles. En otro sentido, regímenes como Egipto, Jordania o Líbano tienen que hacer frente a una vulnerabilidad sistémica y alta dependencia exterior, que ninguno de sus Gobiernos ha sido capaz aún de solucionar.

La estabilidad de Oriente Medio pasa inexorablemente por el contexto interno de los países, puesto que las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 evidenciaron la facilidad de fenómenos de movilizaciones transnacionales. En términos generales la respuesta de los regímenes ha sido aumentar la represión, aunque combinado con ciertas medidas superficiales de reforma. No existe una mejora real de los derechos y libertades de las sociedades de la región, por lo que el problema de la polarización y desafección ciudadana sigue presente. La combinación del descontento social con nuevos problemas económicos puede volver a desencadenar protestas y revoluciones parecidas a las de años atrás.

Existen numerosos factores que condicionan la emergencia del nuevo orden regional, pero están presentes elementos que constatan el impulso de un nuevo *statu quo*. Los rasgos más definitorios se vehiculizan a través de una distribución del poder totalmente distinta a épocas pasadas. La multipolaridad que existe en el escenario internacional es replicada de forma análoga en Oriente Medio, donde no existe un liderazgo claro. La etapa de transición en la región parece conducir hacia un contexto muy diferente en cuanto a la jerarquización de las relaciones, el control de los temas en la agenda social y política, así como los actores que van a asumir un papel destacado en ello.

La primera característica del nuevo orden regional hace referencia a la sociedad civil, que ha sido tradicionalmente minusvalorada en los análisis de Oriente Medio. Amplios sectores de la ciudadanía sobresalen como un agente clave en el devenir político, que puede condicionar no solo la estabilidad de un país, sino del conjunto del entorno. Los regímenes no tienen tantas facilidades para imponer su autoritarismo y deben asumir una nueva amenaza a su poder. Las poblaciones de la mayoría de los Estados de la región muestran un elevado grado de insatisfacción y alta capacidad de autoorganización, que pone en entredicho la resiliencia de los Gobiernos para no acometer reformas. El liderazgo regional también pasa por el protagonismo incuestionable de las poblaciones.

La segunda característica del nuevo orden regional que se divisa es el principio aparente de no injerencia. Las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 derivaron en una presencia incesante de terceros países en los asuntos

internos de otros regímenes. Sin embargo, las crisis políticas más recientes, como las protestas en Irán en 2022, y la evolución de las guerras en Siria y Yemen parecen evidenciar una nueva dinámica. La mayoría de los Gobiernos priorizan en esta etapa la estabilidad en la zona, lo que los lleva a intentar contener posibles protestas, evitar verse afectados por los problemas en otros territorios, así como no romper los frágiles equilibrios que comienzan a establecerse en la región.

La tercera característica del nuevo orden regional hace referencia a la cohabitación de autoritarismos. Un rasgo muy vinculado a los otros elementos mencionados. En términos generales las revueltas antiautoritarias de 2011 y 2019 no suponen cambios radicales de modelos políticos. La democratización de los aparatos estatales no se está produciendo ni por las revueltas, ni por las guerras. Las limitadas y graduales reformas son productos programáticos de las elites gobernantes. Existe un consenso tácito entre los diferentes regímenes por no alentar nuevos movimientos de protesta y oposición, que asegura la pervivencia de distintos autoritarismos en la región. La mayoría de Gobiernos asumen de esta forma un compromiso antirrevolucionario para asegurar una cierta estabilidad.

La cuarta característica del nuevo orden regional es el fuerte personalismo de los principales liderazgos locales. La dinámica política en Oriente Medio ha priorizado la reafirmación de regímenes bajo una institución concreta: familia real, clero religioso, fuerzas militares. Sin embargo, en el último período se observa la llegada al poder de una nueva generación de figuras políticas que, pese a sus diferencias y los retos particulares de cada país, comparten unas premisas parecidas de ejercer el mando. En primer término, la mayor concentración del poder sobre una única figura. En segundo lugar, la identificación del líder como elemento central de estabilidad y progreso nacional.

La quinta características del nuevo orden regional es la multipolarización de las relaciones internacionales en Oriente Medio. Las crisis políticas ocurridas a lo largo del siglo XXI, junto a la consolidación del autoritarismo y la nueva generación de líderes incentivan un mapa político distinto. No existe un régimen capaz de atesorar un autoridad incuestionable en el entorno. La realidad resulta más compleja y heterogénea, que deriva en distintos Estados y actores no estatales compitiendo por cotas parecidas de poder e influencia. La consecuencia más visible es la dificultad para gestionar o resolver conflictos a gran escala, así como la gestión de otros problemas generales de la zona.

La sexta características del nuevo orden regional es la volatilidad y flexibilidad de las alianzas y rivalidades. El contexto multipolar y diluido de poder impulsa un clima de incertidumbre y elevada rivalidad. Los regímenes políticos muestran una mayor adaptabilidad en sus estrategias regionales, ya que las adecúan a cada espacio o ámbito que resulta conflictivo y problemático. La lógica que guía la actuación de los actores en la región es el de la compe-

tencia. El objetivo de lograr imponerse o asumir una posición preponderante sobre el resto de los rivales. El resultado es la virulencia de diversos conflictos y tensiones, pero también la construcción de frágiles vínculos y pactos.

La séptima característica del nuevo orden regional es el de la capacitación de la seguridad y defensa propia. La mayoría de los países de Oriente Medio están optando por estrategias que les permitan garantizar sus intereses, integridad y estabilidad sin la tutela o protección de una única potencia extranjera. Los regímenes más relevantes optan por mejorar sus medios militares, lo que deriva en la particular carrera armamentística que se da en la zona en los últimos años. El peso de la fuerza repercute asimismo en una elevada militarización de las políticas exteriores de estos países, que se valen de ello como medida de disuasión, pero también de carácter ofensivo ante coyunturas muy amenazantes.

Las principales características del nuevo orden regional se pueden complementar con otros dos elementos, que no están apuntalados, pero que están adquiriendo un importante peso en el período más reciente. Por un lado, el interés de los regímenes locales de resolver los problemas de Oriente Medio desde la propia región y sin una inferencia clara de potencias extranjeras. Es decir, limitar la influencia que terceros actores tienen en el devenir de la zona, sobre todo, en las cuestiones políticas centrales. Por otro, las transformaciones en el orden mundial y el *statu quo* local también incitan a un empoderamiento de la región, que busca asumir un rol más destacado en el devenir internacional frente a las hegemonías más tradicionales y las fuerzas emergentes.

Oriente Medio en el siglo XXI es un espacio de profundas transformaciones, que deja atrás muchas de las características que marcaron su historia reciente. La región se adentra en un período todavía difícil de precisar, pero que deja entrever una redistribución distinta del poder y, por tanto, una jerarquización muy diferente de las relaciones internacionales en la zona. La mejora de los niveles de seguridad y estabilidad todavía están lejos de lograrse, más aún, cuando no se está atendiendo de forma completa los problemas estructurales subyacentes. Al igual que el resto del mundo, esta estratégica y compleja área regional evoluciona en un contexto ambivalente de amenazas y oportunidades.

REFERENCIAS

- AARTS, P. y ROELANTS, C.** (2015): *Saudi Arabia, a kingdom in peril*. Hurst & Company, Londres, 2015.
- ABILLAMA, N.** (2020). «Energy policy in Jordan – achieving security 15 and economic development through domestic renewable energy». FAKOUS-SA, D; y KABIS-KECHRID, L.L (ed.): *Jordan's Socio-Economic Woes and Foreign Policy Employment, Trade, and International Cooperation – Policy Briefs from the Region and Europe*. DGAP Report, German Council on Foreign Relations, n ° 5, January 2020.
- ABU-RISH, Z.** (2014). «Protests, regimen stability, and state formation in Jordan». Kamrava, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling bargain in the Middle East*. New York, Oxford University Press, pp. 277-312.
- ABU-TARBUSH, J; y BARREÑADA, I.** (2023). *Palestina. De los Acuerdos de Oslo al Apartheid*. Madrid, Editorial La Catarata.
- ABU-TARBUSH, J.:**
- (2014). «El porqué de la primavera árabe». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Madrid, Editorial La Catarata, pp. 27-58.
 - (2013). «La agenda democratizadora de Estados Unidos en Oriente Medio». ÁLVAREZ-OSSORIO, I. (ed.): *Sociedad civil y contestación en Oriente Medio y Norte de África*. Barcelona, Edicions Bellaterra, pp. 267-296.
- ABU-WARDA, N.:**
- 2022). «Oriente Medio y el Norte de África en la era de la competición entre las grandes potencias mundiales». ÁLVAREZ-OSSORIO, I; *et al.* (eds.): *Geopolíticos de las Primaveras Árabes. Dimensión internacional y dinámicas locales*. Granda, Editorial Comares, pp. 1-24.

– (2020). «Estados Unidos y el proceso de paz palestino-israelí: “El Pacto del Siglo”». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Editorial Tirant Lo Blanch, pp. 373-388.

– (2020). «La política de la Unión Europea en Oriente Medio, historia y actualidad». *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, año 22, n.º 45. Tercer trimestre de 2020, pp. 499-526.

ALGORA, M.D. (2018). «La descolonización y el Tercer Mundo». PEREIRA, J.C. (coord.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona, Editorial Ariel, pp. 607-636.

AL-ARIAN, A. (2014). «Islamist movements and the Arab Spring» KAMRAVA, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling bargain in the Middle East*. New York, Oxford University Press, pp. 99-132.

AL-RASHEED, M.:

– (2018). «King Salman and his son: winning the USA, losing the rest». AL-RASHEED, M. (ed.): *Salman’s legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. London, Hurst & Company, pp. 235-250.

– (2017). «Sectarianism as counter-revolution: saudí responses to the Arab Spring». HASHEMI, N; y POSTEL, D. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. New York, Hurst & Company, pp. 143-158.

– (2014). «Saudi internal dilemmas and regional responses to the Arab Uprisings». GERGES, F. (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. New York. Cambridge University Press, pp. 353-379.

– (2013). *Amot masculine state. Gender, politics, and religion in Saudi Arabia*. New York, Cambridge University Press.

– (2011). «Sectarianism as Counter-Revolution: Saudi Responses to the Arab Spring». *Studies in Ethnicity and Nationalism*: Vol. 11, n.º 3, 2011, pp. 513-526.

AL-TAMIMI, M. (2018). «China’s “rise” in the Gulf: a saudí perspective». **AL-RASHEED, M.** (ed.): *Salman’s legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. London, Hurst & Company, pp. 251-272.

AL SHALABI, J. y ALI, Y. (2013). «The crisis of the center with the peripheries in Jordan. The hour of confrontation has struck». *Confluences Méditerranée*. Éditions L’Harmattan. 2013/2 (n.º 85), pp. 75-86.

- ALTHANI, M.A.J.** (2012). *The Arab Spring and the Gulf states. Time to embrace change*. London, Profile Books.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, I. y GUTIÉRREZ DE TERÁN, I.** (2022). *Qatar. La perla del Golfo*. Barcelona, Editorial Península.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, I.; y RODRÍGUEZ, L.** (2021). «The foreign policy of Qatar: from a mediating role to an active one». *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 56, julio 2021, pp. 97-120.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, I.:**
- (2022). «Las relaciones entre Rusia y Oriente Medio: hacia un orden multipolar», **ÁLVAREZ-OSSORIO, I; et al.** (eds.): *Geopolítica de las Primavera Árabes. Dimensión internacional y dinámicas locales*. Granada, Editorial Comares, pp. 25-42.
 - (2020). «La herencia colonial en la Siria actual: fracturas sociales e implicaciones políticas». *MEAH, SECCIÓN ÁRABE-ISLAM*, 69 (2020), pp. 101-128.
- AMIRAH-FERNÁNDEZ, H.; y KHADER, B.** (2022). «La geopolítica de Oriente Medio alianzas cambiantes e inestabilidad en una región desestructurada». *Cuadernos de estrategia*, n.º. 213, 2022 (Ejemplar dedicado a: El Mediterráneo: un espacio geopolítico de interés renovado), pp. 219-242
- AMIRAH-FERNÁNDEZ, H.:**
- (2019). «Mediterráneo: cambios sociales, convulsiones geopolíticas y futuro incierto». *Revista de Occidente*, n.º 461, 2019 (Ejemplar dedicado a: El Mediterráneo: mecánica y símbolos), pp. 13-22
 - (2015). «Las múltiples crisis de Oriente Medio». *Quaderns de la Mediterrània*, n.º 22, 2015, pp. 277-284.
- ANDERSON, L.** (2014). «Authoritarian legacies and regime change: towards understanding political transition in the Arab World». **GERGES, F.** (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. New York. Cambridge University Press, pp. 41-59.
- ARAS, B.** (2009). «The Davutoğlu Era in Turkish Foreign Policy», *Insight Turkey*, vol. 11, n.º 3, pp. 127-142.
- AYOOB, F.W.** (2014). «Turkey and Iran in the era of the Arab uprisings». **GERGES, F.** (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. New York. Cambridge University Press, pp. 402-417.
- AZAOLA, B. y GONZÁLEZ, I.** (2022). «Cohabitación y política exterior en España: las relaciones con el norte de África como estudio de caso (2020-2022)». **AZAOLA B.; et al.** (eds.): *Cambio, crisis y movilizaciones en el Mediterráneo Occidental*. Granada, Editorial Comares, pp. 49-72.

AZAOLA, B.:

- (2020) «The foreign policy of post-Mubarak Egypt and the strengthening of relations with Saudi Arabia: balancing between economic vulnerability and regional and regime security». FERNÁNDEZ-MOLINA, I.; y HERNANDO DE LARRAMENDI, M. (eds.): *Foreign Policy in North Africa*. London, Routledge, pp. 47-70.
- (2008). *Historia del Egipto contemporáneo*. Madrid, Editorial La Catarata.

BAABOOD, A. (2015). «The Gulf between East and West». TALBOT, V. (ed.): *The rising Gulf. The new ambitions of the Gulf monarchies*. Milano, Edizioni Epoké. ISPI, pp. 43-60.

BANK, A. et al. (2022). «Authoritarianism reconfigurad. Evolving forms of political control». LYNCH, M. et al. (ed.): *The political science of the Middle East. Theory and research since the Arab uprisings*. New York, Oxford University Press, pp. 47-73.

BARBÉ, E. (2020). *Relaciones Internacionales*. Madrid, Editorial Tecnos, 4.ª edición.

BARKEY, H. J. (2019). «The Kurdish Awakening». *Foreign Affairs* 98.2 (2019): pp. 107-122.

BARREÑADA, I.:

- (2023). «El impacto económico de la guerra de Ucrania en los países árabes: endeudamiento para hoy y ajustes para mañana». HERNÁNDEZ, D. y CASANI, A. (coords.): *El impacto de la guerra de Ucrania en el norte de África y Oriente Medio*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 41-54.
- (2020). «Los conflictos de larga duración no resueltos, un desafío para la comunidad internacional. Los casos de Israel-Palestina y de Marruecos-Sahara Occidental». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Tirant Lo Blanch, pp. 389-412.
- (2006). «La Alianza de Civilizaciones. Reflexiones sobre una propuesta controvertida». BARREÑADA, I. (coord.): *Alianza de Civilizaciones. Seguridad Internacional y Democracia Cosmopolita*. Madrid, Editorial Complutense, pp. 83-102.

BAYAT, A. (2023). «Is Iran on the verge of another revolution?». *Journal of Democracy*, Vol. 34, n.º 2, April 2023, pp. 19-31

BEEMAN, W.O. (2009): «Gulf society: an anthropological view of the khalijs-their evolution and way of life». POTTER, L.G. (ed.): *The Persian Gulf in history*. New York, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 147-159.

BENEDICTO, M.A.:

— (2023). «La reinención de la globalización. El camino de la UE hacia la autonomía estratégica». CALATRAVA, A; y CALVILLO, J.M. (coord.): *El orden mundial en transición*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 161-172.

— (2020). «China y la Belt Road Initiative: un arma de doble filo (del Soft power al Sharp power) para transformara el mundo». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Tirant Lo Blanc, pp. 285-306.

BINKAYA, A.B. (2020). «Causes and effects of the assassination of Qasem Soleimani: a political perspective». *The Copernicus Journal of Political Studies 2020*, n.º 1/2020, pp. 159–166.

BIN SHAHARIA, H. Y SHAWLIN, S.M. (2023). «The new political stage of the Middle East: Iran and its unyielding policies». *Political Science and Security Studies Journal*, Vol. 4, n.º 1, 2023, pp. 1-6.

BOZKURT, A. y MERCAN, M.H. (2022). «Oman’s foreign policy and its mediating and balacing role in the Middle East». *Marmara University Journal of Political Science*. Cilt 10, Sayı 1, Mart 2022, pp. 179-190

BP (2021). *Statiscal Review of World Energy*. 2021. 70th Edition. BP. <https://www.bp.com/en/global/corporate/energy-economics/statistical-review-of-world-energy.html>.

BRAMON, D. (2017). *El islam político*. Madrid, Editorial La Catarata.

BRANDT, M. (2018). «The huthi enigma: Ansar Allah and the “Second Republic”». HEINZE, M.C. (ed.): *Yemen and the search for stability. Power, politics and society after the Arab Spring*. London. I.B. Tauris, pp. 160-183.

BUSTOS, R.:

— (2020). «Las fuerzas religiosas como nuevos actores internacionales en un mundo en despertar: desprivatización y ocupación del espacio público». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*, pp. 147-170.

— (2018). «Los Hermanos Musulmanes en el escenario Pos-Primavera Árabe: recomposición de alianzas y estrategias de supervivencia». *Política y Sociedad*, 55(3), pp. 755-782.

— (2012). «Las primaveras árabes y el largo invierno europeo». *Minerva: Revista del Círculo de Bellas Artes*, n.º. 20, 2012, p. 64.

CALATRAVA, A. (2008). «Política y Gobierno en El Líbano. El sistema confesional: ¿oportunidad u obstáculo para la democracia?». De CUETO, C. y DURÁN, M. (eds.): *Regímenes Políticos Contemporáneos: entre el inmovilismo y el cambio*. Editorial Comares, Granada, pp. 401-451.

CALVILLO, J.M. y CALATRAVA, A. (2023). «El orden internacional. Principales dinámicas y actores para su configuración». CALATRAVA, A. y CALVILLO, J.M. (coord.): *El Orden Mundial en Transición*. Madrid, Editorial Dykinson, S.L., pp. 11-18.

CALVILLO, J.M.:

— (2023). «La Unión Europea ante el reto migratorio». BENEDICTO, M.A. (coord.): *La Unión Europea como poder global. Autonomía estratégica y despertar geopolítico*. Valencia, Tirant Humanidades, pp. 307-328.

— (2022). *Afganistán: un conflicto permanente. Factores y dinámicas para entender una guerra interminable*. Gijón. Ediciones Trea.

— (2020). «Las migraciones internacionales en el siglo XXI». González del Miño, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Tirant lo Blanch. pp. 53-72.

CAMPBELL, J.C. (1970). «The Soviet Union and the Middle East: "in the General Direction of the Persian Gulf". Part II». *The Russian Review*. Vol. 29, n.º 3, Jul 1970, pp. 247-261.

CALDUCH, R. (2023). «La guerra de Ucrania: un conflicto sistémico». BROCHNER, G. *et al.* (directores): ¿Hacia un nuevo telón de acero? 30 años de geopolítica en la posguerra fría. Valencia, Tirant Humanidades, pp. 167-206.

CASANI, A. y FERNÁNDEZ-MOLINA, I. (2022). «Repertorios de prácticas en la política turca hacia el conflicto de Libia y la intervención militar de 2020». *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, n.º 33, pp. 87-113.

CASTIGLIONI, C. (2016). «The relations between Iran and Saudi Arabia in the 1970's». *Confluences Méditerranée*, n.º 2, pp. 143-153.

CHÁVEZ, J.A. (2023). «Security and Economic dimensions of China's foreign policy toward the Middle East». EL YATTIOUI, M.B. *et al.* (coords.): *Seguridad en el Medio Oriente y en el Magreb. Entre construcciones nacionales y cooperación internacional*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1.ª edición, pp. 121-143.

CLAUSEN, M.L. (2018). «Competing for Control over the State: The Case of Yemen». *Small Wars & Insurgencias*, 29:3, pp. 560-578,

CRESPO, A. (2023). «Terrorismo y criminalidad organizada como amenaza transnacional y asimétrica: la Unión Europea frente a este doble adversario». CALATRAVA, A. y CALVILLO, J.M. (coord.): *El orden mundial en transición*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 207-224.

- DARWICH, M;** *et al.* (2022). «International relations and regional (in)security». LYNCH, M. *et al.* (ed.): *The political science of the Middle East. Theory and research since the Arab Uprisings*. New York, Oxford University Press, pp. 98- 119.
- DARWICH, M.** (2020). «Escalation in failed military interventions: Saudi and Emirati quagmires in Yemen». *Global Policy* , n.º 11.1 (2020):pp. 103-112.
- DAVIDSON, C.M.** (2015). *After the sheikhs. The coming collapse of the Gulf monarchies*. London, Hurst & Company.
- DELKÁDER-PALACIOS, A.** (2023). «Los efectos de la guerra de Ucrania en la política de desarrollo de la UE en el Magreb». HERNÁNDEZ, D. y CASANI, A. (coords.): *El impacto de la guerra de Ucrania en el norte de África y Oriente Medio*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 55-68.
- DEL SARTO, R.A.** (2021). *Borderlands: Europe and the Mediterranean Middle East*. Oxford. Oxford University Press.
- DÍEZ, E.** (2021). «El orden internacional y las estrategias de las grandes potencias». COLOTTA, M. *et al.* (compil.): *Manual de Relaciones Internacionales*. Buenos Aires, Editorial Teseo, pp. 383-412.
- DINC, P.** (2020). «The Kurdish Movement and the Democratic Federation of Northern Syria: An Alternative to the Nation-State Model?», *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 22:1, pp. 47-67.
- DODGE, T.:**
- (2020). «Iraq’s Informal Consociationalism and Its Problems». *Studies in Ethnicity and Nationalism*. Vol. 20, n.º. 2, 2020, pp. 145-152.
 - (2007). The causes of US failure in Iraq. *Survival*. Vol. 49, n.º 1, Springer 2007, pp. 85-106.
- DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL, I;** y **HERNÁNDEZ, D.** (2021). «La política exterior de Arabia Saudí: equilibrio entre factores domésticos y externos». *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 56, julio 2021, pp. 21-47.
- DOMÍNGUEZ DE OLAZÁBAL, I.:**
- (2022). *Palestina. Ocupación, colonización, segregación*. Madrid, Editorial La Catarata.
 - (2020). *Una constelación de visiones de descolonización y resistencia factores explicativos de la resurgencia de la llamada «solución de un estado» desde la contemporaneidad palestina*. Tesis Doctoral. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid. <https://repositorio.uam.es/handle/10486/693725>.

DORSEY, J.M. (2016). *The turbulent world of Middle East soccer*. New York, Oxford University Press.

ELAKAWI, Z.S. (2014). «La formación de un nuevo mapa geoestratégico tras la primavera árabe». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Madrid, Editorial La Catarata, pp. 217-238.

EL HAMDOUNI, Y. (2013). «Internet y la primavera árabe: hacia una nueva percepción del ciberespacio». *Paix et Sécurité Internationales*, n.º 1, janvier-décembre 2013, pp. 167-173

ERDMANN, G; y **ENGEL, U.** (2007). «Neopatrimonialism Reconsidered: Critical Review and Elaboration of an Elusive Concept». *Commonwealth & Comparative Politics*, 45:1, pp. 95-119.

ESPÍN, J.:

— (2023). «La influencia de la UNRWA en el desarrollo del nacionalismo palestino». *Journal De Ciencias Sociales*, 1(20), pp. 87-104.

— (2023). «La lucha identitaria palestina a través del fútbol. Al Wehdat FC en Jordania». *Anaquel de estudios árabes*, Vol. 34, n.º 2, 2023, pp. 301-320.

ESPINOSA, A. (2010). «Irán en 2010: Ahmadineyad echa pulsos en todos los frentes». *Boletín Elcano*. 2010, Junio 23(126):p. 9.

EHTESHAMI, A.:

— (2014a). «The foreign policy of Iran». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publishers, second edition, pp. 261-288.

— (2014b). «Making foreign policy in the midst of turbulence». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publishers, second edition, pp. 339-350.

ESLAMI, M. y **SOTOUDEHFAR, M.** (2021). «Iran-UAE relations and disputes over the sovereignty of Abu Musa and Tunbs». LEANDRO, FJ. *et al.*: *The geopolitics of Iran. Studies in Iranian politics*. Series Editor, Shahram Akbarzadeh. Palgrave Macmillan, pp. 343-362.

ESTÉVEZ, J. A. (2015). «La cuestión kurda a raíz del conflicto con Daesh en Siria e Irak». *Análisis GESI (Grupo de Estudios en Seguridad Internacional)* 20 (2015): pp. 1-38.

FERRERO-TURRIÓN, R. (2023). «Guerra de Ucrania, nuevo orden internacional y regreso de la geopolítica». HERNÁNDEZ, D. y CASANI, A. (coords.): *El impacto de la guerra de Ucrania en el norte de África y Oriente Medio*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 27-40.

- FORAN, J.** (2014). «Global affinities: the new cultures of resistance behind the Arab Spring». KAMRAVA, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling. Bargain. bargain in the Middle East*. New York, Oxford University Press, pp. 47-72.
- FORD, R.S.** (2019). «The syrian civil war a new stage, but is it the final one?». *Policy Paper*, April 2019. Middle East Institute.
- FREER, C.:**
- (2020). «State religious authorities in rentier economies and the management of independent Islamism». *British Journal of Middle Eastern Studies*. Vol. 47, 2020, Issue 1: Revisiting Rentierism: The Changing Political Economy of Resource-Dependent States in the Gulf and Arabian Peninsula, pp. 42-61.
 - (2019a). «Clients or challengers?: tribal constituents in Kuwait, Qatar, and the UAE». *British Journal of Middle Eastern Studies*. Vol. 48, 2021, Issue 2, pp. 271-290.
 - (2019b). «The Symbiosis of Sectarianism, Authoritarianism, and Rentierism in the Saudi State». *Studies in Ethnicity and Nationalism*: Vol. 19, n.º 1, 2019, pp. 88-108.
- GALLEA, Q; y ROHNER, D.** (2021). «Globalization mitigates the risk of conflict caused by strategic territory». *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 2021, vol. 118, n.º 39, p. e2105624118.
- GARCÍA, D.** (2020). «La competición Estados Unidos-República Popular China y el dilema de seguridad en el indo-pacífico». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Tirant lo Blanch. pp. 307-338.
- GARCÍA, R.** (2018). «Del “nuevo orden” de G. Bush al “eje del mal” de G.W. Bush». PEREIRA, J.C. (coord.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*. Barcelona, Editorial Ariel, pp. 657-674.
- GARCÍA, M.** (2014). «La cartografía del nuevo régimen político en Yemen. Una transición controlada». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Madrid, Editorial La Catarata, pp. 192-214.
- GARCÍA DEL MORAL, L.** (2023). «Continuidad y cambio político en el norte de África tras la invasión a Ucrania: determinantes internacionales, regionales e internos». HERNÁNDEZ, D. y CASANI, A. (coords.): *El impacto de la guerra de Ucrania en el norte de África y Oriente Medio*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 69-86.

GARDUÑO, M.:

- (2022). «La política exterior iraní tras las revueltas árabes». ÁLVAREZ-OSSORIO, I. *et al.* (eds.): *Geopolítica de las Primaveras Árabes. Dimensión internacional y dinámicas locales*. Granada, Editorial Comares, pp. 101-120.
- (2019). *La rivalidad geopolítica de Irán y Arabia Saudí en Medio Oriente*. Cuadernos de Temas Contemporáneos de Medio Oriente. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2019). «La cuestión kurda en Irán: dinámicas de un sectarismo de Estado». *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 27, pp. 24-45.

GAUSE III, F.:

- (2015). «Ideologies, alliances and underbalancing in the new Middle East Cold War». *International Relations Theory and a Changing Middle East* (2015):p. 16.
- (2014). «Beyond sectarianism: The new Middle East cold war». *Brookings Doha Center Analysis Paper*, 11, 1-27.
- (2013). «Kings for all seasons: How the Middle East's Monarchies Survived the Arab Spring». *Brookings Doha Center Analysis Paper*. 2013 Sep. (8), pp. 1-33.
- (2007). «Threats and threat perceptions in the persian gulf region». *Middle East Policy* 14.2 (2007): 119-124.

GLOMBITZA, O. (2021). «The aftermath of Turkey's July 15th coup attempt: normalizing the exceptional through legitimation, narrativization and ritualization». *Turkish Studies*, 22:2, pp. 242-266

GLOMBITZA, O. y **COATES ULRICHSEN, K.** (2021). «Between the Domestic and the International: Ideational Factors, Peacebuilding and Foreign Policy in the Middle East and the Persian Gulf». *The International Spectator*, vol. 56, n.º 4, pp. 1-14.

GLOMBITZA, O. y **ZACCARA, L.** (2021). «The Islamic Republic's Foreign Policy through the Iranian Lens: Initiatives of Engagement with the GCC». *The International Spectator*, vol. 56, n.º 4, p. 15-32.

GÓMEZ, L. (2018). *Entre la Sharia y la Yihad. Una historia intelectual del islamismo*. Madrid, Editorial La Catarata.

GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. y **HERNÁNDEZ, D.** (2021). «La política exterior de España hacia las monarquías árabes del Golfo (1978-2021)», *Relaciones Internacionales*, n.º 48, octubre 2021-enero 2022, pp. 173-192.

GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. y PASTOR, J. (2020). *La política exterior de Irán. Poder y seguridad en Oriente Medio*. Madrid, editorial La Catarata.

GONZÁLEZ DEL MIÑO, P.:

— (2022). «Las relaciones Unión Europea-Turquía en clave geopolítica». Benedicto, M.A. (coord.): *La Unión Europea como poder global. Autonomía estratégica y despertar geopolítico*. Valencia, Tirant Humanidades, pp. 259-282.

— (2014). «Egipto: desafíos de una transición incierta». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*. Madrid, Editorial La Catarata, pp. 140-168.

GUIRADO, H. y GUTIÉRREZ DE TERÁN, I. (2021). «Emiratos Árabes Unidos en Oriente Medio. Antiislamismo, militarismo y estrategia de presión múltiple». *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 56, julio 2021, pp. 71-96.

GUTIÉRREZ DE TERÁN, I. (2019). «El autonomismo kurdo en Siria: el proyecto de Rojava en el contexto de un estado en flotación». *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 27, pp. 84-102.

HABBAL, T. y HASNAWI, M. (2019). «In the Midst of Chaos, and Invincible Arab Spring». *The Nation*. October 10, 2019. <https://www.thenation.com/article/archive/protests-iraq-syria-egypt/>.

HADDAD, B. y WIND, E. (2014). «The fragmented state of the Syrian opposition». KAMRAVA, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling bargain in the Middle East*. New York, Oxford University Press, pp. 397-436.

HANNASE, M. (2020). «The Dilemma Between Religious Doctrine and Political Pragmatism: Study of Hamas in Palestine». *Religió Jurnal Studi Agama-agama* 10.1 (2020): 54-70.

HASHEM, A.J; y ABDUL-STTAR, R. (2022). «US Foreign policy toward Iran during Joe Biden Administration». *Journal of Positive School Psychology*. 2022, Vol. 6, n.º 9, pp. 200-213.

HASHEMI, N. (2014). «Renegotiating Iran's post-revolutionary social contract: the Green Movement and the struggle for democracy in the Islamic Republic». KAMRAVA, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The evolving ruling bargain in the Middle East*. New York: Oxford University Press, pp. 191-224.

HEGGHAMMER, T. y LACROIX, S. (2007). «Rejectionist Islamism in Saudi Arabia: The Story of Juhayman al-“Utaybi Revisited”». *International Journal of Middle East Studies* (vol. 39, n.º 1, 2007, pp. 103-122).

HEIKAL, S. y QAHTAN, A.A. (2023). «The Deterioration of the State Building in Yemen». *Journal of Studies in Social Sciences*, n.º 22.

HERNÁNDEZ, D.:

– (2023). «La política exterior de EEUU y Rusia en Oriente Medio y norte de África». HERNÁNDEZ, D. y CASANI, A. (coords.): *El impacto de la guerra de Ucrania en el norte de África y Oriente Medio*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 147-162.

– (2020). *El reino de Arabia Saudí y la hegemonía de Oriente Medio*. Madrid, Editorial La Catarata.

– (2020). «La estrategia regional de Emiratos Árabes Unidos. La construcción de una potencia media en Oriente Medio». *Hesperia Culturas del Mediterráneo*. Año XV, 2020, pp. 27-40.

– (2020). «La alianza de Estados Unidos y Arabia Saudí en el siglo XXI». *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n.º 15, año 2020, pp. 43-66.

– (2018). *La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

HERNANDO DE LARRAMENDI, M; y **HERNÁNDEZ, D.** (2021). «La “neutralité positive” du Maroc face au blocus contre le Qatar: une stratégie réussie». BENANTAR, A. (coord.): *Le Maghreb et la crise entre les monarchies du Golfe. Une neutralité positive*. Paris, L'Harmattan, pp. 67-84.

HERNANDO DE LARRAMENDI, M.:

– (2013). «El islamismo político y el ejercicio del poder tras el Despertar Árabe. Los casos de Egipto, Túnez y Marruecos». *Cuadernos de estrategia*, 2013, no 163, pp. 71-116.

– (2009). «El Ministerio de Asuntos Exteriores y la política exterior hacia el Magreb». HERNANDO DE LARRAMENDI, M. y MAÑÉ, A. (eds.): *La política exterior española hacia el Magreb*. Barcelona, Ariel Ciencia Política, pp. 61-88.

HEYDEMANN, S. (2020). «The Syrian Conflict: Proxy War, Pyrrhic Victory, and Power-Sharing Agreements». *Studies in Ethnicity and Nationalism*. Vol. 20, n.º. 2, 2020, pp. 153-160.

HILU, P.G. (2017). «The shattered nation: the sectarianization of the syrian conflicto». HASHEMI, N. y POSTEL, D. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. New York, Hurst & Company, pp. 123-142.

HINNEBUSCH, R.:

— (2014a). «The Middle East regional system». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publishers, second edition, pp. 35-74.

— (2014b). «Foreign policy in the Middle East». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publishers, second edition, pp. 1-34.

HUDSON, M.C. (2013). «The United States in the Middle East». FAWCETT, L. (ed.): *International relations of the Middle East*. New York, Oxford University Press, Third Edition, pp. 321-343.

HUTINGTON, S.P. (1975). *Political order in changing societies*. New Haven, Yale University Press. Ninth printing.

IBISH, H. (2011). «The Bahrain Uprising: towards confrontation or accommodation?». *Henry Jackson Society Strategic Briefing*. November 2011. The Henry Jackson Society. Disponible en: <http://henryjacksonsociety.org/2011/11/23/the-bahrain-uprising-towardsconfrontation-or-accommodation/>.

INSTITUT KURDE DE PARIS. (2016). *The Kurd is Population*. Foundation Institut Kurde de Paris. <https://www.institutkurde.org/en/info/the-kurdish-population-1232551004>.

IZQUIERDO-BRICHES, F; et al. (2012). «Acumulación y resistencias en el norte de África y Oriente Medio. Colonialismo, poscolonialismo y neoliberalismo». *Revista Ayer*, 124/2021 (4): 25-51.

IZQUIERDO-BRICHES, F; y KEMOU, A. (2009). «La sociología del poder en el mundo árabe contemporáneo». IZQUIERDO-BRICHES, F. (ed.): *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona, Edicions Bellaterra, pp. 17-60.

IZQUIERDO-BRICHES, F. (2007). «Poder y Estado rentista en el mundo árabe». *Revista De Estudios Internacionales Mediterráneos*, (2), pp. 1-31.

JENSEHAUGEN, J. y TANK. P. (2022). «Palestinian and Kurdish nationalism: Understanding the "politics of the posible"». *Studies in Ethnicity and Nationalism* 22.3 (2022): 219-234.

JONES, M.O. (2022). *Digital Authoritarianism in the Middle East. Deception, disinformation and social media*. London, Hurst & Company.

JONES, C. (2014). «The foreign policy of Israel». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publishers, second edition, pp. 289-314.

JORDAN, R.W; y **FIFFER, S.** (2015). *Desert diplomat. Inside Saudi Arabia following 9/11*. University of Nebraska Press, Potomac Book.

KAPLAN, R.D. (2021). *La venganza de la geografía. La geografía marca el destino de las naciones*. Barcelona, RBA Libros, 3.ª impresión.

KAMRAVA, M.:

— (2020). «Sources of (In)Security in the Persian Gulf». *International Studies Journal*. Vol. 17, n.º 1 (65). Summer 2020, pp. 27-47.

— (2014). «The rise and fallo f ruling bargains in the Middle East». KAMRAVA, M. (ed.): *Beyond the Arab Spring. The envolving ruling. Bargain in the Middle East*. New York, Oxford University Press, pp. 17-46.

— (2012). «The Arab Spring and the Saudi-Led Counterrevolution». *Orbis*, Vol. 56 (1), 96–104.

KHALIDI, R. (2022). *Palestina. Cien años de colonialismo y resistencia*. Madrid, Capitán Swing.

KHALIFÉ, N. (2017). *The attempt to uproot sunni-arab influence. A geo-strategic analysis of the Western, Israeli and Iranian quest for domination*. Translated and introduced by Joseph A. Kéchichian. Brighton, Sussex academic press.

KISSINGER, H. (2014). *World Order*. New York, Penguin Books.

KOROTAYEV, A; y **ZINKINA, J.** (2022). «Egypt's 2011 revolution: A demographic structural analysis». *Handbook of revolutions in the 21st century: The new waves of revolutions, and the causes and effects of disruptive political change*. Cham: Springer International Publishing, 2022. 651-683.

KUSA, I. (2022). «Russia-Ukraine war: harbinger of a global shift a perspective from Ukraine». *Policy Perspectives*. 19:1 (2022), pp. 7-12.

LAJUD, C.A. y **PINTO, A.** (2023). «De la guerra a la posguerra fría: permanencias, cambios y desafíos mundiales tras el deshielo». BROCHNER, G., et al. (directores): *¿Hacia un nuevo telón de acero? 30 años de geopolítica en la posguerra fría*. Valencia, Tirant Humanidades, pp. 123-146.

LION, J.:

— (2023). «Política exterior de Israel ante la guerra de Ucrania». HERNÁNDEZ, D. y CASANI, A. (coords.): *El impacto de la guerra de Ucrania en el norte de África y Oriente Medio*. Madrid, Editorial Dykinson, pp. 111-128.

— (2022). «El plan Trump: estrategia coercitiva regional en ropajes neofuncionalistas». ÁLVAREZ-OSSORIO, I.; et al. (eds.): *Geopolíticas de las Primaveraes Árabes. Dimensión internacional y dinámicas locales*. Granada, Editorial Comares, pp. 163-180.

- LOEWE, M** *et al.* (2021). «The social contract as a tool of analysis: Introduction to the special issue on Framing the evolution of new social contracts in Middle Eastern and North African countries». *World Development*. Vol. 145, September 2021, 104982
- LOEWE, M.** y **JAWAD, R.** (2018). «Introducing social protection in the Middle East and North Africa: Prospects for a new social contract?». *International Social Security Review*, 2018, vol. 71, n.º 2, pp. 3-18.
- LÓPEZ, V.M.** (2019). «La conformación del movimiento cultural y político kurdo en Turquía y Siria: algunas dinámicas transfronterizas». *REIM. Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 27, pp. 64-83.
- LYNCH, M.** (2016). *The new Arab wars. Uprisings and anarchy in the Middle East*. New York, Public Affairs.
- MABON, S.:**
- (2019a). *The End of the Battle for Bahrain and the Securitization of Bahraini Shi'a*. *The Middle East Journal*, Vol. 73, n.º 1, Spring 2019, pp. 29-50.
 - (2019b). «Desectarianization: Looking Beyond the Sectarianization of Middle Eastern Politics», *The Review of Faith & International Affairs*, 17:4, 23-35.
 - (2017). Sovereignty, bare life and the Arab uprisings. *Third World Quarterly*, Vol. 38, 2017 — Issue 8, pp. 1782-1799.
 - (2016). *Saudi Arabia and Iran. Power and rivalry in the Middle East*. London, I.B. Tauris.
- MAKSIDI, K.** (2018). «Palestine and the Arab–Israeli Conflict: 100 Years of Regional Relevance and International Failure». *Barcelona: Menara* (2018): 5.
- MALAEB, B.** (2018). *State fragility in Lebanon: Proximate causes and sources of resilience*. April 2018. International Growth Centre's LSE-Oxford Commission on State Fragility, Growth and Development.
- MARTÍN, J.** (2015). *Estado Islámico. Geopolítica del caos*. Madrid, Editorial La Catarata.
- MARTORELL, M.** (2016). *Kurdos*. Madrid, Editorial La Catarata.
- MATTHEISEN, T.:**
- (2018). «Saudi Arabia and the Cold War». Al-Rasheed, M. (ed.): *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. London, Hurst & Company, pp. 217-234.
 - (2013). *Sectarian gulf. Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring that wasn't*. Stanford, Stanford University Press.

MORALES, J.:

– (2023). «Rusia y la UE tras la guerra de Ucrania». BENEDICTO, M.A. (coord.): *La Unión Europea como poder global. Autonomía estratégica y despertar geopolítico*. Valencia, Tirant Humanidades, pp. 241-258.

– (2020). «Rusia ante la crisis del sistema westfaliano: concepciones rusas de la globalización a comienzos del siglo XXI». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Editorial Tirant Lo Blanc, pp. 507-528.

MORELL, M. y HARLOW, B. (2015). *La gran guerra de nuestro tiempo. La guerra contra el terror contada desde dentro de la CIA, de Al Qaeda a ISIS*. Barcelona, Editorial Planeta.

NASR, V. (2007). *The Shia revival. How conflicts within Islam Will shape the future*. New York, Norton paperback.

NURUZAMAN, M. (2009). «Revisiting the category of fragile and failed states in international Relations». *International Studies*, 46.3 (2009): 271-294.

OCDE. (2022). *Youth at the Centre of Government Action. A Review of the Middle East and North Africa*. Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), 23 June 2022.

ORKABY, A.A.:

– (2017). «The North Yemen civil war and the failure of the Federation of South Arabia», *Middle Eastern Studies*, 53:1, 69-83.

– (2014). *The International History of the Yemen Civil War, 1962-1968*. Doctoral dissertatio., Harvard University. <https://dash.harvard.edu/handle/1/12269828>

OSAGHAE, E. (2010). «Fragile states». CORNWALL, A. y EADE, D. (ed.): *Deconstructing development discourse. Buzzwords and Fuzzwords*. Rugby, Practical Action Publishing Ltd., pp. 281-292.

PALOMARES, G. (2009). *Relaciones Internacionales en el siglo XXI*. Madrid, Editorial Tecnos. 2.^a edición revisada y ampliada.

PARADELA, N. (2015). «El feminismo árabe y su lucha por los derechos de la mujer». *Feminismo/s*, 26, diciembre 2015, pp. 17-29.

PEREDO, J.M. (2023). «Las democracias liberales y el orden internacional». BROCHNER, G., et al. (directores): *¿Hacia un nuevo telón de acero? 30 años de geopolítica en la posguerra fría*. Valencia, Tirant Humanidades, pp. 33-62.

- PÉREZ, D.** «El Problema Kurdo en Turquía: una cuestión de permanente actualidad». *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, n.º 27, 2007, págs. 231-252.
- PINTO, A.** (2023). «La herencia de “los otros”: entendiendo el presente del Oriente Medio a partir de la herencia postcolonial». EL YATTIOUI, M.B., *et al.* (coords.): *Seguridad en el Medio Oriente y en el Magreb. Entre construcciones nacionales y cooperación internacional*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1.ª edición, pp. 15-33.
- PRIEGO, A.:**
- (2015). «Las primaveras árabes: la influencia de Qatar y sus relaciones con los Estados del Golfo». *Revista UNISCI/UNISCI Journal*, n.º 39, Octubre 2015, pp. 233-252.
 - (2014). «La corona en la diplomacia (pública) española». *Comillas Journal of International Relations*, n.º 01, pp. 053-080.
 - (2011). «La primavera árabe: ¿una cuarta ola de democratización?». *Revista UNISCI/UNISCI JOURNAL*, n.º 26, mayo, 2011, pp. 75-94
- PURI, S.** (2022). *El legado de los imperios. Cómo los imperios han dado forma al mundo*. Madrid, Editorial Almuzara.
- QUANDT, W.B.** (2014). «U.S. policy and the Arab revolutions of 2011». GERGES, F. (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. New York. Cambridge University Press, pp. 418-428.
- QUERO, J. y DESSI, A.** (2021). «Unpredictability in US foreign policy and the regional order in the Middle East: reacting vis-à-vis a volatile external security-provider». *British Journal of Middle Eastern Studies*, Vol. 48, 2021 - Issue 2, pp. 311-330.
- QUERO, J.:**
- (2022) «La continuidad en el orden regional de Oriente Medio tras una década desde las Primaveras Árabes». *Revista Española de Derecho Internacional*, 2022, vol. 74, no 1, p. 211-218.
 - (2020). «China’s Impact on the Middle East and North Africa’s Regional Order: Unfolding Regional Effects of Challenging the Global Order». *Contemporary Arab Affairs* (2020) 13 (1): 86–104.
- RIEDEL, B.** (2018). *Kings and Presidents. Saudi Arabia and the United States since FDR*. Washington D.C. Brookings Institutions Press.
- ROBERTS, D. B.** (2016). «The four eras of Qatar foreign policy». *Comillas Journal of International Relations*, n.º 05, pp. 1-17. 2016.

ROBINS, P. (2014). «The Foreign Policy of Turkey». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policies of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publishers, second edition, pp. 315-338.

RODRÍGUEZ, L.:

– (2022a). «Regional Actor Transformed into an International Key-Player: The Qatar Entrance in the Ukraine Crisis». *Gulf Insights Series*, n.º 56, March 2022.

– (2022b). «Qatar: una nueva política exterior tras la primavera árabe». ÁLVAREZ-OSSORIO, I.; et al. (eds.): *Geopolítica de las Primaveras Árabes. Dinámicas locales*. Granda, Editorial Comares, pp. 149-165.

RODRÍGUEZ, C.:

– (2022). «Turquía: rupturas y continuidades en el norte de África». AZAOLA, B.; et al. (eds.): *Cambio, crisis y movilizaciones en el Mediterráneo Occidental*. Granada, Editorial Comares. pp. 87-114.

– (2021). «Turquía y el Mediterráneo: un precario equilibrio». *Afkar/Ideas*, n.º. 63, verano de 2021, pp. 42-45.

– (2007). *Turquía. La apuesta por Europa*. Madrid, Editorial La Catarata.

RUÍZ DE ELVIRA, L. (2014). «De la revuelta a la tragedia siria». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (ed.): *Tres años de revoluciones árabes*, pp. 169-191.

SADEGHI-BOROUEJDI, E. (2017). «Strategic Depth, counterinsurgency, and the Logic of sectarianization: the Islamic Republic of Iran's security doctrine and its regional implications». HASHEMI, N. y POSTEL, D. (ed.): *Sectarianization. Mapping the new politics of the Middle East*. London, Hurst & Company, pp. 159-184.

SADEGHINIA, M. (2011). *Security arrangements in the Persian Gulf. With special reference to Iran's foreign policy*. Reading, Ithaca Press.

SANAHUJA, J.A.:

– (2023). «Interregno. La actualidad de un orden mundial en crisis». *Nueva Sociedad*, n.º 302, pp. 86-94.

– (2020). «Hegemonía, crisis de globalización y Relaciones Internacionales. Concepciones clásicas y teorización crítica». GONZÁLEZ DEL MIÑO, P. (coord.): *El sistema internacional del siglo XXI. Dinámicas, actores y relaciones internacionales*. Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 19-52.

– (2019). «Crisis de la globalización, el regionalismo y el orden liberal: el ascenso mundial del nacionalismo y la extrema derecha». *Revista Uruguay de Ciencia Política*. 2019, vol. 28, n.º 1, pp. 59-94.

SAOULI, A.:

- (2019). «Sectarianism and political order in Iraq and Lebanon». *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 19.1 (2019): 67-87.
- (2014). «The foreign policies of Iraq and Lebanon». HINNEBUSCH, R. y EHTESHAMI, A. (ed.): *The foreign policy of Middle East states*. London, Lynne Rienner Publisher, second edition, pp. 105-132.

SCHAYEGH, C. y DI-CAPUA, Y. (2020). «Why decolonization?». *Int. J. Middle East Stud.* 52 (2020), pp. 137-145.

SCHULZE, K.E. (2001). «Camp David and the Al-Aqsa Intifada: An Assessment of the State of the Israeli-Palestinian Peace Process», July-December 2000, *Studies in Conflict & Terrorism*, 24:3, 215-233

SEGELL, G. (2022). «Revisiting Nasser Style Pan-Arabism and Pan-Africanism Prompted by the Abraham Accords». *Insight on Africa* 14(1) 24–39, 2022.

SIPRI. (2022). *Trends in world military expenditure, 2022*. SIPRI Fact Sheet April 2023. Stockholm International Peace Research Institute. https://www.sipri.org/sites/default/files/2023-04/2304_fs_milex_2022.pdf.

SLUGLETT, P. (2013). «The Cold War in the Middle East». FAWCETT, L. (ed.): *International relations of the Middle East*. New York, Oxford University Press, 3th Edition, pp. 60-76.

SÖKMEN, M.J., et al. (2018). «Rusia, Irán y Turquía ¿una estrategia común en Siria?». *Notes Internacionals CIDOB*. 196. Mayo 2018.

SOLER I LECHA, E.:

- (2022). «Mediterráneo Oriental: conflictos, alianzas, agendas e implicaciones para España». *Cuadernos de estrategia*, 2022, no 213, p. 243-286.
- (2018). «El Golfo en el centro: una radiografía del nuevo Oriente Medio». *Anuario Internacional CIDOB*, 2018, p. 151-158.
- (2016). «Alianzas líquidas en Oriente Medio». *Anuario internacional CIDOB*, 2016, p. 148-155.

TOVAR, J. (2021). *La política internacional de las grandes potencias*. Madrid, Editorial Síntesis.

UNCTAD. (2021). *Review of Maritime Transport 2021. Challenges faced by seafarers in view of the COVID-19 crisis*. UNCTAD. <https://unctad.org/publication/review-maritime-transport-2021>.

UNHCR. (2022). *The UN Refugee Agency. Global Focus. UNHCR Operations Worldwide. Jordan*. UNHCR. <https://reporting.unhcr.org/operational/operations/jordan>.

UNITED NATIONS. (2023). *UN News. Global perspective human stories. Yemen. UN.* <https://news.un.org/en/focus/yemen>.

UNRWA. (2023). *The United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees (UNRWA).* <https://www.unrwa.org>.

VIDAL, L.:

— (2022). «Lo que pasa en Siria no se queda en Siria». *AFKAR/IDEAS*, n.º 65, primavera de 2022, pp. 36-39.

— (2018). «Islamophobia, Security Narratives and Countering Violent Extremism: Dangerous Liaisons». *Sectarianism and the Politics of Hate*. European Institute of the Mediterranean, 2018, pp. 64-70.

WOMACK, D.F. (2020). «Christian communities in the contemporary Middle East: an introduction». *Exchange*, 49 (2020), pp. 189-213.

VOM, BRUCK, G. et al. (2014). «Yemen: revolution suspended?». GERGES, F.A. (ed.): *The New Middle East. Protest and revolution in the Arab World*. New York, Cambridge University Press, pp. 285-308.

WORRALL, J. (2021) «Switzerland of Arabia»: Omani Foreign Policy and Mediation Efforts in the Middle East, *The International Spectator*, 56:4, pp. 134-150.

ZACCARA, L. (2021). «The Iranian foreign policy in turbulent times: The Arab Uprisings, the nuclear deal and the GCC crisis». *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 56, julio 2021, pp. 49-70.

ZACCARA, L; y **HAGHIRIAN, M.** (2020). «Rouhani, the Nuclear deal, and new horizons for Iran-US Relations». ZACCARA, L (ed.): *Foreign policy of Iran under president Hassan Rouhani's first term (2013-2017)*. Singapore, Palgrave Macmillan.

ZACCARA, L; y **SALDAÑA, M.** (2015). «Cambio y estabilidad política en las monarquías del Golfo tras la Primavera Árabe». *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. n.º 109, pp. 177-199.

ZISSER, E. (2023). «Israel in the Middle East 75 years on». *Israel Affairs*, 29.3, 459-472.

ZURYAK, R. y **GOUGH, A.** (2014). «Bread and Olive Oil: the agrarian roots of the Arab uprisings». GERGES, F. (ed.): *The new Middle East. Protest and revolution in the Arab world*. New York. Cambridge University Press, pp. 107-134.



LA EDITORIAL JURÍDICA DE REFERENCIA PARA
LOS PROFESIONALES DEL DERECHO **DESDE 1981**



Paso a paso

Códigos
comentados

Vademecum



Formularios



Flashes
formativos



Colecciones
científicas

DESCUBRA NUESTRAS OBRAS EN:

www.colex.es

Editorial Colex SL Tel.: 910 600 164 info@colex.es

EL NUEVO ORDEN REGIONAL EN ORIENTE MEDIO

Oriente Medio es una de las regiones más relevantes del mundo. Un área clave para la política, economía y seguridad internacional. Un espacio en constante transformación, que es protagonista de los principales acontecimientos de la historia del siglo XX y XXI. Analizar este estratégico entorno ayuda a conocer mejor el pasado más reciente y la realidad actual, pero también sirve para adentrarse en las dinámicas que van a marcar las siguientes décadas. Una combinación de problemas, retos y oportunidades. Un relato de revoluciones, crisis y conflictos, que construyen el porvenir de distintos países y pueblos.

El libro *El Nuevo Orden Regional en Oriente Medio* presenta una visión completa de la región, desde una perspectiva propia de las relaciones internacionales. Un trabajo que explica los grandes cambios políticos y sociales de la región en los últimos años. Una exposición a través de los protagonistas más destacados, desde el papel de las grandes potencias, hasta los diversos movimientos ciudadanos más destacados de protesta. Un repaso a los temas centrales que marcan el frágil statu quo del lugar. Una muestra de que el futuro del orden mundial está inexorablemente unido a todo lo que ocurra en Oriente Medio.



DAVID HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

David Hernández Martínez es profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM) y de los grupos de investigación: Grupo de Investigación Complutense sobre el Magreb y Oriente Medio (GICMOM) y Grupo de Investigación sobre Seguridad, Desarrollo y Comunicación en la Sociedad Internacional (SCD). Especialista en estudios internacionales de la región del golfo Pérsico/Árabe, dinámicas regionales en Oriente Medio y política exterior de España hacia el mundo árabe y musulmán.

ISBN: 978-84-1194-151-8



9 788411 941518